

*La playa
del irlandés*



Elena Barques

de

Los irlandeses, perseguidos por la política inglesa y por el hambre, se alistan al servicio de su majestad Felipe IV. La flota más famosa de corsarios decide afincarse en Ribadesella. Patrick O'Duinn es uno de sus cabos y sueña con una muchacha que conoció en San Sebastián.

Doña Leonor de Cárdenas es hija del duque de Maqueda, armador de barcos con patente de corso. En secreto, sigue los pasos de su padre y arma un barco corsario, contratando a un administrador como testaferro. Ella tampoco ha podido olvidar a aquel irlandés que en San Sebastián le regaló un hermoso colgante.

Una novela con un cuidado y documentado trasfondo histórico sobre los corsarios de la cornisa cantábrica y una historia sobre dos personas que se enamoran de quien no deben y que lucharán por seguir adelante con su vida: una en la Corte y otra en el mar, pero el destino juega sus cartas de otra forma.

OceanofPDF.com



Elena Bargues

La playa del irlandés

ePub r1.0

Titivillus 14.12.2021

OceanofPDF.com

Título original: *La playa del irlandés*

Elena Bargues, 2016

Imagen de portada: Olena Kucker

Diseño de cubierta: Olalla Pons

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Epílogo

Nota de la autora

Sobre la autora

OceanofPDF.com

A Flor Cossio,
por su apoyo y colaboración en mi aventura literaria.

OceanofPDF.com

1

San Sebastián, julio de 1632.

El calor en el coche se volvió insoportable. Le disgustaba el cuero recalentado, el olor a sudor de las telas que lo forraban. Leonor se movió inquieta sin dejar de abanicarse y miró a doña María, quien se encontraba a punto de desmayarse. Conocía muy bien a su padre y la entrevista se prolongaría más de lo prometido.

—Vamos a bajar —decidió en voz alta.

—¡Por Dios, doña Leonor! —se alarmó la señora de compañía.

Pero Leonor ya no la escuchaba. Se había asomado a la ventana y había avisado al lacayo, que se apresuró a desplegar la escalera y a abrir la portezuela.

—El marqués se disgustará —reconvino asustada doña María—. Estamos en un puerto donde hay personas de mala catadura.

Leonor se levantó y sujetó las faldas para que no estorbasen al bajar. Adelantó su delicado pie, calzado con un chapín de costosa factura y vestido con una media de seda, e inició el descenso al suelo de tierra.

—Os vais a poner perdida —rezongó doña María bajando detrás de ella—. Nos vamos a meter en un lío.

—Deja de refunfuñar, doña María, y abre el parasol —ordenó Leonor, hinchando los pulmones con el aire yodado del mar.

Algunas cabezas cercanas se volvieron para contemplarla, pero nadie hizo amago de acercarse, simplemente la observaban como si fuera una criatura que hubiera descendido del cielo, en lugar de un carruaje.

En la bahía que se abría ante ella borneaban grandes navíos con las velas aferradas y en el muelle se desplegaba una gran actividad para trasladar los bastimentos a sus respectivas naves. Leonor contemplaba aquello con la curiosidad de sus catorce años. Echó a andar entre toneles, jaulas de aves y sacos de cereal, seguida de doña María que sujetaba la sombrilla sobre la cabeza de ambas. Dos hombres de armas las custodiaban y apartaban a los que se aproximaban demasiado.

Leonor entrecerraba los ojos, pues el exceso de luz hería las pupilas. A la vez que caminaba, agitaba el abanico para evitar que el sudor perlase su pálida piel. A ambos lados de la cabeza colgaban, de dos recogidos, los cabellos en perfectos tirabuzones castaños. Leonor, desde la cuna, había recibido los cuidados más exquisitos, la educación más esmerada, los vestidos más lujosos. Su padre la había preparado para ser la mujer más admirada y ahora obtenía la recompensa de su inversión: el enlace con el duque de Alvarado, Grande de España, que le acercaría al joven rey, Felipe IV, de la Casa de Austria.

Unos hombres, que hablaban a gritos desde una barca a otros dos en el muelle, atrajeron su atención. Hablaban en inglés entre ellos, así que no entendió qué se decían, pero por la actitud coligió que se estaban retando. Se detuvo intrigada por el juego que se traían entre manos. Finalmente, llegaron a un acuerdo y uno de los que estaban en la barca procedió a desnudarse.

—Excelencia, deberíais alejaros cuanto antes —apremió doña María inquieta—. No me parece muy decoroso lo que está sucediendo. Son gentes vulgares, sin ningún pudor ni sentido de la decencia, son herejes.

Sin embargo, Leonor no atendió el ruego de la señora de compañía. El esbelto joven se quedó en calzón, mostrando un pecho bien desarrollado, unos brazos fuertes y morenos que se tensaron cuando se tiró de cabeza al agua, haciendo zozobrar de forma violenta la embarcación que abandonaba. Leonor contuvo el aire de forma inconsciente, aguardando a que emergiera el improvisado nadador. Se impacientó cuando no lo hizo transcurrido un tiempo prudencial y, ya comenzaba a alarmarse, cuando el joven regresó a la superficie con algo en la mano que no alcanzó a distinguir desde donde estaba, pero que arrancó gritos de euforia entre los de la barca y meneos de

cabeza entre los del muelle. Leonor respiró profundamente, aliviada de la tensión. Nadó el joven hasta el muelle y salió por los escalones de piedra que facilitaban el acceso a las embarcaciones dependiendo de la marea. Una vez arriba, sacudió la cabeza como un perro y se dirigió hacia ella.

—¡Jesús! —exclamó escandalizada doña María—. ¿Cómo se atreve a presentarse desnudo ante vos, excelencia?

Leonor no contestó, demasiado ocupada en tomar nota de todos los detalles de aquel cuerpo, ya que el calzón mojado se le adhería como una segunda piel. Nunca había visto un hombre desnudo y no iba a perderse la oportunidad que se le ofrecía. Cuando se aproximó lo que los guardias consideraron más que prudente, le cerraron el paso. El joven alargó la mano, que contenía el objeto que había recuperado del fondo de la bahía, sin abrirla. Leonor no se movió, subyugada por la arrogancia del extranjero. El movimiento de gente a su espalda interrumpió el extraño incidente. Su padre se acercaba a paso vivo con su guardia. Cuando regresó la atención al joven, este había desaparecido. Recorrió con la vista el muelle, pero no había rastro de él ni de sus compañeros.

—¿Qué hacéis fuera del carruaje? —demandó su padre sin mostrar enojo. Leonor estaba acostumbrada a la energía que se desprendía de sus palabras, de sus gestos, de sus acciones. No era hombre de la Corte, aunque la anhelaba por las influencias que corrían por los pasillos. Su matrimonio con el duque de Alvarado le aportaría esas influencias sin necesidad de visitarla.

—No soportábamos más el calor, padre. Necesitábamos respirar.

—Lamento el retraso —se disculpó el marqués de Maqueda—. Es un día muy caluroso y yo soy un viejo gruñón. Regresemos a casa y comamos en el jardín, a la sombra.

—¿Por qué hay tantas naves en la rada? ¿Se prepara una expedición a las Indias?

—Las expediciones a las Indias solo zarpan de Sevilla. De aquí salen hacia Flandes. Las naos que ves forman parte de la Escuadra del Norte que comanda Alonso Idiáquez.

—¿El superintendente de Fábricas y Plantíos? —inquirió Leonor.

—En efecto. Esta tarde vendrá a visitarnos junto con algunos cabos de los barcos corsarios.

—¿Corsarios?

—Son mercenarios del mar —explicó su padre contemplando la bahía—. El rey les concede una autorización para asaltar naves enemigas, quedarse con el botín y pedir rescates por las personas y los buques, a cambio de una fianza que asegure el buen comportamiento y una parte de los beneficios a la Corona.

—¡Qué listo es el rey! Es una forma de menoscabar la economía de los países enemigos sin desembolsar un maravedí. No tiene que armar los barcos ni pagar salarios.

—Y yo soy afortunado con una hija tan lista como tú —se admiró el marqués ante la síntesis que acababa de realizar Leonor—. Como premio, compartiré un secreto: armaré barcos corsarios. Es un negocio muy lucrativo según Idiáquez.

—¡Qué emocionante! Seremos corsarios —se entusiasmó Leonor. Su padre rio con ganas ante su ingenuidad—. ¿Viajaremos en barco?

—En absoluto. Soy armador, es decir, arriesgo dinero en un barco; pero otros luchan por mí. Esos barcos que contemplas —alargó la mano para abarcar la bahía— están pagados por nobles, comerciantes y gente que desea enriquecerse rápidamente. Los hombres de mar que los manejan son realmente los corsarios, los que se juegan la vida en los asaltos a otras naves, los que padecen las leyes del país enemigo si los atrapan.

Leonor, según hablaba su padre, sintió frío en el alma.

—Pero eso es terriblemente injusto —se lamentó sinceramente.

—La vida es injusta, mi querida niña. Mira a tu alrededor.

Solo entonces Leonor se percató del entorno. Por el muelle pululaban marineros de todas las condiciones, más o menos aseados, algunos con mutilaciones, con ropas raídas y cuerpos envejecidos prematuramente a causa de las privaciones y de los esfuerzos físicos. Leonor había crecido entre los muros de los palacios de sus padres, en jardines apartados del mundo real, del cual oía hablar al servicio. Cuando se desplazaba, lo hacía fuertemente custodiada y evitaba exponerse a las miradas del pueblo llano. Su padre se lo había repetido hasta la saciedad: no permitas que te toquen,

estás por encima de ellos, debes guardarte. La voz del marqués la rescató de las amargas reflexiones.

—Esos barcos no son muy grandes. Te lo parecen porque llenan la rada. En realidad son naves de tamaño medio, entre setenta y doscientas toneladas. Son ligeros y rápidos para cazar a su presa.

—¿En qué se diferencian? ¿Cómo los reconoces?

—Por el aparejo, la arboladura. Hay varias naos, pero no son muy fiables a causa de la enorme arboladura que las convierte en inestables durante una tormenta. Voy a armar un par de zabras. Mira, como aquella de allá —señaló con la mano—. Consta de bauprés con cebadera, de dos palos: mayor con velas mayor y gavia; y mesana con vela latina. Son rápidas, ágiles y cortan el mar con el garbo de una mujer. ¿De qué te ríes?

—Del entusiasmo con el que describís el barco. ¿Seguro que no queréis viajar en uno de ellos?

—Seguro. Me gusta el mar desde la seguridad de la tierra y los dineros que de él puedo obtener. El sol aprieta, ¿nos vamos?

Leonor se giró y se cogió al brazo que le ofreció su padre. De camino al carruaje, distinguió al joven nadador sentado sobre unos cajones. Por el rabillo del ojo se aseguró de que la seguía con la mirada y se llenó de satisfacción cuando comprobó que así sucedía. Lamentablemente, se quedó con la curiosidad de qué era lo que le había ofrecido.

Después de comer, se quedó leyendo a la sombra del enorme roble del jardín. Su padre se había retirado para preparar la entrevista con Idiáquez. Sin embargo, no conseguía centrarse en la lectura porque la imagen del escultural cuerpo del joven invadía su mente. Cerró el libro y se entregó a la ensoñación: ¿sería así el cuerpo de su futuro marido? El estómago se le encogió ante la expectación. En algún momento se quedó dormida y tomó conciencia de ello cuando sintió que algo frío se deslizaba por su mano. Abrió los ojos de golpe y sorprendió al joven nadador tan cerca que pudo apreciar el color verde del iris. Asustado, se apartó dos pasos hacia atrás.

Turbada por encontrarse con el objeto de sus pensamientos tan cerca, no reaccionó, solo lo observaba intentando memorizar los rasgos armoniosos y varoniles. El joven recuperó el aplomo al percatarse de que ella no se había alarmado y aguardaba el siguiente paso.

—Me llamo Patrick O'Duinn. He venido acompañando a mi amigo y capitán, Richard Pronovil.

Aunque hablaba el castellano correctamente, el acento extranjero era muy marcado. Se incorporó y entonces resbaló de su mano una cadena muy fina de oro con una pequeña y perfecta caracola de mar como colgante. Lo atrapó antes de que cayese sobre la hierba y admiró el trabajo.

—¡Qué bonito! ¿Lo habéis hecho vos?

—La Naturaleza. Yo me he limitado a horadarlo para pasar la cadena —replicó el joven, esbozando una sonrisa y con la picardía asomada a los ojos.

—Tened, la mujer a la que se lo regaléis será muy afortunada. Arriesgasteis mucho por conseguirla —extendió la mano con la cadena y la caracola.

—Valdrá la pena si algo tan perfecto termina en el cuello de la más absoluta belleza.

—No puedo admitir presentes de cualquier persona, no es correcto. —Sintió un calor interior ante el requiebro galante del joven.

—¿Y quién ha hablado de presentes? A mi entender os lo habéis encontrado en el regazo.

Leonor sonrió ante la osadía del joven. Se puso de pie y se fijó en que le llegaba al hombro. Se recreó en el pelo ondulado, negro y de apariencia suave, que llevaba recogido en una coleta. Iba vestido impecablemente, lass maneras eran educadas y algo en la forma de moverse le indicaba que era un hombre instruido y no un marinero corriente de puerto.

—¿Sois inglés?

—¡Dios confunda a esos herejes! Soy irlandés, excelencia. Los ingleses asesinaron a mi familia y me dejaron en esta triste condición, como le sucedió a mi capitán.

La vehemencia de la declaración así como la tristeza que veló la expresión del joven al recordar a la familia conmovieron a Leonor. El rumor de voces que se aproximaban previno al joven, quien sonrió tímidamente y desapareció detrás del roble. Leonor divisó a su padre junto a dos personas más que discutían amigablemente entre ellos. El joven Patrick llegó desde otro sitio del jardín para no comprometerla y se reunió con ellos.

A la hora de la cena, su padre le comunicó el regreso a Madrid a primera hora de la mañana.

—He llegado a un acuerdo satisfactorio, aunque Richard Pronovil ha resultado un duro negociante y no he logrado nada con él.

—¿Por qué se encuentran en España esos irlandeses? —Leonor aprovechó la ocasión para recabar información sobre el joven.

—Inglaterra quiere someter a Irlanda. Persigue a los cabecillas, a las familias influyentes para destrozar la resistencia y lo está consiguiendo. La única alternativa que les queda a muchos de ellos es luchar desde un país que comparta su deseo de perjudicar a Inglaterra.

—¡Qué triste! ¿Conoces la historia de alguno de ellos?

—El padre de Richard Pronovil perdió su hacienda por servir al rey de España. El propio Richard entró al servicio de la Corona española hace unos años, como espía en Argel, donde organizó una buena al quemar unos bajeles turcos. Siempre trabaja rodeado de irlandeses, a los que cobija como un padre. El joven que le acompañaba hoy era hijo de uno de los grandes terratenientes: señores de Tinmehinch en la provincia de Leinster, al oeste de Irlanda. El muchacho se encontraba estudiando en Dublín cuando recibió la noticia de que su familia había sido asesinada y a él lo buscaban con la misma idea. Pronovil los conocía y enseguida se aprestó a auxiliarlo. Compruebo que te afecta lo que te estoy contando.

—Las desgracias, aunque sean ajenas, no me causan indiferencia, padre.

—Tienes el mismo corazón bondadoso de tu madre —alabó el marqués enternecido.

Su madre había fallecido inesperadamente cuando ella tenía siete años y su padre, a causa de los constantes viajes, no había vuelto a contraer matrimonio para asegurar la pervivencia de la familia al frente del ducado. Nunca le importó mucho dejar su impronta en este mundo.

De madrugada, Leonor y su padre dejaron San Sebastián y emprendieron viaje a la Villa de la Corte, con el fin de realizar los preparativos de su boda durante el otoño con el primogénito de la casa ducal de Alvarado.

2

La Coruña, agosto de 1635.

Leonor se frotó las manos para aliviar la sensación de frío que reinaba en el ambiente. Le habían hablado de la humedad de Galicia, pero creyó que en verano no sería tan acentuada. Preocupada por su hijo, pasó a la habitación de al lado.

—Emilia, abriga bien al joven duque. Hemos pasado del calor riguroso de Madrid al fresco norteño.

—Así se hará, excelencia.

Leonor había contraído matrimonio con don Pedro Hoyos de Castro hacía tres años. La familia Hoyos la recibió con los brazos abiertos y ella se sintió cómoda desde el primer momento. A esto, había que añadir la gentileza con la que la trataba su esposo, un hombre tranquilo y ocupado en la administración de los bienes patrimoniales, así que la vida de Leonor transcurría sin sobresaltos. El Señor bendijo la unión con un vástago que aseguraba la continuidad de la familia y que heredaría el título. Sin embargo, el negocio de la lana no era suficiente para mantener la casa ducal, como había sido evidente durante la bancarrota de la Hacienda Real de 1627. Su padre, el duque de Maqueda, había convencido a su yerno para que invirtiera como armador de corso, que tan buenos beneficios le estaba reportando a él. Reticente a causa del conflicto moral que le suponía a don Pedro, se habían trasladado a Galicia para asistir a la reunión que había convocado el marqués de Mancera, por entonces gobernador de Galicia, para solucionar los problemas que le ocasionaba la piratería francesa e inglesa.

Debido a su rango, los habían alojado en una fortaleza desde la que se divisaba el mar. Se acercó a la ventana y respiró el aire húmedo y salado del mar. La última vez que lo vio fue en San Sebastián y estaba todavía soltera. Aquello le trajo la imagen del joven irlandés y de su pequeño presente. Una sonrisa afloró en su semblante: no encontró ningún parecido entre el cuerpo del joven extranjero y el de su marido, flojo, lechoso y rechoncho por la falta de ejercicio. Recordó su desencanto ante el descubrimiento, aunque ahora no le importaba mucho, pues era complaciente y mostraba un sincero afecto hacia ella.

—Doña María, tráeme el joyero.

Leonor rebuscó en la arqueta hasta que encontró la caracola con la cadenita de oro, todo un dispendio para una persona que carecía de medios en un país extranjero.

—Hacía mucho que no os lo poníais, excelencia.

—Ahora estamos en la costa. Creo que es muy adecuado. Mientras los hombres se encuentran reunidos con sus asuntos, nosotras daremos un paseo por el malecón.

Leonor había descubierto que su situación de casada le proporcionaba mayor libertad que cuando era soltera. Nadie contradecía sus decisiones y su marido nunca limitaba sus caprichos. Así que doña María no puso objeciones como en la otra ocasión, en San Sebastián. Sus salidas comprendían un pequeño séquito: su hijo con la niñera, doña Emilia, doña María, quien había seguido a su servicio una vez desposada, más la guardia que acostumbraba a custodiarla.

La Coruña era un puerto importante para las rutas del Atlántico y del Canal de la Mancha, por lo que albergaba naos de gran tonelaje junto a pinazas pesqueras. El muelle parecía un hervidero de actividad en el que los barcos arribaban para abastecerse de agua fresca y limpia y de vituallas antes de lanzarse a una gran travesía, pues alcanzar Flandes, si los vientos eran contrarios, podía llevarles dos meses y, si eran favorables, entre tres o cuatro semanas. Leonor había aprendido, de escuchar a su padre, que el tiempo de una travesía era muy importante en un barco corsario, pues estos cargaban lo imprescindible: el espacio se cedía para los cañones y la futura carga robada. Así las naves, ligeras de peso, eran más veloces y

maniobrables para el asalto. En contrapartida, las salidas se reducían en días por lo que encontraban una víctima pronto o regresaban a puerto con las manos vacías.

Sortearon cajones, toneles y jaulas, evitaron las redes tendidas al sol veraniego y llegaron hasta el final del malecón, donde ya se internarían en la península, descarnada de vegetación y azotada por la brisa marina, en la que se encontraba el faro. Así que dieron la media vuelta y regresaron hacia la población. Leonor agradeció el aire fresco que le permitía conciliar el sueño y que le abría el apetito frente a los treinta grados de la sierra de Madrid, incluso se planteó la posibilidad de convencer a Pedro para pasar los veranos en algún punto del norte. Distraída en estos pensamientos, no se dio cuenta del grupo de irlandeses que interceptaba el paso hasta que se topó con ellos. Respetuosos, se hicieron a un lado para dejar pasar al pequeño séquito. Por su alta condición, no estaba sujeta a mostrar agradecimiento a los grupos sociales inferiores; sin embargo, su religión le exigía ser condescendiente con los seres humanos, a tratarlos como hermanos, y ella encontraba gratificante plegarse a tal filosofía. Con un leve movimiento de la cabeza y un esbozo de sonrisa, se volvió a los hombres y unos ojos verdes, que le resultaron familiares, la atraparon y, ante la sorpresa, interrumpió el avance durante un instante. Reinició la marcha con el pulso alterado, tratando de recuperar la compostura perdida, con la mente confusa y el paso acelerado. Cuando recobró la cordura, se detuvo bruscamente.

—¿Qué ocurre, excelencia? —Se inquietó doña María—. ¿Os habéis lastimado un pie entre tanto sedal y tanta red?

—Así parece, doña María. Algo he pisado que me molesta la zapatilla —mintió Leonor—. No encuentro dónde sentarme para solucionarlo. Avisad a esos hombres para que me busquen un acomodo.

Doña María allá se fue a requerir la ayuda de los irlandeses quienes, a una voz de su irlandés, como Leonor lo llamaba, se apresuraron a cargar con un arcón que encontraron de algún equipaje que esperaba a ser trasladado a un barco. Leonor se sentó ayudada por doña María, ya que los hombres no podían acceder a ella, quien se agachó para retirarle la zapatilla de seda, limpiarla y volver a calzársela. Durante la operación, Leonor no

perdió de vista al irlandés que permaneció todo lo cerca que le fue posible. Siendo esbelto, el cuerpo había ganado en formas, se había convertido en un hombre apuesto; el rostro, más moreno a causa de la intemperie en el mar, se había vuelto más serio, aunque los ojos traicionaban una mirada burlona. Leonor sintió el rubor en su piel al saberse descubierta; entonces recordó lo que colgaba de su cuello y el calor fue más intenso.

—Podemos continuar si os encontráis cómoda —invitó doña María incorporándose del suelo—. Estáis muy acalorada. Os movéis demasiado, excelencia.

—En absoluto —negó Leonor, agobiada por la imprudente observación de doña María—. Será el aire veraniego que revitaliza la piel.

—Más a mi favor para que regresemos, pues perjudicaría vuestra belleza.

Por no contradecirla y que la pusiera en mayor evidencia, Leonor obedeció. Con cierto pesar en el alma se alejó del muelle, dejando atrás el único hombre que removía algo indefinido en su alma.

A la hora de la cena se reunió con su padre y su marido, quienes conversaban animadamente sobre el comercio con Nueva España; sin embargo, a ella le interesaba otro tema.

—Durante mi paseo por el puerto me crucé con irlandeses. ¿Son aquellos de los que me hablaste en San Sebastián? ¿Pronovil?

—Buena memoria —alabó su padre—. Pronovil. Un hombre de genio vivo, independiente, pero muy capaz.

—¿Richard Pronovil? ¿No era uno de los cabos que acompañaban al marqués de Mancera? —apuntó don Pedro.

—Sí, el moreno de ojos fieros y sonrisa fácil —señaló el marqués—. Un hombre aguerrido que entró al servicio real hará más de una década. En el treinta y uno fue apresado por los ingleses con engaños, fue juzgado y condenado a morir degollado. Dos años pasó en la temida Torre de Londres hasta que el embajador español obtuvo su libertad.

—Pues he oído comentar entre los capitanes que se ha desquitado a gusto el sinsabor de la cárcel.

—Cierto. Cuando estuvimos en San Sebastián armó dos barcos con los que ha acumulado una fortuna. No pierde una presa, siempre regresa con las

manos llenas.

—De camino aquí, ha apresado tres navíos franceses que ha dejado en Ribadeo —corroboró don Pedro, admirado—. No se habla de otra cosa en el puerto.

—De ahí que Mancera lo esté presionando para que asiente con él.

—No me ha parecido un hombre fácil de manejar —dudó don Pedro—. Pero aburrimos a mi bella esposa con estas cuestiones.

—En absoluto, me gusta aprender —le sonrió Leonor cariñosamente—. ¿Vais a armar un barco?

Aunque su padre siempre la había tuteado, entre los nobles no se estilaba el tuteo, algo más propio de las gentes del pueblo.

—¿Os parecería adecuado a mi posición? El rey no ha querido intervenir personalmente.

—El rey es muy ladino. ¿Acaso no obtiene beneficio con la venta de patentes de corso?

—Sois mujer y se os permiten ciertas licencias. En un hombre vuestras palabras podrían ser consideradas de otra forma.

—Mis palabras son sinceras y vos lo sabéis, mi señor. No hay animosidad en ellas, solo son reflejo de lo que veo y oigo. Es más, me complacería que atendierais un ruego mío.

—¿Cuándo no ha sido así? ¿Tenéis alguna queja? —Se molestó don Pedro.

—Nunca, mi señor —respondió prestamente Leonor—, pero me temo que en esta ocasión rebase vuestra paciencia.

—Exponedlo y ya veremos —retó don Pedro con un brillo condescendiente en los ojos.

—Aparte de la dote, dispongo de un dinero que he reunido de regalos vuestros y de mi padre. Creo que me alcanzará para armar un barco con patente de corso.

—¡¿Vos?! —exclamó don Pedro estupefacto.

—¿Has perdido el juicio? —inquirió su padre preocupado.

Leonor no se amilanó ante los hombres, la bomba ya estaba lanzada. Atacó a su padre por el flanco que más le dolía y a su marido con la rivalidad que se desplegaba entre los nobles que rodeaban al rey.

—Lamento profundamente haberos decepcionado. Creí que ese dinero guardado, que va aumentando progresivamente con los años, era un desperdicio no mantenerlo activo, produciendo. Por otra parte, me hubiera proporcionado un buen argumento para pasárselo por las narices a la duquesa de Medinaceli: todo el día comentando a la reina cómo aumenta su caudal con los olivares. ¿Os imagináis qué dirían cuando supieran que era armadora de un barco corsario? ¡Vaya escándalo! Levantaría ampollas de envidia.

Los dos hombres se miraron en silencio. Leonor se mantuvo callada mientras ambos consideraban las posibilidades.

—Ciertamente es una pena mantener tanto dinero inactivo —cedió su padre con cautela, sin perder de vista la cara de su joven yerno.

—Sí, efectivamente. Estaréis orgulloso, de tal palo tal astilla —elogió don Pedro—. Sin embargo...

Leonor vislumbró que algo no encajaba en el mundo de su marido, pero su padre fue más rápido que ella, no en vano era un lince para los negocios.

—Creo que Leonor no lo ha enfocado adecuadamente. Que vuestra mano izquierda no sepa lo que hace vuestra derecha. El negocio está asegurado si se escoge un buen cabo; ahora bien, no tienes que especificar el negocio, simplemente comentar que inviertes en comercio marítimo. Necesitarás un hombre de absoluta confianza que sirva de enlace y salvaguarde tu nombre y creo que lo tengo; siempre que tu marido consienta.

—Consiento —dijo don Pedro satisfecho de las palabras de su suegro—. Confío en vuestro buen juicio si sois vos quien dirige el asunto. Mi señora, creo que la discreción debe ser el lema que guíe vuestros pasos en el mundo masculino. En cuanto al cotilleo entre mujeres, no les deis ocasión de que os despellejen viva; así me conduzco yo en los pasillos de la Corte. Es muy fácil derribar al encumbrado. Cierto que lucho por no perder la amistad de nuestro rey, pero procuro no estorbar las maniobras de los demás.

—Siempre tan sabio, mi querido esposo. ¿Qué haría yo sin vos?

Leonor acompañó sus palabras de una mirada de arrobo que derritió al duque, lleno de vanidad y complacencia. Por el momento, había ganado una

batalla, la más ardua.

—Padre, ¿sería posible buscar el cabo del buque entre los irlandeses? De esta manera el barco navegaría con Pronovil. Habéis asegurado que es el mejor, que no regresa a puerto con las manos vacías.

—Pues sí que apuntas alto, hija. A juzgar por tus palabras estás decidida a llevar a cabo los planes y pretendes asegurarte el éxito. No obstante, con los irlandeses no hay nada seguro, son orgullosos e independientes. Aun así, lo intentaré. Aguardaré a ver en qué quedan los esfuerzos del marqués de Manceda que pretende lo mismo que tú.

—Los intereses del marqués no igualan los míos, pues yo les proporciono un barco.

—El problema es que son tantos los beneficios de Pronovil que él mismo adquiere los barcos que le son necesarios.

Leonor se sintió frustrada, no había pensado en ese inconveniente.

A la mañana siguiente, los hombres volvieron a ausentarse para asistir a las negociaciones del marqués de Mancera con Pronovil y otros cabos de naos corsarias. El día había amanecido gris y ventoso, aunque seco. Ese detalle la decidió a salir. Se encontraba sumida en un desasosiego permanente, sentía un hormigueo por el cuerpo, el estómago encogido por unos nervios inexplicables. Atribuyó su estado a la empresa a la que se iba lanzar, creyó que las expectativas originaban esa ansiedad hacia algo intangible y compadeció a los hombres si experimentaban lo mismo que ella cada vez que iniciaban un negocio.

—¿Habéis ordenado que os recoja el coche? —preguntó doña María.

—Sí, voy a salir. Necesito andar, moverme. Me siento enjaulada.

—Voy a avisar a la niñera, pero si me permitís opinar, excelencia, me parece imprudente: va a llover.

—No la avises —detuvo Leonor a doña María—. Iremos solas. Como bien dices, el día no es apropiado para una criatura corta en edad.

Subieron al carruaje y dio instrucciones al cochero para que las paseara por la península en la que se ubicaba el faro romano, uno de los más antiguos. Dos guardias a caballo abrían la marcha y facilitaban el paso al coche. La pequeña península estaba sometida a los vientos y al oleaje inclemente del Atlántico, que se adentraba en la cornisa cantábrica hacia el

este y hacia el norte en el Canal de la Mancha para bañar las costas enemigas de Inglaterra y Francia. El cochero siguió, a trote lento, la senda más larga que bordeaba la costa para terminar en el faro.

Leonor llevaba recogida la cortina de cuero y observaba el paisaje mientras doña María dormitaba a su lado. A lo lejos, entre las rocas que se internaban en el mar, distinguió una figura humana que saltaba de una a otra y luego desaparecía. La respiración se le alteró al reconocer a su irlandés, el corazón se le detuvo un instante para luego latir desacompasado y alocado. Miró a los guardias que conversaban ajenos a lo que ella había vislumbrado y actuó empujada por el instinto, por la necesidad de algo indefinido que se le escapaba. Cogió la vara y golpeó la pared del carruaje y, al momento, escuchó cómo el cochero detenía los caballos.

—¿Hemos llegado? —Espabiló doña María.

—No. Me apetece caminar un poco ya que no rompe a llover.

—¿En este paraje tan agreste? —se extrañó doña María.

—Puedes quedarte en el coche si lo prefieres. No creo que el mar se escandalice si me ve sola —bromeó Leonor, con la tibia esperanza de disuadir a su acompañante.

—No, no. Recordad que nos escoltan dos guardias, el cochero y el lacayo. No quiero que vayan con cuentos ni que murmuren a vuestras espaldas, excelencia.

—Siempre tan preocupada por mi honor, doña María.

—Es mi obligación, excelencia, y la cumplo con satisfacción.

Se bajaron del carruaje y se encaminó hacia la costa seguida de doña María, que se abrigaba contra el viento. Los hombres de armas se apearon dispuestos a custodiarlas, pero Leonor los disuadió.

—Esperad junto al carruaje. Me agradecería un poco de intimidad y, como podéis comprobar, aquí no hay un alma.

Los hombres otearon el páramo para asegurarse de sus palabras y asintieron en cuanto se convencieron de que se hallaban solos. Leonor se agarró al brazo de doña María y se llegaron hasta el borde de la costa. A sus pies, la marea baja había descubierto una playa larga y estrecha. Examinó la pequeña cala hasta que descubrió al irlandés sentado en una roca mirando el mar. La ropa oscura lo mimetizaba con el entorno, por lo que doña María no

había detectado su presencia. Buscó por donde bajar y, cuando doña María se percató de su intención, la frenó.

—¿Habéis perdido el juicio? Podríamos despeñarnos —objetó.

—Voy a bajar —dijo Leonor decidida—. Siéntate aquí y espérame. Y otra cosa —advirtió—: veas lo que veas, no des la alarma; sino por el contrario, sed discreta y cuidad de que nadie se acerque.

—Me asustáis.

—No hay nada de lo que asustarse. No seas melodramática, doña María, ¿acaso no me conoces?

Leonor dejó a la mujer aposentada en lo alto y procedió a descender. El zapato que llevaba afortunadamente era fuerte, aunque las piedras eran resbaladizas e inestables por lo que se desprendieron algunas y el ruido atrajo la atención del hombre. En un abrir y cerrar de ojos, lo tuvo a su lado, con un brazo alargado para que se aferrara a él. Recordó lo que su padre siempre le decía: que no permitiese que nadie de baja condición la tocara, accediese a ella. Durante un instante, dudó, levantó la mirada y se perdió en los ojos verdes del irlandés, que le infundieron el atrevimiento y la valentía para romper con las estrictas normas en las que había sido educada. Levantó la mano y se apoyó en el fuerte brazo que le había ofrecido. Le sorprendió la ligereza de la tela que lo vestía y sintió el esfuerzo de los músculos tensos y dispuestos a soportar el peso. ¡Qué diferente del brazo de su marido! Turbada por la nueva sensación, se arreboló como una niña. Apartó la mirada y se fijó dónde ponía los pies, para dar una tregua a la mente que discurría por pensamientos imposibles.

Una vez sobre la arena, soltó el brazo que tanto la perturbaba, miró a lo alto y divisó a doña María, aunque desde allí no alcanzaba a distinguir la expresión de la mujer. En lugar de quedarse en medio de la calita, se aproximó a un gran peñasco y se escudó en él, apoyando la espalda contra la fría roca. El irlandés la siguió, aguardando a que ella rompiera el silencio.

—Me alegro de que sigáis vivo.

Mientras hablaba miraba hacia el mar, incapaz de volver a afrontar la mirada del hombre y deseosa de recrearse, de aprenderse los rasgos ahora que lo tenía tan cerca. De pronto cayó en la cuenta de estaban muy cerca y muy lejos a la vez. Aquello había sido una locura de su parte, pero no lo

pensó, se limitó a seguir su impulso en cuanto lo vio y otra mujer, que había dentro de ella, tomó las riendas y esbozó rápidamente el encuentro.

—Ignoraba que mi vida tuviera tanta importancia para vos. Es un honor que me hacéis y que no estoy muy seguro de merecer, excelencia.

La voz había ganado gravedad en esos años. A ella le sonó dulce y acariciante, como el rumor de las olas que llegaban como un manto blanco a lamer la arena. Necesitaba una excusa para entablar una conversación medianamente civilizada y, sin darse cuenta, se mordió el labio inferior en la reflexión. Recordó la conversación de la noche anterior.

—¿Corréis mucho riesgo cuando asaltáis una nave enemiga?

—Como cualquiera de mis hombres. Debo dar ejemplo como cabo...

—¿Sois cabo? —interrumpió Leonor y la fuerza de voluntad le falló y se volvió hacia él.

—¿Por qué os sorprende tanto?

—¡Sois tan joven!

Leonor sintió una corriente, un calor que le recorría el brazo y le anegaba el cuerpo. Bajó la mirada y encontró sus manos cogidas a la de él. Nunca supo cómo habían llegado allí. Las blancas, pequeñas y bien formadas manos no abarcaban la morena, fuerte y áspera de él; pero le transmitía un sentimiento desconocido, cálido, íntimo. No dejes que te toque nadie de condición inferior, las palabras de su padre resultaron proféticas.

—No es la juventud, sino la fortuna, el conocimiento y el valor las cualidades que debe reunir un cabo de un barco corsario.

—Me dijisteis que carecáis de medios, que Pronovil os había acogido —recordó Leonor.

—Y era cierto. Pero junto a Richard se hace fortuna rápidamente.

—Mi padre, el marqués de Maqueda...

—Sé quién es vuestro padre, así como quién es vuestro esposo, excelencia. Yo tampoco olvido lo que se refiere a vos.

Leonor notó cómo volvía a enrojecer. Aquel «tampoco», pronunciado con énfasis, revelaba que el hombre había apreciado que lo recordase.

—Mi padre —repitió— propondrá a Pronovil armar un barco para que navegue con él.

—No aceptará —declaró el irlandés categórico—. Trabajamos para nosotros mismos, somos armadores y cabos de nuestros propios barcos. Vuestro padre posee unos cuantos barcos con patente de corso, ¿qué interés le suscitamos unos irlandeses?

A Leonor le había quedado muy claro el temor de su esposo a que se lo relacionase con el corso, así que decidió callar.

—No entiendo de negocios. Tan solo he expuesto algo que escuché anoche en la mesa. El tiempo se agota —dijo nerviosa—. Si tardo mucho, doña María se impacientará y avisará a los hombres que nos custodian.

El hombre le ofreció el brazo de nuevo y ella no se resistió a tocarlo otra vez. Incomprendiblemente, se sentía orgullosa de él. La subida la encontró más penosa que la bajada, por lo que permaneció a su lado hasta casi llegar a ras del prado. Antes de que ella se diera cuenta, le cogió la mano y se la llevó a los labios. A Leonor le faltó el aliento, se hundió en el mar de sus ojos, en la calidez sedosa de sus labios y advirtió el lazo invisible que unió sus almas. La otra mujer, la que había aflorado esa tarde, le apretó la mano que todavía la sostenía, en una muda despedida.

—Ha sido una sorpresa y un orgullo para mí que hayáis conservado el colgante y lo tengáis en tan alta estima.

Fueron las últimas palabras que la envolvieron, la acariciaron y llenaron el vacío que dejó la separación.

3

La Coruña, agosto de 1635.

Patrick la vio partir con el corazón en un puño. Era un sueño demasiado hermoso y una crueldad despertar de él. Cuando la conoció en San Sebastián, le pareció un ángel caído del cielo porque era inalcanzable de tan por encima de él como se hallaba. El mero hecho de haber cruzado unas palabras con ella y haberle regalado la caracola ya suponía una transgresión de las normas. De ahí la apuesta que surgió en el muelle: que no osaría a ofrecérselo. Se atrevió, pero no lo creyeron y pagó la apuesta.

Quiso la caprichosa fortuna que se encontraran de nuevo, después de tres años, y cual no fue su sorpresa cuando descubrió la caracola que pendía del hermoso cuello de alabastro. Recobró la apuesta de sus estupefactos compañeros. Pero eso fue anecdótico para él. Lo que le aceleró el pulso fue la excusa de ella para demorarse en el muelle, para verlo a escondidas. No lo había olvidado, como tampoco él a ella.

Lo que acababa de suceder esa tarde, esa ruptura de la distancia, el quebrantamiento de la norma, el haber sentido la mano delicada sobre su brazo, el haberla tocado, el beso sobre la piel, tan íntimo, tan cercano, había reventado su corazón. Se conocía y era una certeza que ya no amaría a otra mujer. Esos deliciosos minutos pasados en la intimidad lo habían condenado a una vida en solitario, a un amor sin consuelo.

Se encaminó hacia la villa con la liviandad del enamorado y la pesadez del condenado. Todo en él era un constante contraste, una broma del destino. Llegó a la posada en la que se alojaban mientras estuvieran en

puerto y en la taberna lo aguardaba Richard junto a los otros dos cabos de los barcos.

—¿Dónde andabais? —Preguntó con voz ronca—. Sentaos, hay noticias.

Aguardaron a que el mesonero les dejara el jarro de vino y Richard procedió a contarles cuál sería la nueva empresa.

—El marqués de Mancera está tan necesitado de naves que custodien su costa que se ha avenido a todo lo que he exigido. He asentado servir a su majestad con tres navíos y trescientos irlandeses. Obtendré el título de gobernador de todos vosotros y con un sueldo como si perteneciera a la Armada del Mar Océano.

—¿Y el grado? —Inquirió interesado Patrick.

—No hay grado, solo sueldo que ya es bastante. Sabéis tan bien como yo que se guarda mucho de conceder nombramientos militares a personas que han ejercido de corsarios, así que seguiré como cabo y no como capitán, reservado a los militares. Es el agradecimiento de nuestro rey: le llenamos los bolsillos, hacemos el trabajo sucio, pero no se digna a mirarnos a la cara.

—Pedro Aguirre lo ha conseguido —objetó Patrick— a pesar de todas las quejas que su majestad ha recibido de los armadores extranjeros que lo acusaban de maltratar a las tripulaciones apresadas.

—Sí, tuvo suerte, pero era español y cabo de la flota de corso del duque de Maqueda. Con un padrino así... Por cierto, el duque me ha lanzado una propuesta que no he aceptado. Me ha resultado extraña: quería fletar un barco bajo mi mando.

—¿No os ofreció una explicación? —preguntó Patrick con el pulso acelerado.

—Sí, tan rara como la propuesta. La condición era que no se supiera que le pertenecía, figuraría con otro nombre. No estoy en condiciones de entrar en asuntos turbios. Con los nobles, ya se sabe, cogen el dinero y en lo demás se lavan las manos.

La mente de Patrick trabajaba veloz. La duquesa había deslizado esa posibilidad; pero luego, se batió en retirada. Era tan transparente que notó que le mentía. Ella sí conocía las razones de su padre.

—¿Y si es para el yerno? —Apuntó Patrick la posibilidad.

—¿Y por qué no lo añade a su flota?

—Es Grande de España, muy cercano al rey.

—Ignoro los problemas de esa gente, Patrick. De todas formas, los quiero lejos. Ahora debemos afrontar el juicio en Ribadeo de las tres presas francesas. Mañana por la mañana zarparemos con la marea.

Era una de las muchas leyes a las que debían someterse los corsarios para obtener la patente: el juicio de presa. Un tribunal, en presencia del capitán corsario y de los apresados que estaban representados por un abogado defensor, averiguaba si la nave corsaria había actuado legalmente a través de las declaraciones bajo juramento. Si era declarada buena presa, el corsario repartía el botín con sus hombres; si, por el contrario, era declarada mala presa, el botín se le devolvía al apresado. En la dilatada carrera de Pronovil, solo en una ocasión declararon mala presa. Richard era muy escrupuloso en los asaltos y contaba con unas tripulaciones obedientes. A todos incumbía que la presa fuera buena; en caso contrario, el trabajo era en vano.

Cuando Patrick salió de la casa donde se alojaban los duques, ya había caído la noche. Había sido difícil conseguir que lo llevaran a la presencia del duque de Maqueda. Fue tanta la insistencia que finalmente el duque cedió a su llamada. Lo único que sacó en claro de la entrevista fue que él no era el armador, aunque sí llegaron a un acuerdo beneficioso para ambos. La persona que serviría de intermediaria era un hombre de la confianza de Maqueda, un abogado llamado José Manuel de la Vega.

No había sido una decisión tomada de un impulso. Hacía tiempo que venía rumiándola sin saber cómo llevarla a cabo y había aprovechado la ocasión casi por los pelos, pero estaba satisfecho y tranquilo al respecto. Aparentemente había perdido, pero a la larga resolvía muchas incógnitas sobre su futuro.

Cuando se embarcó con Richard, ignoraba lo que era la vida en el mar. Había llevado una vida cómoda y de estudio hasta que los ingleses asesinaron a su familia; por rebeldes, según ellos; por codicia de sus tierras y de su posición, según él. Los ingleses eran una plaga de langostas que

devoraban aquello en lo que ponían los ojos. La vida del corsario era muy dura, pero con Richard Pronovil mucho más.

En un barco corsario el cabo era el que tenía el mando del buque, quien decidía la presa y quien solventaba los problemas a bordo. No obstante, las tripulaciones de españoles, en más de una ocasión, se habían negado a navegar si las capturas habían sido provechosas hasta que se les acabara el dinero. Una salida de corso era arriesgada, podía costar la vida, incluso el barco, por lo que se mostraban cautelosos a la hora de exponerse si no era realmente necesario. Richard Pronovil, por el contrario, no perdía la oportunidad de hacerse a la mar, aunque las capturas hubieran sido lucrativas. Su codicia no conocía límites como su valor pues, siendo armador, no dejaba de salir al frente de su pequeña flota. Necesitaba fortuna, fama para conseguir el reconocimiento real. Aspiraba a un sitio en la sociedad española y estaba dispuesto a lograrlo. Patrick, por lo que había observado, si no perdía la vida antes, lo conseguiría. Sus tripulaciones no podían oponerse a sus decisiones, pues los desembarcaba con la misma facilidad con que los reemplazaba por otros irlandeses deseosos de hacer fortuna. Porque la fama de Richard se había extendido por Irlanda como un reguero de pólvora y, a una voz suya, se ofrecían cientos de brazos.

Pero las aspiraciones de Richard no coincidían con las de Patrick. Él deseaba una vida tranquila, retirada, desapercibida. Había conocido al cabo Cristian Echevarría en San Sebastián, un bretón que era armador de su propio barco y formaba parte de la Escuadra del Norte de Idiáquez, el armador y superintendente real de Fábricas y Plantíos. Aun así, se acababa de enterar por Richard, que la Corona le había embargado alhajas y parte de una presa por el mero hecho de ser francés. Hicieran lo que hiciesen, no dejaban de ser extranjeros sujetos a las veleidades de un rey caprichoso y con problemas de solvencia, que solucionaba de forma tan enojosa para las gentes que se habían puesto a su servicio.

De ahí que su mente hubiera comenzado a trabajar sobre la posibilidad de establecerse de forma que no pudieran robarle ni echarlo. El resultado de sus reflexiones lo situaba en el caso opuesto de Richard Pronovil: no deseaba destacar ni darse a conocer; necesita desaparecer.

El primer obstáculo para conseguirlo acababa de resolverlo. Se había ofrecido al marqués de Maqueda como cabo del barco que armase el misterioso socio de su excelencia. Ante Richard Pronovil, seguiría siendo él el armador, de esa forma continuaría formando parte de su flota. Era algo conveniente para ambos, ya que el misterioso armador deseaba permanecer a la sombra de dicha actividad, por lo que Patrick decidiría como armador y cabo.

A Patrick le favorecía porque su nave ya cumplía los cinco años. La había adquirido a buen precio con dos años de navegación. La vida media de un barco oscilaba entre cuatro y seis años. A partir de entonces, las cuadernas se desajustaban, los pernos se resentían de la corrosión de la sal y los arreglos nunca terminaban y se dificultaban a causa de la carestía de pertrechos navales que, finalmente, había que importar. Adquirir una nave nueva y equiparla requería una fuerte inversión que no estaba dispuesto a afrontar de nuevo. Había conseguido acumular una cantidad importante de los botines y, si las tres presas que los aguardaban en Ribadeo eran consideradas buenas, incrementaría los ahorros de forma importante. Lo suficiente para llevar a cabo sus planes. Ciertamente que, al perder la parte del botín como armador, los ingresos se verían reducidos, pero no le importaba. Quedaba ampliamente compensado al no tener que desembolsar los gastos de una nueva nave.

Con la cabeza llena de expectativas, logró desplazar la imagen de la duquesa de Alvarado y, al día siguiente, se alejó de La Coruña sin pesar.

Zarparon con la marea y con viento favorable de popa hasta que fijaron rumbo al este y el viento veraniego del nordeste los obligó a dar bordadas en zigzag, con el trabajo que eso suponía para la marinería encargada de las jarcias de labor, pues había que marear el velamen de acuerdo con el cambio de borda.

En Ribadeo, el juicio de presa se resolvió sin contratiempos a favor de Richard. Resolución que Richard se había asegurado al desembarcar las tripulaciones en un puerto lejano del de origen para que los armadores no tuvieran tiempo de hablar con ellos, además, llevando las naves sin gente, no había testigos que declarasen en contra. Así que dispusieron de las tres

presas, fijaron el rescate de las naves y vendieron las cargas, una de ellas de bacalao en salazón que les reportó pingües beneficios.

En el entretanto, Patrick, sorprendido por la rapidez de actuación del marqués de Maqueda, conoció al enlace, don José Manuel de la Vega. Se reunieron en una taberna apartada del puerto para mantener la discreción de sus actividades.

—Sois más joven de lo que esperaba —dijo Patrick sin ambages.

El abogado era un joven de unos veinte años, delgado y de piel blanca. Las maneras eran educadas, aunque la ropa hablaba de dejadez o de dificultades económicas, algo que le extrañó en un servidor del marqués.

—Ya somos dos los que compartimos esa apreciación. Os imaginaba mayor, con alguna mutilación o herida visible, un pendiente en la oreja y una tupida barba.

Patrick sonrió ante la sinceridad del joven.

—El marqués ha actuado con una rapidez pasmosa, pues hace un par de semanas que hablamos. ¿Desde cuándo trabajáis para él?

—Desde hace un par de semanas —confesó el joven—. Me encontraba en Salamanca planteándome mi futuro cuando me llamó a su presencia, en la Casa de las Conchas, donde se alojaba con sus excelencias los duques de Alvarado. Viajaban a Madrid.

—¡Qué raro! —murmuró Patrick desorientado—. Cuando me entrevisté con su excelencia me pareció que deseaba que el asunto entre nosotros conservara la total confidencialidad; es más, que se lo encargaría a una persona competente y de su total confianza.

—Y así ha sido. Mi padre ha trabajado toda la vida para el marqués, es su mano derecha, tanto que me ha costado los estudios en Salamanca, en los que he destacado como alumno brillante.

Patrick lo miró con nuevos ojos y se reconoció a sí mismo: novato, ingenuo, pero de mente despierta y ávida.

—Exactamente, ¿cuáles son vuestras obligaciones para con el marqués?

—Mantenerlo informado. Mis obligaciones son con vos, aunque no debéis preocuparos de mi sueldo, el marqués cubrirá mis necesidades —explicó el joven con una sonrisa.

—¿Connmigo? —se extrañó Patrick—. ¿Qué queréis decir?

—Que estaré a vuestro servicio, seré vuestra sombra —aclaró con la sonrisa congelada en la cara.

—¡Santo Dios! El marqués debe de haber perdido el juicio —se alarmó Patrick—. Gobierno un barco corsario en el que solo se habla inglés. ¿Domináis esa lengua? —El joven sacudió la cabeza negativamente—. Arriesgamos la vida un día sí y otro también. La comida está racionada de tal forma que una boca más supone más hambre para el resto. ¿Cómo justificaría vuestra presencia si no sabéis luchar?

—¿Y si os espero en el puerto? —sugirió el joven.

—¿En qué puerto? Hoy estoy en Ribadeo, ayer en La Coruña y mañana creo que partimos a Dunkerque.

El rostro del joven era todo un tributo a la preocupación. Patrick tamborileó la mesa con los dedos impacientemente. No había contado con este inconveniente. ¿El marqués no se fiaba de su palabra? Estaba claro que no.

—Mirad, no está en mi ánimo el perjudicaros, pero es imposible que os embarquéis conmigo. El marqués tendrá que confiar en mí, si no es así no hay trato. San Sebastián es un puerto bastante frecuentado por su proximidad a la costa francesa. Os facilitaré una dirección donde podréis alojaros y adonde enviaré noticias siempre que pueda.

El joven suspiró.

—No creo que ese sea el deseo de su excelencia. He sido informado de que la nave se encuentra ya en construcción en las atarazanas de Guarnizo, así que tendré que conformarme con vuestra propuesta.

—¡Ya está construyéndolo! —se admiró Patrick—. Pues sí que tiene prisa. Muy pronto habéis cedido, ¿no lo consultaréis?

—No hace falta. El marqués me indicó que los irlandeses erais muy cabezotas y con seguridad os negaríais a llevarme, pero que lo intentase. Yo he cumplido.

Patrick rio con ganas la ocurrencia del marqués. Comenzaba a apreciar al hombre, pese a las palabras de prevención de Richard. Durante la entrevista expuso sus condiciones y se atuvo a ellas sin ceder un palmo. Contaba con que su excelencia regatearía por obtener ventaja, pero no lo dejó. Había aprendido mucho de Richard y le estaba agradecido.

—¿Qué haréis en tierra mientras tanto? ¿Realizaréis otros encargos para él?

—No. Su excelencia cuenta con mi padre y algún otro abogado de su confianza con los que lleva años trabajando. Me ha dado libertad para desempeñar mi oficio con otras personas, siempre y cuando no sea contra sus intereses y no perjudique al asunto que nos une. Este último es prioritario. Paga bien.

—¿Sabéis quién ordenó construir ese barco en Guarnizo?

—Su excelencia.

—No lo entiendo. Me dijo que él no sería el armador.

—Y no lo es. Él ha cedido el barco a esa otra persona.

—¿Conocéis por ventura al misterioso armador?

—Sí y responderé ante él; pero no revelaré su nombre aunque me llevéis ante la Inquisición —declaró el joven con vehemencia.

Patrick se removi6 nervioso en el banco. Tanto misterio levantaba su recelo, la premura en que se desarrollaba el asunto no le gustaba; pero ya estaba hecho, no había marcha atrás. Cumpliría con su parte y cerraría los ojos.

—Está bien —claudicó—. Así lo haremos: hasta que no se me entregue el nuevo barco, sigo siendo armador y cabo del mío.

—Así lo ha entendido su excelencia, de ahí la premura —acordó el abogado—. Me instalaré en la dirección que me habéis facilitado y aguardaré noticias vuestras.

Todavía se quedaron unas semanas más en Ribadeo. Necesitaban pertrechar los barcos y cargarlos de bastimentos para recorrer el Canal hasta Dunkerque. Richard envió aviso a Irlanda para que se realizara la leva de trescientos hombres para cumplir con el asiento de Galicia.

En cuanto zarparon de Ribadeo, Patrick examinó a conciencia el estado de la zabra y la navegabilidad. Había perdido fuerza, el casco lucía unos cuantos remiendos y las velas pedían a gritos que se las renovase. En verano, el mar mostraba su cara más apacible, pero se vería en dificultades ante una tormenta invernal.

Richard había escogido la vía más rápida y menos concurrida para alcanzar el Canal de la Mancha. Una vez allí, se aventurarían a seguir la

costa francesa en busca de posibles presas. No le gustaba desperdiciar una travesía sin beneficios cuando necesitaba de abundantes recursos para hacer frente al asiento gallego. En el cabo Lizard, en la costa inglesa, cambiaron de rumbo hacia el cabo La Hogue, en la costa francesa.

Los días de navegación se le hicieron interminables, a pesar de que en una semana habían recorrido bastante, gracias a los vientos bonancibles. El recuerdo de la duquesa, que había mantenido alejado por otras preocupaciones más inmediatas, había retornado con una fuerza inusitada. En más de una ocasión se sorprendió distraído, falto de apetito y con una ansiedad interior desacostumbrada. En su visita al duque de Maqueda mantuvo la débil esperanza de tropezarse con ella, en su lugar buscó en los rasgos del progenitor los que le recordasen a la duquesa. Lo peor de todo era que en su mente se había filtrado la loca idea de que ella lo correspondía, de que no le era indiferente, y eso provocaba imágenes locas de sexo y erotismo frente a otras tiernas y felices. Ambas lo dejaban agotado e insatisfecho, con mal cuerpo.

El grito del vigía de la cofa lo despertó de su ensueño. Se apostó en la aleta de estribor y oteó el horizonte. Primero vislumbró los gallardetes y, según se aproximaban, los masteleros. Richard estaría disfrutando con la visión, pues los masteleros indicaban que se trataba de un barco grande. Las dos zabras desplegaron velas y rebasaron la fragata de Richard. Había comenzado la persecución. Las zabras, ligeras, maniobrables y veloces interceptarían la nave mientras llegaba la fragata, que realizaba la labor de intimidación ya que no dispararían sobre el mercante. Había que abordarlo sin dañar el barco, sin causar muertes en ninguno de los dos bandos y conseguir la carga íntegra.

La nao francesa intentó eludir la persecución virando hacia tierra, pero su calado la obligaba a sortear los bancos de arena traicioneros, que eran tan abundantes en el Canal frente a Francia, así que hubo de seguir en paralelo a la costa hasta que encontrara un paso con la suficiente profundidad para acercarse a tierra. Este problema favoreció a los irlandeses, cuyas zabras alcanzaron la nao. Patrick, arriesgando el barco, cruzó por delante del bauprés de la nave francesa. La aleta de estribor pasó a un palmo del bauprés galo, tan cerca que oyó claramente las imprecaciones de los

marineros. La maniobra dio tiempo al cabo Brian, de la otra zabra, a botar las dos chalupas cargadas de hombres dispuestos a abordar la nave enemiga por babor. El estampido de un cañonazo y el surtidor de agua que surgió entre las dos chalupas los alertó de que no iba a ser fácil llegar hasta ellos. Pero Richard, en el entretanto, había aferrado velas y otras dos chalupas se hallaban en el agua para abordar la nao por la borda de estribor. La rapidez y la coordinación eran la clave del éxito. Desde el alcázar de su barco, Patrick observaba el desconcierto que reinaba en la nao gala. Gritaban y corrían de un lado a otro sin orden. Dispararon otro cañonazo que tampoco consiguió dar en nada. Había que ser un consumado artillero para hacer blanco desde un punto en movimiento a otro que también se movía. Era una labor reservada a los militares entrenados en esas cuestiones, lo sabía muy bien Patrick, pues enfrentarse a un buque de guerra era jugarse la vida. Sin embargo, con un barco mercante el asunto era diferente ya que el interés en conservar la nave era compartido entre los cazadores y los apresados pues, aunque perdieran la carga, podían rescatar el barco y continuar con el negocio mercante.

Una vez en la cubierta del barco, se solicitaba la rendición sin sangre, aunque en alguna ocasión algún loco imprudente disparaba a quemarropa. Esta no fue una de esas ocasiones. Al parecer, el capitán de la nao ya había sido asaltado en otra ocasión y conocía las reglas del juego. A pesar del nerviosismo de la tripulación, mantuvo a sus hombres bajo control, aunque no se privó de gritar unas cuantas tonterías a Richard cuando subió a la nave. Pronovil ordenó botar las dos barcasas de la nao y descender a ellas a la tripulación, previa revisión de sus pertenencias. A la marinería le respetó las ropas, sin embargo, los oficiales se vieron privados de sus casacas y ropas de gala, así como de los objetos personales. Luego de bajar a la bodega para inspeccionar la carga, dejó al cabo de presa que viajaba con él al frente de la nao, junto con algunos hombres para marear las velas, y regresó a su nave.

Desde La Hogue hasta Dunkerque hicieron cuatro presas en total. Al entrar en el puerto, los recibieron con los brazos abiertos. Era el puerto corsario español más importante de Flandes y generaba grandes beneficios a la Corona. Desde allí, controlaban el paso de mercancías entre Holanda,

Inglaterra y Francia, y su presencia aliviaba la presión que sufrían los flamencos por parte de esas potencias enemigas.

OceanofPDF.com

4

Dunkerque, octubre de 1635.

Se quedaron el tiempo justo para dejar las presas pendientes de juicio y cargar los bastimentos necesarios para llegar a Irlanda. Debían recoger los trescientos hombres que ya habrían sido reclutados en Waterford. La posibilidad de pisar nuevamente suelo irlandés lo llenaba de melancolía, porque era su patria y estaba cerrada para él. No se quejaba de la vida en el exilio, pero echaba de menos sus raíces. Llevaba seis años viviendo sin un hogar, sin familia. Con diecisiete años se unió a Richard y ya contaba con veintitrés, había reunido una pequeña fortuna y cuatro naves más aguardaban en Dunkerque para repartir. En el barco celebraban escrupulosamente las fiestas de sus santos, organizaban bailes y concursos de canto para entretenerse y no olvidar sus orígenes. Lo único que había mejorado era la alimentación en tierra. España contaba con carnes, verdura y fruta más variada y mejor cocinada que en Irlanda, cuyo suelo generaba unos cultivos más bien pobres y escasos para una población prolífica. El hambre era una sensación constante, por esa causa era fácil encontrar hombres dispuestos a explorar nuevos horizontes y reunir una fortuna que les permitiera sacar a los suyos de la indigencia en la que los sumían los ingleses.

Se hicieron a la mar con todas las velas desplegadas. Esta vez no harían presas pues no podían perder tiempo y necesitaban espacio para cargar a los trescientos hombres que recogerían con los bastimentos necesarios para mantenerlos durante el regreso. Llegaron a Waterford sin novedad, accedieron a la amplia bahía y remontaron el río ancho y navegable hasta la

población. Patrick se deleitó con el verde paisaje bajo un brillante sol de otoño. Pronto las brumas invernales envolverían la isla y las horas de luz descenderían drásticamente. Los hombres que embarcaron eran como él, incluso algunos de ellos más jóvenes; llevaban en la cara grabada la desesperación y en su delgadez el hambre y la necesidad. Algunos de ellos miraban con temor, perseguidos por las autoridades. Cualquier delito, por leve que fuera, se pagaba con años de esclavitud en las colonias inglesas, siempre ávidas de carne humana.

Después de dieciséis días, zarparon rumbo a Dunkerque. Bordearon la península de Cornualles y se internaron en el Canal para realizar la travesía acostumbrada: La Hogue, Calais, Dunkerque. Quiso la mala fortuna que, durante la noche, se les aproximara más de lo conveniente un buque de guerra francés. La orden de Richard fue la de largar velas y salir corriendo. Con aquellos hombres a bordo resultaba imposible maniobrar y menos hacer frente a los cañones militares. Patrick era el que quedaba más cercano al buque francés y estos decidieron perseguirlo. Desde el alcázar hizo un cálculo sobre la velocidad que llevaban y pronto comprendió que no conseguirían escapar. Si le quedaba alguna duda, el disparo de un cañón y el surtidor de agua que levantó la bala por la aleta de babor, le mostró la cruda realidad. Peor armado que el buque de guerra, decidió hacerle frente. No sería la primera vez que, si ponían dificultades, los dejaban en paz, antes que arriesgarse a sufrir daños, sobre todo si se encontraban en alguna misión que requería prioridad.

Así que gritó la orden de combate y la marinería se aprestó a ocupar sus puestos tras las batayolas y los artilleros corrieron a desembragar los cañones mientras los grumetes salían de la santabárbara, que había abierto el condestable, con la pólvora. Los marineros de las jarcias, atentos a las órdenes del contramaestre, viraron la nave hasta presentar la banda de babor al buque de guerra.

Patrick ordenó disparar la primera andanada al aparejo, pretendía ser un aviso. No quería víctimas que obligase a los militares a continuar en su empeño de apresarlos. No obstante, no obtuvo la respuesta deseada. El buque de guerra no se arredró y presentó batalla. La zabra de Brian disparó desde la otra banda, pero el francés respondió por ambas bandas dispuesto a

no dejarse abatir por unos corsarios con tan buena suerte que desarboló la nave de Brian, cuyo palo mayor se vino abajo. El asunto se había puesto serio, pero Patrick conocía las leyes y, si lo atrapaban, acabaría amarrado a un banco de una galera y no estaba dispuesto a terminar de esa forma sus días. Ordenó una andanada con mayor puntería, pero la potencia de los cañones del buque de guerra se dejó sentir cuando perforaron la línea de flotación de la zabra. La única solución era que la mayor parte de ellos escaparan en las chalupas. Ordenó botarlas y se llenaron con los hombres que cargaban como pasajeros, necesarios para Richard y su asiento con el rey. Al frente de cada chalupa, puso a un hombre de mar y les deseó suerte. Él y la tripulación quedaron en el barco a la espera de que los apresaran. Pero ese día estaba de la mano de Dios que nada saliera como había planeado. Los franceses, viendo que la nave se hundía y que no podían escapar, se lanzaron en persecución de las chalupas y los abandonaron a su suerte. Vislumbró que Brian había realizado la misma operación con la esperanza de que, con varias chalupas en el mar, los franceses tuvieran que renunciar a alguna captura. Inmediatamente ordenó improvisar una balsa para alejarse de la trampa mortal. En poco más de media hora, dejaban la nave por la banda que quedaba oculta a los franceses que ya habían abordado la primera chalupa. Con unos remos improvisados se separaron del casco y remaron hacia la costa francesa. En el barco dieron la alarma en cuanto los divisaron, pero para entonces se encontraban cercanos a los bancos arenosos que impedirían a una nave de tanto calado rebasarlos. Desde la balsa, Patrick divisaba el cambio de color del agua a causa de la escasa profundidad.

Mientras tanto, más al norte, la fragata de Richard aguardaba al paio a una distancia prudencial. Patrick mantuvo la balsa cercana a los arenales y remaron hacia el norte al encuentro de la nave de Richard. Por delante de ellos, en otra balsa remaban perfectamente sincronizados Brian y sus hombres. Los franceses, ocupados persiguiendo las chalupas, desistieron de seguir las balsas que se escudaban en los bajíos.

Agotados, abarloadon en la banda de estribor, por donde les echaron la escala para ascender a cubierta. Richard estaba de un humor de perros, por lo que Patrick guardó silencio mientras se desahogaba con toda clase de

improperios y maldiciones. Había perdido dos naves y ciento setenta hombres. Comprendía que el hombre lo pagara con Brian y con él.

En Dunkerque el juicio de presa falló a favor de Pronovil. Ante el desastre sufrido, aguardaron a cobrar para conseguir otra nave. La pasividad de Patrick llamó la atención y una noche, sentados a la mesa de una taberna, Richard lo abordó.

—¿Os dais por vencido? ¿No pensáis armar otro barco?

—Ya me están construyendo uno en Guarnizo —alzó las cejas su superior y amigo, y continuó—: mi nave estaba vieja y, tarde o temprano, me daría problemas.

—Sí, es cierto. Yo también voy a renovar la flota. No sé lo que conseguirá por aquí Brian, pero está claro que debemos armarnos mejor si pretendemos continuar en el negocio y conservar el pellejo. Normalmente, los capitanes encuentran problemas para reunir una tripulación decente; nosotros tenemos tripulación, pero nos faltan barcos. ¡Qué ironía!

—A nadie le gusta la vida en el mar, a no ser que esté obligado a ello: mala paga, peor comida y riesgo de morir ahogado o encadenado en el banco de una galera.

—Dicho así, no suena bien; sin embargo, no creo que os haya ido tan mal a vos. Ya sé que no es asunto mío, pero me pregunto qué hacéis con el dinero: no buscáis prebendas, no habéis formado familia y os limitáis a armar un solo barco.

—Aguardo mi momento —eludió Patrick—. He cumplido veintitrés años, vos sois bastante mayor que yo y tampoco os habéis casado.

—Estáis en lo cierto y me pesa. No dejéis que pase vuestra juventud sumida en la tristeza. Os he observado y últimamente tendéis a la melancolía. Una buena mujer disiparía esas brumas que os amenazan.

Patrick se retiró a la habitación que había alquilado con las palabras de Richard agitando su mente. Desde el encuentro con la duquesa, sin habérselo propuesto, de forma inconsciente, había dejado de frecuentar los prostíbulos. Ya no le bastaba el desahogo sexual, necesitaba amor, cariño, compañía. A lo mejor esa sería una buena solución para olvidar a la duquesa. Debía creerlo para salir del agujero en el que había caído.

El invierno se dejaba sentir en una latitud tan alta, los días eran muy cortos y las noches muy largas y aburridas sin una ocupación. Patrick se echó a la calle para aprovechar el día, ya que no llovía. El paseo era lo único que calmaba la angustia que lo atenazaba. Al pasar frente a una librería, tuvo una inspiración. Entró y adquirió un cuaderno con tapas de cuero perfectamente trabajadas, un juego de plumas, tintero y secante. Aquellas compras convirtieron ese día en un hito. Regresó a la pensión, exigió una mesa para la habitación y se dispuso a escribir, una costumbre de los años de estudiante que había perdido y ahora retomaba. El cuaderno sería su confidente, su amigo, en el que volcaría sus alegrías, sus frustraciones, su amor inalcanzable. Aliviaría las penas al dejarlas escritas, como si fuera un acto mágico y, al trazar las palabras, quedasen así apresadas sobre el papel y lo liberaran a él, para que lo dejaran seguir adelante con su vida.

En febrero, Brian consiguió una fragata de ochenta toneladas con dos años de navegación. Patrick embarcó con él como cabo de presa hasta que adquiriera su propio barco. La tripulación y los hombres que se salvaron se repartieron entre los dos barcos. En ese tiempo les llegó la noticia de que los irlandeses apresados por los franceses habían sido condenados a galeras. Richard maldijo a los galos. Dejaron Dunkerque con los ciento veintisiete hombres que les habían quedado rumbo a La Coruña.

En invierno, el Canal no mostraba su cara amable. La mayor parte el día se hallaba sumido en la niebla, las aguas se picaban y rizaban con el viento que soplaba constante. La navegación se volvía peligrosa porque las corrientes empujaban a las embarcaciones despistadas en la bruma hacia los bancos que se formaban frente a la costa francesa. Había que ser muy buen navegante para aventurarse en esos meses, pero Richard Pronovil lo era, uno de los mejores. A golpe de campana mantenían la comunicación entre las naves y avanzaban con las velas bajas y los masteleros aferrados, pendientes de los sondeos y del color de las aguas. Por la noche buscaban cobijo en alguna rada despoblada y con la guardia redoblada, pues seguir la línea de costa era muy arriesgado ya que se podían encontrar con naves militares que patrullaban en defensa de los puertos. De esta forma se tropezaron literalmente con tres pequeños navíos de cabotaje que se

desplazaban a Saint Nazaire, en la desembocadura del Loire. La sorpresa fue por ambas partes, pero la capacidad de reacción estuvo de parte de los irlandeses.

Se hallaban tan cerca que con las culebrinas de proa fue suficiente para intimidar a los pobres marineros. Botaron las chalupas al agua y Patrick comandó una de ellas como cabo de presa. Los franceses, temerosos de que se ejerciera la violencia con ellos, colaboraron desde el principio y les echaron la escala. Patrick ascendió y saludó al capitán en el idioma galo. Patrick se mostró amable con la gente sencilla y les permitió abandonar el barco con sus enseres personales. Mientras bajaban a los botes, de entre la niebla surgió una pequeña nao. A Patrick se le erizaron los pelos cuando oyó el toque de zafarrancho del nuevo participante. Aunque la mayor parte de la tripulación francesa ya se encontraba embarcada, un recorrido por la cubierta de la nave le confirmó que carecía de medios de defensa. Era una nave costera que recalaba en todos los puertos, trayendo y llevando pequeñas mercancías. Brian debió intuir algo porque presentó batalla a la nao y, sin pensárselo dos veces, le envió una andanada directa al casco. Patrick observó el agujero de una de las balas de cañón que penetró por la amura de babor, haciendo saltar astillas por todas partes, reventando una de las piezas de artillería de la cubierta y creando el caos entre la marinería. Los gritos y los juramentos se oyeron aumentados a través de la niebla en la que intentaba refugiarse para lamer sus heridas, pero Brian se cebó con otra andanada al aparejo que la dejó a la deriva. Desapareció entre los celajes de la bruma y, al poco, el crujir de las cuadernas los avisó de que había embarrancado en uno de los arenales que se alineaban a la costa.

Patrick azuzó a los últimos tripulantes galos y se apresuró a poner la nave rumbo al sur, al igual que los otros cabos de presa que habían ocupado las otras dos naves. Se hallaban en una situación comprometida: demasiado cerca de la costa con tres barcos indefensos. En cuanto los marineros tocaran tierra, darían la voz de alarma. Un hombre a caballo podía recorrer mucho más rápido por tierra la distancia que les separaba con cualquier puerto del sur que dispusiera de una nave de guerra y salir en su persecución.

Richard debió de haberle leído el pensamiento porque, en cuanto los bajíos se lo permitieron, se adentró en mar abierto. Afortunadamente, en el golfo de Vizcaya, el tiempo se presentó despejado y los vientos bonancibles. Las dos fragatas redujeron la marcha para escoltarlos, conscientes de las dificultades que afrontaban unas naves viejas y limitadas al cabotaje.

Arribaron a San Sebastián, pues llegar hasta La Coruña, con semejante rémora, era impensable. Por los barcos seguramente no sacarían mucho en una subasta, pues daban por cosa hecha que nadie pagaría un rescate por ellas; pero las cargas si resultaron sustanciosas: vinos franceses, cereal, toneles de nueva fábrica y sal. Los productos típicos que se llevan de un puerto a otro cuyas mercancías son muy rentables para los corsarios.

A causa del juicio de presa, la subasta de las naves y la venta de la carga, pasaron casi un mes en el puerto. Patrick alquiló una habitación en la misma pensión que había recomendado a don José Manuel. Estaba situada cerca del muelle y lo suficientemente apartada del jaleo nocturno, era limpia y daban bien de comer porque estaba regentada por mujeres, una viuda de un cabo corsario y sus dos hijas, lo que era una ventaja a los ojos de Patrick, pues la viuda, cansada de las ausencias de su marido, no animaba a las hijas a relacionarse con marinos y Patrick se movía a sus anchas sin el acoso de las mujeres de las que, en muchas ocasiones, era objeto. Sin embargo, no sucedió lo mismo con don José Manuel, quien ya estaba encariñado con una de ellas, como averiguó el día que compartieron mesa para cenar.

—Han sido muy amables conmigo desde el primer día —comentó el abogado—. Teníais razón, es una pensión muy agradable. No penséis que soy tan tonto como para no haberme dado cuenta de los avances de las muchachas, acuciadas por la madre. En cuanto dije a qué me dedicaba, se deshacían en sonrisas y don José Manuel por aquí y don José Manuel por allá. Pero en algún momento formaré una familia, el cuerpo me pide el disfrute tranquilo de una mujer. No soy hombre de burdel ni de saltar de cama en cama.

—Os comprendo. Yo tampoco soy de los que disfrutan de una mujer en cada puerto, sin embargo, no me decido a crear una familia con una

profesión como la mía.

—Mi estancia en San Sebastián me ha permitido informarme de los entresijos del ejercicio de corso, incluso ya he participado en varios juicios de presa. Un tema apasionante. También se escucha lo que comentan los cabos y las tripulaciones. Pronovil es un corsario muy activo y con mucha suerte.

—Cierto, aunque lo de la suerte, según como se vea. Hemos perdido muchos hombres en la travesía de Irlanda a Dunkerque y dos barcos, uno de ellos el mío.

—Sí, pero no os amilanáis. Habéis regresado con tres capturas. Sois un hombre prudente, luego habréis reunido una fortuna importante. ¿Por qué habéis cedido vuestra parte como armador?

—¿Es una pregunta personal o de parte del duque de Maqueda?

—Personal. El duque, tened la certeza, habrá investigado por su cuenta. Y os recuerdo que no trabajo para el duque, sino para el armador.

—¡Ah, sí! El misterioso armador.

—El barco está listo, aunque falto de equipamiento.

—Por cierto, ¿os informasteis del tipo de embarcación?

—Sí, incluso me desplazé hasta allí para dejar constancia de que andábamos pendientes de su fábrica: es una fragata de ochenta toneladas.

Patrick silbó con admiración.

—Juega fuerte vuestro armador. Estaré encantado con una nave así, y nueva. Ya imagino la velocidad, la maniobrabilidad. ¡Vaya una sorpresa!

—Os noto ilusionado —sonrió el joven abogado contagiado.

—Es una joya para un corsario. Pienso en los cañones con los que la armaré. ¿Hay límite en el gasto?

—No, que yo sepa; pero tened en cuenta que el armador deseará obtener beneficios que justifiquen la inversión —indicó el abogado, deseoso de retomar la conversación sobre los beneficios.

—Los beneficios. ¿Qué habéis escuchado acerca de ellos?

—Los verdaderos beneficiados son los armadores, de ahí que me sorprenda que perdáis vuestro puesto como armador; los cabos y las tripulaciones obtienen unos réditos sustanciosos, pero bastante reducidos en comparación. Lo que más llamó mi atención fue la renuencia de la

tripulación a salir al mar una vez cobraba la presa. Viven en tierra hasta que se les acaba el dinero y entonces embarcan de nuevo. Excepto Pronovil.

—Somos exiliados, no tenemos familia ni tierra donde vivir. Algunos de los nuestros, cuando han reunido una cantidad, regresan a Irlanda y abren un negocio para mantener a la familia. Pero esos son solo los que no están buscados por la autoridades.

—Lo siento de veras —dijo don José Manuel con sinceridad—. Si puedo ayudaros, no dudéis en decírmelo.

—Igual, sí. Es algo que vengo barruntando desde hace meses, pero es ilegal.

—¿Cómo de ilegal?

—Muy ilegal, pero con un margen mínimo de que nos apresen por ello.

—Desembuchad, se me ha debido adherir el ambiente corsario del puerto.

Patrick rio con ganas. Le caía bien el abogado.

—Una doble identidad —ante el alzamiento de cejas de don José Manuel, prosiguió—: quiero ser español. ¿Os habéis enterado de lo que le ha sucedido a Cristian Echevarría?

—Él es bretón, vos sois irlandés y bien recibido en este país. No estáis en la misma situación.

—¿Por cuánto tiempo? No puedo regresar a Irlanda, ya no es mi país por mucho que me duela. Tampoco soy español.

—Comprendo vuestra angustia. Es desagradable ser un exiliado —simpatizó don José Manuel—. Todo el mundo os conoce por irlandés y el acento os delataría.

—Ya lo había pensado. La cuestión sería la siguiente: no quiero ser un corsario toda mi vida. Como muy bien habéis deducido, he reunido una gran suma que me permitirá comprar una buena casa con alguna granja que me proporcione una pequeña renta para mantenerla. He calculado que, en cinco años más, reuniría una cantidad similar para retirarme. Esa es la razón por la que no quiero armar un barco, pues me supondría mis ahorros para la casa. Sin embargo, no me decido. Tengo miedo a que confisquen mis propiedades por mi extranjería.

5

Madrid, abril de 1636.

Leonor descendió del carruaje para enfrentarse a la realidad. La acompañaban su suegra y su hijo de dos años y medio junto con la niñera. En otro coche viajaban las damas de compañía y una camarera. Aguardó a que la buena señora bajara y le ofreció el brazo al que se aferró como un náufrago.

—¡Dios mío, Leonor! —Invocó la señora desolada—. No sé si seré capaz de enfrentarme al mundo. Un marido y un hijo en tan corto tiempo es más de lo que puedo soportar.

—Ánimo, doña Clara. El Señor guiará nuestros pasos y fortalecerá nuestro corazón para afrontar la vida.

—Han sido muchos años junto al duque. ¡Y un hijo! Una madre no debería sobrevivir a un hijo.

Había sido un invierno muy duro. A su regreso de La Coruña, su marido se resfrió y, lejos de superarlo, le llegaron las calenturas. La alarma cundió cuando su excelencia el duque cayó enfermo del mismo mal. Inmediatamente, ordenó a su mujer y a su nuera que abandonaran el palacete junto con el nieto, heredero del título. No les quedó más remedio que dejarlos solos en manos de los físicos y de los criados, tal fue el empecinamiento del duque. Así que partieron a una finca que poseían en Extremadura, donde pasaron varios meses hasta que les anunciaron la muerte del duque primero y, una semana después, la de su hijo.

Regresaban las dos vestidas de luto riguroso para las exequias de padre e hijo, después de que oreasen la casa, la limpiasen y quemasen las ropas de

cama. Su hijo, Pedro, como su padre, era ahora el VI duque de Alvarado y Grande de España, como había sido el deseo de su abuelo, quien se dio cuenta de la importancia de preservar su vida para la casa ducal. Leonor le agradecía mentalmente esa deferencia con su hijo. Comprendía la aflicción de doña Clara, se volvería loca si perdiera al suyo.

Entraron en el palacete familiar y en el vestíbulo las aguardaba el conde de Trujillo, segundo hijo de doña Clara y militar de profesión. Su difunto padre había comprado el grado de capitán y estaba destinado en Flandes.

—Madre.

Se aproximó y cogió de las manos a su madre y las besó, luego se dirigió a ella y con una inclinación de cabeza le dio el pésame.

—Lamento vuestra pérdida.

—Que también es vuestra —respondió Leonor con una inclinación de cabeza.

En el entretanto, los criados se ocupaban de descargar el equipaje que llegaba en una carreta y la niñera se llevó al niño para asearlo y acostarlo.

—Estoy demasiado cansada del viaje, si no os importa nos veremos mañana. ¿Dónde se encuentran? —preguntó doña Clara.

—En el salón principal —contestó don Hernando—. Han sido amortajados y han encendido los cirios. Los féretros descansan sobre un catafalco.

—Mañana, a primera hora, los visitaré. Hoy no me siento con fuerzas.

—Le diré a doña María que me avise para hacerlo juntas —se ofreció Leonor.

—Gracias. Siempre preocupada por mí; soy una carga para vos que también pasáis por una situación difícil. Sois muy amable.

Leonor se retiró para acompañar a su suegra y se despidió con una inclinación de cabeza del conde.

Los días que duraron las exequias, a las que asistieron los reyes y personas de la alta nobleza, pasaron lentos, agobiantes por el ceremonial desplegado, tan tristes que Leonor se vio al borde de la depresión. Lamentaba la muerte de su marido, sentía la pérdida de un compañero, pero se obligaba a fingir una tristeza que no experimentaba como su suegra. Se consideró insensible porque el pecho no se le rasgaba como a doña Clara,

porque dormía con el sueño de los benditos, porque padecía hambre fingiendo la pérdida del apetito, porque lloraba sin sufrimiento. Seguir las pautas de doña Clara supuso un esfuerzo que casi le arrebató las fuerzas para continuar viviendo. Luego la preocupación de que el traje negro presentara la sencillez del luto, pero que reflejara la riqueza de un Grande de España, a la altura de los reyes. El guardainfantes era más moderado que el de su majestad y la seda negra estaba ribeteada en oro, cerrado hasta el cuello y rematado por una discreta gorguera de encaje de Brujas.

Durante las primeras semanas, don Hernando compartió la vivienda con ellas, comprensivo y atento con su madre y solícito con ella. Pasado un tiempo prudencial, se presentó el administrador de la casa ducal para arreglar la cuestión de la sucesión. Se reunieron en el comedor y se sentaron alrededor de la mesa para atender las indicaciones del administrador y escuchar las últimas voluntades del duque.

A su esposa le devolvía la dote aportada al matrimonio y una renta vitalicia a cargo del patrimonio ducal; a su hijo don Hernando, otra renta de menor cuantía y unos pura sangre de sus establos, después unos óbolos para diferentes conventos de la ciudad en los que celebrarían unas misas por su alma y la de su hijo. Finalmente, en su nieto recaía el título y el patrimonio de la casa ducal y a ella, su madre, la nombraba administradora de los bienes durante la minoría de edad.

—¿Y de mí, como tutor de mi sobrino, no dice nada? —preguntó don Hernando cortésmente.

Pero Leonor reconoció la voz contenida de la ira. A su cuñado no le había sentado bien que se le excluyera como administrador del patrimonio. En más de una ocasión había oído a su suegro hablar en términos poco halagadores de don Hernando, comparándolo con la medida y el buen discernimiento del heredero.

—No. Su excelencia el duque me explicó que confiaba en la capacidad de doña Leonor para resolver los problemas que pudieran surgir, como había comprobado durante la corta convivencia con ella. La consideraba un apoyo y una buena confidente de su marido.

Leonor vislumbró la réplica que murió en los labios apretados del conde y aquello la puso en sobre aviso: es más perjudicial lo que no se dice que lo

que se pronuncia, decía su padre.

Cuando su suegra y su cuñado abandonaron el comedor, ella concertó una entrevista con el abogado y administrador para ponerse al día de los ingresos, los gastos y las inversiones. Luego ya decidiría cómo procedería para dejarle a su hijo un patrimonio saneado.

El aprendizaje en la administración le ofreció la excusa para salir de la casa sumida en el riguroso luto, además de la distracción que supuso una mejora de su ánimo.

La llegada de su padre, que se encontraba en San Sebastián en las actividades como armador, alivió su soledad. Tras presentar sus condolencias a doña Clara, lo recibió en su salón privado.

—Lamento de veras no haber estado a vuestro lado en circunstancias tan difíciles. Estáis muy pálida.

—No es necesario que os disculpéis conmigo, padre. Lo peor ha pasado. Mi suegro ha dejado los intereses del ducado en mis manos, así como la tutoría de mi hijo.

—Ya lo imaginaba por algo que deslizó tu esposo en La Coruña sin darse cuenta —reveló el duque de Maqueda.

—La administración no me preocupa, es más, me ha salvado de la compañía agobiante de doña Clara, quien me arrastraba a un duelo sin final. Quien me inquieta es el conde de Trujillo.

—Es natural el estado de doña Clara —se mostró compresivo el duque —: ha perdido un hijo. Ten por cierto que su dolor es más por el hijo que por el marido. Y al conde no le han gustado las disposiciones de su padre que lo alejan de los asuntos de la casa ducal.

—Sois muy inteligente —se admiró Leonor de la percepción de su padre.

—Te agradezco el halago, pero es cuestión de lógica. Eres muy joven para comprender las pasiones que mueven a las personas. Conoces mi desconfianza, porque en muchas ocasiones me has reprendido por ello. En lo que se refiere a ti pongo mi mayor celo. He investigado al conde de Trujillo. Allá en Flandes, no destaca por cualidades propias de su rango. Tu marido era el día y su hermano la noche. El duque era consciente de la

diferencia, por eso le ha negado la participación en la administración del ducado.

—¿Intentará algo para perjudicarme? —inquirió inquieta.

—A ti, no. Tu hijo es lo único que se interpone en su camino.

—¡Pero es un niño! —exclamó alarmada.

—Más a su favor. Muchos niños mueren sin alcanzar la mayoría de edad. Son débiles ante las enfermedades y los accidentes. Tranquilízate, es demasiado prematuro para que intente algo. El mes que viene, como se encuentra libre de obligaciones en el ducado, debe incorporarse a su tercio en Flandes, la campaña de verano está a punto de comenzar y son necesarios todos los efectivos.

—Sí que estáis informado.

—En cuanto me llegó la noticia del fallecimiento de tu esposo, fue mi primer movimiento. Como verás, velo por ti en la distancia.

Leonor sonrió tiernamente a su padre al que se sentía muy unida.

—Contadme cómo va mi inversión, eso me distraerá del duelo que me rodea.

—Cuando dejé San Sebastián, el barco estaba a punto de dejar Guarnizo, equipado por el cabo y con la tripulación a bordo. Tu administrador iba a recibir su bautizo en el mar, aunque ignoro su destino. Pronovil se mueve a su aire, no tiene puerto fijo por lo que es difícil seguirlo en sus correrías. Controlarás tus ganancias solo y exclusivamente por los juicios de presa, donde tu administrador estará presente para evaluar tu parte del botín.

—Resulta refrescante oírlos hablar de corsarios y botines, suena a aventura, peligro, con cierto halo de ilegalidad.

—Todo es perfectamente legal y consentido por nuestra majestad. ¿En qué concepto me tienes? —El duque simuló enojo.

—En uno muy bueno, puesto que sigo vuestros pasos —replicó con una sonrisa y el duque sonrió a su vez, orgulloso de su respuesta—. Me dijisteis que es hijo de don Francisco. ¿No será demasiado joven?

—Te aseguro que está muy preparado y que es espabilado. En caso contrario, no le habría confiado tus intereses. Te visitará para darte cuenta del estado de las cuentas y las previsiones de presas, así como su impresión

sobre el cabo y la tripulación. De esta manera lo conocerás y podrás juzgar por ti misma. Nos deben mucho, es un servidor de confianza que te será necesario si el conde de Trujillo intenta algo para controlar el ducado. No olvides que todo el servicio de la casa lo ha visto crecer.

—Lo he comprobado estos días, pero si debe regresar a Flandes procuraré ganármelos durante su ausencia.

—Aun así, hay lealtades inquebrantables.

—Lo tendré en cuenta.

Su padre prolongó la estancia en Madrid una semana, aunque Leonor no lo volvió a ver hasta el día de la despedida. A partir de entonces, el duelo de la casa la acorraló con la presencia de doña Clara, que vagaba como un alma en pena por las estancias del palacio. El conde de Trujillo anunció su partida a Flandes y Leonor mostró, como una consumada actriz, una pena que estaba muy lejos de sentir. Se unió a las palabras de desolación de su suegra, que destilaban la triste condición en la que quedaban sumidas ante la desaparición de todos los hombres de la familia, y le rogaron reiteradamente que se guardara de valentías en el campo de batalla, pues les era necesaria su presencia para seguir adelante con sus vidas.

Doña Clara se encerró en su habitación de la que solo salía para acudir a misa, momento en el que Leonor la acompañaba. Después, se perdía en los asuntos de la administración con el abogado, o bien salía al parque del Buen Retiro con la excusa de que el niño debía correr para crecer sano y fuerte.

La primavera había llegado a Madrid y el calor comenzaba a apretar, aunque la temperatura se mantenía dentro de lo soportable. Las vistosas flores de los macizos invitaban a la vida y, una vez superada la angustia y la preocupación de esos meses atrás, se planteaba el futuro.

Era libre. Había cumplido con su obligación y había proporcionado un heredero a la casa Alvarado. Nada la obligaba a contraer matrimonio de nuevo, a pesar de su juventud, ni lo deseaba. Los recuerdos de la breve entrevista con el irlandés en la pequeña playa gallega habían regresado, ocupando las noches con alocados pensamientos en los que reinaba la voluptuosidad y la concupiscencia. Según los dictámenes de la Iglesia debía confesar los pecados contra el sexto mandamiento, pero una extraña reticencia la frenaba. En lo más profundo de su ser guardaba la convicción

de que no había nada impuro en esos sueños, en esos deseos. No los generaba una pasión baja, ella no era de esas. La educación que le había proporcionado su padre estaba libre de sacerdotes timoratos, había leído a los clásicos latinos, la había enseñado a razonar, a ser realista, a distinguir lo humano de lo divino y a no mezclarlo.

El duque de Maqueda era un hombre temeroso de Dios, pero no de los hombres ni de la Inquisición de la que se guardaba. No ignoraba que era criticado por el resto de la nobleza porque armaba abiertamente buques corsarios, otros lo hacían a escondidas, como ella, pero sobre todo porque lo envidiaban, porque era un hombre con la suficiente capacidad como para generar una fortuna con la que mantener el ducado, porque servía al rey y no era un parásito en la Corte en busca de mercedes o de un lucrativo cargo en las Indias Occidentales; no debía nada a nadie ni pedía favores, más bien se los debían a él, y eso convierte a la persona en impopular.

Leonor lo sabía porque lo había escuchado en los pasillos de palacio, en palabras susurradas a su espalda, en conversaciones sorprendidas. A ella, duquesa de Alvarado, la amparaba el título y nadie osaba criticar a su padre en su presencia. Las damas la requerían para entrar en el círculo de la reina. Adivinaba el interés, la falsedad, la distancia y la envidia de mujeres mediocres. No contaba con amigas verdaderas, ya que viajaba con su padre de un lado a otro de soltera y, una vez casada, las intrigas y los intereses mediaban antes que la amistad sincera. No lo echaba en falta de forma consciente, pero acentuaba su soledad.

La última semana de mayo fue particularmente calurosa, lo que le llevó a plantear a Doña Clara dónde pasarían el verano.

—No me encuentro con fuerzas para emprender un viaje, además me alejaría de mis obligaciones para con los difuntos. He encargado nuevas misas por sus almas.

—Me dejáis en una posición desventajosa, excelencia —se quejó Leonor visiblemente afectada.

—¡Oh, no! Sois joven y os debéis a vuestro hijo. Disfrutadlo mientras podáis. La vida, como habéis comprobado, puede ser más corta de lo habitual. Organizad vuestra vida sin contar con esta vieja. Yo estaré

ocupada con las misas y las visitas al panteón familiar. Ya he vivido mi tiempo, ahora solo me resta aguardar a que Dios me reclame junto a Él.

—Negros pensamientos os rodean y eso no es sano —reconvino Leonor amablemente.

Leonor, liberada de la compañía de su suegra, comenzó a plantearse el futuro más inmediato: el verano. En su auxilio recibió la visita anuncia por su padre del joven y secreto administrador.

Don José Manuel era un joven dos años mayor que ella, de buena presencia, rasgos correctos, moreno y ojos vivaces, que reflejaban la inteligencia despierta de la que hacía gala su padre. Le agradaron las maneras corteses y las explicaciones sencillas y llanas.

—Estoy seguro, excelencia, de que el negocio será muy rentable —informaba don José Manuel—. En el puerto de San Sebastián se habla muy bien del armador Pronovil y el cabo que sirve a su excelencia es una persona honrada a carta cabal.

—¿Cómo es? —se interesó Leonor.

—Mayor que yo, aunque joven. Cuando lo conocí en Ribadeo me pareció un hombre abierto, bien cultivado. Luego nos reunimos en San Sebastián, regresaba de Dunkerque con tres nuevas presas. Debo señalaros, excelencia, que regresan con presas en todas las salidas que realizan. A Pronovil lo apodan el afortunado. También es cierto que arriesga y se hace a la mar constantemente.

—La fortuna se labra, no llega sola.

—Efectivamente, no lo habría expresado mejor que su excelencia.

—¿Conocéis el nombre del cabo que se ocupa de mi nave?

—Por supuesto, uno de tanto nombres impronunciables. He tenido el honor de acompañar en el viaje de inauguración a esos hombres. La lengua que hablan no es inglés, sino una jerga peculiar que llaman gaélico, es una lengua muy antigua, como el vascuence. Sus nombres suenan de una forma en inglés y de otra en irlandés. De todas formas lo he apuntado —y le alargó un pliego.

Leonor leyó «Patrick O'Duinn». El nombre le dijo todo y el corazón saltó esperanzado, el apellido nada, tal y como le adelantó el administrador.

—Patrick —murmuró sin darse cuenta.

—Así es, un nombre muy común entre ellos. Es el nombre del santo que convirtió en católica Irlanda y que con un golpe del báculo en el suelo desterró a todas las serpientes de la isla. —Don José Manuel se sonrió—. Al menos es lo que cuentan ellos. Gustan mucho de las historias fantásticas, es una delicia escucharlos.

—Entonces, hay más de un Patrick —afirmó más que preguntar, al tiempo que sus esperanzas fenecían.

—Así es, excelencia.

Leonor suspiró, apartó la ocasional visión de su irlandés, y se centró en un futuro más apremiante.

—Me encuentro en un pequeño dilema. Conocéis mi estado de viudedad reciente. El calor me agobia y me urge escapar de los rigores estivales de la Villa. Me gusta el fresco del norte, pero desearía que mi estancia pasara desapercibida. Vos que viajáis por allí ¿podríais alquilar en vuestro nombre una casa apartada? No busquéis algo demasiado lujoso, reitero mi deseo de pasar inadvertida.

—No será difícil satisfacer vuestra encomienda, pues son numerosas las casas de hidalgos que pueblan el norte. Os enviaré aviso en cuanto la localice y contrate el servicio.

—No será necesario el servicio, ya que delatarían mi condición. La casa la quiero vacía. Me trasladaré con mi servicio. Serán cuatro personas, además de la niñera y mi dama de compañía.

—Como sea vuestro deseo, excelencia.

OceanofPDF.com

6

Ribadesella, mayo de 1636.

Patrick adelantó su partida de San Sebastián. Quedó con Richard en Guarnizo, donde él ya tendría equipado el barco. Viajó en un coche de pasajeros junto con el administrador y abogado, don José Manuel. Se alojaron en una fonda en el pueblo, en la que se hospedaban los armadores y más gente de paso relacionada con las atarazanas.

Don José Manuel demostró su valía al allanarle la documentación y las negociaciones en la adquisición de pertrechos, como velas, ampolleta, astrolabio y otros instrumentos para navegar, además del armamento necesario para ejercer el corso: quince cañones y ocho pedreros, todo a costa del armador. A su cuidado quedaron los mosquetes, arcabuces y hachas de asalto, pues se consideraba como personal y no parte del equipamiento.

La fragata era una nave de borda más baja que la nao, de tres palos, el mayor y el mesana más próximos, y el bauprés con cebadera. Era ligera y veloz, como la zabra, pero de mayor eslora.

Patrick disfrutó revisando el acabado, equipándola, contagió su alegría al abogado que le seguía los pasos escuchando las explicaciones. Con un barco así era capaz de enfrentarse al mundo.

La última semana de abril, las naves de Richard y Brian recalaron en la bahía santanderina con la tripulación de Patrick. La flota de Pronovil se componía en esos momentos de tres fragatas: una de noventa toneladas y las otras dos de ochenta. Entre las tres naves contaban con treinta y seis cañones, veinticuatro pedreros y una tripulación de ciento veintiséis

irlandeses. Una fuerza nada despreciable. Le presentó al abogado, como persona que lo había ayudado en los trámites y gestiones, y silenció el asunto del armador.

Al cabo de una semana, zarparon hacia La Coruña. Patrick convenció a don José Manuel para que los acompañara y recibiera su bautizo en el mar. Un abogado, que se iba a instalar en la costa y que iba a participar en juicios de presa, debía conocer, al menos, el medio y los métodos de primera mano. Ese argumento lo decidió a embarcar, pero con tal mala fortuna que, a la altura de Llanes, el mar comenzó a rizarse y don José Manuel cobró el color pálido y la frente perlada propia de los mareados. El estómago no retuvo la comida y, sentado en el alcázar sobre unas maromas adujadas, soportó estoicamente el despiadado vaivén. Por si fuera poco, el cielo en el horizonte, hacia el oeste, tomó un color plomizo que anunciaba tormenta. La costa en aquella parte se mostraba hosca, con altos acantilados y escollos rocosos que se adentraban en el mar. La única posibilidad que les quedaba era Ribadesella, con los problemas de calado que entrañaba acceder a la ría, que formaba un pequeño estuario en el que podrían guarecerse.

Richard, con un sexto sentido desarrollado por la experiencia, decidió entrar en la villa a pesar de las dificultades, antes que permitir que un temporal destrozara la flota. La tripulación se aprestó sobre la jarcia de labor. El contramaestre dio orden de cazar las escotas de babor y largar de estribor, para que las velas cambiaran la toma del viento y la nave virase hacia la boca de la ría del Sella. En los pescantes de las amuras y de las aletas situó grumetes para sondear el fondo y vigilar las rompientes y los cambios de color del agua. Según se aproximaban, los muchachos comenzaron las cantinelas sobre brazas. Patrick se hallaba pendiente de la nave de Brian, quien sería el primero en rebasar la barra de limo que depositaba el río en sus crecidas en la desembocadura. Richard y él quedaron al paio observando la operación. Brian botó las dos chalupas al agua para que examinaran la barra. Afortunadamente, se encontraban en la pleamar. El viento, que arreciaba por momentos, le hacía llegar el chapaleo de los remos. Navegando tan solo con la mayor y la latina para embocar la nave, seguía a las chalupas por donde le indicaban. Brian pasó y las

chalupas aguantaron el mar arbolado para señalar la zona más profunda a la nave de Richard, que era la más pesada de las tres.

—Pues sí que es complicado entrar en un puerto —comentó a su lado don José Manuel, cuyo color de piel había tornado al verdoso.

—En algunos, por eso Ribadesella no es un puerto donde recalen los barcos de cierto tonelaje. —Patrick se volvió para otear el oeste—. Creo que nos vamos a mojar. ¿Veis aquella veladura debajo de las negras nubes? Es agua y se aproxima con rapidez empujada por el viento. El mar se encrespará más.

—¡Más todavía! ¡El Cielo me ampare! —gimió don José Manuel.

—Para entonces estaremos al abrigo de la ría.

En cuanto vio que Richard pasaba la barra sin tropiezo, dio orden de comenzar la maniobra de aproximación. La crecida de las olas falseaba la profundidad, los remeros de las chalupas comenzaron a mostrar su cansancio al tratar de mantenerse en un punto fijo, donde las corrientes eran más fuertes de lo habitual. Patrick, a pesar de los inconvenientes, consiguió enderezar la nave y abocarla correctamente. Indicó a las chalupas que se internaran en la ría delante de él. Calculó que, si Richard había librado, la probabilidad de él era mayor. Los grumetes habían pasado de gritar brazas a gritar pies. Los marineros que no eran necesarios en la maniobra se asomaban por las bordas y ayudaban a los grumetes. La tensión dio paso al alivio cuando los grumetes volvieron a gritar brazas. Habían pasado la barra y se encontraban frente a una playa que les obligaba a virar a babor y bordearla. Frente al puntal, en la otra orilla, se situaba el pueblo de Ribadesella. Destacaba sobre el conjunto de casas humildes una muralla y una iglesia, única defensa de la villa frente a los corsarios.

Protegidos de los vientos cantábricos por un peñón, cuya cima coronaba una ermita, y por el puntal de arena que los defendía de los embates del mar, a falta de muelle, fondearon en medio de la amplia ría. Echaron las anclas de ambas amuras y la nave borneó amarrado a ellas hasta que quedó en dirección de la corriente de la marea que comenzaba a retirarse. Para cuando concluyó la maniobra, Richard había embarcado en una chalupa y se aproximaba a la playa más cercana al pueblo.

—¿Y ahora qué? —preguntó don José Manuel.

—Richard se entrevistará con las autoridades y solicitará asilo durante el temporal. Aguardaremos el desenlace.

—Bueno, por lo menos aquí no se mueve tanto, aunque ya da igual. Me siento muy enfermo —explicó, aferrado a la borda de babor que miraba a la villa.

—Entrad en el camarote —invitó Patrick compadecido—. Comienza a llover.

Caía la noche cuando Richard envió invitación de desembarcar a los cabos y cabos de presa, el resto permanecería en las naves hasta nuevo aviso.

Patrick botó la chalupa con cuatro marineros a los remos y bajó con don José Manuel y Colm, su cabo de presa. En cuanto se sentaron, los marineros fijaron los remos a los escálamos y soltaron la amarra que los mantenía abarloados a la nave. La ría estaba revuelta a causa del aumento de caudal por la lluvia y por el viento tan fuerte que soplaba; no obstante, se quedaba en nada si se comparaba con las olas de cinco metros que había originado el temporal en mar abierto. En la playa coincidieron con el desembarco de Brian y Sean, su cabo de presa. Tuvieron que saltar al agua con las bolsas de la muda sobre la cabeza, aunque les dio igual pues ya estaban calados hasta los huesos, y las chalupas se retiraron de regreso a los barcos.

Un chico, que los aguardaba, los condujo hasta una taberna que alquilaba un par de habitaciones. Patrick compartió la suya con Colm y don José Manuel. Se cambiaron las ropas mojadas, se secaron, se peinaron y bajaron a cenar algo caliente. Se hallaban en la sobremesa cuando se presentó Richard.

—Es un pueblo de pescadores —informó—. Me alojo en casa de un comerciante. La familia más importante tiene la concesión real de alfolí. Viven de las ballenas y de los salmones.

—Hemos visto el cabrestante en la playa para izarlas de la cola —corroboró Patrick— y los secaderos. ¿A qué viene tanto interés?

—Hay regidor y justicia, además sufren el acoso de los corsarios franceses —añadió Richard—. No disponemos de un puerto base y este me parece idóneo. Las presas, en un tribunal de nuestra hechura, serían admitidas como buenas.

—¿Hablas de instalarnos aquí? —intervino Brian incrédulo—. Dejará de haber puertos más importantes.

—Con tribunales más severos —alegó Richard—. No hay nada decidido, pero pasaremos una semana aquí, mientras amaina el temporal. Buscaré mañana la forma de desembarcar a los muchachos. Me han invitado a pasar la noche en la casa donde he cenado.

Richard se fue y ellos se quedaron elucubrando sobre la posibilidad de quedarse.

—La ría tiene un buen calado con marea alta y está muy bien protegida de los temporales —aventuró Patrick.

—Pasar la barra no ha sido ningún juego —objetó Brian.

—Se puede balizar. Mañana a la luz del día recorreremos la costa y las inmediaciones. Estudiaremos la propuesta y luego decidiremos.

Durante la noche llovió torrencialmente y amaneció un día gris, ventoso y frío, aunque la lluvia ofreció un descanso. Richard habló con el corregidor que ofreció para la tripulación un barracón vacío que conservaban para estos casos. Patrick, junto con el abogado y los otros cabos, inspeccionó los alrededores: el pueblo se encontraba en un rincón de la ría al abrigo de un montículo que lo separaba del mar abierto. En el extremo de la loma habían levantado una ermita que miraba tanto al mar como a la ría, desde allí se hicieron una idea de la situación del puerto.

—¡Es fantástico! —gritó Patrick para que lo oyeran por encima del viento.

—¡Sí que lo es, siempre y cuando podamos solventar el problema de la barra! —Corroboró Brian alzando la voz también.

—¡Y que quieran recibiros sus habitantes! —matizó don José Manuel.

—¡Si a Richard le interesa, lo conseguirá! —confirmó Patrick, con fe ciega.

Cuando bajaron de la ermita, comenzó a chispear por lo que apresuraron el paso hacia la taberna. Transcurrieron los días examinando la costa, hablando con los vecinos, recorriendo la barra a golpe de remo, sondeando los fondos y cartografiando la información recogida.

Don José Manuel, al comprobar que el asunto prosperaba, decidió que había llegado el momento de presentarse a la persona para la que trabajaba

e informarle sobre la inversión; y así lo entendió Patrick, quien acordó, en caso de que el abogado no hubiera regresado antes de que zarpara, dejarle instrucciones.

Una de las razones por las que Richard había planteado residir en esa villa resultó totalmente ajena a las posibilidades que ofrecía el puerto: se había enamorado de la hija del comerciante que lo había alojado.

Patrick y Brian no cabían en sí de la sorpresa cuando les anunció su deseo de casarse.

—¿Lo has pensado bien? ¿En tan pocos días? —cuestionó Patrick.

—Ha sido un flechazo, aunque no lo entenderás hasta que no te suceda lo mismo —replicó Richard—. Necesito echar raíces, llevo muchos años errando como un vagabundo. Ser de un sitio ya que no puedo regresar a mi patria.

Patrick comprendía muy bien a su amigo porque era exactamente como se sentía él, con la salvedad de que la mujer que ocupaba su corazón era inalcanzable. El volcar los sentimientos sobre el papel había liberado la angustia, pero no por ello había dejado de amar, no era libre y lejos de parecerle una dulce esclavitud, las cadenas comenzaban a pesarle porque condicionaban su vida. Era joven y no había perdido la esperanza de enamorarse de una mujer a su alcance, aunque en esos momentos no vislumbrara el momento. Por lo tanto, se alegraba de que Richard hubiera encontrado la mujer adecuada para él y deseara formar una familia, nada extraño en un irlandés.

—Nos alegramos por ti —Patrick incluyó a Brian sin consultarlo—. A los hombres les vendrá bien instalarse en un lugar. Hemos dejado a algunos desperdigados por los puertos del litoral cantábrico.

—La población parece acogedora y el clima es muy similar al de Irlanda. Más de uno se alegrará al conocer la noticia —se unió Brian al deseo general.

—Hablaré con el corregidor de Asturias. Creo que será fácil llegar a un acuerdo y que nos permita adquirir propiedades para asentarnos.

Mientras Richard concertaba los términos para asentarse en el pueblo con las autoridades pertinentes, Patrick se dedicó a pasear en solitario por los altos que rodeaban la rada del Sella. Cruzó el río en la barca que ofrecía

ese servicio a los lugareños; recorrió el puntal arenoso que protegía el pueblo de los embates del mar abierto y escondía una pequeña ermita muy coqueta; subió a lo alto de la loma desde la que se divisaba el pueblo y la ermita de enfrente, sobre el montículo al otro lado de la ría; se internó hacia el interior de lo que los vecinos llamaban Sebreño, un caserío desperdigado y dedicado a la ganadería.

Deambulando por el monte, se encontró con una antigua casa fabricada en piedra y rodeada de un alto muro. La rodeó hasta localizar la entrada: un gran arco de piedra con un portalón de madera maciza que impedía la visión del interior. Desde fuera, solo se alcanzaba a ver la última planta y el tejado.

—No vive nadie —dijo una voz detrás de él.

Se volvió y un hombre mayor con un cesto de hierba a la espalda lo miraba con curiosidad.

—¿Un noble que vive en la Corte? —aventuró.

—¿Sois uno de esos extranjeros que han llegado en los barcos? —El acento lo había denunciado, así que asintió—. No hay muchos nobles por aquí. Pertenecía a una antigua familia que se enriqueció con el monopolio de sal, pero el último de ellos murió sin descendencia. Desde entonces está deshabitada.

Patrick conversó un rato con el viejo sobre la gente de la zona sin mostrar mucho interés por la casa, aunque le destrozaba la ansiedad por conocer más sobre ella y sus moradores. Se despidió pensando que era, más o menos, lo que buscaba: un sitio apartado, recogido y bien construido, una casa de calidad sin mostrar ostentación. Ya que había sido expulsado de su patria y sufría mal de amores, rogó a Dios que le concediera esa satisfacción a su maltratada existencia.

Pronovil prometió limpiar la costa de corsarios franceses y las autoridades facilitaron el asentamiento de los hombres. Mientras tanto, Richard avanzaba en la seducción de la dama que había escogido para formar una familia. Salieron a explorar con detalle la costa hacia el este y se enfrentaron con un largo y hosco acantilado que no ofrecía puntos de desembarco hasta Llanes. Navegaron hacia el oeste y la costa de mostró igual de abrupta y desapacible. Examinaron las escasas playas que favorecían un pequeño resguardo en verano, ya que en medio de un

temporal podían convertirse en trampas mortales para las naves, pues los escollos eran una constante con aquella tierra tan alta que se adentraba en el mar.

Regresaron del reconocimiento y Patrick encontró a don José Manuel que lo aguardaba en la playa donde se ubicaba el despiece de ballenas.

—¿Es cierto que vais a fijar aquí vuestra residencia? —inquirió e inició un paseo por la playa, lejos de los oídos de los demás.

—Parece ser que sí. Pronovil ha encontrado una mujer que le interesa y es correspondido por la dama. A los hombres les ha entusiasmado el plan.

—¿Y a vos?

—Me parece un sitio discreto para echar el ancla. He encontrado una casa que se ajusta a mis planes. Me han dicho que está deshabitada porque el dueño ha fallecido sin herederos. Sin embargo, no he iniciado ningún movimiento porque no quiero que se me relacione con ello. ¿Lo haríais por mí?

—¿Os referís a aquello de la doble identidad? ¿Qué nombre elegiríais? Procurad que se parezca fonéticamente.

—Podríamos dejar Patricio y el apellido: Oduin, Odín, Odán, Odón...

—Odón se ajusta más a vuestro propósito —interrumpió el abogado—. No seréis el primer extranjero que castellaniza el nombre.

—Patricio Odón —repitió Patrick para acostumbrarse a la pronunciación.

—Bien, don Patricio. Realizaré las gestiones pertinentes para conocer el estado actual de la propiedad y ya os informaré.

Durante los siguientes días ambos estuvieron ocupados en sus asuntos, incluso don José Manuel viajó a Oviedo y, a su vuelta, le entregó las llaves de la casa.

—Pertenece a una viuda que necesita más el dinero que la casa. Había tratado de venderla pero a nadie le ha interesado un sitio tan apartado de cualquier núcleo urbano de importancia. Me ha cedido las llaves y hemos acordado un precio si os decidís a comprarla.

Por la tarde, cruzaron el río y se encaminaron a la zona alta sobre la playa, que se extendía desde el puntal arenoso, frente a la entrada del mar abierto, hasta la loma que cerraba la rada a su izquierda, y se introdujeron

cerca de un kilómetro y medio en el interior. Ante el portón de madera macizo, la expectación de Patrick llegó a su punto álgido y se movía con impaciencia. El abogado abrió la puerta tras probar varias de las llaves que colgaban del aro. Accedieron a un camino de losas de piedra que conducía derecho a la puerta principal de la casa. El jardín se mostraba muy descuidado, los árboles necesitados de una poda, ramas caídas por doquier, así como hojarasca acumulada y la hierba muy alta. Pero le gustó, dentro del perímetro amurallado resultaba espacioso y había un pozo de grandes dimensiones. La casa era sólida, tal y como había apercibido desde el exterior, fabricada en piedra, con un buen grosor de muros que sustentaban tres plantas cuadradas. Una doble arcada protegía la puerta orientada al sur. En la planta baja, las ventanas estaban protegidas por rejas de hierro forjado, en la segunda planta, las ventanas llegaban al suelo y un pequeño balcón semicircular las adornaba, y en la última planta las ventanas eran cuadradas. Las esquinas del edificio se hallaban rematadas con sillares más grandes. Se acercaron a la puerta principal protegida por la arcada y flanqueada por dos poyos de piedra adosados a la pared, sobre uno de los cuales había una hornacina con una Virgen, y la abrieron. El interior estaba oscuro. Don José Manuel, muy previsor, sacó un cabo de vela del bolsillo y Patrick la encendió frotando los dos pedernales que llevaba consigo. Según iban recorriendo la casa, abrieron las ventanas para permitir el paso de la luz y el aire. Una capa de polvo cubría los muebles y los suelos. La ropa de la casa se había echado a perder por la humedad y los bichos, al igual que los tapices que colgaban de las paredes, pero los muebles se conservaban en buen estado.

—Contrataré mujeres en el pueblo; unas cuántas monedas por unos días de limpieza serán bienvenidas.

—Que hagan una hoguera con todas las sábanas, tapices y ropa del difunto, que no dejen un lienzo —ordenó Patrick—. Cuando terminen, me pasará de nuevo y haremos un listado de lo que sea necesario adquirir para hacerlo habitable.

—¿Os trasladaréis aquí?

—No, seguiré residiendo en Ribadesella. No quiero que se me relacione con este sitio por el momento. Más adelante, ya veremos. Envía el dinero a

esa mujer. ¿Conocía la casa?

—No. Me parece que ha cometido un error por no desplazarse a evaluar personalmente la propiedad. Se ha limitado a juzgarla por lo apartada que se encontraba.

—Error que me beneficia.

Patrick emprendió el regreso muy ilusionado. Por el camino no dejó de hacer planes y el abogado lo escuchó pacientemente.

—Si no vais a ocuparla, ¿qué os parecería alquilarla en verano? Obtendríais un pequeño beneficio para comprar la ropa de la casa.

—Si no han querido comprarla, ¿quién va a alquilarla?

—Conozco una dama de la Corte que se ha quedado viuda recientemente y busca un lugar tranquilo donde pasar el verano con su hijo de corta edad.

Patrick evaluó los inconvenientes, que se reducían a que no podría disponer de la casa durante ese tiempo. No pensaba dormir en ella pero sí escaparse durante el día. Reuniría una biblioteca, escribiría y cultivaría una pequeña huerta al resguardo de los vientos. Sin embargo, en verano se encontraba más tiempo en el mar que en tierra y, tras el desembolso de la compra, cualquier ingreso sería bienvenido.

—De acuerdo.

OceanofPDF.com

Ribadesella, julio de 1636.

Hacía dos días que viajaban por las vueltas y revueltas de los verdes y boscosos montes. Habían avistado ciervos, eludido cabras y los habían asediado vacas. El pequeño Pedro, de tres años, era el que más disfrutaba del viaje después de un invierno encerrado en el palacete familiar. El sarpullido que había invadido la piel del niño había desaparecido y el frescor nocturno de las alturas les proporcionó un descanso relajado, sin los agobiantes sudores del calor madrileño.

Leonor notó el cambio de olores de la meseta al monte y, en la última etapa, reconoció el olor del yodo del cercano mar, tan familiar, tan ligado a su padre y a otra persona que anidaba en lo más profundo de su corazón. Para ella, ese viaje representaba la liberación del luto, de la tristeza que habitaba en la casa familiar, de las obligaciones de la protocolaria Corte, de los pesados vestidos y del guardainfantes tan molesto para moverse y sentarse. El administrador había alquilado la casa con su nombre para no dejar evidencia de la estancia de ella. Deseaba pasar desapercibida, pasear sin ser reconocida, no recibir molestas visitas ni acudir a aburridas reuniones. Ansiaba no ser nadie, recorrer los prados y las playas con la despreocupación de una persona sencilla. A sus dieciocho años, le pesaba la carga de la administración de una gran casa ducal, de unas obligaciones en la Corte a la altura de su rango, de la tutoría de su hijo, de la compañía de una mujer que había abandonado la vida voluntariamente, incapaz de remontar la muerte de un marido y de un hijo.

La detención del carruaje la sacó de sus reflexiones. Se encontraba ante una portalada de madera, rematada por un arco de piedra que se apoyaba sobre el muro que circunvalaba la casa. Don José Manuel había captado perfectamente su idea. El lacayo bajó del pescante y llamó. Tardaron un poco en abrir y cual no fue su sorpresa cuando reconoció al propio don José Manuel.

—Excelencia —saludó con una reverencia desde abajo—. Deberéis bajar aquí, pues los carruajes son demasiado grandes para traspasar el portón sin dificultad.

A una indicación de Leonor, los lacayos colocaron la escalera y abrieron la puerta del coche en el que viajaban doña María, Pedro con la niñera y ella; del otro coche se apresuraron a bajar la cocinera y dos criadas de casa de Maqueda. Todas eran personas de su confianza y asegurada lealtad. Había decidido seguir el consejo de su padre y se mostraba cautelosa en sus movimientos. Se había desplazado hasta León en los carruajes del ducado y, una vez allí, había alquilado otros con cochero y lacayo, enviando de regreso a los del ducado con la excusa de que su suegra podría necesitarlos. Detrás de los coches de caballos llegó la carreta que transportaba el equipaje.

—Habíais exigido discreción, así que decidí aguardaros personalmente. Ahora que habéis llegado recogeré mis cosas y me retiraré al pueblo.

—Os agradezco las molestias que os habéis tomado y os felicito porque me complace el lugar.

—No os apresuréis, todavía no habéis visto nada. A un kilómetro podéis disfrutar de unas maravillosas vistas sobre la desembocadura del río Sella y sobre el pueblo.

Leonor recorrió la casa con doña María, mientras escuchaban las explicaciones del administrador sobre la casa, los alrededores y la distancia a Ribadesella, donde las criadas podrían proveerse de los alimentos en el mercado que se celebraba los jueves. A ese efecto y a los posibles traslados a la villa para esparcimiento de la duquesa, había adquirido un pequeño carruaje de cuatro asientos y tirado por dos caballos.

—Es sencillo, sin la comodidad del carruaje de su excelencia, pero muy útil para desplazarse por un terreno tan abrupto y unas veredas tan húmedas

y encharcadas en ocasiones.

—Habéis pensado en todo, os lo agradezco.

Don José Manuel se despidió tras recoger las escasas pertenencias y dejarle la dirección en la que podría encontrarlo en el pueblo si surgía algún inconveniente. Aunque era tarde, todavía había luz. Los días, con el solsticio de verano tan cercano, eran muy largos. Mientras doña María dirigía a las criadas en la operación de instalarse, salió con Pedro a recorrer el jardín, aprovechando que todavía vestían las ropas de viaje. El jardín era lo suficientemente amplio como para admitir en un rincón apartado una pequeña parcela dedicada al cultivo de hortalizas. Lo dedujo por la tierra oscura y removida, aunque no había nada cultivado. Alrededor de la parcela habían trazado dos líneas perpendiculares con unos incipientes arbustos que la encerraban en un cuadrado junto al muro, de forma que en un futuro la huerta estaría oculta e independiente del resto del jardín. Además de eso, los árboles con los muñones frescos, los macizos de hortensias tan pequeños, la hierba recién segada, eran indicios de la reciente actividad en el jardín para ponerlo a punto. Su llegada había dejado inconclusa la huerta.

Pedro requirió su atención pues el niño, cansado de la obligada inactividad del carruaje, corría como un loco por el jardín y rodeaba los árboles fingiendo que montaba un caballo. Cuando doña María salió a buscarlo, ya caía la noche.

La cena fue frugal: queso y cecina con pan y fruta, todo ello acompañado de vino. La habitación principal, al igual que el resto de la casa, contaba con los muebles esenciales: una cama con una mesa para el candelabro; dos arcones, uno junto a la pared y otro a los pies de la cama que servía para sentarse a su vez; y una mesa con recado de escribir. Detrás de un biombo, se escondía la silla con el orinal y un palanganero. Sobre las paredes se detectaba la falta de tapices y cuadros que habían dejado el cerco delator.

No había preguntado sobre su dueño al administrador, pero aquellos detalles evidenciaban una reciente ocupación y una reforma apresurada. Doña María acudió a ayudarla a desvestirse en cuanto acabó de organizar el servicio.

—En un par de días la casa funcionará con el orden deseado. Mañana temprano partirán los carruajes de regreso a León, las mujeres bajarán a Ribadesella al mercado y encenderán la lumbre. La casa está reluciente. Yo creo que la han reformado por algunos detalles que he apreciado.

—Yo he llegado a la misma conclusión —dijo Leonor, desatando los alamares de la cotilla mientras doña María extendía el vestido sobre uno de los arcones—. El mobiliario es un poco justo y carece de detalles personales que nos hablen sobre el dueño. No obstante, me agrada el lugar.

—Os agradecería un establo con tal de alejaros de Madrid, excelencia —bromeó doña María contagiada de su alegría.

—Es una verdad a medias. Mañana, en ausencia del servicio, daremos el paseo que nos recomendó don José Manuel y entonces confirmaré mi impresión. No sé por qué, pero me gusta el mar.

—¿El mar o cierto irlandés que navega por él? —apuntó doña María.

—Ya me reprendiste por aquella entrevista, doña María. ¿A qué viene traerlo a la conversación?

—¿Creéis que no me he dado cuenta? Llevo muchos años a vuestro servicio, excelencia, os he visto crecer, florecer como mujer. En vuestros momentos más negros os colgáis la caracola como si de un talismán se tratase.

—No se te escapa nada; sin embargo, no lo has mencionado hasta ahora.

—Mi obligación es llamaros a la prudencia; a partir de ahí, excelencia, sois mujer y viuda, tenéis edad y cordura de sobra para actuar correctamente, aunque de vez en cuando cometáis una locura. ¿Qué sería la vida si no fuera así?

—Eres una bendición, como mi padre. En la Corte he conocido algunos padres que no dejan respirar a sus hijas o esposos que no permiten ningún esparcimiento a sus mujeres. Estoy satisfecha, dentro de lo que cabe.

—Muy afortunada, no tentéis al Cielo. Buenas noches tengáis —deseó doña María y abandonó la habitación.

La mañana siguiente amaneció con el cielo despejado, de un azul intenso, tan profundo, que levantó el ánimo de Leonor, aunque no hacía falta mucho para eso ya que estaba predispuesta a vivir el sueño de la invisibilidad, del incógnito. Se puso un vestido gris perla sencillo, el color

del alivio. Había confeccionado varios sin brocados ni tejidos en oro para pasar desapercibida y prescindió del armazón en la falda para caminar por el campo con más comodidad. Cuando se quedaron solas, emprendieron su aventura en compañía de Pedro y de la niñera, Emilia.

Se sentía como una niña en una travesura, más liviana, menos seria. La niñera empujaba el coche de Pedro, que movía la cabeza en todas direcciones admirando los interminables prados, escuchando los pájaros y los grillos, saboreando sus propios puños. Al rato se asomaron a la desembocadura del Sella que trazaba una pronunciada curva para esquivar un puntal arenoso antes de adentrarse en el mar. El pueblo quedaba en la orilla de enfrente, a sus pies se extendía una playa sobre la que rompían las olas que llegaban del mar abierto. Descendieron por la ladera con el niño de la mano para que fuera más fácil manejar el coche, cruzaron un brazo de agua por un puente de madera y se internaron en las dunas. Leonor se sentó en un tronco y se quitó los chapines y las medias.

—¿¿Qué hacéis, excelencia?! —preguntó escandalizada doña María.

—Ponerme cómoda. ¡Oh! ¡Qué sensación tan agradable pisar la arena! Os invito a que sigáis mi ejemplo —indicó a Emilia y a doña María.

La niñera no se hizo de rogar ante el asombro de doña María, a quien no le quedó otro remedio que hacer lo mismo. Con el parasol en una mano y el calzado en otra, se encaminaron hacia la orilla, disfrutando de la sensación de los pies sobre la arena caliente y el contraste de la arena húmeda y fría. Leonor se remangó las faldas y esperó a que le alcanzase la ola: aquello supuso la mayor transgresión a su civilizado y encorsetado mundo. Echó a andar de esa guisa en paralelo a la playa y la niñera y doña María con el niño la seguían por la arena seca. Chapoteó un rato en el agua, deteniéndose de vez en cuando a recoger una concha aquí, un caracolillo allá, aunque sus favoritas eran unas irregulares de tonos irisados, entre gris perlado y rosa, que resultaron muy quebradizas. Cansada de sujetarse la pesada falda, salió del agua e iniciaron el regreso. En el puente se lavó los pies de la arena y se calzó. El ascenso costó más que la bajada por lo empinado. Leonor se ocupó de Pedro mientras que las otras dos mujeres luchaban con el coche.

Una vez arriba se sentaron a descansar y a contemplar la vista. El contraste de las verdes lomas con el mar azul resultaba precioso. Un mar

que presentaba diferentes tonalidades de azul según la profundidad del agua y, en la playa, orlado de espumas blancas. Leonor se enamoró del mar, quedó prendida de la playa, quiso fundirse con el infinito azul del cielo. Su sensibilidad llegó a tal extremo que los ojos se anegaron de lágrimas. Quería amar, necesita algo más que desconocía, algo que se le escapaba, se le escurría como la arena de la playa, como el agua del mar entre las piernas, algo imposible de asir pero que anhelaba para estar completa. Era tan fuerte ese sentimiento que la hacía vulnerable y sus deseos vagaban erráticos e impredecibles.

Bajó la vista al pañuelo en el que llevaba las conchas y lo desanudó. Pedro se acercó y cogió una con la que estuvo jugueteando. A ella le recordó su caracola y los ojos verdes del irlandés que se la regaló por una apuesta. Si cerraba los ojos, el olor a mar le recordaba a él, el cabello negro revuelto, los brazos morenos, el beso suave y cálido sobre la piel de su mano. Inconscientemente se acarició el dorso, intentando recuperar la sensación. Necesitaba amar, flotaba en el deseo, pero no un deseo cualquiera, no. Lo que sentía solo podía apaciguarlo un hombre en concreto.

El ruido de un estómago hambriento le recordó que no habían comido. El sol brillaba en lo alto implacable; sin embargo, la brisa del mar atemperaba los rayos y los convertía en una cálida caricia.

—Imagino que la comida ya estará lista. El paseo me ha abierto el apetito.

—Yo me comería un capón entero —declaró doña María.

El resto del día transcurrió plácidamente sentada en el jardín a la sombra de un roble, entretenida en uno de sus bordados, mientras Pedro correteaba bajo la vigilancia de la niñera. Leonor observó un rato a su hijo: indudablemente el niño crecía más sano en el campo, alejado de los malos olores y de los ruidos de la ciudad. Si salía bien ese verano, repetiría todos los veranos de su vida la experiencia.

El mes de julio transcurrió plácido. Un jueves bajaron doña María y ella en el pequeño carruaje a Ribadesella. Se vistió de luto y se tocó la cabeza con un sombrerillo con velo en el frente para evitar que la reconocieran, aunque el vestido era sencillo destacaba sobre los bastos y mal

confeccionados de la población de pescadores. Se pasearon entre los puestos comentando las mercaderías tan básicas que se ofrecían. Leonor se detuvo en uno de ellos, donde una joven bien parecida vendía semillas de hortalizas.

—¿Qué te parece si compramos algunas y las cultivamos en el recuadro que hay preparado para este menester en el jardín? —propuso Leonor.

—La pobre Feli tiene mucho trabajo como para ocuparse de la huerta también. Solo hemos traído tres sirvientes —objetó doña María.

—No pensaba en la cocinera, sino en mí. Necesito ocupar las horas en algo más que no sea bordar.

Doña María abrió los ojos como platos y su cara se mostró tan cómica que Leonor rio con ganas. Se acercaron al puesto y charlaron con la joven sobre las semillas que mejor rendirían en ese clima y sobre su cuidado. Adquirieron repollo, zanahoria, guisante y judía.

—¡Don José Manuel! Cuanto bueno por aquí —dijo la joven vendedora y Leonor se volvió hacia el administrador, quien inclinó levemente la cabeza como cortesía, pero no dio muestras de conocerlas.

—Buscaba a Herminio, el de las telas —informó a la joven.

—Hoy se ha puesto cerca de la iglesia, llegó pronto. ¿Qué sabe de nuestros amigos los irlandeses? Leonor aguzó el oído mientras aguardaba a que doña María terminara la compra de un cesto para transportar las semillas.

—Nada. Sabéis tan bien como yo que hasta que no regresen a puerto es imposible obtener noticias.

—Las fiestas de Nuestra Señora de Guía comienzan mañana, se les echará en falta.

—En general o a uno en particular —provocó don José Manuel.

La moza se mostró tímida y arrebolada antes de contestar.

—En general —mintió con una sonrisa que delataba lo contrario.

—Las señoras no son del lugar —inicio la conversación con Leonor, dejando a la joven de lado—. Permitidme que les indique que Nuestra Señora de Guía es la patrona de los marineros de esta villa. Allí —señaló el monte que los separaba del mar abierto— se erige una ermita en su honor. El domingo se dirá una misa solemne en la que se recordarán los nombres

de los que perdieron la vida en el mar este año y se elevarán preces por los vivos.

—Hemos alquilado una casa para pasar el verano —explicó Leonor ante la expectación de la joven, quien no disimulaba que escuchaba la conversación—. Os agradezco la información. Acudiremos a una fiesta tan señalada e importante. Mencionasteis un puesto de telas.

—Si os interesa, acompañadme y os conduciré.

Doña María, desconcertada, meneaba la cabeza de un lado a otro cargando el cesto con los semilleros. Leonor sonrió bajo el velo, divertida por la comedia que desarrollaba con el administrador.

—Así que se espera a los irlandeses en este puerto, de ahí vuestra presencia —comentó durante el camino, como si fuera un tema para rellenar la conversación.

—Se refugiaron aquí durante un temporal esta primavera, Pronovil se enamoró de la hija de un comerciante y ha decidido establecer en la villa su base. He adquirido una casa a una viuda que se ha trasladado a vivir con unos familiares a otra población en nombre de uno de los cabos y me trasladaré a vivir allí. Ahora me ocupo de muchos de los asuntos de estos corsarios que desconocen las costumbres, y procuro allanarles el camino con las autoridades y las compra-ventas. He localizado a una mujer que cose y borda y voy a comprar tela para confeccionar ropa de casa.

—Se me hace extraño que un hombre se ocupe de menesteres reservados a las mujeres.

—Si os hubierais embarcado en alguna ocasión, habríais descubierto que son muy habilidosos con la aguja, con la cocina, con la limpieza. El marino es un hombre diferente.

—Deduzco que mi barco se encuentra en este puerto —susurró Leonor en un momento en que se encontraron solos.

—Así es, pero desconozco cuando recalará. Si os encontráis aquí, os enviaré aviso.

Llegaron al puesto de las telas que se encontraba apartado para que no se manchara el género con las inmundicias de los otros puestos. Aguardaron en silencio a que unas mujeres escogieran para sus vestidos y don José Manuel le cedió la vez. Doña María no salía de su asombro cuando adquirió

un montón de varas de lienzo de hilo. Leonor agradeció la discreción que mostró ante el administrador al guardar silencio sobre su parecer, pero la escuchó en el carruaje durante el regreso.

—¿Os habéis vuelto loca? ¿A qué ha venido ese dispendio?

—La casa adolece de lienzos para asearse, las sábanas son las justas y poco finas, comemos directamente sobre la mesa.

—¿Y a vos qué os va y qué os viene?

—Me encuentro a gusto en este sitio. Quiero regresar el verano que viene. ¿Has visto cómo ha progresado Pedro desde que pasa más tiempo al aire libre? Ha sido un invierno duro para un niño de tan corta edad, encerrado con tanto luto y rodeado de tristeza.

—Aun así, me parece una locura —dictaminó doña María.

Acudieron a la misa de la ermita y tuvieron que escucharla de pie, apretujadas entre la gente que había acudido a rezar por los suyos. Doña María ya no decía nada, solo emitía un suspiro fuerte cuando algo le disgustaba o no le parecía apropiado. Leonor rezó fervorosamente por su irlandés, preguntándose si seguiría en el mundo de los vivos. No se atrevía a abordar al administrador, pues una pregunta tan directa levantaría conjeturas sobre cómo conocía el nombre y el porqué del interés. Callaba y aguardaba a que su nombre surgiera en alguna conversación.

Los días transcurrieron más rápidamente desde que empezó a coser sábanas, a bordar embozos y lienzos para el aseo con la ayuda de doña María. La huerta fue un proyecto divertido, aunque dudaba de los resultados. Feli, la cocinera, resultó una fuente de información inagotable y, de vez en cuando, se acercaba a supervisar la labor: por la mañana, con el fresco de la amanecida, limpiaba de bichos y malas hierbas, removía y escarbaba; al atardecer regaba. Aprendió a valorar tanto el sol como la lluvia y la llenaba de satisfacción la idea de comer de su propio esfuerzo al finalizar el verano.

8

Ribadesella, agosto de 1636.

Una noche necesitó pliego para escribir unas anotaciones sobre la huerta. Cuando regresase a Madrid, consultaría la biblioteca de su marido para estudiar cómo combatir los bichos y mejorar la producción. La agricultura había supuesto un reto para ella, a la vez que la distraía de la soledad y del vacío que sentía. Necesitaba un proyecto, una meta.

Todo en aquella casa resultaba extraño, como que el escritorio se ubicara en la habitación, en lugar de dedicar un espacio para él en el salón o contemplar la idea de un despacho. Subió a su cuarto e inspeccionó el recado de escribir: la tinta se conservaba en buen estado, el arenero lleno y las plumas afiladas. El propietario era un hombre instruido ya que se hallaba en perfecto orden y preparado para el uso. Abrió el cajón en busca de un pliego y encontró un cuaderno encima de una resma de papel.

No era un trabajo español, el lomo de piel finamente trabajada presentaba cuatro nervios y la piel reforzaba las cuatro esquinas del cuaderno; el triángulo central estaba decorado con un papel de vivos colores entremezclados simulando eses, los cantos eran en oro. Era un cuaderno caro, al alcance de la nobleza o de un rico burgués. Lo abrió y comprobó que estaba escrito casi hasta la mitad. La letra era elegante, bien enlazada, por lo que el autor dominaba con soltura los trazos, y en otro idioma. Por las fechas al inicio de los párrafos dedujo que se trataba de un diario. Era el primer objeto personal del propietario que encontraba en la casa.

De pronto le invadió una gran curiosidad por saber lo que decía en esas líneas e inmediatamente se alegró de que no pudiera leerlas, pues hubiera

cometido una gran indiscreción. Acariciando las tapas del cuaderno, consideró que era una buena idea escribir un diario, un sitio donde verter las alegrías y frustraciones, y al minuto ponderó los aspectos negativos, entre ellos, la razón por la que se hallaba un cuaderno tan indiscreto en sus manos: el olvido o el extravío.

Pero nada le impedía escribir y luego quemarlo. Allí, lejos de Madrid, no temía las consecuencias de su acto, así que cada noche escribiría un par de párrafos sobre su estancia en Ribadesella: párrafos sueltos, sin fecha y sin firma.

Las noches se hicieron cortas para recuperar el cansancio del día, al revés de lo que le había sucedido en invierno. El desgaste físico e intelectual le abrieron el apetito; el trabajo en la huerta se acusó en las manos y los paseos colorearon la tez lechosa a pesar de la sombrilla, ya que, lejos de la Corte, no empleaba albayalde que la protegiera de la brisa. Pero nada de eso le importó, no aspiraba a contraer matrimonio de nuevo, si mantenía las formas y seguía en la Corte se debía a su hijo.

En la segunda semana de agosto, la llegada de cuatro naves corsarias francesas provocó un revuelo en la población. Desde lo alto de la loma que asomaba a la ría, asistieron a la entrada y fondeo de las naves. Las autoridades y los curiosos se acercaron a la playa pedregosa donde se encontraba el cobertizo con las calderas para obtener aceite de ballena. Las chalupas vararon y los hombres desembarcaron. A pesar de la distancia, distinguieron que algunos hombres eran prisioneros.

Como las dos criadas se hallaban ese día en el pueblo para abastecer la casa de alimento, recibieron las noticias de primera mano: Pronovil había apresado esas naves y las enviaba con varios de sus hombres al puerto para que las autoridades dispusieran de los franceses como creyeran conveniente; sobre los barcos decidiría a su regreso.

La ansiedad que había permanecido adormecida durante semanas despertó y se avivó ante la posibilidad de encontrarse de nuevo con su irlandés; sin embargo, pasaron las semanas sin vislumbrar los barcos de la flota de Pronovil. Se aproximaba el final del mes de agosto y deberían retornar a Madrid. La tristeza invadió paulatinamente a Leonor ante la decepción de no encontrarse de nuevo si seguía vivo, y ante la perspectiva

de incorporarse a la dinámica de la Corte y de la casa ducal. Dejó de escribir, pues no se sentía con fuerzas y se dedicó a releer lo escrito, que le permitió conocerse un poco más a sí misma. Los párrafos mezclaban los avances de la huerta con los pesares del corazón; los paseos por la zona con la visión desesperada de su futuro. Y realmente era así de confusa como se sentía, incapaz de remontar y tomar las riendas de su vida.

Comenzaron los preparativos de la marcha; solo faltaban unos días para que los carruajes de León regresaran a buscarlas. Una mañana, la brisa del mar trajo desde la ría el ruido de unos cañonazos. Con el alma en vilo, se miraron doña María y ella.

—¿Será un ataque? —La mera posibilidad le ponía los pelos de punta, pues se encontraban sin la protección de un hombre.

—En San Sebastián algunas naves celebraban la arribada con unas salvas —apuntó la posibilidad doña María.

—Es cierto. ¿Será el regreso de Pronovil?

—Menos mal que nuestro viaje es inminente. Vuestros ojos han recobrado el brillo que la tristeza os había arrebatado.

La buena de doña María la había sorprendido con la guardia baja. La llegada de don José Manuel la salvó de un interrogatorio.

—Excelencia, vengo a despediros ya que estos días estaré muy ocupado. Pronovil ha regresado y quiere subastar tres barcos: el mayor se lo quedará para engrosar la flota. Además, debo velar por vuestros intereses ya que habrá reparto de beneficios.

—¿Qué haremos con las llaves?

—Dejadlas en la hornacina de la Virgen. No hay problemas de robos en la zona y vendré enseguida a buscarlas. ¿Cuándo quedasteis con los cocheros?

—El último día del mes. Les prometí una prima si se presentaban puntualmente.

—Dentro de tres días. El pueblo festejará esta noche el regreso y la fortuna de Pronovil que ha limpiado la costa de corsarios. Podíais aprovechar para disfrutar de cierto esparcimiento antes de regresar a Madrid.

—¿No será peligroso con tanto marinero borracho?

—Será un placer acompañarlas. Los irlandeses me conocen y me respetan.

Leonor ordenó a una atónita doña María que se preparase para bajar a la villa. Ella se puso el vestido y el sombrero que acostumbraba a utilizar para evitar que la reconocieran. En esta ocasión, guio el pequeño carruaje don José Manuel. La impaciencia devoraba a Leonor, quien se exigía moderación y calma. Por el camino planteó al administrador la posibilidad de arrendar la casa el verano siguiente.

—Lo hablaré con el propietario y os lo comunicaré.

—No me escribáis al palacio ducal, sino a la casa de mi padre, tanto para cualquier comunicación como para enviarme el estado de cuentas.

Si a don José Manuel le pareció extraña la petición, no lo reflejó.

Llegaron a la villa que parecía que había sido tomada. Los vecinos se habían lanzado a la calle para contemplar las naves y para comentar los éxitos de los irlandeses. Oyeron música y siguieron a la gente que se arremolinaba en la plaza: sobre el catafalco, que habían construido para la subasta de los barcos, varios irlandeses bailaban al son de un violín y los vecinos asistían al espectáculo extasiados por la danza vertiginosa. Rígidos, con las manos a los lados del cuerpo saltaban sobre los pies con movimientos sorprendentes. A Leonor le recordaron las danzas vascas, pero el movimiento de pies y el zapateado no guardaban semejanza. El ritmo era vivo y animado y algunos lo seguían con el cuerpo. Se aproximaron todo lo que les permitieron los espectadores y a Leonor se le cortó la respiración cuando descubrió que su irlandés era uno de los danzantes: estaba vivo y bien vivo, rebosante de salud. Una sonrisa de alivio y de felicidad afloró secreta bajo el velo. Cuando la música cesó, sudorosos, se aprestaron a abandonar la tarima, entonces reconoció a la joven que le vendió las semillas en la mujer que se le colgó del cuello. El dolor del amor no correspondido le laceró el pecho. Iba a sugerir la retirada cuando el nombre de Patrick resonó en la plaza. Los irlandeses lo gritaban de forma rítmica y Patrick se deshizo del abrazo de la mujer para subir de nuevo a la palestra, hizo una exagerada reverencia al público que lo vitoreó y lo aplaudieron. Ante el asombro de Leonor, arrancó a cantar y se silenció la muchedumbre. Tenía una voz grave, cálida, envolvente. Algunos de los irlandeses se iban

uniendo al canto, serios y con los cinco sentidos en lo que cantaban. Le hubiera gustado conocer el idioma y saber qué decía para que aquellos hombres se emocionaran. Se dejó llevar por la melodía, por la voz de Patrick que la conducía hacia el sentimiento negado, enterrado sin haber vivido. De pronto se volvió a ella mientras cantaba, Leonor vislumbró el gesto interrogativo y le entró el miedo, recordó que llevaba el velo. La canción terminó y Patrick se inclinó ante los aplausos. Antes de que le pidieran otra, bajó del improvisado escenario, esquivó a la insistente joven y se dirigió hacia donde se encontraban.

—Creo que es muy tarde —se disculpó ante don José Manuel—. Doña María...

—Sí, sí, estábamos tan entretenidas que el tiempo ha pasado inadvertidamente. —Sin duda había advertido el peligro, pensó Leonor.

El administrador se quedó un poco perplejo ante la inesperada partida y tardó en reaccionar.

—Las acompañaré hasta la salida del pueblo, aunque es temprano para que tengan un mal tropiezo.

Hicieron el recorrido en silencio, ella perdida en su dolor, doña María guiando los caballos y atenta al camino. Llegaron a la casa ya de noche y una de las criadas salió para soltar los arreos y dejarlos libres. Leonor subió a su habitación seguida de doña María, quien la ayudó a desvestirse sin hacer un comentario y luego la dejó a solas con su desesperación, su amor no correspondido, el sueño de un imposible.

Se pasó una mano por la cara y la retiró mojada. Estaba llorando y no lo había notado porque era un llanto silencioso, lágrimas escapadas de una mirada seca, resignada con el destino que Dios le había reservado, inquebrantable, despiadado. Se sentó en el escritorio y sacó una nueva hoja de papel y escribió y escribió, vomitando su amargura por el amor imposible, confesando la alegría del reencuentro, ahogada por la tristeza de la pérdida. Sus sentimientos eran contrarios, como los deseos que albergaba y las obligaciones que la sometían.

Cuando terminó de escribir, echó la arena por encima y dejó caer el exceso en la bandeja que había para tal propósito. Reunió todos los escritos para quemarlos pero, como eran bastantes y se hallaba muy cansada

emocionalmente, decidió dejarlo para la mañana siguiente y los guardó en el cajón. En la cama no encontró la paz anhelada; por el contrario, la imagen de Patrick cobró fuerza, el canto resonaba en sus oídos tan fresco que parecía que todavía estuviera cantando. La joven vendedora, abrazada a su cuerpo, luchaba contra la imagen de él danzando: quería olvidarla, apartarla de un sueño en el que no era bien recibida. No estaba siendo justa. Leonor reconocía que Patrick tenía derecho a vivir su vida, comprendía que nunca había soñado con ella porque estaba casada y fuera de su alcance socialmente. Todo lo que su calenturienta mente generaba era locura, la locura de una mujer enamorada de un fantasma, porque no lo conocía, solo había cruzado cuatro palabras con él. Eran el agua y el aceite; podían juntarse, pero no mezclarse.

El sol de la mañana la despertó porque se le había olvidado correr la cortina del lecho. Ignoraba cuanto había dormido, aunque no debía de ser mucho. La almohada estaba empapada por el llanto mudo, pero el día aportaba la fuerza que desplazaba las angustias nocturnas y se levantó dispuesta a hacer frente a sus obligaciones y olvidar lo que nunca había existido.

Ocupó la mañana en recoger sus pertenencias y atender las preguntas del servicio sobre cómo debía quedar la casa. Después de comer, realizó el último paseo hasta el borde de la loma que daba sobre la desembocadura de la ría. Los tres barcos corsarios borneaban anclados en medio de la ría, parecían gigantes al lado de los barcos franceses, más moderados en sus medidas y de apariencia más ligera. Uno de ellos le pertenecía, el *San Patricio*, se lo enseñó el administrador desde el muelle la tarde anterior. Hasta el nombre del barco llevaba el nombre de su amor. Se llevó la mano al cuello y tocó la caracola, esa a la que se aferraba cuando necesitaba consuelo.

Los cocheros leoneses se presentaron en la fecha acordada, cargaron el equipaje en el carro, el servicio subió en uno de los coches y Leonor con su hijo compartieron el suyo con doña María y la niñera. Partieron hacia León, donde descansarían unos días, y luego a Madrid, en los coches del ducado enviados por doña Clara. Con el corazón roto, Leonor se repitió durante el camino que había obrado correctamente.

9

Ribadesella, septiembre de 1636.

Patrick se despertó con dolor de cabeza. Consiguió enfocar la vista en un techo desconocido, blanco, y no el color del bao de madera al que estaba acostumbrado. Tampoco oía el mar.

—Bienvenido al mundo de los vivos.

Reconoció la voz de don José Manuel y recordó que estaba en tierra. Giró la cabeza hacia su interlocutor que se hallaba sentado a la mesa, sumergido en un mar de papeles.

—Debió de ser una juerga impresionante porque no recuerdo haber bebido tanto.

—Eso es lo curioso, no lo hicisteis —replicó el abogado—. Estabais bailando y cantando cuando os dejé y, al rato, os encontré, como si estuvierais beodo, en brazos de una mujer que os arrastraba hacia su casa.

—Decís como si estuviera; no os comprendo.

—En tan breve tiempo y con el aguante que tenéis era imposible que llegaseis al estado en que os encontré. También llamó mi atención las palabras erráticas que pronunciabais; no eran las de un borracho, creedme, he asistido a muchos durante mi vida de estudiante en Salamanca.

—¿Y entonces qué me sucedió?

—Que caísteis en manos de una mujer manipuladora que os vertió algún tipo de alucinógeno en la bebida que os descompuso. ¿Sabéis lo que hubiera ocurrido si no llego a tiempo? Hoy estaríais prometido en matrimonio. La joven aseguraría que habíais mantenido relación carnal con ella bajo la promesa de matrimonio y os denunciaría ante el magistrado para que

cumplierais vuestra parte. El propio Pronovil os instaría a cumplir con vuestra palabra para mantener la paz y la buena voluntad de los vecinos para con todos vosotros. La mujer no ignoraba esto.

—Una cara tan bonita y una mente tan sucia. Os doy las gracias.

—Ha sido un placer. Manteneos alejado de esa víbora.

—Ahora recuerdo... ¿Quién era la mujer de luto que os acompañaba?

—Vuestra inquilina. Mañana recuperareis vuestra casa. Esta tarde Pronovil ha convocado a los cabos para informaros sobre las capturas. Estoy ultimando el informe.

—No os falta trabajo. ¿Y esta casa? No es el cuartucho de la taberna.

—Es la casa que me encargó comprar el señor Brian. Le he alquilado una habitación y el disfrute del salón. Aceptó encantado, así le cuido la posesión durante las ausencias.

—He ocupado vuestra cama.

—He dormido en el salón. Os aconsejo que le alquiléis la habitación que he reservado a vuestro nombre. Me adelanté; se las quitaban de las manos vuestros compañeros.

Patrick sonrió ante la previsión del abogado.

—Veláis por mí como una gallina clueca.

—Cuido los intereses de mi señor, sois el cabo de su buque; y me preocupo del bienestar de un amigo. Me mueve un doble motivo como podéis comprobar.

Patrick se levantó despacio, ordenando sus pensamientos, planificando el día: debía atender las necesidades del barco, limpiarlo, realizar las reparaciones pertinentes y dejarlo listo para zarpar en cuanto Richard lo ordenara. Y luego la reunión de la tarde. Se lavó en el palanganero y revisó la barba incipiente. Solo la llevaba si no le quedaba otro remedio, pero no le gustaba porque suponía aumentar los picores de los piojos. Había descubierto un medio para deshacerse de ellos y decidió ponerlo en práctica.

—Me voy al puntal de enfrente, luego estaré en el barco.

—Otro asunto más —le detuvo el abogado—. La viuda ha quedado satisfecha durante su estancia en la casa y me preguntó si se la alquilaríais de nuevo el verano que viene.

—Dichosas las mujeres que pueden planificar con tanta antelación. ¡Un año! ¿Dónde me encontraré dentro de un año? Si es que me encuentro en el mundo de los vivos. Decidle que sí —respondió, encogiéndose de hombros—. Y en cuanto a la habitación de aquí, indicadle cuál es al grumete que traiga mis cosas.

Patrick salió de la casa y se enfrentó a la luz del sol que lucía alto. Era un día despejado y él había perdido parte de la mañana. Renunció al baño en la playa y se acercó al muelle en busca del bote de su barco, a los que bautizaba con el mismo nombre que la nave: *San Patricio*. No tuvo que buscar mucho, la muchacha del día anterior lo aguardaba junto a él. Su mirada se enfrió y la furia irlandesa se adueñó de su ser. Aminoró el paso y resopló para aliviar la tensión.

—Buenos días, ¿qué tal os encontráis? Ayer por la tarde bebisteis mucho —explicó con una sonrisa que a Patrick se le antojó maléfica.

—No es eso lo que me han dicho los testigos —y enfatizó la palabra testigos—. Me puse enfermo y perdí el conocimiento en manos del abogado don José Manuel —también subrayó la palabra abogado—, quien asustado llamó al boticario —mintió descaradamente.

—Cuánto lo siento —se disculpó la muchacha pálida—. ¿Os encontráis mejor?

—Ya me veis —replicó Patrick lacónicamente.

—No estáis de humor para conversar, así que otro momento habrá —dijo la mujer precipitadamente.

—No deseo parecer descortés, pero no habrá otro momento. No sé qué idea se os habrá cruzado por la cabeza, pero no entra en mis planes formar una familia, así que olvidadlo.

La muchacha, de la que ignoraba el nombre, se alejó con el ceño fruncido ante su advertencia. Patrick remó hasta el barco y allí se olvidó de todo. Por la tarde acudió a la reunión en la que hablaron de cifras, beneficios y reparto; al final, Richard les sorprendió con la noticia de sus nupcias con la hija del burgués dedicado al comercio, lo que significaba que durante los próximos veinte días, por lo menos, no habría acción. Se alegró, pues así dispondría de tiempo para poner la casa a punto para el invierno.

A la mañana siguiente, quedó con el abogado para subir a la casa. Cruzaron la ría en el bote de Simón y ascendieron andando, ya que regresarían en el carruaje que había alquilado don José Manuel para la señora y había que devolverlo. Entraron en el jardín por el portón que no estaba trancado y encontraron las llaves en la hornacina de la Virgen, entre la arcada y la entrada de la casa.

Olía a limpio y bien ventilado, la lumbre de la cocina estaba bien apagada, aunque la piedra guardaba en calor del hogar. Sobre la mesa del salón encontraron una nota.

—Es para vos —dijo don José Manuel—. Os la leo.

—No es necesario. Sé leer y escribir en vuestro idioma.

El abogado mostró su sorpresa y le alargó la nota.

—En cuanto Richard conoció mi facilidad para el estudio, me animó a ello. Recordad que su principal función para la Corona es la de espía. También he aprendido en francés.

Patrick deslizó la vista sobre la pulcra y elegante letra. Informaba de la ropa que había elaborado durante su estancia, una pequeña colaboración para animarlo a permitirle repetir la estancia el verano siguiente; también se había tomado la licencia de cultivar la huerta.

—Vuestra viuda es una mujer muy activa: ha confeccionado ropa de cama y ha cultivado la huerta. Es imposible negarle el alquiler el año que viene, se lo ha ganado.

—¿De verdad? —inquirió don José Manuel intrigado.

—¿Qué os sorprende, amigo mío? —Patrick había detectado el estupor en su compañero.

—No sé —dudó—. La gente de calidad no suele ser muy desprendida ni atenta.

Habían subido a la segunda planta y revisaban el estado de las habitaciones. Patrick entró en la suya y silbó admirativamente.

—Pues vuestra viuda es sumamente generosa. —Don José Manuel asomó por la puerta desde otra habitación—. Todo está elaborado sobre hilo, mirad qué trabajo tiene este embozo y la almohada.

—La toalla del palanganero no se queda atrás —corroboró don Juan Manuel.

—Una abejita muy laboriosa o muy aburrida.

—Se me hace tarde —apremió el abogado nervioso—. He de devolver el carruaje y realizar las gestiones de Pronovil.

—Me quedará el resto del día. Nos vemos esta noche.

Se asomó a la ventana desde la que se divisaba el mar al fondo, de un azul más fuerte que el cielo con el que se fundía en el horizonte. Eran mejores las habitaciones que daban al sur, sobre la entrada, pero él prefería el norte porque estaba acostumbrado al viento y al frío. Oír el viento era vital, le recordaba que seguía entre los vivos. Se acercó al escritorio a recoger el diario que había olvidado la última vez que había estado allí. La casa invitaba al recogimiento, lo aislaba de la vida de corsario y le devolvía su vida de terrateniente. Abrió el cajón y se encontró un montón de papeles escritos, los sacó y recuperó el diario. Se fijó en ellos para dilucidar si los devolvía al cajón o si se deshacía de ellos, cuando reconoció la elegante letra de la nota del salón. Las primeras líneas lo atraparon y, sin proponérselo, leyó el primer pliego:

Hoy, como todos los días, me obligo a vivir, si es que se puede llamar vida cuando te falta el corazón, cuando estás vacía. Mi vida es un perpetuo duelo por un amor imposible, no creo que el negro sea el color adecuado para representar cómo me siento.

Luego relataba lo que había hecho durante el día, cómo la costura y la huerta ocupaban las horas distrayéndola de la imagen del amado. Describía el paisaje mezclándolo con el amor perdido, ella decía imposible, pero Patrick comprendía que era una palabra que implicaba el reconocimiento de la muerte de su marido. ¡Qué parecidos eran sus sentimientos! Eran un reflejo de los suyos. Se sintió ligado emocionalmente con la viuda, aunque su amada no había muerto pero, para el caso, era lo mismo. Cogió otro pliego:

La noche ha sido amable conmigo y me ha envuelto en recuerdos agradables de mi amado. Soñé que nos reuníamos de nuevo, que me hablaba y me miraba a los ojos. Sueños

intangibles, evanescentes, perdidos en la bruma en la que viven. A veces sus rasgos se me desdibujan, pero anoche eran fuertes, reales y me miraba y me besaba y sentí el calor de sus labios, tan cerca, tan lejos. Sueños de una loca, porque somos libres de soñar lo que deseamos sin atender a las consecuencias, a la sociedad o a los dictados de la Iglesia, solo Dios conoce nuestros secretos.

Era cierto, reconoció Patrick, la libertad de soñar no podrían arrebatársela. Comprendía muy bien a la mujer. ¡Cuánto amor destilaban sus palabras por el marido fallecido! En realidad, él también se encontraba de luto por un amor que no podía ser. Vestirse de negro no solucionaba nada, tal y como confesaba la viuda. ¡Cuánta pena! Otro de los pliegos era más alegre:

He descubierto que la huerta me produce un cansancio físico muy beneficioso, pues me permite conciliar el sueño, un sueño profundo sin sueños, dormir el sueño del olvido. Aunque también produce sinsabores. He encontrado una pareja de ratones que se alimentaba con mis zanahorias. Ya sé que son criaturas de Dios, pero las zanahorias son mías, que mi trabajo me han costado, así que me dispuse a echar a tan molestos vecinos. Cogí la pala y la bolsa de las semillas ya vacía e intenté acorralarlos para atraparlos. Lejos de eso, pasaron entre mis pies por debajo de mis faldas y lancé un grito que atrajo a la servidumbre. La cocinera persiguió a las desagradables criaturas ante las risas de mi hijo. Yo me moví para evitar que escaparan por mi parte, pero me la volvieron a jugar. Uno de los ratones trepó por mis faldas y llegó al corpiño. Doña María, cuando lo descubrió, sin pensárselo dos veces, le dio con la rama con la que los acosaba. Todavía me duele la espalda. Tras el descalabro, decidimos intentar otra forma.

Patrick, divertido e intrigado con el relato, buscó el desenlace, pero no lo encontró para su decepción. La luz de la ventana le recordó que la tarde

llegaba a su fin. Dejó los pliegos en el cajón y cogió su diario pero, una vez con él en la mano, pensó lo indiscretos que podían ser los escritos si caían en las manos inadecuadas. La viuda, al igual que él, se desahogaba y los había dejado olvidados. Su diario estaría a salvo allí, pues las personas que lo encontraran no sabrían leer o no conocerían el inglés. La viuda, quien seguramente habría tenido acceso a una educación, como mucho, conocería el francés. Lo devolvió a su sitio, junto a los pliegos. Su intención era la de pasar un rato todos los días en la casa, aunque durmiera en el pueblo.

Cerró la puerta y emprendió el regreso. Llegó a la casa de Brian y encontró a los hombres en el salón charlando mientras hacían tiempo para la cena. Se unió a ellos y discutieron sobre las reparaciones de los barcos, sobre la boda de Richard y la búsqueda de casas en las que instalarse para pasar las semanas que desembarcaran.

—Aquí podéis quedaros el tiempo que necesitéis —ofreció Brian—. Con el dinero que me pagáis por el alquiler, he contratado a dos mujeres del pueblo para que hagan la comida y limpien las habitaciones. Estaremos bien atendidos.

—Os lo agradezco, pero necesito una casa. Quiero establecerme y formar una familia —arguyó don José Manuel.

—¿Habéis encontrado mujer de vuestro gusto? —se interesó Patrick.

—Sí —contestó el abogado un poco sonrojado—, vos me la presentasteis en San Sebastián.

—¿La hija de la mujer de la pensión? —interrogó Patrick.

—No está a vuestra altura —intervino Brian.

A Patrick le molestó la objeción social de Brian. Era muy sensible, a causa de su situación, a ese tipo de comentarios.

—Es la viuda de un cabo corsario. La casa en la que viven la han convertido en pensión y sirven comidas. Ellas se han reservado las habitaciones del ático. Las mujeres son educadas y, si no recuerdo mal, saben leer y escribir.

—Así es —corroboró don José Manuel agradecido—. He mantenido correspondencia con ella pero, como no había reunido dinero suficiente, no hemos hecho todavía planes.

—Te has ocupado de los asuntos de todos. ¿Por qué no le pides a Richard que te ofrezca un pellizco de las capturas? —propuso Patrick.

—No, prefiero seguir como hasta ahora: cobro por los servicios prestados. Sabéis que no puedo implicarme de forma irreversible.

La llamada a la cena interrumpió la conversación que, a partir de entonces, se centró en los manjares de la cocinera, a la que alabaron por su buena mano en el fogón. A la mañana siguiente, se enteraron de que la estancia en Ribadesella cobraba un cariz serio: Richard iba a mejorar la fortificación con su dinero. Era un regalo de bodas a la villa. Se celebró con la asistencia de todos y Richard marchó con su flamante esposa a Oviedo.

Patrick trabajó en la casa: hizo acopio de leña, cuidó la huerta que habían iniciado las inquilinas del verano e inició su biblioteca. Ya le había encargado algunos volúmenes a Richard, pues en Ribadesella no era fácil encontrar lectura. Y otros a don José Manuel, que emprendería viaje a San Sebastián en una semana a rendir cuentas de las capturas veraniegas y a buscar a su prometida. El regidor de Ribadesella había cedido unos terrenos para que se construyeran unas cuantas casas más, en vista de que la población había aumentado y había demanda de viviendas. Don José Manuel había entregado una suma en concepto de reserva de una de ellas.

Subió a la casa con un hacha de madera que había adquirido y un borrico que había alquilado. Por el camino se fijó en el grupo de árboles que le habían indicado, donde podría hacer leña sin incurrir en delincuencia. Eran árboles calcinados por un rayo. Los desbrozabas de la capa exterior y aprovechabas la madera del interior. Pasó un buen rato reduciendo uno de ellos a leña, la cargó en el burro y se dirigió a la casa. Se hallaba almacenando la leña cuando llegó don José Manuel.

—¿Molesto? —preguntó entrando por la puerta abierta.

—Nunca molestáis, José Manuel.

La amistad entre ellos se iba estrechando día a día y habían desaparecido los tratamientos.

—He concluido mis deberes y me aburría —adujo el abogado.

—Pronto estaréis ocupado en otros menesteres.

—He encontrado casa para ella, mientras buscamos un apaño hasta que la casa esté acabada. En breve llegarán unas carretas con piedra de la

cantera para comenzar la obra; aun así, será larga la espera, pero no me quedó otra alternativa.

—Sabéis que contáis con esta casa —ofreció Patrick nuevamente, pues la primera vez que lo comentó fue rechazada la propuesta.

—Solo como última alternativa. No se me olvida la ilusión que habéis puesto en ella y el disfrute durante vuestras estancias en tierra.

—Voy a echar un vistazo a la huerta y decidiré qué hago con ella.

—No soy de campo, prepararé el té durante vuestra ausencia —decidió don José Manuel.

Patrick salió de la casa y siguió la vereda que conducía a la huerta. Las mujeres habían trazado el camino. Detrás del incipiente seto, se extendía la superficie cultivada. Las hortalizas habían alcanzado el nivel apropiado para el consumo. Era una lástima que, después de tanto esfuerzo, no pudieran disfrutar de su trabajo. Patrick inspeccionó el perímetro y le llamó la atención un cuenco de barro con agua bajo uno de los setos en el que no había reparado anteriormente. Sin duda, lo habían dejado olvidado. Se agachó a recogerlo y el tufo del alcohol le llenó las fosas nasales. Lo olió más de cerca y confirmó su primera impresión. Un ratón lento y torpe chocó contra su bota y, un poco más allá, descubrió otro inmóvil, en una postura extraña. El relato de la viuda acudió a su mente y la carcajada que le arrancó rasgó la tranquilidad de la tarde. Don José Manuel acudió corriendo preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó acalorado por la carrera.

—Vuestra viuda dejó un relato sobre las vicisitudes de cultivar la huerta y acabo de enterarme de cómo resolvió el problema.

—¿De qué habláis? Evidentemente, mi viuda, como vos la llamáis, no cultiva ella misma la huerta, habrá sido el servicio.

—No, no, os equivocáis. He encontrado una especie de diario en el que narra cómo la cultiva ella misma. Mirad —añadió mostrándole el cuenco y los ratones—. Estos ratoncillos supusieron un quebradero de cabeza y había quedado intrigado en cómo resolvió el dilema: los emborrachaba para que no sometieran a las hortalizas a un saqueo continuo.

—¿Un diario? ¿Qué ha dejado un diario? —inquirió preocupado el abogado, tanto que llamó la atención de Patrick.

—No exactamente. Unos pliegos sueltos donde desahoga su tristeza. Os aseguro que no fue mi intención leerlos, pero reconozco que fui débil. Describe un estado muy similar al mío y me sentí tan afín a ella que no pude dejar de leer.

—¿Dónde se encuentran esos pliegos?

—Arriba, en la habitación. Vamos por ellos si lo preferís, pero no comprendo vuestra inquietud. La única indiscreción, si se le puede llamar así, ha sido verter los sentimientos de pena por la pérdida de su marido —explicó Patrick echando a andar.

—¿Y dónde está la afinidad con vos? ¿Penáis por un amor? Habéis sido muy discreto pues no me había percatado.

—No es algo que desee pregonar a los cuatro vientos. Se trata de un amor imposible, algo que debo olvidar.

—Lo siento de veras, amigo. Y yo con mis asuntos.

—Y Richard con los suyos, es ley de vida. Lo he asumido y vivo con ello.

Habían llegado a la habitación, se dirigió a la mesa y abrió el cajón pero, en el momento de dárselos, se arrepintió de haber hablado de ellos, no quería desprenderse de algo tan íntimo. A pesar de todo, los soltó cuando el abogado los tomó. Los hojeó con el ceño fruncido y, según avanzaba, la sorpresa o la extrañeza, variaban la expresión del rostro.

—¿Qué es lo que tanto os afecta de la viuda?

—Sinceramente, no lo sé; pero nada de esto encaja con la persona que conozco. ¿Qué vais a hacer con estos pliegos?

—Dejarlos donde los encontré. El verano que viene los recuperará. Aquí en la casa estarán seguros.

—Sí, será lo mejor. No quiero incomodarla con mi conocimiento sobre ellos.

—Así que los emborrachaba —retomó la conversación don José Manuel, con una sonrisa y un meneo de cabeza.

10

Madrid, invierno de 1637.

El otoño había sido uno de los más duros que recordaba. Retomar sus deberes como compañía de la reina, reencontrarse con su suegra, que lo único que hacía era recorrer los conventos ofreciendo misas, vivir encerrada entre paredes y pasillos fue un esfuerzo hercúleo, cuando lo único que le pedía el cuerpo era salir corriendo a Ribadesella y recuperar la libertad, el aire libre, los espacios abiertos, que la vista se perdiera en la inmensidad del mar.

En enero ya se había resignado a dejar que pasaran los días, sin vivirlos, a levantarse y acostarse porque debía hacerlo. Notó que a su hijo le había ocurrido algo parecido, pero la infancia lo borra todo y enseguida se adaptó a la nueva forma de vida. Con amor de madre lo veía crecer sano y fuerte. Se parecía físicamente a su padre, pero reconoció el carácter fuerte e independiente de ella. Eso le llevó a reflexionar sobre su propio futuro: su hijo crecería, contraería matrimonio y seguiría adelante con su vida. ¿Y ella? La vida en la Corte le parecía insulsa, con sus intrigas, cotilleos y zancadillas que la aburrían. Ella era intocable, pues muy pocas familias de la nobleza disfrutaban del título de Grande de España. La idea de retirarse a un convento, como hacían otras mujeres, la paralizaba de terror. Lo consideraba una forma de enterrarse en vida y ella, a pesar de estar rota de amor, deseaba vivir, lo había descubierto cuando lo vio a él. Esas visiones fugaces la alimentaban lo suficiente para seguir adelante. No se engañaba, su irlandés formaría su propia familia, como había hecho ella misma. La

había olvidado, pero a ella le bastaba con saberlo vivo, con verlo bailando y cantando como aquella tarde en Ribadesella.

—Excelencia —irrumpió doña María en su salón particular—, he llamado, pero no me habéis atendido y he entrado preocupada.

—Andaba distraída —se disculpó—. ¿Qué os trae tan afligida?

—Afligida porque conozco vuestro disgusto: ha regresado el conde de Trujillo.

A Leonor se le demudó la cara. Había olvidado a su cuñado y, mientras su madre viviera en el palacete, estaba obligada a recibirlo.

—Gracias por ponerme en antecedentes, doña María.

A la hora de la cena se sorprendió al encontrar a su suegra dispuesta a compartir la colación, cuando lo habitual era que la tomase en sus aposentos. El conde de Trujillo no tardó en aparecer. Estaba más delgado, ojeroso, aunque aseado y bien vestido. La guerra no sentaba bien a nadie y el viaje había sido largo. La conversación en la mesa se centró en la persona del conde quien, a instancias de su madre, relató los progresos de la guerra en Flandes. En todo momento, doña Clara alabó y felicitó a su hijo y se dirigió a Leonor para que esta participase en la admiración del militar.

Como acababa de llegar y ante el cariño de la madre, no se atrevió a preguntar cuánto tiempo duraría la estancia, le pareció grosero. Se retiró a su habitación y, cuando los sirvientes y doña María la dejaron sola, cerró la puerta con llave. Era ilógico, pero la intuición era muy fuerte y, como mujer, obedecía a su instinto.

Los días fueron pasando y doña Clara cambió de hábitos. Dejó de acudir a las iglesias para atender a su hijo, con quien paseaba y presentaba en sus círculos, aunque no abandonó el luto. Varias veces se quejó de la falta de previsión de su marido para con su hijo, pues le había destinado una renta demasiado escueta para un hombre de su categoría. Leonor la escuchaba con educación e hizo como si no fuera con ella.

En más de una ocasión había escuchado al duque y a Pedro quejarse del hijo y del hermano respectivamente. Era una mala cabeza al que habían tenido que socorrer en situaciones embarazosas. Sin embargo, ahora estaba ella al frente de la casa ducal y no estaba dispuesta a mantener una oveja descarriada. La pobre doña Clara se había volcado en la única persona de la

familia que seguía viva, aunque tampoco era justo para Pedro, ya que era su nieto y no le había hecho caso durante todos esos meses.

Una tarde, que no había acudido a palacio por encontrarse mal la reina, su suegra le hizo compañía mientras realizaba las labores de bordado.

—Hernando es un buen hombre y muy aguerrido. Estoy muy orgullosa de él.

—Sí que lo es —concedió Leonor.

—Me preguntaba si habéis considerado la posibilidad de contraer matrimonio de nuevo.

A Leonor le entró un escalofrío al descubrir los derroteros de la mente de doña Clara.

—No, por supuesto que no —dijo categóricamente—. Ahora mismo me debo a mi hijo y al ducado.

—A eso mismo me refería, hija. Comprendo vuestra devoción, soy madre también; pero considerad la pesada carga que recae sobre vuestros hombros: la educación de un hijo y la administración del ducado, cargas propias de un hombre.

—O de una mujer. No entiendo, como siendo mujer os hagáis de menos a vos misma —comentó con una sonrisa para aliviar la crudeza de sus palabras—. Me considero muy capaz de sobrellevar esas tareas. De hecho, el abogado me ha felicitado por ello. Además, me mantiene viva, ocupada y satisfecha con la labor que desempeño. El duque, que Dios tenga en su Gloria, me creyó capacitada para ello pues depositó en mí su confianza y no era ningún estúpido.

—¡Claro que no lo era! —defendió acaloradamente doña Clara—. Ni yo pongo en duda su decisión. Me he limitado a transmitirlos que tendréis todo mi apoyo si decidís cambiar de estado, sois muy joven para enterraros bajo un montón de obligaciones cuando deberíais estar divirtiándoos y conociendo a gente nueva en la Corte. Estar todo el día compartiendo vuestro tiempo con la aburrida reina y sus damas no es lo más conveniente. La reina se ha granjeado muchos enemigos oponiéndose al Conde-Duque de Olivares y, de todo Madrid es sabido que el rey corretea por las camas de otras mujeres, por lo que no goza de su confianza.

—Hoy parece que no estamos de acuerdo en nada, doña Clara, así que será mejor que lo dejemos. La reina es mi amiga y nadie ignora lo que significa un matrimonio de Estado. Gracias a Dios, mi Pedro era un cielo y fue muy fácil quererlo.

Con la última frase intentó congraciarse con su suegra, a la que encontraba muy empecinada. Intuyó que el artífice de ese cambio era su hijo.

Pero aquello solo fue un asalto de una declarada guerra o así lo estimó Leonor pues, tras unos días de tregua, doña Clara volvió a la carga.

—He decidido romper con la monotonía del luto —anunció— y he alquilado un aposento en el teatro del Príncipe para dentro de tres días.

—¡Cuánto me alegro! Sin duda es un gran avance para vos.

—Espero que me acompañéis. Es una obrita de capa y espada: «La discreta enamorada».

—Me encantará. Nos lo pasaremos muy bien.

—Perfecto. Invitaré a Hernando, que nos acompañe un hombre no estará de más.

A Leonor se le avinagró la velada. Había caído como una ingenua en la celada de doña Clara. Lo que más le molestó fue que el solapado de su cuñado no diera la cara y empleara a su madre para lograr sus designios. Durante los tres días siguientes, la persiguió el malhumor que enterró bajo múltiples ocupaciones que la mantuvieran alejada de la casa. Llegó el día de la función y se arreglaron con esmero para acudir al evento que duraba toda la tarde. El conde se había acicalado con las mejores galas y el carruaje con el escudo ducal y los lacayos aguardaban en el exterior.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! —exclamó doña Clara—. Tendréis que salir sin mí.

—¿Qué ocurre? Os esperamos —ofreció Leonor.

—No, no hace falta. Estoy un poco suelta de vientre y necesito acudir al escusado. Partid sin mí. Enviadme el coche y me incorporaré más tarde.

Leonor oyó el cerrojo de la trampa: había caído como una principiante. Decidió no ser tan transparente y jugar el mismo juego que su familia política. Sabía muy bien cómo hacerlo y, al fin y al cabo, ella sostenía las riendas en aquella partida.

—¡Cuánto lo siento! Ojalá lleguéis a tiempo. ¿No os importará que me acompañe doña María? —le dijo a su cuñado y, sin aguardar una respuesta, envió a buscarla.

Aceptó su mano cuando subió al carruaje y permitió que se sentara a su lado y doña María enfrente. Mantuvieron una charla banal durante el trayecto, sobre la circulación en la Villa y la gente que llegaba de otras ciudades periféricas en busca de trabajo. Cuando llegaron, las condujo por un acceso apartado al aposento privado. Don Hernando se adelantó a doña María y la sentó detrás de ellos. Leonor se guardó de demostrar el pequeño triunfo y desplegó todo su encanto durante la velada, escuchando las explicaciones de don Hernando sobre el teatro, del que era un gran entendido, y sobre el público que se sentaba en la bancada o se quedaba de pie en la mosquetería: conocía de Flandes a algunos de los hombres.

Durante la representación, don Hernando estuvo atento a sus deseos y la obsequió con golosinas y aloja. Leonor reconoció en su fuero interno que era un seductor nato, el inconveniente era que desplegaba las artes con la persona equivocada. La representación duró cuatro horas con entremés, la jácara y el baile final entre los actos. Abandonaron el teatro enzarzados en una discusión sobre el papel de los criados y Leonor se arrebujó en la capa forrada de armiño, la noche había caído y el frío invernal se había agudizado. Subieron al coche que llevaba el brasero del suelo encendido y reposaron sobre él los pies helados. Don Hernando le echó la manta por encima.

—Ha sido una velada entretenida. Lamento que doña Clara se encuentre indispuesta y se la haya perdido con la ilusión que tenía.

—Es una persona mayor e imagino que serán indisposiciones propias de la edad —restó importancia don Hernando—. Me complacería invitaros al Buen Retiro si hiciera bueno esta semana.

—Sois muy amable, pero es semana de pagos.

—Es labor de contables.

—Quienes deben ser supervisados si se desea que se realicen sin abusos. Mi padre es muy severo en lo que respecta a los administradores.

—Vuestro padre, si me lo permitís, parece más un comerciante que un noble. Me han comentado que es armador de corsos.

—Como el duque de Osuna en Andalucía o el marqués de Valparaíso en San Sebastián —rebatíó Leonor—. Son nobles emprendedores que cuidan de su hacienda y de acrecentarla, no en dilapidarla. En la Corte se habla de varias familias que están a punto de perder todo por la mala cabeza de los responsables —comentó intencionadamente—. Quiero que mi hijo reciba el patrimonio tal y como me lo entregaron, si no es posible aumentarlo.

—Muy loable propósito pero ¿qué será de vuestro hijo si no disponéis de tiempo para disfrutarlo junto a él?

—¡Ah! Mi querido don Hernando, si una se organiza bien, hay tiempo para todo.

—Mi madre me ha comentado que os ausentasteis en verano.

—Sí, el luto me agobió mucho y deseé respirar el aire del mar, unas vacaciones alejada de todo.

—Con vuestro padre en alguno de esos puertos del norte —comentó a la ligera don Hernando.

Leonor había aprendido la lección y estaba alerta. Don Hernando había tendido una nueva celada para informarse sobre su salida; pero no estaba dispuesta a desvelar su refugio. Era un sitio apartado y solitario y no deseaba la presencia de extraños en la casa de Ribadesella. Se había convertido en algo personal e íntimo.

—Mi padre estuvo muy ocupado con las presas del verano en los tribunales de San Sebastián. Así que me incliné por La Coruña, que me traía muy buenos recuerdos de mi estancia con Pedro.

Habían llegado a la casa y la conversación quedó convenientemente interrumpida. Se interesaron por la salud de doña Clara antes de retirarse a sus habitaciones. Leonor, cuando salía el servicio, cerraba la puerta con llave, como acostumbraba desde que el conde residía en el palacete.

Por la mañana la vistió doña María y le ofreció los comentarios y noticias sobre los moradores, tanto del servicio como de los señores. Así se enteró de que el conde volvió a salir por la noche después de dejarla a ella. Todavía era pronto para desayunar, despidió a doña María y se sentó a redactar una misiva al administrador. Al cabo de un rato, regresó doña María blanca como la cal.

—¿Qué te sucede doña María? ¿Estás indispuesta? —indagó Leonor, levantando la cabeza del pliego.

La mujer, al borde del llanto, alzó la mano y mostró el collar de esmeraldas de doña Clara. Leonor frunció el ceño y la miró interrogativamente.

—Estaba en mi habitación, en mi arcón —confesó con voz desmayada.

La mente de Leonor trabajó a velocidad de vértigo. El conde debía de estar muy desesperado para moverse con tanta rapidez y con tan poco tino. Si ese collar era encontrado en las manos de su dama de compañía, supondría la cárcel por ladrona o algo peor. Era una forma de dejarla desamparada de leales en su propia casa.

—No tendría que haber regresado, pero me ha bajado el periodo y fui a buscar unos paños —prosiguió doña María temblando—. No he sido yo.

—Por descontado que no —negó categóricamente Leonor—. Dámelo, esto es asunto mío.

Se levantó y arrancó el collar de manos de doña María.

—Escúchame —exigió cogiéndola del brazo—: no des a entender que lo has encontrado ni que lo has visto. Sigue actuando como si fuera un día cualquiera. Deja cerrada con llave la puerta de tu aposento como hago yo y, para estar más segura de que nadie ha entrado, deja un pequeño lazo en algún punto de la puerta para que caiga si esta se abre. De esta forma conocerás si te han tendido una trampa. Actúa discretamente, estamos en territorio enemigo y se ha declarado una guerra. Esta ha sido la respuesta del conde a tu injerencia en sus planes.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué será de nosotras! —se lamentó doña María.

—No soy un alfeñique y sabré defenderme.

Leonor metió el collar en el gato y salió de la habitación hacia los aposentos de su suegra. Llamó y solicitó ser recibida. Doña Clara estaba siendo peinada por la doncella.

—Buenos días, doña Clara, ¿qué tal se encuentra?

—Muy bien, hija. En cuanto termine Luisa, bajaré a desayunar con vosotros. ¿Cómo resultó la obra de teatro?

—Una delicia. Fue una tarde muy amena y lamenté que os la perdierais.

—¿Vais a poneros el collar de esmeraldas, excelencia? —interrumpió Luisa.

—Demasiado ostentoso para un paseo matinal —objetó doña Clara—. Me ha invitado Hernando al Buen Retiro —explicó a Leonor.

—Entonces nada es demasiado. Vuestro hijo querrá presumir de madre. Trae el collar, por favor, Luisa.

La víbora se escurrió con un gesto de satisfacción hacia el bargueño en el que guardaban las joyas y objetos de valor. Mientras lo abría, con la llave que colgaba del cuello, Leonor aprovechó el instante.

—¡Oh! ¿No es ese que está ahí? —dijo, a la vez que alargaba la mano de forma que pareciera que lo cogía del cajón semiabierto de la mesa donde se acicalaba su suegra.

—Sí, es ese. ¡Vaya descuido, Luisa! —amonestó doña Clara—. Debes poner más cuidado en tus obligaciones.

Leonor le abrochó el collar y, por el rabillo del ojo, vislumbró el estupor en la cara de Luisa.

—Vámonos —propuso alegremente Leonor.

Doña Clara se levantó y salieron juntas de la habitación.

—¡Ay! El pañuelo. Seguid adelante, ahora os alcanzo —dijo regresando sobre sus pasos.

Entró en la estancia de nuevo y se dirigió hacia Luisa, a la que cogió sin contemplaciones de un brazo.

—Eres tan estúpida que no ves más allá de tus cortas entendederas —espetó a la cara—. Yo soy la duquesa, yo soy quien te mantiene, yo soy quien manda aquí. Si se me antoja puedo echar a doña Clara de la casa y, por supuesto al conde, quien no es nadie, no es Grande de España, no tiene amistad con los reyes ni los asiste ni los visita. Si tú o alguien más del servicio se atreve a serme desleal, tendrá los días contados en esta casa. Y si te ha prometido un sitio en su lecho, será lo único que obtengas de él, porque está sin blanca.

Luisa temblaba como una hoja al viento, pálida y con las lágrimas rodándoles por las mejillas, pero Leonor estaba furiosa por el atentado tan deshonesto hacia doña María y no sintió remordimiento.

Alcanzó a doña Clara cuando accedía al comedor, a tiempo de sorprender el gesto de sorpresa del conde al descubrir el collar en el cuello de su madre. Leonor se hizo la tonta durante el desayuno y comentaron la velada de la tarde anterior con su suegra; sin embargo, la guerra había sido declarada, porque en breve el conde sería puesto al corriente de que ella estaba al cabo de la confabulación.

En cuanto se quedó sola, escribió a su padre y se aseguró de que la carta llegase entregándola ella misma en la casa Maqueda, para que la enviasen a donde quiera que estuviese. Él sabría cómo manejar la situación.

Esa noche, mientras se retiraban a sus aposentos, doña Clara se lamentó de la torpeza del servicio.

—Luisa se ha caído por la escalera y no puede atenderme, así que tendré que apañarme con Cecilia, aunque no es tan habilidosa.

Leonor se retiró con el estómago encogido. La violencia había estallado y se había llevado por medio a un inocente. El conde dejaba clara su postura con la contundencia de un militar y una gran falta de inteligencia. Llegó a su puerta y, al extraer de la limosnera la llave, reparó en la cinta caída. Pensó en doña María pero unos pasos por el pasillo le anunciaron su llegada. Con el dedo en los labios la ordenó guardar silencio. Se quedó unos segundos ante la puerta dilucidando qué hacer. Recordó la violencia del conde y que él se había retirado más pronto. La posibilidad de que fuera él quien la aguardaba al otro lado de la puerta era tan grande que la dejó sin respiración. Entonces le vino la idea. Empujó a doña María por el pasillo y la instó a que se encerrase en su aposento y ella se encaminó al cuarto de su suegra. La recibió extrañada cuando estaba a punto de acostarse, pero Leonor apeló al recuerdo de su marido y doña Clara se deshizo por ella. Se sentaron en la cama y charlaron un rato hasta que doña Clara se durmió. Leonor se desvistió y se acostó junto a la buena señora.

A la mañana siguiente, bajaron juntas al comedor, donde el conde se encontraba desayunando plácidamente.

—Buenos días, doña Leonor —susurró mientras su madre hablaba con la criada sobre lo que debía servirle—. ¿Habéis pasado una noche agradable?

—Sí, muy agradable. Gracias —respondió seca.

—¿Con el amante de las vacaciones en Galicia o este es otro?

—¡Cómo os atrevéis a insinuar...!

—Yo no insinuó y bajad la voz —ordenó colérico el conde—. Seguiréis mi dictado si no queréis que os consideren promiscua para ejercer la tutoría de un niño de tierna edad.

Leonor decidió seguirle el juego. Le había quedado claro que el conde creía que había un amante que le facilitaría el chantaje.

—¿De qué habláis en voz baja? Mi oído ya no es tan bueno —se quejó doña Clara.

—De un pequeño problema, madre —expuso jovial el conde—. Anoche Leonor y yo no pudimos contenernos y hemos caído en pecado. Uno de los lacayos me sorprendió saliendo de su habitación esta mañana, así que habremos de reparar el honor de la dama.

Leonor se quedó tan aturdida por la audacia del hombre que no reaccionó. Algo similar le ocurrió a doña Clara, quien miraba perpleja a su hijo.

—¿Y qué lacayo es ese? —inquirió doña Clara.

Leonor se volvió asombrada a su suegra que permanecía con el gesto serio, pero sin dejar traslucir lo que pasaba por su mente. El conde hizo que lo avisaran y se presentó ante ellos.

—Debo instarte a que guardes silencio con el resto del servicio sobre lo que has presenciado esta mañana —dijo don Hernando en su papel—. Será un secreto hasta que se repare el honor de la duquesa.

—Isidro, ¿verdad? —intervino doña Clara—. ¿Desde cuándo trabajas para la familia? ¿Desde los siete, ocho años, quizá?

—Su excelencia conserva buena memoria.

—Espero que tú también la conserves para relatarme qué viste esta mañana. —Las palabras de doña Clara sonaron a advertencia.

—Vi al conde abandonar la estancia de su excelencia la duquesa.

—¿Y viste a la duquesa?

—No, excelencia. —Leonor percibió el nerviosismo del lacayo.

—Retírate y, antes de hablar de lo que no sabes, coméntaselo a Cecilia.

—¿Qué tiene que ver Cecilia con esto? —Receló el conde.

—De modo que vais a reparar el honor de una mujer —planteó doña Clara.

El conde entrecerró los ojos al mirar a Leonor intuyendo, por la tranquilidad de la deshonrada, que había sido descubierto por algo que no alcanzaba a vislumbrar.

—¿Os parece mal? De esta manera queda todo en familia, como vos misma propusisteis el otro día.

—Lo dije, es la única verdad que he escuchado esta mañana, pero no lo propuse —corrigió doña Clara—. Seguíis siendo el mismo de siempre. Durante unos días me habéis engañado o yo os dejé engañarme. Estaba tan desolada que me aferré al único hijo que me queda vivo. Siete hijos y el único que vive es el que debería haber muerto. ¡Cuánta razón llevaba el duque en dejaros a un lado! ¡Y yo qué necia he sido! Mi corazón de madre, me ha cegado. El pobre Pedro valía cien veces más que vos. Vuestros paseos por el Buen Retiro para que os vieran conmigo y el que os presentara a tanta gente traían una doble intención como todo lo que hacéis. Egoísta y sinvergüenza hasta el final.

Leonor se alarmó, pues el tono de doña Clara fue subiendo en la misma proporción que su cólera y la tez pasó de un sonrosado a un rojo subido. Temió que sufriese un ataque de apoplejía.

—¿A causa de mi pasado vais a creerla a ella antes que a mí? —Se levantó enojado—. Es una manipuladora. Preguntadle dónde ha estado en verano, preguntadle dónde ha pasado la noche.

—La noche la ha pasado conmigo —bufó su suegra poniéndose de pie—. Haced vuestro equipaje y desapareced de mi vista —ordenó—. Mañana mismo dejaré un óbolo en el cepillo de las Ánimas para que se digan unas misas por vos. Ya solo me queda mi nieto.

Leonor sintió como propio el dolor y la decepción de doña Clara. No se olvidó de rezar para dar gracias a Dios por desvelarle la verdad a una madre ciega. El conde de Trujillo, lívido, se dio la media vuelta e inició la salida, lanzándole una mirada de odio que Leonor soportó valientemente.

—Hay cosas en las que el conde mentía, pero en otras llevaba razón —acusó volviéndose hacia Leonor—. Anoche conocíais los planes del conde

—se negaba a llamarlo hijo— por esa razón acudisteis a mi cuarto. Nunca pensé que fuerais tan ladina.

—Me limité a defenderme, si hubiera acudido a vos directamente, nunca me hubierais atendido, no me habríais antepuesto a vuestro hijo. Si no me creéis, preguntad a vuestra doncella, todavía lleva las marcas del conde sobre su cuerpo.

OceanofPDF.com

11

Ribadesella, invierno de 1637.

En invierno, Ribadesella era un puerto difícil pues en muchas ocasiones soplaban el viento del noroeste y las rompientes comenzaban ya desde la punta del Caballo, al pie de la ermita de Guía. Debían aguardar a que el viento rolase o encalmase para abocar la barra, así como a la pleamar. Habían señalado los arenales y contratado a un grupo de pescadores para que estuvieran al tanto de los cambios que se produjeran y corrigieran las balizas. Eran los inconvenientes de un puerto en la desembocadura de un río. Los barcos corsarios de Pronovil fueron abocando la barra e introduciéndose en la ría. Patrick divisó la población apuntada por el bauprés de la nave y se aproximaron al muelle, donde el calado era mayor.

Regresaban tras varios meses de ausencia. Richard recibió una Orden Real que lo requería para espiar a la Armada francesa y, de paso, habían realizado unas cuantas capturas que dejaron en Fuenterrabía. Patrick se rascó la barba de varias semanas, los piojos lo estaban volviendo loco y estaba deseando sumergirse en agua fría y dejar que se ahogasen todos. Un médico escocés le había recomendado que no se rascase hasta producir herida en la piel, pues era una causa de enfermedad, la principal que consumía a los marinos: tabardillo o pintas coloradas. Según este médico, los piojos, el calor de las ropas y las ronchas estaban relacionados, pues en verano, cuando el cuerpo quedaba más expuesto al sol y al aire, desaparecían. Patrick no prestaba oídos a todo lo que se decía, pero tomaba nota y lo comprobaba. Quedó perplejo cuando constató que los hombres enfermaban en invierno de ese mal, mientras que en verano eran problemas

estomacales los que los aquejaban. Así que soportaba estoicamente a sus inquilinos durante el viaje pero, en cuanto tocaban puerto y se le ofrecía la oportunidad, lavaba la ropa en un caldero de agua caliente y luego la aclaraba, además de afeitarse y lavarse con agua fría. Los molestos vecinos quedaban atontados y caían con solo pasar el peine de barbas de ballena.

Fondearon, se fijaron las guardias y dio instrucciones para que se presentasen al día siguiente para vaciar la nave y acondicionarla. En el muelle lo aguardaba José Manuel con una mujer enlazada por el talle. Reconoció a una de las mujeres de la pensión de San Sebastián.

—¡Uf! Atufáis, nunca me acostumbraré a ese olor —dijo José Manuel estrechándole la mano—. Mi prometida, Teresa.

—Señorita —hizo una reverencia, como si se tratara de una duquesa, y ella sonrió tímidamente, aunque ya se conocían.

—Os aguardábamos con impaciencia. Hemos decidido casarnos aunque no tengamos casa y deseábamos que acompañaseis a mi futura esposa al altar —anunció de corrido el abogado.

—Es para mí un honor —agradeció Patrick—, aunque la novia me preferirá adecentado —y le guiñó un ojo que la hizo enrojecer de satisfacción.

—¿Cómo os ha ido? —inquirió José Manuel mientras se encaminaban a la casa.

—Muy bien. Dejamos los informes que nos exigieron al general que aguardaba en Fuenterrabía, y unas cuantas naves bien cargadas de bastimentos que apresamos y ya hemos cobrado. Estamos de enhorabuena.

Se despidió de la pareja y coincidió con Brian en la entrada de la casa. Las mujeres contratadas ya habían encendido la lumbre, pues los habían avistado desde hacía días. Les dejó el saco con la ropa sucia, que vaciaron en el caldero de agua caliente con jabón, y lo removieron como si se tratase de un potaje. Se habían acostumbrado a las excentricidades de los extranjeros. Él subió un jarro de agua caliente al cuarto y procedió a afeitarse. Sin quitarse la ropa, cogió limpia, que guardaba siempre dispuesta para cuando llegaba a puerto, y se encaminó hacia el muelle. Le pidió a Simón, el barquero, que lo pasara al puntal; el hombre lo saludó y remó. Habitado al raro proceder de Patrick, no se inmutó cuando lo vio

sumergirse un rato en el agua en pleno marzo; lo tomaba como un ritual pagano para dar gracias al dios del mar por haberlo devuelto sano y salvo a tierra. Patrick se pasó el peine por el pelo y volvió a sumergirse, así un par de veces. Luego, salió, se secó y se vistió casi morado de frío. Patrick no ignoraba que aquellas gentes eran muy supersticiosas y que un acto tan estúpido podía llevarlo ante el tribunal de la Inquisición. Esa noche, con el estómago caliente y sin picores, durmió el sueño de los justos.

Al día siguiente, hubo zafarrancho de limpieza en las naves. Patrick descargó un montón de libros que había adquirido en San Sebastián y Fuenterrabía para su biblioteca, incluso había conseguido algunos en inglés de otros capitanes, pues no se podían vender en tierra porque los autores eran herejes. Además, había comprado una cristalería veneciana y una vajilla de porcelana china. Se había propuesto traer algo para la casa en cada viaje.

Al final de la tarde, se reunió con José Manuel en la casa de Sebreño y allí, fuera de oídos e interrupciones, arregló cuentas con el representante de su misterioso armador.

—Es una pequeña fortuna para mí —silbó José Manuel admirado— y esto es solo una parte. La carrera de corsario es muy lucrativa.

—Siempre y cuando no acabes en una prisión o en galeras —recordó Patrick.

—Es cierto, pero pensáis dejarlo.

—Sí, en dos o tres años habré reunido lo suficiente para vivir el resto de mis días. Invertiré en un astillero y en la fábrica de cañones de Liérganes.

—Todo bien planeado —alabó José Manuel.

—¿Dónde viviréis entretanto?

—Las obras van a buen ritmo, ya me encargo de eso —agregó significativamente—. Cuando estéis ausentes, en la casa; en caso contrario, ella permanecerá con la familia que la ha acogido. Lo importante es que estemos casados. Es muy largo el invierno en estas inhóspitas tierras.

—¿Inhóspitas? No conocéis Irlanda, amigo mío. A pesar de los meses de invierno, gozáis de meses calurosos, incluso de días cálidos en pleno invierno cuando sopla el viento del sur. No os quejéis, siempre hay alguien que vive peor.

La guerra en Flandes se recrudeció y Richard aprovechó la necesidad del rey para conseguir algún beneficio. Ofreció un tercio de mil hombres del que sería gobernador, merced de un hábito de una Orden Militar. El envite era arriesgado, pero la guerra ofrecía oportunidades a los valientes. Mientras tanto, no permanecieron inactivos y patrullaron la costa hacia Galicia. El merodeo era la principal fuente de ingresos, pero en aquella zona solo encontraban corsarios o buques de guerra que les reportaban escasos ingresos y el reconocimiento de las autoridades de los puertos asturianos. No obstante, Richard era incansable y ambicioso.

Las fortificaciones que había pagado de su bolsillo en Ribadesella seguían adelante. No eran significativas, pero mantenían el pueblo a su favor, respetándolo como benefactor. La presencia de Pronovil en la costa los tranquilizaba y la villa ganaba en actividad económica. La demografía había aumentado sensiblemente, pues las mujeres llegaban atraídas por la presencia de marineros con dinero. Los irlandeses resultaron un tanto promiscuos para los vecinos, ya que enseguida las dejaban embarazadas, y los niños comenzaron a ser la imagen usual en las calles.

Don José Manuel y doña Teresa contrajeron matrimonio en la ermita de Guía una apacible mañana de mediados de marzo. Patrick, vestido de gala, entregó a la novia en el altar y, a la salida, las tripulaciones formaron a lo largo del camino con las espadas en alto. En una taberna del pueblo, el padrino ofreció un guiso de calamar y pulpo regado con sidra de manzana a los novios y a los invitados. Los irlandeses contribuyeron con baile y canciones que amenizaron la velada.

Patrick, en las recaladas en Ribadesella, subía por las tardes a Sebreño para acondicionar la huerta, abandonada y destrozada por los vientos y el frío invernal. Se había deshecho de los molestos ratones y había recorrido el perímetro exterior del muro, cortando y arrancando la hiedra por la que trepaban los roedores para introducirse en el recinto. No deseaba que alterasen la estancia de la viuda, si esta se decidía a pasar el verano en Ribadesella. Por lo que había conseguido sonsacar al abogado, había deducido que era joven y de una buena posición social, por lo que había muchas probabilidades de que hubiera contraído matrimonio de nuevo.

Había releído en distintas ocasiones los escritos de la mujer, que le atraían por la sinceridad con la que impregnaba las palabras y lo entretenida que resultaba la lectura. Había continuado escribiendo en su diario y los sentimientos, con el tiempo, se habían entibiado, aunque no su soledad, cada vez más profunda con la boda de su amigo, a pesar de que no lo había abandonado, pues a última hora de la tarde subía a buscarlo y se convirtió en una rutina sin pretenderlo. Charlaban un rato, le enseñaba los avances y bajaban juntos.

—En algún momento nos desplazaremos a Oviedo para adquirir muebles y el ajuar de la casa. Andáis un poco escaso de mobiliario.

—¿Seríais tan amable? Tenéis bastante en qué pensar con lo vuestro.

—Por eso mismo, un mueble más o menos, no destacará del conjunto —alegó sonriendo.

—Os lo anotaré y os quedo muy agradecido. La viuda encontrará la casa irreconocible este verano —lanzó el cebo.

—Por lo menos más cómoda —picó el pez.

—Así que sigue decidida a alquilarla —planteó Patrick.

—Es lo que acordamos —replicó José Manuel.

—¿Tan fea es?

—No recuerdo haberla descrito —respondió, sin perder la sonrisa, el abogado.

—Joven y de buena posición, de la Corte, luego con algún grado de nobleza.

—¿Y eso lo habéis deducido de nuestras eventuales conversaciones? Sois más peligroso de lo que os juzgué.

—No os escapéis por las ramas. ¿Qué le impide contraer matrimonio?

—¡Qué curioso sois! —Y, ante la mirada conminatoria de Patrick, respondió—: nada.

—Os equivocáis, el amor a su marido. La comprendo, pero el tiempo lo sana todo.

—¿Os habéis curado del vuestro? —preguntó José Manuel esperanzado.

—Casi. Ahora el problema estriba en que no creo que encuentre una mujer a su altura.

—¿Las comparáis? Entonces es un amor dormido, no curado.

—¿Sois un doctor en los asuntos del corazón?

—Salamanca no solo es la universidad del saber; sino también de la vida. Si se consigue sobrevivir a la vida de estudiante, se está preparado para la vida real.

—Confío en que estéis equivocado.

La bomba estalló en la administración central del reino y la onda expansiva llegó hasta Ribadesella. El marqués de Mancera acusó a Pronovil de no cumplir con el asiento de tres fragatas y trescientos irlandeses en Galicia. Por si fuera poco, insinuó que *pirateaba* desde Ribadesella y que los que llegaban de Dunkerque hablaban mal de sus procedimientos. A su vez, Pronovil lo acusó de intrigante ya que trataba de desprestigiarlo por no haber atendido a sus requerimientos de que acudiese a Galicia. Ante los informes favorables del corregidor de Asturias, el marqués respondió que lo había engañado como a él.

La Junta de Armas tomó parte en el revuelo, pues Pronovil era un armador poderoso que aportaba hombres para la guerra, y decidió que corriese el asiento como estaba firmado y que se incorporase inmediatamente a la Armada que se estaba formando en La Coruña. El pago de dos mil ducados para juntar el tercio se retrasaría por unos meses, y el sueldo de los navíos y de la gente que participase se haría efectivo cuando llegase a La Coruña.

Era de todos conocido el afán de don Alonso Idiáquez, armador de corso y superintendente de la Escuadra del Norte, que contaba con cabos corsarios tan reconocidos como Francisco de Escorza y Cristian Echevarría, por actuar conjuntamente con la Armada Real, como ya habían conseguido los corsarios dunkernes con la Real Armada de Flandes. Así que estaba reuniendo una flota bajo el gobierno de uno de sus cabos: don Lope de Hoces y Córdoba en La Coruña, con la finalidad de recorrer la costa francesa con el apoyo de seis buques de la Armada Real.

Las noticias inquietaron tanto al pueblo, que perdería la fuente de riqueza y la protección del puerto, como a las tripulaciones, ya que no les convencía el asunto de formar parte de una Armada que podría entrar en guerra.

Patrick había despedido a Richard y a Brian, quienes se desplazaron a Madrid para enderezar el entuerto, ya que el propio Richard no estaba muy convencido de exponer su flota a una catástrofe. Además, estaba acostumbrado a actuar según su criterio y no bajo las órdenes de otro, aunque fuera el propio Lope de Hoces.

Patrick se quedó anclado en el puerto como cabo de las tres fragatas y resolviendo los problemas que surgiesen en tierra, ya que no podía zarpar a merodear sin patente de corso. José Manuel aprovechó el período de inactividad para viajar a Oviedo con su esposa.

Las responsabilidades no lo dejaron inactivo, incluso hubo de buscar las ocasiones para desaparecer monte arriba y encerrarse un rato en su casa. La huerta le ofreció el trabajo físico para cansarlo y la lectura, así como la escritura, la distracción que le procuraba alivio en la soledad, que se había agudizado en ausencia de sus amigos.

Se sentó a la mesa y abrió el cajón donde guardaba el diario. Los pliegos de la viuda descansaban debajo. Todavía no se decidía a poner punto y final a esa soledad, no se sentía con fuerzas. Imaginó una desconocida en la casa, en la cama; imaginó la charla insustancial, las quejas por sus ausencias, mostrar cariño a una desconocida. Meneó la cabeza vencido por la realidad: no podría. Suspiró y cogió el diario, con los pliegos de la viuda a la vista: sí podría. Con la viuda, aún sin conocerla, sí podría. No la conocía físicamente; pero la reconocía como alma gemela. Era una mujer entregada, apasionada, que luchaba como él por soportar un día más, por vivir un día más sin su amor, un amor sin esperanza. Con ella, sí. Se le ocurrió la insólita idea de escribirle. ¿No había leído los pliegos? ¿No la había conocido por las palabras? ¿Y si él le ofrecía la misma posibilidad? En lugar de emplear el inglés, escribiría en español, vertería su amor desesperado y su soledad en un lenguaje a su alcance, le contaría sus progresos en el mundo real, sus deseos, sus aspiraciones. Animado por el cambio de rumbo que estaba a punto de emprender, abrió el diario y cogió una de las plumas, lijó un poco la punta para eliminar la tinta seca y mojó el fino cañón en el tintero.

José Manuel y Teresa regresaron antes que Richard. Habían adquirido los dos bargueños que había encargado, uno para el salón y otro para la

habitación, y una alacena para guardar la vajilla y la cristalería en el comedor. Además, José Manuel añadió de su mano mayor: seis sillas de brazos y un par de arcones.

—Intuí que no os atrevíais a encargarme más cosas y os hacen falta para equipar adecuadamente las habitaciones.

Los muebles no tardaron mucho. En una habitación de abajo, destinada al servicio inexistente, acumularon los muebles de la pareja hasta que terminaran de construir la casa cuya obra, al mejorar el clima, avanzaba más rápido. Después, ubicaron los suyos y Teresa acomodó la vajilla y la cristalería en la nueva alacena. Una vez concluida la ardua tarea, se lavaron e improvisaron una cena con las provisiones que habían llevado. Patrick les puso al corriente de las nuevas en la villa y ellos le relataron su peregrinación, llena de anécdotas, por las tiendas de Oviedo.

Mientras hablaban, Patrick los observaba. José Manuel era un joven corriente, ni guapo ni feo, pero era espabilado y hábil en lo suyo; en lo particular, era de mente abierta y no confiaba en los dictados de nadie, y menos de la iglesia, a la que criticaba cuando ganaba confianza con su interlocutor. Teresa era una mujer acostumbraba a trabajar en la pensión de su madre, por lo que le parecía muy fácil llevar una casa y cuidar de un marido. Sabía leer y escribir, ya que había recibido una educación antes de que el padre falleciera y tuvieran que arreglarse solas, era atenta y poco dada a las quejas, lo que a los ojos de un hombre cobraba valor.

Era de noche cuando regresaron al pueblo y en la casa los aguardaban Brian y Richard que habían vuelto de la Villa de Madrid.

—¿Habéis conseguido algo? —preguntó ansioso Patrick.

—Ese marqués es un rufo jactancioso: me ha llamado pirata en todos los tonos —se quejó Richard—, y como yo le dije: si fuera pirata, lo primero que haría sería dejar vuestras arquetas a buenas noches.

—¿Os atrevisteis? —se admiró José Manuel, aunque Pronovil era famoso por el mal carácter y la terquedad.

—¡Vaya si se atrevió! —Medió Brian—. ¡Y delante de Olivares!

—¡No! —exclamaron al unísono José Manuel y Patrick.

—¡Ja! Y no osó intervenir en la trifulca. Guardó silencio como una cantonera bigotuda. —Patrick sonrió. Cuando a Richard le daba por hablar

en germanía, resultaba cómico—. Necesita a los irlandeses y el apoyo de mi flota, mientras que el rufo del marqués no aporta otra cosa que salmos celestiales.

—¿Y en qué quedó el asunto? —inquirió José Manuel curioso.

—Mitad y mitad. A Olivares no le interesaba la correría por las costas francesas que, por una parte, ya está cubierta con los corsarios vascos: Lizardi navega con cinco galeones desde Pasajes a La Coruña para don Lope de Hoces, quien ha reunido entre dieciocho y veinte navíos en total; le preocupa más la escasez de tropas en Flandes y desea mi tercio de irlandeses. Hemos llegado a un acuerdo: cedo a las pretensiones del marqués los meses de junio y julio; durante agosto mantenemos limpia la costa asturiana a requerimiento del corregidor de Asturias; y contribuyo con el tercio.

—Opino, mi querido amigo, que habéis salido perdiendo —coligió Patrick—: demasiados frentes que cubrir.

—¿Qué es eso para nosotros? Tú y Brian os quedaréis en Asturias una vez desembarcado el tercio en Flandes y no os estaréis paseando con la flota por Francia sin conseguir una presa. Porque yo os anuncio que será un fracaso. Los espías franceses ya estarán enterados de los planes del cornudo marqués y se guardarán de salir del puerto. Y le he arrancado la promesa de la merced que exigía al Conde-Duque —añadió con el brillo de la ambición en los ojos.

Patrick admiraba sinceramente a Richard, era buen comandante, buen compañero y conseguía lo que se proponía; sin embargo, era demasiado ambicioso, arrojado en sus empresas, confiaba excesivamente en la fortuna, aunque igual ahí residía la clave del éxito, en no temer el fracaso.

En junio algo se torció, porque la irritación de Pronovil no conoció límites: no se fiaban del cumplimiento del acuerdo, pues le enviaban el sueldo de medio año de los navíos y el resto lo recibiría cuando se presentase en La Coruña. Por si fuera poco, se le ordenó al corregidor de Asturias que no le permitiera corsear sin las patentes requeridas. No le quedó más remedio que incorporarse a la flota de don Lope de Hoces.

12

Ribadesella, julio de 1637.

Leonor descendió del carruaje alborozada. Había pasado los días añorando la casa que tanta paz le había reportado. La relación con su suegra, después de la expulsión del conde, no había vuelto a ser la misma. Sin embargo, todo el amor que guardaba como madre para sus hijos lo vertió sobre el nieto. Lo acompañaba en sus salidas, se preocupaba si se enfriaba o se le aflojaba el vientre, escuchaba las tonterías de niño, le contaba cosas del padre o sobre el abuelo, recorría los pasillos del palacete mostrándole los antepasados ilustres de la familia, le explicaba el escudo de armas y las hazañas familiares. Leonor apreciaba a la mujer y le dolió el rencor que las separaba. No habían hablado, pero estaba segura de que la consideraba culpable del alejamiento del conde: justa en la acción e injusta con el corazón.

El marqués de Maqueda acudió en cuanto recibió la carta. Le relató lo que había sucedido y su padre escuchó atentamente. Alabó su intuición y se alegró de las decisiones que había tomado para precaverse del daño del conde. Aun así, el marqués no cantó victoria: un hombre que había arriesgado tanto, era un hombre desesperado que, como tal, no abandonaría la empresa. A través de los corsarios, que recalaban en Dunkerque, recabaría información acerca del conde y sobre sus actividades en el frente. Había que ser precavido y conocer las debilidades del enemigo. Su padre afianzó la confianza que había depositado en ella y se marchó dejándole su bendición.

En cuanto abrieron el portalón del jardín, Pedro entró como un huracán a explorarlo todo con la niñera a la zaga.

—Nos va a agotar con esa vitalidad —rezongó orgullosa doña María, mientras cogía la llave de la hornacina de la Virgen.

Organizó el viaje de la misma forma que el año anterior. El servicio, tomado de la casa de su padre, era el mismo: Feli, la cocinera, y las dos criadas; y en León alquilaron los carruajes. Ahora, más que nunca, deseaba mantener la intimidad.

Entraron en la casa y les recibió el frescor conservado entre los muros que, después de un día caluroso en los caminos, agradecieron. Leonor observó en el recorrido que las ventanas habían sido dejadas abiertas y la casa limpia y preparada para recibir a la inquilina. Don José Manuel era muy atento, o su mujer. Había recibido la notificación del cambio de estado entre las abultadas cuentas de los beneficios que había obtenido ese año. Estaba satisfecha de haber invertido su dinero, y más de haberlo multiplicado, no se sentía tan inútil.

—El dueño no ha permanecido inactivo, excelencia —se complació doña María—. Mirad que alacena tan bien provista.

—Son de calidad —comentó Leonor tomando una copa— y de buen gusto. ¿Se habrá ofendido por la ropa de casa con la que le obsequiamos?

—O avergonzado por alquilar una casa desprovista de lo fundamental —matizó doña María—. Las velas siguen sobre el plato de barro. Apreciará las palmatorias de cerámica andaluza que habéis adquirido.

Leonor no había dejado de pensar en el verano y, cuando salía de compras por Madrid, no podía sustraerse a la tentación de añadir algo para la casa. Con el equipaje traía palmatorias de vistosa cerámica para las habitaciones, unos jarros a juego con las palanganas y más ropa que había bordado durante el invierno. Aparte había rescatado los libros de juventud de casa de su padre y los había añadido para recuperar una afición perdida. Lo que no impidió que se sorprendiera al entrar en la biblioteca y encontrar dos estantes repletos de lectura: el dueño era un hombre ilustrado.

Los carruajes y el carretero se despidieron hasta el treinta de agosto y el instalarse llevó el resto del día. Estaba ansiosa de recuperar la rutina de paseos y de actividad en la huerta. Se retiró tarde y desde la ventana solo

apreció la oscuridad, aspiró profundamente para captar la esencia a yodo y unirse al entorno añorado como en una comunión: Ribadesella la acogía en su seno, la casa le daba la bienvenida, los rincones le resultaban familiares. Flotaba en el ambiente algo intangible, mágico, que envolvía su alma y le susurraba palabras amables y tranquilizadoras.

Doña María la ayudó a desvestirse y se llevó el vestido para limpiarlo de los días de viaje. Reconoció las sábanas del lecho como suyas, repasó con la mirada la estancia y se quedó suspendida sobre la mesa escritorio. Cuando recordó que no había quemado los pliegos que escribió, pasó varios días de angustia. ¿Qué habría sucedido con ellos? ¿Los habría encontrado el dueño de la casa y los había leído? Había sido una imprudencia por su parte. Un arcón y un bargueño nuevos completaban el mobiliario; sin embargo, la vieja mesa era la que atrapaba su atención. Si no se levantaba e inspeccionaba el cajón, no podría dormir, a pesar de que la razón le advertía de lo absurdo del acto.

En medio del cajón, sobre los pliegos en blanco, se hallaba el cuaderno escrito en inglés, lo levantó y rebuscó los suyos, con la débil esperanza de que hubieran pasado desapercibidos, pero no los encontró. El cuaderno estaba abultado de forma inusual, lo cogió y se abrió por donde se hallaban las hojas dobladas. Exhaló un pequeño gemido de angustia, avergonzada de que alguien hubiera leído sus pensamientos más indiscretos. Para Leonor, desnudar el alma era como desnudar el cuerpo: ambos suponían la violación de la intimidad. El papel había envejecido, no así los sentimientos que desvelaban los imprudentes trazos, tan frescos, tan enamorados de la nada, tan olvidados durante el día y tan presentes en la noche. Extrajo los pliegos y reconoció las palabras escritas en el cuaderno con una letra ajena a la suya: no estaban escritas en inglés. La curiosidad la empujó a leerlas y su significado la invitó a continuar:

Apasionada y triste desconocida:

He cometido la imperdonable indiscreción de leer lo que no estaba destinado a mis ojos; no obstante, no siento el menor remordimiento; por el contrario, me felicito por ello. Al leer vuestras palabras, me he reconocido a causa de lo

afines que son nuestras aflicciones de amor: vos por haberlo perdido; yo por no conseguirlo. En justa correspondencia os ofrezco en desagravio mi alma.

Leonor no pudo seguir leyendo porque se le habían anegado los ojos en lágrimas. Así que su arrendador sufría de mal de amor, como ella. Dejó el libro sobre la mesa y se tumbó en la cama. El extraño se sentía en deuda y le abría el alma, era demasiado delicado para aceptarlo. Cayó en la cuenta de que no había indagado acerca de la identidad del dueño de la casa, había confiado en don José Manuel y se había despreocupado de un tema que no le atañía, pero ahora sí que le importaba: un desconocido había leído su secreto y se había dirigido a ella. No, se corrigió, a una desconocida: don José Manuel había firmado con su nombre en lugar del de ella para proteger el anonimato. El saberse a salvo cambió la perspectiva del asunto: eran dos extraños que escuchaban las confesiones del otro, almas gemelas compartiendo las angustias y las penas. Por primera vez en mucho tiempo, un desconocido despertaba la ternura que anidaba en su corazón. Agotada, se quedó dormida, inmersa en sueños confusos en los que una cara desdibujada intentaba suplir la del irlandés, que se resistía a ser olvidado.

Se había dormido con la ventana abierta y los gritos alborozados de Pedro la despertaron. Había amanecido hacía rato. Se levantó con la vitalidad del que espera un gran día. Doña María la sorprendió sentada en la silla en sus primeras necesidades.

—Para las ganas que tenía su excelencia en llegar, se ha levantado tarde.

—Estaba más cansada de lo que quería reconocer —se disculpó Leonor. Salió del pequeño cubículo que servía de excusado y se puso en manos de doña María, quien le había preparado los sencillos vestidos que había usado el verano anterior. Ligera como una mariposa bajó a desayunar y, sin saberlo, estrenó vajilla y cristalería. Doña María había sacado las mantelerías que había bordado y había cubierto con una de ellas la mesa. Leonor acarició el lino, ahora adquiriría un nuevo significado allí extendido, pues el dueño de la casa era una persona sensible que valoraría su trabajo.

Visitó la huerta y comprobó que ese verano degustarían sus frutos. Se hallaba tan bien cuidada como los manzanos que adornaban el jardín

alrededor del gran roble, bajo el que se cobijaría para protegerse del sol en las tardes de lectura. En cuanto doña María terminó con las obligaciones, fue a buscarla.

—Las criadas han bajado a la villa para llenar la despensa y se han llevado el carruaje.

—Coged algo de comer e iremos de excursión a la playa con Pedro, quiero ver el mar.

Esa noche fue valiente y retomó la lectura del misterioso dueño de la casa.

Debo comunicaros que este verano no sufriréis la molesta vecindad de roedores en la huerta. Los encontré sobre la hierba totalmente ebrios y los eché del paraíso terrenal. Para que no regresaran corté y arranqué las enredaderas exteriores de los muros y limpié el perímetro. En caso de que algún recalcitrante retornase, os sugiero una nasa de pescador, es más clemente que emborracharlos. Creedme, sé de lo que hablo.

Leonor se sonrió al recordar la persecución de los ratones. Sacó los pliegos del cuaderno y releyó sus propios escritos. No fue tan doloroso como recordaba, aunque revivió sentimientos adormecidos, el tiempo cicatrizaba las heridas, incluso las del corazón. Apagó la vela y se acostó.

Por la mañana, don José Manuel se presentó para conocer si había encontrado la casa de su agrado. Lo recibió bajo el roble del jardín, ya que aprovechaba al máximo los días soleados al ser tan frecuentes los lluviosos. Le informó de que pasaría el verano en la población y le indicó la casa en la que se alojaba. Leonor indagó sobre el arrendador mencionando detalles tontos, pero todo lo que obtuvo fue una evasiva. La casa y la huerta las mantenía él en buen estado porque el dueño pasaba grandes temporadas ausente. Se sinceró con el administrador y le confesó que había contribuido con unas naderías al ajuar de la casa, en compensación por arrebatarse el hogar.

—Sois muy generosa, excelencia, pues ya es recompensado con el dinero del arriendo. Lo único que conseguiréis es despertar la curiosidad del caballero por conocer a un alma tan dadivosa y no es ese el efecto que pretendemos, ¿me equivoco?

—No erráis, don José Manuel, pero también esquiváis mis preguntas sobre él. ¿Acaso tiene algo que ocultar? ¿No me indicaréis al menos si es joven o viejo?

—Viejo —mintió el administrador, con el desparpajo y los años de entrenamiento en Salamanca.

—¡Qué simpático! —Se enterneció Leonor sorprendida.

A juzgar por los escritos y esos sentimientos tan frescos... ¿pues no había mencionado que le quedaban muchos años por delante de soledad? Entrecerró los ojos y escrutó con detenimiento a don José Manuel. ¿Qué le ocultaba? ¿Por qué mentía o evitaba decirle la verdad? ¿Algún problema del dueño con la ley, con la Inquisición? No, sería un escándalo que ella se alojase en casa de alguien con causas pendientes y su padre lo mataría. Por el momento, no podía descubrirse sin referirse a los pliegos y al diario.

—De vuestras palabras colijo que el amable viejecito desconoce la identidad de la inquilina.

—Perded cuidado, ni siquiera mi esposa lo sospecha. Debo agradeceros vuestra generosa contribución a mis nupcias. Imagino que la noticia os habrá reavivado momentos de dicha que deseáis olvidar.

—Mi matrimonio fue concertado y conservo un agradable recuerdo de mi marido, a quien tuve por un buen compañero. La prolongación del luto es por respeto a mi suegra, que perdió esposo e hijo. Es muy duro perder a un hijo.

—En ese caso, me retiro y os dejo con vuestros asuntos.

—Seréis bienvenido siempre que no os canse nuestra compañía.

El mes de julio comenzó su carrera entre días de paseo por la costa, la festividad de la ermita de Nuestra Señora de Guía, donde el administrador le presentó a su esposa, y las labores que se imponía para no caer en la melancolía. Por la noche, había convertido el diario en el libro de cabecera. Era cierto que eran almas enamoradas, Leonor comprendía los sentimientos del autor y había surgido una cierta empatía.

Por las noches, cuando contemplo la luna, me habla de ella porque comparte la misma palidez; cuando la mirada se pierde en el infinito del mar, semeja mi soledad inabarcable; cuando el viento me toca con su gélido aliento, me susurra sobre un hogar vacío de risa. La naturaleza y las leyes de los hombres me condenan a vivir sin esperanza. Mi corazón herido sangra lentamente hasta que no quede vida.

La seguridad de que era un hombre joven, lo aproximaba a ella. Leer sus palabras la obligó a reflexionar sobre sí misma: no hay amor más grande que la vida misma, no debía abatirse pues la vida era larga y la posibilidad de encontrar un compañero no era imposible. Los sentimientos que compartían así lo revelaban. Se había rendido igual que él, sin apenas lucha. ¿Dónde estaba escrito que no pudiera sentir algo así por otro hombre? En su mente, en su corazón.

Se encontraban en mitad del verano, la última semana de julio llegaba a su fin. Esa mañana, Pedro no quiso acompañarlas, pues quería asistir al parto de una gata que se había afincado en el jardín, así que emprendió el paseo con doña María. Cuando llegaron a lo alto de la playa, desde donde se divisaba toda la desembocadura de la ría, descubrieron las tres fragatas corsarias en el muelle. El corazón se le alborotó y la sangre zumbó alocadamente ensordeciéndola.

—Suspirabais por esto —confirmó doña María resignada.

—Conozco mis deberes —desoyó Leonor—. No iré al pueblo hasta que se vayan.

Siguieron con su ruta habitual y bajaron a la playa. Doña María se sentó al resguardo del nordeste entre unas dunas, mientras Leonor se acercaba descalza al agua. La playa era larga, con restos de ramas y troncos que bajaban en las avenidas del Sella en invierno y algas acumuladas en la orilla; el mar se extendía frente a ella, cerrado ligeramente por los montes de Somo, al oeste, y Corbero al este, sobre el que se asentaba la ermita con un par de cañones apuntando a la barra, dispuestos a impedir la entrada de naves no deseadas. El nordeste rizaba la superficie creando pequeñas crestas blancas entre las que distinguió la figura de un hombre que se

sumergía bajo el agua. No se percató de su presencia porque le daba la espalda, pendiente de la siguiente ola. A Leonor le extrañó que alguien pudiera bañarse de esa forma y se quedó observando embelesada hasta que se percató de que estaba completamente desnudo. Ahogó un grito de sorpresa y reparó en la ropa extendida unos metros más allá. Buscó con la mirada un sitio donde esconderse y corrió, con las faldas levantadas, hasta un grueso tronco. Se echó al otro lado y asomó un poco la cabeza para comprobar que no la había descubierto. No lo vio y se preocupó hasta que emergió cerca de la orilla y salió lentamente, permitiendo que las olas lo acariciasen. La sangre se le heló en las venas cuando descubrió que no era un hombre cualquiera, sino su irlandés. Se secó con un lienzo, se vistió y emprendió el regreso por la playa hacia el lado que daba a la ría, en donde había dejado un bote varado en la arena.

Las sensaciones la embargaban de forma desordenada, las imágenes del cuerpo desnudo se mezclaban con el alivio de saberlo vivo. Se levantó y se sacudió la arena. Doña María se acercaba nerviosa.

—¿Os habéis caído? —indagó solícita—. Se estaba tan bien al calor del sol que me quedé un poco traspuesta y, cuando espabilé, os vi echada boca abajo junto a ese tronco y pensé lo peor.

—Ya me conocéis, soy un poco alocada y tropecé con la falda y, una vez en el suelo, me fijé en la arena, tan fina y compuesta de unos caracolillos en miniatura —mintió. Afortunadamente, no se había percatado de nada; seguía siendo su secreto.

Pero el mal ya estaba hecho, lo supo en cuanto retomó esa noche el diario y las frases de su casero las hizo propias, los sentimientos expresados eran suyos, las palabras se las había arrebatado de la boca, le había robado su ser.

En mis noches más febriles se me presenta la imagen amada desnuda y le hago el amor lleno de un deseo incontenible tan real que despierto para no olvidarlo y me descubro rodeado de soledad. Me abrazo a mí mismo para recuperarla, para sentir que alguien toca mi cuerpo, que no estoy solo: un sentimiento tan desesperado, tan frustrante...

Así se despertó Leonor, empapada en deseo, hambrienta de caricias, hastiada de sueños y vacía de realidades.

Dejó pasar varios días antes de aventurarse de nuevo a la playa. Cuando se asomó en lo alto, el corazón le dolió. ¿Tan grande era su pena que podía doler físicamente? Porque el dolor que sintió era real cuando los ojos se posaron en la ría vacía.

OceanofPDF.com

13

Ribadesella, agosto de 1637.

Leonor y doña María bajaron a Ribadesella el día de mercado. Los vecinos se habían acostumbrado a verla vagar vestida de negro y con la cara cubierta por un velo y no le prestaron atención. Se encontraron con doña Teresa, la esposa de don José Manuel y platicaron un rato sobre el avance de las obras.

—El contratista nos ha asegurado que estará lista a finales de septiembre. Será un alivio vivir juntos definitivamente.

—Creí que compartían casa —inquirió Leonor extrañada.

—Sí, pero estamos condicionados a las estancias en puerto de los irlandeses. Mi esposo tiene arrendada una habitación en su casa y, cuando fondean, yo regreso con la familia que me ha acogido. No estaría bien visto que una mujer conviviera con tanto hombre.

—Así que se han afincado en Ribadesella hasta el punto de adquirir propiedades —corroboró Leonor interesada.

—Incluso algunos han contraído matrimonio, como su capitán, el señor Pronovil. Manejan mucho dinero porque están todo el día en la mar. El capitán O'Duinn es muy amigo de mi marido, bueno, cabo. Son muy quisquillosos con eso de los nombramientos y no permiten a los que ejercen de corso el nombramiento de capitán, reservado a la marina real.

Leonor asintió sin interrumpirla con el alma en vilo, deseando que la mujer terminara con la cháchara intrascendente y se centrara en la figura del amigo de su esposo, pues creía que era la misma persona que su irlandés, recordaba el nombre del patrono de Irlanda pero la complicada

pronunciación de su apellido se había desdibujado con el paso de los años y no estaba segura.

—Pues bien, el señor O'Duinn ha sido muy amable permitiéndonos almacenar los muebles en su casa, incluso nos la ofreció; pero José Manuel no aceptó, ya habíamos abusado de su generosidad. ¿Sabíais que me acompañó hasta el altar el día de la boda?

La señora del administrador se creyó en la obligación de soportar el peso de la conversación, a juzgar por la incontinencia verbal que la aquejó, hasta que un revuelo entre la gente del mercado las privó de su compañía ya que se encaminó al muelle para enterarse de lo que sucedía.

A Leonor le daba vueltas la cabeza. La casa de la que hablaba era la suya, donde encontraron los muebles apilados en uno de los cuartos del servicio. Don José Manuel ya se lo había explicado. Ahora descubría que el dueño de la casa empleaba un nombre falso e intentó recordar el nombre que figuraba en el contrato que le mostró el administrador: Patricio Odón. ¡Qué similitud! Intentó sosegar y controlar las ideas alocadas que corrían por su mente. Eran demasiadas coincidencias pero, por esa razón, desconfiaba.

—¿Qué hacemos? —preguntó doña María—. El mercado ha quedado vacío.

Tan ocupada en sus pensamientos, no se había percatado de lo que sucedía alrededor. Don José Manuel venía deprisa, atravesando la plaza desde su casa. En cuanto las vio, aminoró el paso hasta llegar a ellas.

—Me han avisado de que los irlandeses han regresado —explicó—. Es extraño porque no los esperaba hasta más adentrado el mes ya que deben acercarse a Irlanda para reclutar más gente. O bien han hecho una presa o ha sucedido algo grave.

—Os acompañamos al muelle —ofreció Leonor impulsivamente, sin atender la cara de asombro de doña María.

Don José Manuel se abrió camino entre los numerosos curiosos que invadían el muelle para observar la entrada de las tres fragatas. Leonor comprobó que no se trataba de una presa. Según se iba aproximando el primer navío, se dio cuenta de que mostraba desperfectos en la arboladura y en el alcázar. El silencio reinó entre los vecinos pendientes del desastre.

—¡Oh, Dios mío! —susurró don José Manuel.

—¿Qué ocurre? ¿Es grave? —indagó nerviosa Leonor en voz baja.

—¿No os habéis fijado en el nombre del barco?

Leonor aguzó la vista y en una de las amuras leyó *San Patricio*. Era el barco que había armado.

—No os preocupéis por las reparaciones —lo consoló.

—¿Reparaciones? Esas son el padrenuestro de cada día. Lo que me preocupa es que el cabo de presa es quien gobierna el barco.

A Leonor se le encogió el estómago: había heridos y probablemente muertos. Pensó en su irlandés y se quedó clavada en el suelo, rezando como una mujer más de las que rogaban a Nuestra Señora de Guía por sus hombres.

Presenciaron cómo echaban las anclas de las amuras y arriaban un bote con algunos heridos dentro. Una vez en el agua, bajaron los remeros por la escala. Los otros dos barcos procedieron de la misma forma, aunque el primer bote en llegar fue el procedente del *San Patricio*. En cuanto los marineros sacaron los remos de los escálamos y los levantaron, los pescadores ociosos de la villa se aprestaron a ayudarlos con la maniobra y don José Manuel las dejó solas. La gente arremolinada sobre la barca no le permitió vislumbrar, desde donde se encontraba, quienes eran los heridos. Doña María la tenía firmemente agarrada de un brazo para impedir cualquier tontería, así que no pudo avanzar para informarse. No hizo falta. Don José Manuel dictaba órdenes a diestro y siniestro y los vecinos comenzaron a disgregarse. Unos chiquillos salieron corriendo en una dirección determinada. Los otros botes tocaron el muelle y un hombre alto, de mediana edad, saltó y avanzó con paso enérgico por el pasillo que le abrieron. Por el respeto que le mostraban, Leonor adivinó que era el propio Richard Pronovil. Se plantó junto al bote del *San Patricio* y con voz estentórea impartió un par de órdenes en inglés y los hombres se movieron sin vacilar. Entre varios alzaron unas parihuelas, en las que reposaba el cabo de la fragata, y emprendieron la marcha hacia la plaza del pueblo, pasando junto a ellas.

Leonor estuvo a punto de desmayarse cuando reconoció a su irlandés: el pelo empapado de sangre y las ropas desastradas, pálido y sin sentido. Don

José Manuel no se apartó de él y los acompañó hacia la casa. Pronovil los seguía, hablando con voz profunda con otro de ellos.

—¡Vámonos! —apremió doña María—. No hacemos nada aquí y acabaremos llamando la atención.

Leonor se movió por instinto, transida de dolor, de angustia y de incertidumbre. Lo recordó emergiendo del mar y las lágrimas se le escaparon. Se encontraba en el carruaje con doña María a las riendas y no recordaba cómo había llegado allí.

—¿Estaba muerto? —preguntó con voz trémula.

—No, al menos cuando lo vimos —matizó doña María—. ¿Lloráis?

Leonor se acordó del velo y lo retiró.

—¡Válgame el Cielo! —exclamó doña María asustada—. Es más serio de lo que pensé. ¿Cómo puede ser si apenas os conocéis? He sido testigo de vuestros encuentros —la mujer movió la cabeza incrédula—. ¡Con el tiempo que ha transcurrido! Más que suficiente para olvidaros de una tontería de la juventud.

—Desconozco lo que es el amor, doña María, pero creo, sin temor a equivocarme, que es lo que siento.

Leonor fue consciente de que era la primera vez que lo declaraba en alto y no se sentía culpable, como esperaba, sino liberada. Y las lágrimas corrieron más abundantes porque la vida era muy corta: había perdido un marido en la flor de la edad y ahora un amor, roto por el fuego del enemigo; porque la esquivaba la felicidad; porque había sido una timorata, incapaz de luchar por lo que quería, escudada en unas obligaciones que le parecían irrisorias al lado de la gran verdad: vida y muerte, tan contrarias y tan iguales; tan de la mano que no las separaba ni el grosor de un hilo, excepto el amor, el único por el que se vivía y ella había arrinconado ese don de Dios. Había ahogado sus deseos, había desoído sus sentimientos, había rechazado el placer, había escondido la pasión... había negado la vida y esta, en justa venganza, le cerraba las puertas.

Llegaron a la casa y doña María se las apañó para subirla a la habitación a escondidas. Imaginó que inventaría alguna excusa para justificar su ausencia el resto del día. Permaneció postrada en la cama incapaz de comer, de respirar si él no respiraba, de seguir viviendo si él ya no vivía.

A última hora de la tarde, regresó doña María. Ni siquiera había percibido su ausencia hasta que ella se lo dijo.

—He bajado al pueblo a informarme de su estado —dijo de corrido y, sin aguardar contestación, prosiguió—: se salvará si no se produce infección. A la vista de Gijón trabaron combate con una nave de guerra francesa. Las astillas que saltaron, cuando cayó la bala de cañón sobre el alcázar, le laceraron un costado y un brazo, pero no ha perjudicado nada vital y ha sido atendido rápidamente por el cirujano de a bordo. Huelga decir que hundieron al francés. Son muy eficaces esos irlandeses.

—¿Cómo sabéis tanto? —se extrañó Leonor.

—Pregunté a la persona que no se ha separado de él: don José Manuel. Trabaja para vos, no abrirá la boca si le ha extrañado mi interés. También lo ha visitado el médico del pueblo, al que mandó llamar desde el muelle. Tiene bastante fiebre, pero entra dentro de lo normal. Don José Manuel pasará la noche pendiente de su estado, son bastante amigos.

—Más de lo que os imagináis —afirmó Leonor—. ¡Qué ciega he estado!

—¿A qué os referís?

—A que lo he tenido delante y no lo he querido ver —contestó Leonor sin entrar en explicaciones.

Patrick era el cabo de su nave y la bautizó con el nombre del patrón de Irlanda: San Patricio. El dueño de la casa se llamaba Patricio y esa idea la condujo al diario y a los pliegos. Los había encontrado él y los había leído sin conocer la identidad de la escritora: «apasionada y triste desconocida» se había dirigido a ella, ignoraba que él era el objeto de esa pasión. ¿Y quién era la mujer por la que suspiraba, la mujer que despertaba los sentimientos que ella ansiaba? ¡Cuántas cosas la separaban de él!

Una idea llevó a otra: la casa era suya, era su cama, eran sus cosas. Abrazó la almohada buscando su esencia. Había buscado la comodidad de una extraña al limpiar la huerta y desterrar a los ratones, lo que reflejaba su amabilidad; había leído los pliegos y se sintió en deuda, lo que revelaba su sensibilidad. ¡Cuánto sabía sobre él de pronto! Había sido un desconocido hasta entonces. Y la nueva información confirmaba que lo había juzgado

correctamente, que había entregado su corazón a la persona adecuada, aunque la injusta sociedad no lo considerara así.

Doña María la encontró enlazada a la almohada, empapada de lágrimas.

—Debéis sobreponeros. Es un hombre fuerte, se recuperará —trató de animarla conmovida.

—No es esa la razón de mi aflicción; sino la imposibilidad de ser feliz con él.

—Sospechaba vuestro amor —confesó doña María—, pero no el alcance de vuestra pasión. Lamento que os hayáis entregado a un imposible. ¡Sois tan joven!

—Es cierto que me siento una desgraciada, pero no me arrepiento de mis sentimientos. Creo que los ha generado un hombre que los merece.

—¿Y cómo habéis llegado a esa conclusión, excelencia, si no lo conocéis?

—Antes, no; pero ahora, sí. La casa me habla de él.

—¿La casa? —se extrañó doña María.

—Le pertenece. Por algunas palabras de don José Manuel, he llegado a ese descubrimiento.

Doña María, pálida, tomó asiento y la miró con cariño y cierta humedad en los ojos; se rendía a lo inevitable.

A partir de entonces, cada día, doña María bajaba al pueblo a informarse del estado del paciente hasta que estuvieron seguras de su recuperación y dejaron de interesarse.

Patrick recobró la consciencia y escuchó un siseo que llegaba del pasillo. José Manuel conversaba con una mujer. Se incorporó para comprobar en qué estado se encontraba, además de empapado en sudor, pero la herida se hallaba tapada con un emplasto. Se movieron en el pasillo y la mujer quedó dentro del ángulo de visión por un instante y luego se retiró. Los oyó descender al piso de abajo y luego la puerta al cerrarse. Le sonaba la mujer e intentó ubicarla sin fortuna. El cansancio lo vencía y se echó cerrando los ojos. El abogado regresó a su lado.

—¿Quién era?

—Una de tantos vecinos que preguntan por vos.

—¡Qué cariñosos! ¿Desde cuándo soy tan popular? —preguntó sarcástico.

—¿Desde que les caéis simpático? La gente os aprecia particularmente porque os preocupáis por ellos, preguntáis por su familia o sus trabajos, siempre que desembarcáis os dirigís a ellos por sus nombres. A Pronovil lo temen, es un poderoso y un ambicioso, aunque lo toleran porque los beneficia. Creo que la diferencia es abismal.

—¡Vaya! Ignoraba que fuera tan popular. La cara de esa señora sigue girando en mi mente, no la ubico.

—No creo que la conozcáis —respondió cauteloso José Manuel—. Os recordará a alguien.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Porque es una sirvienta de la viuda. Como una vecina más —recalcó—, se ha preocupado por vos. Habéis suscitado un enorme interés, y ni Teresa ni yo podemos salir sin que alguien nos detenga para informarse de vuestro estado.

Patrick aceptó la explicación sin mucha convicción. Era un buen fisionomista y estaba seguro de que había visto a la mujer anteriormente. La razón por la que no conseguía ubicarla se la había ofrecido el abogado: pertenecía al servicio de la viuda y, por tanto, no era de Ribadesella. Hizo un esfuerzo y recapacitó: él se había movido exclusivamente por los puertos, no había viajado por España. Entonces, ¿dónde se había tropezado con ella? José Manuel le había confesado que la viuda pertenecía a la nobleza, sin especificar más. Él nunca había andado en tratos con los nobles, ese era Richard.

Una idea, como un relámpago, iluminó su mente; pero tan fugaz que murió en el mismo instante por imposible. La fiebre le había derretido la sesera y veía lo que quería ver, como cuando recibió la herida y el último pensamiento fue para ella. Comenzaba a convertirse en una obsesión que terminaría por volverlo loco.

En cuanto pudo alimentarse, recobró fuerzas a ojos vistas. El médico retiró el emplasto y la herida estaba limpia, la dejó al aire para que terminara de cerrar. José Manuel le informó de la decisión de Pronovil:

Colm había ocupado su puesto para llegar a Irlanda y trasladar el tercio prometido a Flandes. Si las órdenes se lo permitían, regresarían por él, así que durante unas semanas tendría que buscarse alguna ocupación, con el agravante de que la casa de Sebreño se hallaba alquilada.

En dos días se paseaba por la casa y en otros dos la herida, aunque tierna, estaba cerrada. Las laceraciones del brazo le habían dejado unas cicatrices rojas que, con el tiempo, se transformarían en unas marcas blancas. El quinto día decidió acudir al puntal a bañarse para sacudirse el calor estival, despiojarse y remojar en agua de mar las cicatrices. Pidió a Simón, el barquero, que lo pasara al otro lado y no lo aguardase. Durante la travesía, Simón se mostró jovial y charlatán, cuando era de talante más bien taciturno. Lo dejó en el improvisado muelle, se descalzó, se quitó las medias y echó a andar por el arenal con los zapatos en la mano. Como llegaba del lado de la ría, irrumpió en la playa desde lo alto de una duna sin previo aviso, así que sorprendió una escena insólita en la orilla del mar. Subyugado por ella, bajó un poco la duna, se sentó para mimetizarse con la arena, pues vestía un calzón beis y una camisa blanca, y no lo descubrieran.

Dos mujeres, completamente vestidas, observaban la escena de una tercera, con las faldas remangadas y las piernas desnudas, que perseguía a un mocoso por el agua. El chiquillo se detenía, echaba agua a la mujer y ella hacía lo mismo con los pies mientras él reía, gritaba y se daba a la fuga. El juego duró un rato y, entre una carrera y otra, se fueron aproximando. Patrick permaneció inmóvil, cualquier movimiento podía captar la atención del ojo aunque estuviera pendiente de otro cometido, lo sabía por experiencia. Las mujeres que permanecían en la arena seca mantenían una charla entre ellas, pero estaban demasiado alejadas para poder distinguir las facciones. Lamentó no haber llevado un catalejo, pero cómo prever que lo iba a necesitar. La mujer y el chiquillo casi habían llegado hasta donde se encontraba. A ella se le había soltado el largo pelo castaño, que la brisa alborotaba y echaba sobre la cara. El niño distinguió algo que le llamó la atención y salió del agua hacia el arenal y la mujer lo siguió. Patrick permaneció muy quieto, temiendo que lo descubrieran de un momento a otro, pero lo que vieran mantenía su vista clavada en la arena. La mujer se irguió y se retiró el pelo de la cara, mostrando unos rasgos sobradamente

conocidos, entonces reparó en el color blanquecino del colgante, que no llegaba a distinguirlo, pero no le hizo falta para reconocer la caracola.

El pecho se le vació de aire de golpe, la mente se le paralizó y los ojos se le abrieron como si fueran de pez. Cuando reaccionó, habían regresado a donde los aguardaban las dos mujeres y comenzaron a retirarse hacia las dunas. Mientras aguardaba a que desaparecieran, la mente comenzó a trabajar superponiendo ideas e imágenes: la viuda residía en su casa, le había bordado ropa de cama, la había tenido al alcance de la mano sin saberlo, la mujer que se interesaba por él era su dama de compañía, por eso la recordaba, le había abierto el corazón a la mujer de sus sueños en el diario. Agitó la cabeza turbado, incrédulo. Ella no ignoraba su presencia. El verano pasado la había visto con el abogado y, cuando había tratado de acercarse, desaparecieron. Se había interesado por su salud... estaba enamorada de su marido, al que añoraba profundamente en sus escritos. Esta única verdad se impuso al resto. Conocía su presencia y no se lo había revelado porque él no era nadie. ¿Por qué debería haberlo hecho?

Había sido un estúpido por no haberlo sospechado. José Manuel trabajaba para Maqueda. Había guardado celosamente la presencia de la duquesa en el anonimato, como era su deber, no podía reprochárselo. Aturdido por la revelación, permaneció un rato sentado, incapaz de reaccionar. Finalmente, se desvistió y entró en el mar.

Ribadesella, agosto de 1637.

Patrick regresó a la hora de la cena para dejar espacio al matrimonio, que convivía en la casa de Brian durante la ausencia de los hombres. Era tal la sensibilidad de la herida que notaba los latidos del corazón reflejados allí, le escocía a causa de la sal pero, como buen marino, no ignoraba que era indicio de que sanaba correctamente.

Sentado a la mesa ante un guiso de pescado, decidió completar su información para hacerse una idea de las razones que habían llevado a una mujer, como la duquesa, a refugiarse en Ribadesella los veranos, arrendando una casa con un puñado de criados cuando contaba con palacios por toda la península y un regimiento de servidores.

—¿Repararon la nave antes de zarpar?

—Sí, el propio Richard se tomó interés en ello. Os alabó como el héroe de la empresa porque vuestra exposición permitió el hundimiento del francés.

—¿Confiará vuestro misterioso armador en Colm?

—Yo confío, así que no os quite el sueño eso —afirmó convencido el abogado.

—Eso me recuerda al marqués de Maqueda. A su flota no le va mal, aunque la guerra...

—Es un zorro y se guarda bien las espaldas del Conde-Duque —sonrió menando la cabeza.

—Recuerdo que tenía una hija que se casó muy bien. Conocí al duque de Alvarado en La Coruña, precisamente cuando cerré el trato con el

marqués —comentó inocentemente, dejando correr el sedal.

—No lo conocí personalmente, pero mi padre hablaba muy bien de él.

—¿Hablaba?

—Falleció de unas fiebres un par de días antes que su padre.

—Lo ignoraba. ¿Y qué sucedió con la duquesa?

—Su suegro la nombró tutora de su hijo, el nuevo duque de Alvarado y administradora del ducado en detrimento de otro hijo, el conde Trujillo. Ha sido muy comentado el asunto en la Corte.

—¡Qué historia tan triste! —suspiró doña Teresa.

—Mucho poder en manos de una mujer —se asombró Patrick.

—Es una joven muy lista —explicó José Manuel distraído. Patrick comprendió que la admiraba.

—La conocéis bien, deduzco por vuestras palabras.

José Manuel comprendió su desliz demasiado tarde y se aclaró la garganta antes de responder.

—He conversado un par de veces con su excelencia, cuando he coincidido en alguna visita al marqués.

—Y siendo tan joven, ¿no se ha casado de nuevo? —preguntó doña Teresa facilitándole la labor.

—Resulta extraño, es verdad —confirmó José Manuel.

—¡Oh! ¡Qué romántico! Estaba enamorada de su marido —elucubró la mente de doña Teresa.

—No creo que esa sea la causa, era un matrimonio concertado, aunque se llevaban bien, por lo que he oído.

—Hay veces en las que los contrayentes se enamoran —apuntó la posibilidad doña Teresa.

José Manuel pareció cansado del tema porque cambió drásticamente de conversación. Terminaron la colación y doña Teresa se retiró para dejarles hablar un rato a solas sobre sus asuntos.

—Aclaradme qué mosca os ha picado —exigió José Manuel.

—¿A qué os referís?

—Os conozco lo suficiente para comprender que la conversación sobre la duquesa no ha sido casual. Yo también sé razonar, no me toméis por tonto, amigo mío.

—Guardáis muchos secretos y yo lo respeto; respetad los míos —rogó Patrick sin acritud.

—Lo haría, pero estoy atando cabos y me sudan las manos con el resultado —se sinceró José Manuel.

—¿Y qué cabos son esos?

—Habéis conocido a la duquesa en La Coruña...

—En San Sebastián, cuando estaba soltera —corrigió Patrick.

—Y habéis recordado a la mujer del otro día —concluyó José Manuel nervioso.

—No solo la he recordado, sino que he visto a la duquesa y a su hijo.

—¿Habéis ido a la casa? —se alarmó José Manuel.

—En absoluto. Los vi de lejos, en la playa. Comprendo vuestra lealtad y no quise ponerlos en un brete preguntando directamente —se disculpó Patrick.

—Ahora decidme que no es ella vuestro amor imposible —indagó ansioso el abogado.

—Me pedís que mienta a un amigo —reconoció con tristeza Patrick.

—¡Válgame Dios! ¿Habéis perdido la cabeza? —reprendió José Manuel, peinándose el cabello hacia atrás con los dedos.

—Porque tengo la cabeza sobre los hombros, me encuentro reducido a este estado. Lo que perdí fue el corazón el día en que me presenté ante ella y le regalé una pequeña y perfecta caracola que rescaté del fondo de la ensenada de San Sebastián. Que tengáis buena noche.

José Manuel se había quedado pálido, los oídos le zumbaban a causa de la confesión de Patrick, su mente trabajaba anudando los últimos cabos. El amor que describía la duquesa en los dichosos pliegos que había dejado olvidados era Patrick, ya no le cabía la menor duda. Por un tiempo creyó, como Teresa, que se había enamorado de su marido, pero la propia duquesa lo había desmentido. Y luego la caracola, que nunca la había visto sin ella cuando debía lucir collares de perlas, esmeraldas y rubíes. ¿Lo sabría Patrick? No, si hubiera intuido por un segundo que él era el objeto de su amor, se hubiera presentado en la casa sin dudarlo. ¿Y ella? Por las palabras

de Patrick no se habían vuelto a ver desde La Coruña. ¡No! Él no la había vuelto a ver, pero la duquesa, sí. Recordó el verano pasado, cuando Patrick cantó y bailó para festejar la llegada al pueblo e, inesperadamente, ella decidió retirarse. Estaba en el puerto cuando desembarcaron a Patrick y envió a doña María a preguntar puntualmente por él. ¿Cómo había estado tan ciego? Y ahora también conocía la identidad del cabo al frente de la nave que armaba. ¡Menudo embrollo por culpa de su ineptitud! Él había sido quien había sugerido a Patrick arrendar la casa.

Intentó serenarse para pensar algo inteligente y no dejarse llevar por el pánico, pero fue incapaz. Lo único que consiguió colegir fue que ella no había intentado el acercamiento aunque era la más informada. A pesar de la calentura del corazón, se mantenía en su puesto. Entonces, ¿por qué había regresado?

Aquello era una locura y los dos amantes estaban a punto de sucumbir a ella. Solo faltaba que se encontraran frente a frente y se abrasarían vivos en su pasión. Y lo peor de todo es que no atenderían a razones. Sin saberlo, había emulado a la Celestina, la vieja alcahueta de Fernando de Rojas, facilitando el encuentro de los amantes.

Leonor, como todas las mañanas, salió de paseo hacia la playa. Mientras su irlandés estuviese en el pueblo, evitaba exponerse incluso cubierta con el velo. De acuerdo con doña María, simuló una indisposición y bajaron al pueblo a la misa dominical sin ella. Se sobreentendía que permanecería en casa, pero se encontraba demasiado inquieta y el mar era el único que absorbía sus preocupaciones y le proporcionaba la paz deseada. La casa, desde que se había enterado de que él era el dueño, la sumía en la melancolía. En la biblioteca tocaba los libros porque habían estado en sus manos anteriormente, bebía en la copa y se imaginaba sus labios en el mismo borde, deleitándose con un vino. De seguir así, perdería la razón.

Llegó al final del prado, desde donde se divisaba todo el abra, y le dio pereza bajar hasta la playa; además, se encontraba sola. Se desvió del sendero hasta un árbol y se sentó a la sombra para contemplar el paisaje que se extendía a los pies. No lo oyó hasta que se sentó a su vera. En otras

circunstancias, en otro lugar, hubiera mostrado su disgusto por la osadía y falta de respeto; pero en esta ocasión la invadió la felicidad y la timidez al compartir la sombra del chopo.

—Si vuestra excelencia lo considera un atrevimiento por mi parte, no tenéis más que decírmelo y os liberaré de mi presencia.

Leonor lo miró, parecía que le había leído el pensamiento. Estaba muy atractivo con la camisa blanca que resaltaba el cuerpo moreno, el calzón también era claro y las medias terminaban en unos zapatos de hebilla ancha, un lujo de nobles. Sus ojos se fijaban en el panorama de abajo, para no turbarla ni parecer insolente.

—¿Cómo os sentís de vuestras heridas? —Deseaba que la mirara, que esos ojos verdes la reconocieran como una amiga al menos.

—Recuperado de las que causan los hombres.

El corazón de Leonor amenazaba con escaparse del pecho ante la alusión tan directa sobre sus sentimientos. A él le quemaba el diario tanto como a ella los pliegos, una vez desveladas las identidades.

—¿Sois siempre tan directo?

—Si tenéis en cuenta que nuestras entrevistas se han reducido a unos minutos en el plazo de varios años, debo condensar mi conversación.

Leonor sonrió ante la agudeza del irlandés.

—Nuestras indiscreciones ya no tienen remedio, será mejor olvidarlas, aunque he de reconocer que compartir mis sentimientos con un papel me ha aliviado mucho.

—Es muy triste perder un amor siendo tan joven.

—Que sea un imposible no es sinónimo de perdido, me complacería ganarme vuestra amistad.

Leonor se vio recompensada con una mirada de esos ojos verdes; sin embargo, lo que halló en ellos fue confusión, perplejidad.

—¿Amistad? —repitió el irlandés estupefacto.

—Os ha sorprendido mi atrevimiento —manifestó Leonor, enrojeciendo de vergüenza—. Si esa mujer no os corresponde, nada impide que seamos amigos.

—¿De qué mujer habláis? Vuestros sentimientos hacia vuestro esposo os honran, pero sois joven y superaréis el dolor de la pérdida.

Leonor fue ahora la que no comprendía las palabras del irlandés.

—¿No hay otra mujer?

—¿Otra? En mi corazón no hay sitio para dos —confesó el irlandés, sosteniéndole la mirada significativamente.

Leonor recogió el mensaje que le enviaban los ojos verdes y se sintió transportada a un paraíso desconocido.

—Nunca estuve enamorada de mi marido, aunque lo respetaba —declaró sin aliento—. Decidme que no es locura lo que estoy comprendiendo, habladme, ¡por amor de Dios!

—Desde el día en que os vi por primera vez en San Sebastián.

—Desde entonces perdí el corazón, que quedó prendado de un muchacho que me ofreció una caracola.

El irlandés, lívido y con la respiración agitada, no se movió, su expresión era una mezcla de contento y de temor. Leonor percibió el dilema del hombre y el abismo que los separaba y comprendió que ella tendría que exponerse de nuevo y cubrir la distancia. Él llevaba la razón: habían pasado muchos años añorándose; lo había visto al borde la muerte y ella se había comportado cobardemente al evitar el encuentro y abrazar el don que le otorgaba la vida. La vida que era tan corta...

Sin perder el contacto de la mirada, se inclinó lentamente hacia él y, como atraído por un imán, le salió al encuentro y sus labios se unieron, temblorosos de expectación, ávidos de años de contención, temerosos de la transgresión de las reglas sociales. Leonor fue arrastrada por el fuerte brazo del irlandés hacia él, que la estrechó contra el pecho tan solo vestido por la camisa, y oyó el latido desacompasado y fuerte del corazón que competía con el suyo. El cuerpo reaccionó celebrando en final de la tristeza con lágrimas de felicidad.

—Prometedme que os volveré a ver, que no huiréis de mí —le decía mientras bebía los regueros salados.

—Es muy arriesgado, podría costaros la cabeza —objetó Leonor, incapaz de madurar un plan con sentimientos tan contrarios.

—Elegid vos: un encuentro casual y una conversación trivial en las dunas por la mañana; o algo más serio por las noches: es mi casa y dispongo de otra llave.

—¿Y por qué no ambas? Vos lo expresasteis muy atinadamente, nuestro tiempo está contado hasta el último segundo. No podemos permitirnos perder más.

El irlandés la apretó hasta dolerle los huesos y repetía para convencerse a sí mismo palabras dulces y musicales como mi amor, mi vida, mi alma.

Se separaron a duras penas con la mirada cargada de promesas, de sentimientos inabarcables y contenidos, de palabras no dichas pero adivinadas, porque las miradas hablaban, reflejaban la ansiedad y el amor que los aguardaba.

Una vez de pie, volvieron a besarse, sedientos de labios se demoraron en explorarse, en aprenderse la boca soñada, preludio de una noche prohibida.

Leonor regresó a la casa con el ánimo ligero, con la sonrisa en la boca, con el secreto reventándole el pecho. Había atendido la llamada de la vida, reclamaba su parte en ella, dejó que la naturaleza actuara y calló la razón gobernada por los dictados de una sociedad encorsetada y estrecha, sumida en deberes y obligaciones. Disponía de dos semanas antes de que llegaran los carruajes a recogerlos, dos semanas para recordarse que era mujer, que amaba y que era amada.

Las mujeres habían regresado del pueblo y doña María la recibió hosca.

—¿Dónde os habíais metido, excelencia? ¡Me vais a matar de un susto!

—Salí a dar una vuelta —y ante la mirada reprobatoria, añadió—: no bajé a la playa, me acerqué hasta el borde del prado y ahora regreso. Deberíamos sugerir al administrador que ponga un banco allí, a la sombra del árbol —propuso despreocupadamente.

Fue consciente de que doña María la escrutaba recelosa, tratando de adivinar a qué se debía su locuacidad o los colores que adornaban su rostro. Se sonrió, pues ni en años llegaría a la conclusión correcta.

La tarde pasó con una lentitud exasperante y la inquietud de Leonor aumentó de forma proporcional al comprobar que el sol se tomaba su tiempo para descender del cielo. Durante la cena procuró que los nervios no la traicionasen, aunque fue la primera en terminar la colación, cuando su natural era más bien el de comer despacio.

Doña María callaba, pero ambas se conocían demasiado bien como para que Leonor no intuyese que la vigilaba estrechamente para averiguar qué le sucedía. La asistió para desvestirla, le deshizo el peinado y se retiró hasta el día siguiente.

Leonor aguardó asomada a la ventana: presencié cómo el cielo cambiaba de un tono azul oscuro a uno más negro, la luna se alzó como reina de la noche coronada de estrellas. Cansada de estar de pie, se recostó en la cama elucubrando por dónde entraría, imaginando cómo se deslizaría escaleras arriba, rezando porque no fuera descubierto.

La ansiedad y la espera la agotaron y se durmió sin quererlo hasta que sintió que la cama se movía, que una mano repasaba su mejilla. Abrió los ojos y se enfrentó a unos verdes que refulgían a la luz de la vela llenos de pasión. Sonrió y le devolvieron la sonrisa. Los brazos partieron a enlazar el cuerpo deseado y los de él la estrecharon amorosos. Los labios se unieron como dos viejos amigos y con la confianza de esa amistad recorrieron la piel ajena, despertando nuevas sensaciones. Leonor gimió cuando la lengua descendió por el cuello, a la vez que unos dedos maestros desanudaban los lazos de la camisa de dormir, y siguió el rumbo ininterrumpido hacia el pecho. El cuerpo respondió arqueándose contra la piel morena. Las manos recorrieron la dureza de los músculos en tensión del hombre. Él era la ola que rompía implacable contra el acantilado del cuerpo prohibido. Los besos de Patrick sabían a mar, los labios recorrieron la nívea carne dejando un rastro salado y encendiendo el deseo. Ella era la arena que el mar moldeaba a su antojo, lo rodeó con las piernas y le ofreció el refugio de la playa, cálida y acogedora, la marea de su pasión la invadió con la fuerza de la pleamar, la fusión perfecta de dos elementos contrarios, tan necesitados el uno del otro, tan distintos. El mar lamía la playa y la playa absorbía el mar, perdiéndose en los embates rítmicos, constantes, con el aliento rugiendo palabras de amor. El cuerpo fluía entre las piernas de arena, sobre la playa en la que moría de amor hasta que la bajamar los separase.

Leonor sonrió satisfecha al sudoroso amante, remisa a dejar de abrazarlo. Acarició su piel con manos glotonas que ascendieron hasta el cabello que revolvió divertida.

—Déjame un poco de espacio y luego me estrujas de nuevo, mi amor.

Leonor abrió la prisión de las piernas y él se separó. Asombrada, presencié cómo se retiraba la bolsa llena de semen que envolvía el miembro.

—¿Qué es eso?

—¿No pensarías que iba a dejarte preñada?

—No pensé nada —se sinceró—. Estaba dispuesta a asumir las consecuencias de mis actos.

—Pues yo no. No soportaría que un hijo nuestro se criara en una inclusa.

—Ni yo. Mi padre me ayudaría.

Leonor contempló con consternación la cara de incredulidad del irlandés.

—No conoces a mi padre —insistió.

—Lo suficiente para saber que ahogaría a la criatura y a mí me colgaría de un árbol. No correré el riesgo ni tampoco dejaré que pases semejante trance sola. Eres demasiado importante para mí y un hijo nuestro sería un regalo, la culminación de nuestro amor. ¿Cómo dejarlo solo en el mundo, como si fuera un desecho, escoria, el fruto de un amor prohibido? Es algo impensable que no deseo. Lo que yo siento es algo puro, bueno, aunque el mundo lo denigre y lo considere contrario a la ley. No permitiré que lo mancillen con palabras o actos envidiosos y malintencionados.

Leonor tomó su cara entre las manos y besó su frente, sus ojos, su nariz, sus pómulos, las comisuras de los labios, hasta que sus bocas se encontraron y la marea recommenzó la carrera hacia la pleamar.

Leonor se despertó con la luz del amanecer, pues las cortinas del lecho se encontraban descorridas, lo que fue un alivio cuando contempló el desarreglo del lecho, la vela totalmente consumida y ella desnuda. Patrick ya no estaba. En algún momento, previo al amanecer, había abandonado la casa. Se levantó y comenzó a poner orden para no levantar las sospechas de doña María.

Ribadesella, agosto de 1637.

Doña María entró a vestirla como era habitual y la informó de la indisposición de la niñera.

—Algo le ha sentado mal y anda floja de vientre. Tendré que hacerme cargo del niño. Por la mañana es fácil pues disfruta con las salidas a la playa, pero las tardes me dejarán agotada con un niño de tanta vitalidad.

Después de desayunar, emprendieron la marcha hacia la playa. Siguieron la rutina, aunque Leonor estaba pendiente de la aparición de Patrick. Al igual que la noche anterior, la ansiedad la ganaba. Lo vio descender de la duna que ocultaba la playa de la ría, por la que él cruzaba al puntal. Se hizo la despistada jugando con Pedro, mientras doña María permanecía sentada sobre un tronco seco de espaldas a Patrick. Cuando el niño las alertó de la nueva presencia, doña María arrugó el entrecejo en cuanto descubrió la identidad del visitante. La buena señora supervisó los saludos y, como un halcón, no se separó de Leonor.

Patrick disimuló mejor que ella y encandiló a Pedro fabricando unas espadas de madera con palos, que había dejado la marea, y unos cabos, restos de alguna red. No llegaron a la lucha porque se entretuvieron con el aprendizaje de nudos. Pedro, a sus cuatro años, era un niño despierto y, hasta que no consiguió atar los palos de su espada, no cejó en el empeño.

Mientras tanto, Leonor disfrutaba repasando el cuerpo que había tenido entre los brazos, confirmando la firmeza de los glúteos y de las piernas, como dejaba entrever el ajustado calzón, la brisa marina le revolvía el pelo,

un poco largo para la moda, y le hinchaba la camisa blanca, como si de una vela se tratase.

Cuanto más lo miraba, menos se arrepentía de lo sucedido; cuanto más analizaba su cuidado por ella, menos medía las consecuencias. No podía apartar de la mente el significado de un hijo para el irlandés. Las lágrimas de amor acudían prontas a los ojos: era tan vulnerable y él tan fuerte que dolía. Ahora comprendía la paz que la anegaba en la casa; la fuerza de él impregnaba las estancias, la cordura con la que actuaba rezumaba en lo que tocaba. Era imposible no amarlo y ella lo adivinó en cuanto extendió la mano para ofrecerle la caracola y con su fuerza de voluntad la obligó a entregarle el corazón. El intercambio podría parecer desigual, una caracola por un corazón, pero ella lo aceptó con los ojos cerrados, con fe ciega, y volvería a hacerlo.

La risa y los gritos de Pedro la sacaron de su abstracción. Patrick había levantado en el aire al chiquillo y lo balanceaba y, al final, lo elevó por encima de él y lo acomodó sobre los hombros. Se alejaron mientras Patrick le explicaba algo y señalaba el mar. Pedro lo escuchaba con atención, agarrado a las manos del irlandés para mantener el equilibrio.

—Bonita estampa, pero no es su padre. Mi querida niña, no soñéis despierta.

Leonor se volvió a doña María que la observaba con la mirada empañada de lágrimas.

—Lo sé, pero no quiero morir sin conocer la vida. Es un regalo que no puedo rechazar, doña María.

La mujer asintió con un suspiro y se enjugó una lágrima derramada. Leonor apreciaba el cariño que le demostraba doña María.

—No hace falta que os toméis tantas molestias por la mañana —declaró sorprendiendo a Leonor—. Como ya os dije, la niñera pasó mala noche y me mantuvo despierta: lo vi salir. No os alarméis, nadie más lo vio. ¿Habéis pensado en los riesgos?

—Toma precauciones, una tripa de cerdo.

—Un hombre inteligente. Os ama. Os aconsejaría que no os encontréis en público, se nota demasiado vuestra pasión.

Leonor entendió que doña María les daba su bendición y la quiso más por ello.

Aquella noche no se durmió, sino que lo esperó escribiendo en el diario. Le contó cómo se sentía, cómo lo admiraba, cuánto disfrutaba a su lado. La efímera felicidad se le escapaba por los poros de la piel, por la sonrisa tonta, por el brillo de los ojos, en cada latido del corazón. Había perdido el escaso juicio que le quedaba.

Cuando llegó, se entregó a sus brazos, le cogió la cara con las dos manos y besó sus ojos verdes, sus labios, exigió su rendición. Esa noche, Patrick era el mar embravecido que se arrojaba contra el acantilado con el deseo de abatirlo. Toda la mañana viéndose, toda la tarde deseándose, toda la noche amándose; porque la noche les pertenecía, larga, sugerente, voluptuosa, prohibida.

Se colgó del cuello y lo abrazó con las piernas al tiempo que él la sujetaba en brazos y la apoyaba contra la pared. La besó en el cuello, mientras ella le abría la camisa para conseguir el contacto con la piel que había devorado con la vista. Sintió su mano apremiándola en la zona secreta y el mar fue engullido por la arena apasionada, se abatió sobre ella una y otra vez, al compás rítmico del oleaje, hasta que se retiró vencido.

Agotado, apoyó la frente sobre la suya mientras recuperaba el aliento. La tomó en brazos y la echó sobre la cama y se tendió a su lado. Se dejó acariciar por la mano áspera del marino, contempló la admiración que reflejaban sus ojos. Un beso tierno aquí, un lametón allí, como si degustase fruta en sazón. Leonor cerró los ojos y metió las manos en el cabello, acariciándolo, animándolo a que siguiera con aquella amorosa tortura.

—Te quiero.

—Nunca me atreví a soñar tanto, luego esto es real —confesó con voz ronca.

Leonor se volvió a él y repasó el cuerpo en reposo, antes encendido; los bordes del alma, antes desordenada; porque el amor todo lo altera, lo deshace, lo vulnera, lo destruye, hasta que una vez colmado, serena la sangre, rehace la forma del amado, apaga el fuego de la mirada. Acarició el cuerpo que había ardido por ella, besó la piel húmeda por el esfuerzo hasta que el irlandés la reclamó de nuevo y la sentó a horcajadas sobre él, la

repasó extasiado prendiendo la llama del deseo en la piel y el embate furioso comenzó de nuevo: el uno exigente; la otra entregada. Dos cuerpos alterados por la pasión de sus emociones, dos cuerpos fundidos al calor de la unión, dos cuerpos sacudidos por el orgasmo, dos cuerpos satisfechos de placer. Se durmió abrazada por el solícito amante, que la arrulló con palabras de amor, que la acarició con manos sedantes y con el cuerpo la protegió. Rota y desmadejada, la sorprendió el amanecer, con la cama fría y revuelta: reconoció la sensación como compañera en el futuro.

La indisposición de la niñera se prolongó durante varios días lo que permitió a los secretos amantes compartir las mañanas jugando con Pedro. A Leonor se le partía el corazón al reconocer la paciencia del irlandés con el chiquillo. Pedro lo veneraba y no hacía más que hablar de él; por la tarde se ponía pesado porque no transcurría con la rapidez deseada. Por las mañanas, saltaba de la cama y se atragantaba con el desayuno a causa de la ansiedad por reencontrarse de nuevo con Patrick, quien le entrenaba con la espada de madera y le contaba historias del mar. El Cielo se conjuró con los dos amantes y solo derramó su agua algún día, al filo de la noche, permitiendo los secretos encuentros de la playa.

La oscuridad amparó la unión de los cuerpos y la luna veló la unión de las almas mientras el tiempo molía despiadado las horas de amor que les restaban.

La pequeña flota de Pronovil arribó en la última semana de agosto y, aunque pudieron compartir alguna noche, el resto del día quedó perdido en las obligaciones de Patrick como cabo del *San Patricio*.

La última noche resultó tan dolorosa que no hicieron el amor. Permanecieron estrechamente abrazados a la luz de la vela. Patrick le habló de sus planes y la razón por la que compró la casa; Leonor se alegró de que no siguiera indefinidamente como corsario y rezó porque conservara la vida durante los años que le quedaban. Ella le reveló con temor que era la armadora de su barco y, lejos de molestarle, le hizo gracia la valentía para solicitar una patente de corso, siendo mujer. Ella se negó a dormir y siguieron abriendo sus almas, grabándose en las retinas la imagen del amado, aprendiéndose los gestos, la risa, sin dejar de tocarse, de besarse, de acariciarse.

Leonor lo acompañó a la puerta de la habitación y metió, disimuladamente, un pliego doblado en el bolsillo de la chaqueta que colgaba de su hombro.

—Amor mío —lo despidió con lágrimas en los ojos.

Un último beso, rápido, desesperado, ardiente.

El irlandés se volvió y bajó la escalera como un fantasma blanco, sin ruido.

—Amor mío —susurró todavía Leonor, con la garganta atenazada por el llanto.

Se quedó escuchando el vacío oscuro, el silencio. Cerró la puerta y volvió sobre sus pasos. La razón le decía que durmiera un poquito, ¡qué más quisiera ella que no despertar nunca!

Patrick fue incapaz de regresar a casa y se quedó sentado en el muelle, contemplando las tres fragatas. Presenció el amanecer del día más triste hasta que una mano en el hombro lo sacó de su ensimismamiento. Era José Manuel.

—Era un imposible.

—Ignoro a qué os referís.

—Dormís por la tarde y desaparecéis las mañanas y las noches. Me acerqué a la playa en la que soléis bañaros. Al principio me enfadé, pero se os veía tan felices, que el enfado dejó paso al miedo. Si la habéis dejado preñada, vuestra cabeza pende de un hilo.

—Tomé precauciones; no por mí, sino por ella.

—La buscasteis.

—Aguardé la ocasión de sorprenderla sola, necesitaba hablar con ella sin testigos, pues así fue nuestra entrevista en La Coruña. Comprendo la necesidad de discreción con el servicio. Solo doña María es testigo y ella no cuenta. Y ahora vos.

—Por mí no hay cuidado. Pero la duquesa no vive en un paraíso, se juega mucho en estos encuentros. El servicio que trae es escaso y de su padre. Llega en coche de alquiler desde León para que no le sigan la pista.

—¿A qué tanta precaución? ¿Qué puede temer una persona de su altura?

—A su cuñado, el conde de Trujillo. Aspiraba a ser tutor del nuevo duque. Si esto se diera a conocer, perdería el control del ducado y a su hijo. Y ese sería el menor de sus males. La vida de un niño de tan corta edad es muy frágil, pocos llegan a la edad de la adolescencia, como nos recuerda la propia reina, Isabel de Borbón, que ha perdido seis hijos de ocho que ha dado al reino.

—¿Estáis sugiriendo...? —Patrick no acabó la frase horrorizado.

—El marqués de Maqueda ha puesto a todos sus hombres de confianza sobre la pista del conde de Trujillo. Yo mismo debo estar alerta por si escucho algo sobre él. Lo está investigando. Es capitán en Flandes.

—¿Lo sabe ella?

—La propia duquesa es quien ha alertado a su padre.

—No me ha dicho nada —constató desolado Patrick.

—No es vuestro problema, no puede airear algo así, y vos ¿qué podéis hacer?

—Mi barco acaba de regresar de Flandes, fondeamos frecuentemente en Dunkerque. Puedo contribuir también.

Patrick sorprendió una mueca, que figuraba una sonrisa contenida, en el rostro de su amigo.

—Por eso me lo habéis confiado. Ya contabais con ello.

—No sois el único que pescáis. Aprendo mucho viviendo en un puerto. ¿Me acompañaréis esta tarde a la casa? Habrá que cerrarla si estáis a punto de partir también.

—No me siento con fuerzas pero, tarde o temprano, habré de enfrentarme a ello. Estáis en lo cierto, conocía el desenlace; aun así, no me arrepiento.

Había sido una pequeña tregua en su azarosa vida, un atisbo de lo que era la felicidad y estaba agradecido, ya que muchos abandonaban este mundo sin haberla vislumbrado. Lo que nunca había sospechado era cuánto dolía, cómo marcaba. Comprendía la desesperación en la que se sumían los hombres cuando la disfrutaban y los abandonaba. Decidió retirarse a dormir un poco, pues nadie lo esperaba en la playa. Dejaría que la desidia se adueñase de él por ese día, le correspondía un día de duelo.

Unos golpes en la puerta lo despertaron: José Manuel lo reclamaba. No había comido y tampoco sentía hambre. Cogió la chaqueta para la vuelta, que ya sería de noche y caería el relente. Durante esos días, Patrick había alquilado un bote con el que cruzaba la ría sin testigos y sin depender de Simón. Remó sin ganas y caminó hasta Sebreño renuente. Con la chaqueta colgada del hombro hacia la espalda puso un pie delante de otro. José Manuel trató de animarlo contándole las bromas que habían gastado a Brian por su aniversario. Él se enteraba de retazos de la conversación, incapaz de fijar la mente en algo que no fuera la imagen de Leonor. Llegaron a la casa y abrieron el portalón del jardín, donde se encontraba el carruaje y el caballo que empleaban para desplazarse. José Manuel buscó la llave en la hornacina de la Virgen y abrió la puerta de la casa.

Los recuerdos acudieron para enroscársele en el cuerpo. Dejó que José Manuel supervisara la parte de abajo y cerrase las ventanas y él ascendió a la habitación principal. ¡Qué vacío estaba sin sus cosas! Su aroma todavía flotaba en el aire y lo aspiró como si le fuera la vida, se acercó al lecho testigo de su amor, de sus confesiones. Dejó la chaqueta sobre el arcón y se aproximó a la mesa. Abrió el cajón con temor de que también estuviera vacío. Un inmenso alivio lo inundó cuando vio los pliegos tan manoseados con la escritura de ella. Era una mujer inteligente y no se llevaría nada que la delatase, sobre todo cuando el conde aguardaba un desliz. Leonor conservaba la caracola y él sus palabras.

Comprendió que era muy importante lo que se revelaba en el diario y en los pliegos y que el cajón no era un sitio seguro. El suelo era lo primero que miraba cualquiera que buscara algo escondido. Revisó la habitación con la mirada y enseguida dio con el lugar idóneo, donde a nadie se le ocurriría buscar nada comprometido, y menos unas palabras de amor. Entró en el escusado y repasó el estrecho cubículo: encima de la puerta podría fabricar un falso compartimento. Con esa idea tomó medidas y las apuntó en un pliego nuevo que cogió del cajón. Oyó a José Manuel por la planta, cerrando y corriendo sillas. Sonrió por lo meticuloso que era el abogado con todo aquello que ejecutaba. Dobló el pliego y se levantó para meterlo en el bolsillo de la chaqueta, donde encontró otro que no recordaba. Lo desplegó y reconoció la letra de Leonor.

No llores mi ausencia, pues dejé el sabor de mis besos en tus labios; la huella de mis manos en tu piel; la esencia de mi cuerpo en tu cuerpo. Recréate con lo que conseguiste y no añores lo que perdiste.

Cuando sueñes, búscame en el recuerdo de mis besos, de mis caricias, de nuestra unión. Yo haré lo mismo, y allí, se reconocerán nuestras almas enamoradas.

Una lágrima cayó sobre la mano que sostenía el pliego: lloraba en silencio. Dejó correr libres los ríos reveladores de su tristeza. José Manuel carraspeó a su lado y él le tendió el pliego. El abogado se sonrojó por la confianza depositada en él y le conmovieron las palabras de la duquesa. Patrick nunca había sido un sensiblero y aquella era una situación nueva que no sabía cómo manejar.

—Desahogaros, os aguardo abajo. Piensa regresar, pues ha dejado todos sus libros en vuestra biblioteca, incluso un costoso libro de oraciones al que tiene en alta estima, herencia de su madre.

—Sería una imprudencia, acabaría conociéndose la verdad. Su hijo crece. Ha dejado la intención de regresar algún año, cuando el hijo ya no dependa de ella y yo la esperaré. Esto —y elevó el pliego— es una despedida. Hemos disfrutado de un tiempo robado, de un regalo.

Patrick se enjugó las lágrimas con la manga, dobló la hoja y la devolvió al bolsillo.

—¿Ya está todo? —José Manuel asintió—. Pues zarpemos, no me queda ya nada aquí.

Se sacudió de la mente el negro futuro que se le mostraba y bajó detrás de José Manuel. Cerraron las puertas y el abogado condujo el carruaje, dejó a Patrick en el bote y él continuó para devolverlo a su dueño.

Al día siguiente, hubo reunión de cabos con Richard, quien les reveló sus planes. Durante el invierno iba a desplegar una dura campaña como corsario. A las tres fragatas se les unirían una zabra y una nao pequeña. La zabra se la dio a Colm, por lo que Patrick debería adiestrar a otro de la

tripulación. Colm, durante su ausencia, se había mostrado muy capacitado. Patrick se animó ante la acción que lo mantendría ocupado y con escasas recaladas en puerto.

La actividad se intensificó: el maestre acomodó los bastimentos en la bodega; el contramaestre repasó las jarcias y las velas; el condestable se procuró la pólvora y las balas necesarias; el carpintero se aseguró de la estanqueidad de la nave y Patrick, junto con el piloto, ordenó los mapas y portulanos que iban a necesitar. Una tarde se llegó a la casa con el carpintero del barco, quien construyó un falso techo en el escusado y lo pintó para disimularlo.

El último día lo pasó junto a José Manuel.

—Cuando regreséis habremos estrenado nuestra casa a la que estáis invitado.

—Os lo agradezco, pero una pareja necesita privacidad. Cuando me canso de mis compañeros de juerga, ya conocéis mi refugio. La ausencia será larga, os escribiré cuando desembarque en algún puerto español. Cuando regrese, confío en que la pena haya remitido, al menos, que no resulte tan dolorosa.

—Sois inteligente, estoy seguro de que encontraréis el remedio. Recordad que no sois el único hombre de la tierra que esté sufriendo por amor. Y el vuestro es correspondido, sois afortunado, miradlo de esa forma.

—Lo que me avergüenza es que ella sea más fuerte que yo. Ha sido capaz de escribirme esas palabras y yo he sido un egoísta.

—Las mujeres son más generosas, no me preguntéis por qué. Igual por costumbre, lo dan todo por los hijos. Mi madre fue una mujer ejemplar a la que añoro pese a mi edad.

Patrick recordaba a su familia, asesinada por los ingleses, aunque los rostros comenzaban a desdibujarse; quedaba muy lejos Irlanda, envuelta en brumas. No solo era un exiliado, sino que estaba condenado a vivir en soledad. Que le correspondiera era un consuelo, pero de poco más le servía si era inalcanzable.

Con la pleamar atravesaron la barra y, una vez en mar abierto, desplegaron todo el velamen hacia Llanes.

16

Mar Cantábrico, verano de 1638.

Patrick contempló las velas y los masteleros hinchados por el viento favorable. Habían pasado cuatro meses en aguas flamencas y habían apresado once naves de diferente tamaño que habían llevado a Dunkerque, donde no les disputaron la ganancia. Los corsarios eran muy bien recibidos pues protegían las costas de las incursiones holandesas y francesas. Llevaban cuatro años en guerra y no había visos de que terminara. Los tercios, con el cardenal Infante don Fernando de Habsburgo al frente, debían multiplicarse para defender dos frentes: al norte con Holanda y al sur con Francia. Por el momento no les iba mal, habían derrotado a Francia en Saint Omer y habían salvado Amberes con la derrota de los holandeses en la batalla de Kallo.

Sin embargo, los tercios no eran invencibles. Patrick había constatado que cada vez había más mercenarios y menos españoles, ya que la demografía castellana comenzaba a resentirse del esfuerzo humano que requería colonizar el Caribe, mantener las fronteras del norte, hacer frente a las rebeliones de la península, así como salvaguardar los mares. Era una empresa inconmensurable que anunciaba el desastre. Había estudiado lo suficiente en Dublín para conocer el fin que habían sufrido los grandes imperios en la historia, como el griego y el romano; el español no iba a ser diferente, pero tampoco auguraba un gran final a cualquiera de las potencias europeas que consiguiera alzarse con el codiciado cetro.

Dunkerque era el puerto en el que desembarcaban nuevas tropas y se embarcaban heridos o licenciados de los tercios, por lo que era un lugar con

mucho trasiego y mucha información. A Patrick no le resultó difícil dar con alguien que conociera el paradero del conde de Trujillo. Era uno de los capitanes del marqués de Lede y no se le tenía en mucha estima. Al parecer, procuraba que su regimiento siempre se encontrara en la retaguardia, era jugador y pendenciero como su tropa, a la que no retenía mucho y dejaba que asaltase y robase a los campesinos cercanos a los frentes de batalla. No obstante, en Amberes no le sonrió la fortuna y se encontró en el frente, donde fue abatido. No consiguió enterarse de si las heridas eran de consideración, aunque un capitán de uno de los buques le informó de que había sido trasladado a España con algunos soldados de su regimiento.

Cuanto más avanzaban hacia la península, más raro les parecía el no encontrarse buques de guerra franceses. Se arrimaron a Inglaterra antes de orzar hacia Galicia y los sorprendió una cerrada niebla, no muy frecuente en los meses de verano. La encalmada los retrasaba y, aunque no había prisa, los alimentos menguaban. Habían iniciado el regreso con vientos favorables y la distancia entre Inglaterra y España se podía realizar en tres días con viento del norte o en un mes con viento del sur, pues debían avanzar en zigzag y las millas se multiplicaban. Además del tiempo empleado, el mayor problema era el agua que había que racionar, con el descontento de la tripulación.

Pronovil había aumentado la flota a nueve barcos: a las tres fragatas y la zabra se habían incorporado tres zabras más y dos navíos pequeños. Las tripulaciones seguían siendo de irlandeses y pensaba embarcar más hombres de los que habían quedado desperdigados por la costa cantábrica.

Irlanda se había convertido en la principal fuente demográfica de España. Varios tercios de Flandes estaban formados por paisanos suyos y, además de Pronovil, había algunos otros barcos corsarios de irlandeses en otras flotas del armador Idiáquez.

Cuando la niebla se disipó vencida por el sol, avistaron dos naves de guerra holandesas lo suficientemente cerca como para divisar la arboladura sin subir a la cofa. La orden desde el barco de Richard fue contundente al izar los colores de zafarrancho. Patrick y los oficiales se aprestaron a preparar el barco para la contienda: los grumetes corrían de la santabárbara a los cañones con la pólvora; el condestable preparaba las bombas; el

cirujano preparaba sus artilugios en la bodega a la que trasladarían a los heridos; los artilleros liberaban de la braga a los cañones y colocaban las balas en las chilleras.

En media hora estaban todos con las tareas cumplidas y listos para entrar en combate. Los barcos orzaron para tomar el barlovento de los holandeses, a quienes no les favoreció el viento. Oyó el redoble de zafarrancho y vislumbró el movimiento de la marinería sobre los grútiles para aferrar las velas que sobraban para maniobrar durante el combate. Patrick ordenó que se preparase la artillería de estribor y se escuchó el ruido de las portas al abrirse y el ruido de los cañones al ocupar su posición. Richard se echó al sotavento del buque enemigo y le dejó a él el barlovento para cogerlo entre dos fuegos. Era un buque de guerra y no un mercante por lo que había que hundirlo. Las andanadas se dirigieron a la línea de flotación en lugar de las consabidas palanquetas a la arboladura. Los astillazos de las amuras bombardeadas saltaron en todas direcciones causando numerosos heridos. A ellos les rasgaron una vela y astillaron el trinquete. Pasaron de largo hacia la otra nave, dejando a Brian y a Colm la siguiente andanada que enviaron a los holandeses, quienes no tuvieron tiempo de cargar de nuevo para responder al fuego. Cieron por detrás del segundo buque y les encajaron una andanada en el espejo de popa que causó mucho mal entre la tripulación y que debió de romper el timón a juzgar por cómo derivó la nave. Richard remató la jugada, aun así, continuaron los cañones holandeses vomitando fuego y barrieron la cubierta de la zabra de Colm, que seguía la estela de Patrick. Entre las otras zabras y naos rindieron la primera nave.

Como estaban cerca de la costa, les dejaron botar las chalupas y ellos aguardaron al paio para cerciorarse de que los buques se hundían y no acudían al rescate. Unas horas más tarde, bajo el sol veraniego, continuaron la travesía hacia España.

En La Coruña se encontraron con una gran sorpresa: en la bahía había una gran concentración de naves. Richard, sin perder el tiempo, desembarcó para informarse sobre lo que acaecía y, a las pocas horas, reunió a los cabos de la flota en el camarote de su nave.

—Los franceses asedian Fuenterrabía, han asolado Pasajes, destruyendo los barcos de los astilleros y apresando los anclados, y azotan los puertos hasta San Sebastián. Fuenterrabía pide socorro y Lope de Hoces, Oquendo y Feijó están pertrechándose para acudir en su auxilio. Oquendo me ha propuesto que me una a él en cuanto pueda pertrecharme y reponer bastimentos.

—Muy complicado. Somos los últimos en llegar —objetó Colm lo obvio.

—Hay labores que se pueden ir haciendo mientras estamos fondeados —explicó Richard pacientemente al novato— como coser las velas rotas, fabricar más cabos, reponer las jarcias inservibles y demás. Iremos a tierra para solucionar el problema de los bastimentos. La flota de Hoces está a punto de dejar la ensenada, por lo que dejará más espacio a la nuestra. La de Oquendo y Feijó van con un poco de retraso, así que debemos espabilar para estar a punto y partir con ellos.

Patrick lamentó el aprieto de Fuenterrabía y se alegró de que no hubiera lugar a desembarcar en Ribadesella. Por aquellas fechas la duquesa debería de estar alojada en su casa, siempre y cuando no hubiera decidido mudar de costumbre para evitar el encuentro. Pedro, su hijo, cumplía años y se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Lo mejor para evitar el peligro era la ausencia. No obstante, el temor lo atenazaba, deseaba que ella se encontrara allí, para él significaría que Leonor no era tan fuerte como parecía en su carta: un pequeño triunfo de su ego masculino, una pequeña venganza por las lágrimas que había derramado. ¡Qué tonterías pensaba! ¿Qué le hacía suponer que ella no había llorado por el alejamiento? La valentía no estaba reñida con el llanto causado por el dolor. Al menos, la presencia dejaría algo de su esencia en la casa, algo que la recordara, algo a lo que aferrarse como un náufrago.

La actividad del puerto consumió sus energías: las discusiones con los proveedores, las disputas de los marineros en tierra, el control de las reparaciones, las reuniones con Richard. Las noticias que llegaban resultaban inquietantes y urgían a salir para enfrentarse con la armada francesa. El príncipe de Condé había atravesado la frontera por Irún con veinte mil hombres, el día uno de julio sitió la plaza de Fuenterrabía y

estaba dispuesto a avanzar a lo largo de la costa en una acción apoyada por la Armada del arzobispo de Burdeos, Henri d'Escoebrau de Sourdis. Los almirantes Oquendo y Feijó se mostraron alarmados ya que en la península no quedaban apenas fuerzas tras los traslados masivos a los frentes de Flandes, aunque se conocía que el maestre de campo don Miguel Pérez de Egea, con un refuerzo de ciento cincuenta soldados de las tropas irlandesas del rey, había entrado en la villa por mar.

El mal tiempo retrasó la partida de Lope de Hoces, quien aguardó vientos más favorables. Finalmente, partió bajo un aguacero persistente. Las flotas de Oquendo y de Feijó zarparon una semana después, entre los que se encontraba la pequeña flota de Pronovil.

Los cielos encapotados y amenazantes se mantuvieron con algunos aguaceros ocasionales. Patrick repasó lo que había leído sobre asedios en veranos húmedos y se alegró de que el tiempo estuviera de parte de los vascuences ya que dificultarían las labores de los zapadores franceses para minar las murallas de la villa. Les llevó tres semanas recorrer la costa cantábrica de extremo a extremo. Navegaron relativamente cerca de la costa para atrapar cualquier buque enemigo que estuviera hostigando las villas costeras, pero no encontraron ninguno. Los barcos pesqueros los informaban a su paso y, a la altura de Ribadesella, tuvieron la fortuna de que uno de los suyos estuviera faenando en una pinaza ballenera para que llevara noticias a las familias.

A partir de San Sebastián comenzaron a vislumbrar los estragos de la guerra, las villas despobladas, los astilleros incendiados, los muertos. La Armada de Oquendo avanzaba implacable, poderosa, barriendo el mar a su paso; sin embargo, en Guetaria se enfrentó al desastre de la flota de Lope de Hoces, que había sido sorprendida en la ensenada que cerraba el peñón de San Antón por la Armada del arzobispo de Burdeos el día veintidós de agosto. Nicolás de Judici Fiesco les relató el suceso y la cabezonería de Lope al no escucharlo y meterse de cabeza en la trampa. Una vez avisados por los lugareños de que no era buena idea la de fondear allí, Nicolás de Judici abandonó la ensenada con sus dos galeones, que eran los que se habían librado del desastre. De Sourdis disponía de una flota de cincuenta naves con un buque de mil ochocientas toneladas al frente, *La Couronne*,

que imponía con su sola presencia. La visión de los galeones españoles amontonados en la ensenada facilitó la labor a De Soucis quien, con unos simples brulotes, incendió la flota causando tres mil muertos y decenas de heridos sin una sola baja por el lado francés. No obstante, tras su victoria, se había retirado a las costas francesas para evitar el enfrentamiento con la Armada de Oquendo de la que conocía su llegada.

Pronovil, dado su carácter irascible, se despachó a gusto en epítetos, maldiciones y blasfemias en su camarote ante los cabos. Aquella era una de las razones por las que no le gustaba navegar en flotas ajenas, pues la imbecilidad de algunas personas no conocía límites y alabó el buen juicio de Nicolás de salir de la trampa a tiempo.

Oquendo decidió acudir en apoyo de Fuenterrabía ahora que el puerto estaba libre de franceses. Había sabido por los lugareños que se encontraba en una situación desesperada después de soportar dos meses completos el asedio y el cañoneo constante de los enemigos. Habían avistado las fuerzas de socorro que se aproximaban por tierra y que debían encontrarse a las puertas de la villa.

Llegaron al abra en el momento en que los escasos bajeles franceses desplegaban velas rumbo a Francia con los restos del ejército sitiador. Otros huyeron por tierra.

Fondearon conscientes de que lo único que podían renovar era el agua, es más, compartieron rancho con algunos de los irlandeses que quedaban con vida a cambio de la narración de la hazaña heroica de resistencia de la villa, que había sido reducida a cenizas y su población diezmada, de forma que los defensores se reducían a mujeres y jóvenes entre catorce y quince años quienes, con agua caliente y piedras que arrojaban de lo alto, mantuvieron a raya a los zapadores. Los muchachos, con sus mosquetes, defendieron las brechas durante los asaltos finales.

A pesar del rigor del asedio y de la desdicha de ver su vida destrozada con los cañonazos, no les faltó el coraje y el humor de recibir el día treinta de agosto a un heraldo que los instaba a la rendición en el Palacio Real, lo convencieron de que comían diariamente y lo emborracharon mientras aguardaba la respuesta. Lo devolvieron ebrio a los franceses y con una negativa a entregar la plaza.

Patrick esbozó una sonrisa al encontrar tanta similitud entre el humor irlandés y el español. Probablemente, por esa razón, se encontraba a gusto luchando con ellos.

OceanofPDF.com

Madrid, invierno de 1638.

Leonor era de natural fuerte; sin embargo, la melancolía se adueñaba de su espíritu con más frecuencia de lo que sería deseable, incluso su suegra se percató de ello hasta el punto de creer que se hallaba enferma.

—¿Estáis segura de que no habéis contraído algún mal? Reconozco que estáis acostumbrada a la costa, pero reconoced que no es saludable.

—No creo que se deba a los aires del mar —rechazó Leonor—. Vuestro nieto está pletórico, crece fuerte y sano. Prefiero achacarlo a un estado transitorio, imagino que todos tenemos épocas más alegres y otros períodos más recogidos, reflexivos.

—En eso os doy la razón. Y en cuanto al duque, efectivamente, es fuerte pero, querida, sin ánimo de criticar, ¿no regresáis demasiado morenos? Parece que hayáis estado a la intemperie todo el día, sin ninguna precaución, como unos campesinos. Respecto a vos, no digamos, conseguís con cierta fortuna disimularlo con albayalde.

—No seáis tan severa con él. Son los únicos meses que le permito correr y estar todo el día al aire libre. En breve deberá aprender a montar a caballo. ¡Cuánto lamento la ausencia de Pedro en esos momentos! Necesita un hombre que guíe los pasos de un futuro duque —manifestó Leonor, en un intento de llegar a la fibra sensible de doña Clara.

—¡Tonterías! No será el primer noble que se críe entre mujeres. Nuestros hombres mueren jóvenes, bien en el frente o bien por enfermedad. Somos un país de viudas prematuras.

La certeza le llegó de mano de la insustituible doña María, que siempre velaba por ella como una gallina clueca.

—¿Hace cuánto que no perdéis sangre?

Leonor se quedó como transportada a otro mundo, incapaz de reaccionar. Doña María golpeó el suelo con el pie repetidas veces con gesto impaciente.

—La verdad es que no recuerdo —se sinceró Leonor—. No son regulares y no he sentido ningún malestar.

—Yo sí lo recuerdo, tres meses, y en cuanto a lo del malestar... puede estar camuflado bajo esa tristeza perenne que os acomete. Se acerca la Navidad, ¿sabéis algo de vuestro padre?

La mente de Leonor, con el acicate de doña María, trabajó rápido. En el caso de que hubiera quedado encinta ¿qué iba a hacer? Esa era una pregunta muy difícil, igual había que plantársela al revés ¿qué no iba a hacer? Desde luego que no iba a deshacerse del niño, ni entregarlo a una inclusa o dejarlo en algún convento. Patrick no se lo perdonaría. Él mismo lo dijo: era el fruto de su amor, era algo sagrado, un regalo. Doña María había apuntado a su padre. ¿Por qué? ¿Para que la ayudara a deshacerse del niño? ¡Qué equivocada estaba! Acudiría a su padre, pero no de la forma que había pensado doña María. Le escribió unas líneas y se las envió por el medio que ya había adoptado como costumbre: la entregó ella misma en la casa del duque en Madrid para que se la hicieran llegar a donde quiera que estuviese.

Tal y como había calculado, el día de la Natividad del Señor recibieron la visita del duque de Maqueda. Doña Clara lo invitó a comer con ellas para que disfrutara del nieto, del que se sentía tan orgullosa como si fuera su madre. Leonor era consciente, aunque pareciera que el peligro había sido esquivado, de que las paredes escuchaban y de que podrían irle con el cuento a doña Clara. La relación entre ellas era menos tirante, pero no habían recuperado la estrecha confianza que las había unido anteriormente, por lo que sería mejor no tentar la suerte.

Cuando despidió a su padre le susurró unas palabras, a las que el duque asintió distraídamente; era un buen actor, educado en la inhóspita Corte, reducto de engaños, mentiras y vilezas.

A la mañana siguiente, mientras se encaminaban hacia la casa del duque, Leonor aleccionó a doña María para que no se asustase si oía gritar al duque y para que guardara la puerta de oídos ajenos. Doña María parecía muy confiada en lo que iba a contarle al duque y a Leonor le dio pena no hacerla partícipe, pero no deseaba que el duque gozara de una aliada. Reproches los justos, no soportaría que todo el día la persiguieran con la misma cantinela.

Una vez encerrados en el despacho del duque, este mostró su preocupación.

—He investigado al conde de Trujillo como te prometí —comenzó su padre sin ambages—. Espero que no haya vuelto a molestarte. —Leonor negó con la cabeza—. Bien, porque no resulta muy tranquilizador lo que voy a revelarte. No se parece en nada al difunto don Pedro, que Dios tenga en su gloria; es más, me asombra que sean hermanos. No es un individuo muy recomendable, disfruta de todos los vicios incluido el de la crueldad. Su regimiento no es un dechado de virtudes; es cierto que ninguno lo es, pero este se lleva la palma. Me intranquiliza que te muevas sola por Madrid. Después de lo que he expuesto, me he colocado en su lugar: sería muy fácil enviar a un asesino de su confianza, un soldado de su regimiento, mientras él está en Flandes, con una buena coartada.

Leonor sintió un escalofrío, por ella, por sus hijos, una vez confirmado el embarazo.

—¿Tan fácil es matar? —preguntó sin aliento.

—Es su oficio. Esos hombres no disciernen entre matar en la guerra o asesinar a sangre fría. Lo hacen a diario, son como animales: hoy están vivos, mañana, no. Toman de la vida lo que les apetece y lo destruyen con la misma facilidad que pueden ser destruidos ellos mismos. La vida no tiene valor.

Las palabras de su padre sonaron durísimas en sus oídos y en su alma. Patrick abordaba barcos y robaba y, sin embargo, no era así. En su cabeza resonaba la defensa del entonces improbable hijo, las caricias y los besos con los que honró su cuerpo de mujer.

—No todos son así —defendió pálida.

—No. Algunos, no me explico cómo, conservan los valores de un hombre. Comprendo que eres demasiado joven para entenderlo, que vives, gracias a Dios, en un mundo seguro. La guerra embrutece y el que logra sobrevivir al embrutecimiento queda con el ánimo muy dañado a causa de la brutalidad que se ha visto obligado a presenciar. ¿Lloras?

Leonor se sorprendió de la facilidad con la que las lágrimas fluían por sus mejillas. Sacó un pañuelo de su gato y se las secó.

—No pretendía ser tan crudo —se disculpó su padre—. El motivo de mi explicación era que comprendieras el alcance del peligro.

—Os lo agradezco, habéis sido muy explícito, aunque no es esa la razón que me ha conducido hasta aquí.

—Me tienes intrigado —acució el duque.

Leonor se mordió el labio inferior. Había imaginado esa entrevista multitud de veces y todas desembocaban en la fatal noticia. No había forma de decirlo de una manera suave y lo mejor que se le ocurrió fue ser directa y sincera.

—Estoy embarazada.

El silencio le zumbó en los oídos, la cara de su padre permanecía inexpresiva, observándola abiertamente, cómo si el niño fuera a salirle de un momento a otro. Se removió inquieta cuando la situación se prolongó más de lo debido.

—Ni siquiera te pones colorada —comentó su padre contenido—. ¿Lo sabe doña Clara? ¡Qué tontería! En ese caso no habrías acudido a mí. Tienes dos opciones: deshacerte de él, si no es demasiado tarde, o tenerlo y yo me ocuparé. ¿Quién es tu amante? —Se acarició la barba nerviosamente—. Debí alejarte de la Corte, llena de tentaciones y de caballeros ansiosos de prestigio.

—Sé que no vais a comprender nada de lo que os diga, aun así, me enseñasteis a ser honesta y lo seré. No me sonrojo porque no me avergüenzo de mis sentimientos y, no solo voy a tener ese niño; sino que se lo entregaré a su padre. Quiero que viva querido y honrado.

—¿Has perdido el juicio?! —bramó su padre—. ¡Honestas, sí; pero no estúpida!

—Escuchadme, por favor os lo ruego.

—¡No, escúchame tú a mí! Comprendo que ese bribón te haya enredado con palabras bonitas y caricias ardientes; pero, en cuanto tenga a su hijo en brazos, te chantajeará con él para hacerse con tus joyas, con tu dinero, con todo lo que pueda para que tu honor no quede en entredicho. Lo he presenciado en otras ocasiones. Dime quién es y yo me ocuparé de la negociación.

—No hay negociación, padre. No sabe que estoy encinta.

—Tanto mejor —respiró aliviado el duque.

—Estáis confundido, no se trata de una pasión pasajera. Lo conocí con catorce años y desde entonces nos amamos, en silencio, en la distancia. Nos separan muchas cosas, entre ellas el estamento. Antes de que me preguntéis lo que intuyo en vuestra mente, os contestaré que no, no he sido infiel a mi marido; de hecho, nuestra relación carnal ha durado quince maravillosos días y es probable que no volvamos a encontrarnos. Tomó precauciones, yo ignoraba que eso pudiera ser, pero no ha funcionado. Es un amor sincero, puro, sin interés. Somos muy desgraciados, aunque nos hemos acostumbrado a serlo después de tantos años, y quiero que mi hijo viva y que su padre lo tenga.

Leonor lloraba de nuevo incontroladamente. Achacó al embarazo la debilidad emotiva a la que estaba sometida, a ese paso iba a terminar tan seca como su suegra. Su padre la miraba sin verla, perdido en sus reflexiones.

—Lamento de verdad la situación en la que te hallas. Tus sentimientos son sinceros. No sospeché lo infeliz que te sentías, parecías contenta con tu matrimonio.

—Y lo estaba —corroboró Leonor—, pero no enamorada. Mi corazón era de otro.

—¿Lo supo don Pedro?

—Nunca. Era muy bueno conmigo y yo le correspondí. No me consume ningún remordimiento y estoy muy orgullosa de mi hijo. El amor de juventud quedó dormido entre los rescoldos y estos se inflamaron cuando el destino quiso que me encontrara con él.

—¿Quién es él? ¿Está casado? ¿Cómo estás tan segura de sus sentimientos? Los hombres somos capaces de las mayores mentiras para

obtener lo que nos proponemos.

—No está casado y no voy a revelaros su identidad. Temo que vayáis a matarlo a la primera oportunidad y es la única esperanza que tiene mi hijo para vivir. Estoy segura de sus sentimientos, aunque no puedo explicaros por qué sin desvelar datos muy significativos que os acercarían a él.

Su padre se quedó mirándola en silencio otra vez, como si buscara a su querida y dulce hija en aquella desconocida. Leonor aguardó, necesitaba tiempo para hacerse a la idea, para aceptar la situación. El silencio se prolongó más de lo que la paciencia de Leonor podía resistir, pero se contuvo. El duque exhaló un largo suspiro de inevitabilidad.

—No pretenderás quedarte en Madrid y dar a luz debajo de las narices de la reina y de doña Clara sin que se enteren.

Leonor se levantó y se abrazó a su padre anegada en lágrimas.

—¿No pensarías que te dejaría sola en la encrucijada? Eres mi única hija, mi niña, no puedo negarte nada y, a mi fe, que lo sabes muy bien. Intuyo que ahora me vas a contar lo que has planeado.

Leonor sonrió ante la percepción de su padre mientras se limpiaba las lágrimas con el ya empapado pañuelo.

—Pedro necesita la compañía de un hombre, alguien que le enseñe a cabalgar, a luchar.

—Hay maestros —adujo su padre.

—Sí, pero necesita el apoyo masculino con quien comentaría los lances. Son conversaciones en las que una mujer no puede dar la réplica. Esa será la excusa para que nos reclaméis a vuestro lado, aunque yo iré a Ribadesella, donde veraneo con las mujeres de vuestro servicio. Allí daré a luz.

—Pedro hablará y doña Clara sabrá que no has permanecido a nuestro lado —objetó su padre.

—Pedro no hablará; es un cielo, como su padre. ¿Sabíais que es listísimo para su edad? Tiene una mente muy amplia, memoriza con facilidad, maneja bien la pluma y calcula rápido. Fray Alonso está encantado con un niño tan despierto.

—¿Qué edad tiene?

—Cuatro, en breve cinco.

—Sí que está adelantado —aseveró su padre admirado—. ¿Cómo estás tan segura de que el niño no hablará?

—Porque no ha comentado nada a su abuela, ni siquiera le ha descrito la casa. Le hice entender que aquel era nuestro secreto, nuestro refugio, nuestro pequeño mundo fuera de obligaciones y etiquetas de la Corte y, si llegaba a oídos de la abuela, podría terminarse. Un lugar donde compartimos la mesa, los juegos, los paseos, nos reímos mucho, leo para él por la noche.

—Muy inteligente. No me sorprende que mi nieto salga a ti. Me parece muy arriesgado, pero no hay otra opción. ¿Y nadie conoce la existencia de esa casa?

Leonor le explicó cómo viajaban y la mediación del administrador, don José Manuel, que arrendaba a su nombre. El duque alabó el cuidado que había puesto en los detalles. Quedaron en la fecha en la que enviaría a buscarlos, en cómo lo plantearían y se despidieron. El duque las acompañó hasta el carruaje y las ayudó a subir en persona, acción que extrañó a los sirvientes y que Leonor achacó a la preocupación por su bienestar.

—Todo solucionado. No ha chillado mucho y se ha mostrado muy receptivo —informó con una sonrisa a doña María—. Me siento mejor ahora que me he franqueado con él. No me gustaba ocultarle algo así.

Doña María permaneció extrañamente callada, pero estaba tan contenta que no le dio importancia.

El duque de Maqueda entró en casa en cuanto el carruaje giró al final de la calle. Al anochecer, en cuanto hubiera terminado su servicio con la duquesa, un carruaje aguardaría a doña María para traerla a la casa. Si alguien conocía sobradamente los entresijos de aquella increíble historia era el ama. Había aceptado lo que le contó su hija en cuanto vislumbró que había perdido la cabeza por el hombre en cuestión. ¿Cuántas veces había presenciado la perdición de hombres y de mujeres por una pasión? El amor entontecía al más inteligente de los hombres y de las mujeres, como acababa de constatar, solo que en esa ocasión le atañía directamente.

Se dirigió a un lacayo y exigió que se presentasen en su despacho la cocinera y las dos criadas que acompañaban a su excelencia durante el verano. ¡Un hijo! ¡Y cómo hablaba de él! Como si ya fuera una persona viva, defendía la felicidad y el futuro de ese bastardo. Hacía honor a su instinto de madre, pero en ese caso podía representar la causa de su hundimiento social.

Llamaron suavemente a la puerta y dio la orden de entrada. Las tres mujeres se presentaron con una reverencia y miraban al suelo, visiblemente nerviosas de que el amo las requiriera en su presencia. Comenzó el interrogatorio metódico, implacable, lleno de trampas; no obstante, ninguna se contradijo, negaron cualquier alusión a la relación de la duquesa con ningún hombre de la zona, a excepción del administrador, don José Manuel, un hombre muy correcto y cabal que recientemente había contraído matrimonio con una mujer muy amable. Le ofrecieron toda clase de datos sobre la vida en Ribadesella y no consiguió sacar nada en limpio, de lo que dedujo que allí no habían tenido lugar los encuentros o habían sido muy discretos.

Aguardó inquieto a la noche, repasando una y otra vez la vida de su hija y le asombró que, en ningún momento, hubiera atisbado la infelicidad. Doña María llamó a la puerta y le concedió el permiso.

—Toma asiento junto a la chimenea, la noche es muy fría —ofreció a la mujer y ella no se hizo de rogar.

—Sé lo que me vais a preguntar y, antes de que os hagáis ilusiones, os diré que podéis hacer de mí lo que queráis, pero no hablaré. Soy consciente de que soy vuestra sirvienta; sin embargo, he criado a esa niña, la he consolado, la he alimentado. No voy a traicionarla.

—Una posición contradictoria: ¿quién es tu amo, ella o yo?

—Según la ley, vos, excelencia; según el corazón, ella.

—Ya estamos de nuevo con el corazón. ¿Qué os ha dado a las mujeres para que perdáis la cabeza por esa maldita palabra? Intentaremos mantener una conversación civilizada —procuró calmarse el duque, pues conocía lo suficiente de la naturaleza humana como para no caer en la tentación de extraer información a golpes. Tendría que sentirse satisfecho con lo que pudiese raspar.

—La situación y los sentimientos de ella me han quedado claros. Pero ¿y los de él? Al menos, reconoce que lo has tratado.

—Es un buen hombre y creedme que no os lo afirmo cegada por los sentimientos de mi señora. Yo desconfié al principio, pero son muchos los años transcurridos para que dure un interés deshonesto. Tenéis razón, lo conozco y es un hombre de los pies a la cabeza.

—Para hacer esa afirmación necesitas haber hablado con él en más de una ocasión, ¿cómo es eso?

Doña María guardó silencio, consciente del desliz, permaneció callada.

—Me dijo que no pertenece a la nobleza —insistió el duque.

—No lo creo; pero es un hombre muy educado no solo en formas, sino también intelectualmente.

—¿Por qué piensa mi hija que el hombre se hará cargo del niño y no tratará chantajearla?

Doña María se mostró inquieta y se removió en el sillón.

—Lo del chantaje olvidadlo, excelencia, el hombre está perdidamente enamorado de doña Leonor, en cuanto al niño, hay cosas que no se pueden disimular, le encantan los niños y un hijo propio lo trastornaría.

—Se pueden tener hijos de cualquiera.

—Me he expresado mal, un hijo de ambos, fruto de un amor sin esperanza. Perdonad mi atrevimiento, excelencia, lo único que puedo decir es que los sentimientos que se profesan son sinceros. ¿Me permitís regresar junto a su excelencia?

Doña María se había puesto de pie y aguardaba su permiso. Él se lo concedió malhumorado con un gesto de la mano.

OceanofPDF.com

Ribadesella, primavera de 1638.

Llegado el mes de marzo, el duque de Maqueda envió una carta muy protocolaria a su hija invitando a reunirse con él tanto a Leonor como a doña Clara, para pasar la temporada de más calor en la costa cantábrica. Tal y como había augurado, doña Clara agradeció el gesto y rechazó la invitación alegando la edad. Para facilitar el desplazamiento de su hija, que se sentiría ya incómoda por el avanzado estado de gestación, quedaron oficialmente en Gijón. Hacia finales de mes, partió a Ribadesella con una nutrida escolta de su servicio. Había enviado aviso de su llegada a don José Manuel, quien saldría al encuentro en la Venta de los Peregrinos, al sur de Ribadesella. De esta forma evitaba llamar la atención en la villa de pescadores. Llegó a media tarde y el administrador ya lo aguardaba inquieto desde el día anterior. Dejó a la escolta alojada allí y continuó con don José Manuel en solitario. Cuantos menos testigos mejor.

—La casa está preparada para recibir a los inquilinos. Siempre realizo personalmente esa tarea para evitar fisgones y rumores. Hasta que no llegue la duquesa, carecerá de servicio.

—¿De verdad creéis que los lugareños no conocen lo que sucede en esa casa? —inquirió el duque.

—No soy tan ingenuo, pero una cosa son las elucubraciones y otra la certeza. Mientras se lleven con la mayor discreción las estancias de la duquesa, nadie la importunará. Ni siquiera mi esposa conoce la verdadera identidad del huésped, todos la conocen por la «viuda de la casa de Sebreño».

El duque inspeccionó la finca cuando llegaron ante el portalón. Desmontaron y el administrador abrió la pesada puerta de madera maciza. Entraron las monturas y la acémila que cargaba el equipaje del duque y las condujeron a un pequeño establo en un lateral. Guardaron silencio mientras ellos mismos descargaban la acémila y almohazaban los caballos a falta de mozo. Don José Manuel lo precedió con parte del equipaje y cogió las llaves escondidas en la hornacina de la Virgen y abrió la puerta del zaguán. Dejaron las cosas en el suelo y el administrador procedió a encender la lumbre de la cocina y subió para prender la chimenea de la habitación principal.

Mientras realizaba esas tareas, el duque se paseó por las estancias y las recorrió con su mirada de halcón.

—El dueño de la casa tiene gustos muy caros —comentó casualmente—. La casa está bien construida, sólida y bien defendida por el muro del exterior.

—Pertenecía a un hidalgo que falleció sin descendencia. El pariente más próximo no residía aquí y la vendió al nuevo dueño —explicó don José Manuel.

—¿Y tampoco vive aquí? —se extrañó el duque—. Es una vivienda muy cara para dejarla desaprovechada. ¿Y la familia?

—No tiene familia y viaja mucho. La adquirió para cuando se retirara, de ahí que la alquile en el entretanto para mantenerla. ¿Se encuentra bien su excelencia la duquesa?

—Todo lo bien que le permite el embarazo —soltó a bocajarro el duque y, a juzgar por la palidez y la expresión del joven, había dado en el blanco.

—¿No me preguntáis por el marido?

Incapaz de asumir toda la información, el administrador se atragantó.

—Sí, claro, su marido. La duquesa no me informó del cambio de estado —se disculpó, intentando recuperar la compostura.

—Seguramente el descuido se deba a que no hay marido —añadió irónico el duque. Don José Manuel permanecía sentado rígido, blanco como la cal.

—¿Qué podéis decirme sobre el padre?

—Nada. Podría mentiros, pero vuestra presencia me dice que habéis descubierto algo. Soy consciente de todo lo que os debe mi familia, incluso yo mismo. Lo único que me queda es apelar a vuestra misericordia. Excelencia, comprended que la duquesa confía en mí, trabajo para ella, cubro sus espaldas tal como su excelencia me encomendó. No me pidáis que la traicione.

—¿Y lo que ha sucedido no lo consideráis traición?

—Para ella, no. Preferiría que hablaseis con ella, excelencia.

—Ya lo he hecho, y con doña María y con las criadas que viajan con ella. No hay forma de enterarse de nada. Ese embaucador las ha sorbido el seso.

—No es un embaucador —suspiró don José Manuel.

—Luego se veían aquí.

—Se han encontrado aquí, es cierto, pero no se veían aquí. Eso suena como si lo hicieran a escondidas y reconocieran su pecado. Fue el azar, nada más.

El duque consideró las palabras del joven: una casualidad. Recordó las palabras de doña María, el conocimiento venía de años atrás; sin embargo, no habían mantenido relaciones hasta ese verano. Lo curioso de todo era cómo defendían los sirvientes a su hija.

—¿Cómo es que no estabais informado? Hemos quedado en reunirnos aquí porque ha elegido esta casa para dar a luz. Creo que es una decisión acertada, está apartada y os habéis movido con mucha discreción, tanta que me hace sospechar en segundas intenciones.

—La segunda intención fue el conde de Trujillo, ninguna otra. Lo demás ha sido el destino.

—¡Qué poco creo en el destino! De vuestro desconocimiento del embarazo de la duquesa colijo que no sospecháis qué hará con el niño después. —El administrador negó con la cabeza—. Está bien, podéis marcharos.

—¿No deseáis que me quede?

—Sé valirme por mí mismo, gracias.

—Mañana por la mañana regresaré —se despidió don José Manuel y abandonó la casa como alma que lleva el diablo.

En la cocina hervía un puchero en un trébede, lo retiró y olió el contenido: un caldo de ave. En una fuente bajo un paño había jamón curado, queso y manzanas. Una jarra de sidra completaba el menú. Tras la frugal colación recorrió lentamente las estancias husmeando cajones y rincones en busca de algún indicio sobre el dueño o sobre el amante.

La biblioteca le retuvo la mayor parte del tiempo, la única que le proporcionó alguna distracción pues las habitaciones eran sobrias e impersonales. Una esfera terrestre y diferentes mapas, muchos de ellos portulanos, captaron su interés. Recordó que el administrador había dicho que viajaba mucho. Revisó los libros de las estanterías y descubrió libros en inglés, francés, castellano y latín. Se sorprendió cuando reconoció los libros de su hija y se disgustó cuando encontró el misal de su esposa. Leonor no era tan descuidada y aquello solo podía significar una cosa: habían pensado reunirse de nuevo los amantes.

Debía frenar aquella locura que estaba a punto de explotarles en las manos. Si ellos no eran capaces a causa de la pasión, lo haría él. Pero debía actuar con mano izquierda, observar y callar. Una vez sobre la pista era imposible que no cometieran ningún desliz; además, ¿cómo iba a entregarle el niño al padre?

Se acostó con estas ideas rondando por la cabeza y lo despertaron la luz del amanecer y el escándalo de las gaviotas que sobrevolaban la costa. Se levantó y se encaminó al escusado. La casa era modesta, en cuanto a dimensiones, pero cómoda, bien planificada. Mientras se aliviaba miró en derredor y le llamó la atención el saliente de la estructura sobre la puerta por incomprensible. El ruido de la puerta de abajo lo obligó a espabilar.

Pasó el día recorriendo los alrededores junto al administrador. Caminaron el kilómetro y medio hasta el borde del monte, desde donde se disfrutaba de una impresionante panorámica de la desembocadura del Sella. Escuchó de boca de don José Manuel cómo su hija recorría aquella senda cada mañana y bajaba a la playa con su nieto, cómo con sus propias manos cuidaba de la huerta y por las tardes leía o cosía al amparo de la sombra del roble del jardín. Llegó a la conclusión de que no conocía a Leonor tan bien como creía, había madurado, vivía con independencia, llevaba la administración del ducado, tomaba decisiones.

La noche lo encontró en la biblioteca con los discursos incendiarios de Cicerón contra Catilina en el Senado en la mano. Junto al libro había un cuaderno en el que se desarrollaba un amplio comentario sobre ellos, escrito a mano, en latín. Era un trabajo bien estructurado, propio de un bachiller. Lo cerró y lo subió a la habitación como lectura.

A la mañana siguiente, su mirada volvió a recaer sobre la paradójica estructura. Seguía sin encontrarle razón de ser. Las vigas quedaban lejos, el dintel constituía el ancho de la puerta, pero aquello sobresalía mucho más. Cogió una silla, se subió a ella y tocó la estructura, sonaba hueca, era de madera aunque la habían pintado como la pared. La intuición y la curiosidad le llevaron a buscar alguna ranura, se bajó y cogió un abrecartas del bargueño. La tapa lateral se desencajó y dejó al descubierto el interior, metió la mano y retiró un cuaderno y un montón de pliegos doblados.

Se acercó con el tesoro a la mesa, junto a la ventana, y se sentó. En los pliegos reconoció la letra de su hija y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sin ningún pudor se sumió en la lectura y el corazón se le encogió ante las palabras de desaliento por un lado y de alegría por otro. No le cabía duda de que era muy infeliz y lo lamentó amargamente. El cuaderno estaba escrito en inglés hasta que llegaba a un texto dirigido a su hija. Extrañado, leyó y relejó sin comprender por qué la consideraba una desconocida. Ordenó los pliegos de su hija y siguió los textos en español del cuaderno. Una luz, con un matiz de incredulidad, comenzó a abrirse en su mente.

—¿Cómo los habéis encontrado? —La voz del administrador lo cogió desprevenido.

—No os he oído llegar.

—Ni a mí ni a la duquesa que está apeándose del carruaje, por esa razón me he retrasado. Permitidme aconsejaros que devolváis los papeles al lugar secreto y que respetéis los sentimientos de la persona a la que más queréis. Podría no perdonaros semejante intromisión.

—Pero vos conocéis su existencia —dijo el duque con amargura—. Todo el mundo está al tanto, menos yo.

—No es cierto. Solo lo sabemos doña María y yo —respondió don José Manuel tendiendo la mano.

El duque le entregó los papeles y, mientras el administrador se subía a la silla, los guardaba y cerraba cuidadosamente en receptáculo secreto, su mente corría atando cabos: escrito en inglés, viajaba, Ribadesella era el puerto de Pronovil, desde niña lo acompañaba por los puertos, armadora de un barco de Pronovil, don José Manuel por medio. Su mente calló de golpe cuando oyó las voces en el zaguán y unos pies ligeros que ascendían por la escalera.

—¡Pedro! —llamó, y el nieto irrumpió como un huracán y se le prendió del cuello.

Leonor llegó muy cansada, pero feliz de encontrarse allí de nuevo. Su padre descendió por la escalera charlando con el niño. Se alegró de que pudieran disfrutar durante una temporada de la mutua compañía. El duque levantó la mirada y a Leonor se le llenaron los ojos de lágrimas: el pelo se le había encanecido más y los años comenzaban a pesarle. Se dirigió a él y lo abrazó.

—Será mejor que subáis y descanséis —recomendó el duque—. Doña María, encargaos de trasladar mis cosas a otra estancia.

—No hace falta —se opuso Leonor.

—Me voy mañana, así que será mejor que ocupéis desde el principio la habitación que os corresponde.

—Dentro de un rato bajaré, el traqueteo del carruaje me ha dejado los riñones hechos polvo.

Las criadas se afanaban con el equipaje y Leonor se recostó en la cama. No supo cuánto había dormido, pero el sol caía por el horizonte. Cogió la campanilla y avisó a Doña María, quien se personó con prontitud.

—Debiste despertarme —la regañó.

—No lo permitió vuestro padre.

—Se van mañana, ya tendré tiempo de dormir después.

Doña María la ayudó a recomponerse para la cena y bajaron juntas.

—Tienes muy buen aspecto —dijo su padre ante la mesa de ajedrez—. Este niño es muy inteligente para su edad. Me ha ganado en dos ocasiones.

—El ajedrez nunca ha sido vuestro fuerte.

—Es cierto, siempre me ganabas.

Leonor acercó una silla y se sentó frente al tablero entre ambos.

—¿A qué viene esa sonrisa tonta? —inquirió su padre.

—A que os quiero y os voy a echar de menos. ¿Dónde estaréis?

—En La Coruña.

—Te gustará, Pedro, se parece mucho a esto.

—Jaque mate —dijo el chiquillo por toda respuesta.

—Pues es verdad —constató el duque revisando el tablero—. ¿Me dejas un rato a solas con tu madre, hijo?

Aguardó a que saliera y Leonor se preparó para una discusión; no obstante, no hubo lugar.

—Me voy preocupado. Deseo que todo salga bien durante el parto.

—Gracias, padre. He dejado todo dispuesto con el administrador del ducado. Os nombro tutor de Pedro.

Por la expresión de su padre, lo había sorprendido.

—¿Y si sale adelante la criatura que nazca?

—No os preocupéis por ella. Don José Manuel tiene sus instrucciones.

—Eres muy cuidadosa con todo, pero no confías en mí.

—Vos me enseñasteis. Y no es desconfianza, es temor de que me privéis de algo sin lo que no puedo vivir.

—¿Acaso no es lo mismo? ¿Piensas que voy a causarte daño?

—No seáis absurdo. Padre, no quiero discutir con vos. Si no confiara, nunca os habría pedido ayuda, pero conozco vuestro temperamento cuando algo se tuerce y para vos, ese hombre, representa un escollo que hay que demoler.

—Cuando era más joven, seguramente habría actuado así; ahora me hago viejo y soy más permisivo con las debilidades humanas.

—¿Por qué al amor se le considera debilidad? A mí me da fuerzas para seguir viviendo. ¿Qué sería de mí sin vuestro cariño? ¿Sin el de Pedro? Es muy triste una existencia sin amor. ¿Nunca habéis amado, padre?

El duque se perdió en el pasado por unos instantes.

—Sí, una vez, pero no creo que fuera con tanta intensidad como tú.

—¿Qué sabéis sobre la intensidad de mi amor? —se extrañó Leonor.

—¿No te enamoraste antes de contraer matrimonio?

—Es cierto.

—Lamento vuestra infelicidad —dijo su padre cogiéndola de la mano—. Puse especial cuidado en buscarte un marido gentil.

—Y lo hicisteis muy bien. El corazón no atiende a razones.

—Pero reconoces que no está a tu altura.

—A los ojos de la sociedad, no de los míos. Es un hombre maravilloso, pero no puede ser. Comprended vos que el hijo que llevo en mis entrañas deba vivir y llegar a brazos de su padre. Eso colmaría mi insatisfacción.

A la mañana siguiente, en un aparte con don José Manuel, mientras ensillaban el caballo y disponían la carga en la acémila, el duque no se mordió la lengua.

—Por mi indulgencia, me debéis al menos la explicación de los hechos. Deduzco que es el dueño de la casa; sin embargo, me aseguráis todos que no ha habido encuentros hasta el verano pasado.

—Encuentro, en singular —matizó don José Manuel—. Así ha sido. Debo confesar que soy el culpable, pues cuando me propuso la duquesa que le buscara alojamiento en la costa, ignoraba que se conocieran del pasado y no imaginé el sentimiento que los unía. Mientras tanto, como yo era el mediador, ellos desconocían la identidad del otro. Como habéis comprobado, lo llevo con discreción, hasta que un día coincidieron. Entonces ya fue tarde para rectificar.

—A juzgar por vuestras palabras, se trata de un hombre discreto: no pregona sus amores con mi hija.

—Es muy raro que hable de sí mismo o de su familia, es muy reservado, de ahí mi ignorancia.

El duque se lo quedó mirando y observó en qué instante se dio cuenta el administrador de su deslíz.

—¿Sois tan amigos? —Don José Manuel retiró la mirada—. De manera que os encontráis en medio del fuego cruzado. Sois el encargado de entregarle el niño a su padre, aunque no creo que os coja de sorpresa.

Se despidieron de Leonor y el duque montó a Pedro delante de él. El administrador los acompañó hasta la venta antes de regresar a Ribadesella.

Los criados habían conseguido una relación de ventas y posadas hasta La Coruña, facilitada por un buhonero que recorría la costa comprando y vendiendo. Se despidió definitivamente del administrador y le pidió encarecidamente que lo avisase en cuanto hubiera sido el parto y le detallase los pormenores.

OceanofPDF.com

19

Ribadesella, verano de 1638.

Leonor bajó a Ribadesella acompañada de doña María. Había mercado y quería solazarse entre los tenderetes. Vestía de luto y el velo cubría el rostro. Los paseos habían fortalecido las piernas y la tripa recuperaba, poco a poco, su forma original, a medida que eliminaba los excesos del embarazo. El niño, nacido en mayo, amamantaba con fuerza y ganaba peso a ojos vistas. Leonor estaba muy orgullosa de él: el pelo era oscuro y los ojos verdes, como los del padre, y casi la hicieron llorar. Al final del verano tendría que desprenderse de él y le apenaba la idea; pero ya estaba acostumbrada al dolor, a la separación, a la prohibición. El único consuelo que le quedaba era que estaría con su padre. Había acordado con don José Manuel que se haría cargo del niño hasta que Patrick regresase y que, a partir de ese momento, todos los beneficios obtenidos del curso fueran la dote del niño.

—¿No deseáis nuevas semillas, señora?

La joven de las semillas atrajo su atención al requerirla directamente. Negó con la mano dispuesta a seguir su camino.

—Al capitán irlandés le gustan mucho mis semillas —insistió la muchacha, con un tono que daba a entender que se refería a otra cosa.

Leonor era demasiado altiva para rebajarse a hablar con una vendedora, y menos, por un hombre. Continuó el deambular entre los tenderetes sin modificar el paso ni el interés que le inspiraron.

—¡Menuda desvergüenza la de esa muchacha! —se quejó doña María después de un rato.

—¡Qué gracia me haces, doña María! Solo una persona celosa y sin educación actúa de esa forma.

—Muy tranquila me parecéis. Son hombres de puerto y muchos meses en el mar. ¿Y ahora qué ocurre?

La gente corría hacia la playa. Por inercia, siguieron a los vecinos hasta la casa de la ballena y allí se encontraron con don José Manuel, que les informó de lo inusual que era localizar una ballena en esa época del año.

Se aproximaba la pinaza con el impulso de los remos y llevaba a remolque la ballena desangrada. Entraron en el agua algunos hombres para ayudarlos a sacar el mamífero a la arena.

—¡Es enorme! —exclamó doña María admirada.

—En absoluto —contradijo don José Manuel—. Es un ballenato: un poco crecido, pero ballenato. Se ha debido despistar de su madre, de ahí que lo hayan cazado.

—Pescado —corrigió doña María.

—No es un pez —explicó don José Manuel—. De todas formas, es una vieja controversia.

—¿Cómo sería una ballena? —insistió doña María sobrecoyida.

—Tres o cuatro veces el ballenato.

—¿Existen criaturas tan grandes? —preguntó santiguándose.

—¿Qué van a hacer con ella? —se interesó Leonor.

—El pueblo entero participará en el despiece. La gente de la pinaza se lleva una aleta, una parte le corresponde a la Iglesia, otra a la cofradía de pescadores y el resto se reparte entre los vecinos. El comerciante se llevará el aceite o saín que se obtenga de los trozos que se derritan en las calderas metálicas del cobertizo.

—Todos se benefician —resumió Leonor.

—Se aprovecha todo —ratificó el administrador—: las barbas para peines, los huesos para agujas y construcción, el aceite para las lámparas, la carne se conserva en salmuera.

—¿A qué sabe?

—Seguro que me ofrecen un trozo. Teresa lo preparará, tiene buena mano en la cocina, y os lo llevaré.

—No era mi deseo privaros de vuestra ración.

—Perded cuidado.

—¿Se ha enterado de las nuevas, don José Manuel? —Se acercó un hombre mayor.

—No. ¿Qué ocurre?

—La flota de Pronovil está frente a nuestras costas, se ha cruzado la pinaza con ellos. Navegan con la Armada de Oquendo y se dirigen a Fuenterrabía, a socorrer la villa asediada por los franceses.

—Después de tantos meses de silencio es bueno recibir noticias, Tomás.

Durante la conversación, Leonor se percató de que el administrador no perdía de vista a la mujer de las semillas.

—¿Qué os inquieta de esa mujer? —indagó Leonor cuando Tomás los dejó solos.

—No me gusta. Nos vigila.

—En el mercado nos dejó claro que conocía a cierto capitán —intervino doña María.

—¿De verdad? —preguntó alarmado.

—¿Qué ocurre con esa mujer?

—Drogó a ese capitán el día que cantó y bailó mientras que yo os acompañaba —contó bajando la voz para que no llegara a oídos ajenos—. Llegué a tiempo de rescatarlo y la amenacé con la Inquisición si metía las narices donde no le incumbía. En otra ocasión, él mismo la prohibió arrimarse.

—¿Con qué finalidad lo drogó? —preguntó Leonor.

—Para casarse. Huelen el dinero y las mujeres andan revolucionadas. Es mucha la necesidad.

Leonor no había contado con aquello. Patrick era libre de contraer matrimonio, si no con esa mujer de malas artes con otra cualquiera. Imaginó a su hijo con otra y le entró un escalofrío. ¿Y si no lo comprendía? ¿Y si lo relegaba para dejar más espacio a los suyos? Entonces comprendió que sería un bastardo allá donde fuera. Las lágrimas fluyeron tontamente. Todavía no había recuperado el equilibrio emocional y con suma facilidad se convertía en una fuente.

—¿Nos retiramos doña María? —propuso—. Comienza a agobiarme el velo y la ropa de luto.

En cuanto llegó a casa, se cambió y corrió a buscar a su hijo, del que no se separó el resto del día, excepto cuando el ama de cría le daba el pecho. Doña Teresa había sido muy hábil al buscar el ama en los valles del interior. Su marido le había puesto al corriente de lo que sucedía pero sin desvelar la identidad de la madre. La buena mujer no dudó en ayudar a Patrick en una situación tan complicada.

Resultaba paradójico que el padre de la criatura hubiera estado tan cerca y tan lejos, sin sospechar su paternidad. En un principio, se alegró de conocer el paradero de Patrick y de que se encontrara bien, pero ahora no apartaba de la cabeza que se dirigía a un combate del que podría no regresar. Moriría sin conocer a su hijo, sin una alegría, en un mar inhóspito en el que habitaban animales gigantes y horribles.

Últimamente la perseguían negros presagios que socavaban su felicidad, se estaba volviendo medrosa. Ella, cuyo temperamento era alegre y positivo, no debía permitir que las sombras ganaran espacio. Se dirigió a la habitación y sacó del cajón de la mesa el diario de Patrick para refugiarse en sus palabras de amor. Cuando partiera, lo haría desnuda: sin hijo, sin amor, sin palabras, que quedarían en su escondrijo secreto, fuera del alcance de ojos indiscretos.

El duque de Maqueda paseaba por el muelle de La Coruña contemplando la enorme actividad desplegada para abastecer y pertrechar los barcos de la bahía. Su nieto iba delante con la curiosidad propia de un niño. Había sido una suerte que ese verano no se encontrase en la costa vascuence, cuando las tropas del príncipe de Condé habían sitiado Fuenterrabía y recorrían la costa hasta San Sebastián. Por mar, la Armada de De Sourdis había bombardeado los astilleros de Pasajes y había perdido una nave que estaba construyendo: la guerra le estaba costando dinero.

La ría de La Coruña se encontraba saturada de naves dispuestas a acudir en socorro de la villa asediada. Lope de Hoces no era santo de su devoción, demasiado engreído y fanfarrón de sus proezas, prefería a Lizardi, un oficial de la Armada que había pasado a ejercer de cabo corsario, un hombre serio, con temple y conocedor del oficio; o a Francisco de Escorza. Eran hombres

reconocidos, de gran valía que formaban parte de la escuadra de Idiáquez, con la que colaboraba abiertamente armando buques con patentes de corso. Había aumentado su patrimonio considerablemente; pero no siempre era período de vacas gordas, con la guerra llegaban las flacas.

El almirante Oquendo, con quien había compartido la cena la noche anterior, le había confiado que Lope de Hoces dejaría el puerto con la marea alta. Les había pisado los pertrechos y se había adelantado para llevarse la gloria, sin tener en cuenta los gastos. Quien va primero arriesga más, le recordó el viejo zorro con sonrisa taimada. A última hora, se había adherido la flotilla de Pronovil que acababa de arribar procedente de Dunkerque.

—Buena gente esos irlandeses —le confió el almirante—, temperamentales, luchadores, bromistas y cantarines, no conocen el desaliento ante las adversidades. Nuestros tercios y nuestros barcos se nutren de su carne sin reconocerles el mérito. Pronovil es orgulloso y de mal genio, pero astuto. No arriesga inútilmente a su gente y no equivoca un golpe.

Al duque le hizo gracia la defensa que Oquendo realizó de los irlandeses, justamente cuando él estaba tan sensibilizado con el tema. Le había llegado la carta del administrador con los pormenores del parto y ahora era abuelo de un niño por el que corría sangre irlandesa, de esa tan admirada por el almirante.

Desde que había leído el cuaderno y los pliegos, en los que cada uno de los amantes refería sus estados de ánimo, más confuso se encontraba. El blanco ya no era blanco y el negro no resultaba tan oscuro. No estaba de acuerdo con la situación, pero tampoco la condenaba. ¿Qué postura adoptaría si se encontraba frente al amante de su hija?

Llegaron a un pretil y sentó al chiquillo para que observase el trasiego mejor y sin meterse entre las piernas de los marineros. Le habló de los tipos de barcos que fondeaban y, para su sorpresa, Pedro se le adelantó con algunos.

—Conoces muy bien los términos marineros —alabó el duque.

—También conozco algunos nudos y pronto aprenderé a nadar.

Al duque se le paró el corazón, ¿conocería el chico al amante irlandés?

—¿Quién te enseñará?

—Un pescador de Ribadesella.

La respuesta, tan inocente e infantil, le convenció de que no lo conocía, hasta que el rostro de su nieto experimentó un cambio total: de la mera curiosidad se transfiguró en una alegría y un brillo en los ojos que le recordó a su madre cuando era pequeña y su cara se transformaba de la misma forma cuando lo veía. Siguió la mirada del chiquillo y divisó un poco más allá la arribada de una chalupa llena de marineros. Lanzaron un cabo y el hombre de proa saltó al muelle para anudarla a la estaca. Por los gritos, reconoció el inglés tan extraño que hablaban entre ellos.

—¿Conocerás a todos los irlandeses de Ribadesella? —aventuró.

—No —negó el chiquillo con una sonrisa—. Vamos a la playa grande, no al pueblo.

—Pero con alguno coincidiréis en playa. ¿No tienes amigos? ¿Y ese que te iba a enseñar a nadar?

—Me lo dijo una vez, pero los mayores no cumplen —contestó despreocupadamente.

El duque vio lo que se había negado a ver en un niño: la inteligencia y la intuición. Intuía y protegía a la madre y a su amante, que él consideraba un amigo por la razón que fuera. Recordó la seguridad de doña María cuando le afirmó que el padre se haría cargo del hijo porque disfrutaba con los niños. ¿Cómo podía saberlo? Porque había presenciado la complicidad que había crecido entre el amante y el chiquillo en escasos días. Y ese hombre se encontraba en aquella chalupa.

—¡Vamos! —Acució a Pedro y lo bajó del pretil.

Su intención era llegarse hasta los hombres, pero Richard Pronovil se cruzó en el camino y lo detuvo para saludarlo. Para cuando pudo desprenderse del gigante irlandés, los hombres habían desaparecido para su desesperación. Prolongaron el paseo un rato más, pero no tuvo la suerte de volverlos a encontrar, así que se retiró. Lo intentó algún otro día, pero fue una tarea infructuosa: había perdido la ocasión.

La escuadra de Oquendo se hizo a la mar una semana más tarde que la de Hoces y el duque les deseó suerte mentalmente: Flandes le dolía en el orgullo; Fuenterrabía, en el corazón.

Viajaron hasta Ribadesella bajo una pertinaz lluvia, que los acompañó todo el camino sin ofrecer una tregua. Los recibieron unas mujeres ansiosas de compañía masculina que los atendieron y alimentaron. Leonor estaba exultante y rebosaba salud. Pedro, con quien había compartido un verano inolvidable, se movía por territorio conquistado, así que decidió que bien podía demorarse la partida unos días. Envío aviso a la Venta de los Peregrinos de que aguardarían a que las lluvias cesasen y para que detuviesen los carruajes alquilados de León en la venta hasta nueva orden.

Conoció a su nuevo nieto de casi cuatro meses, cuyos rasgos no le resultaron familiares, luego se parecería al padre afortunadamente. Pedro permaneció en silencio mientras observaba al hermano y Leonor lo abrazó para transmitirle su amor.

—¿Cómo puede ser mi hermano si mi padre ha muerto?

—Porque es hijo mío y de nuestro secreto.

—Entonces, ¿ya no jugará conmigo ni me explicará más cosas? —se alarmó.

—Por supuesto que sí —aseguró Leonor—. Ahora debes entender que el hermanito forma parte de tu vida y será tan secreto como todo lo relacionado con la casa.

—El abuelo está escuchando.

—El abuelo conoce la casa y algunos secretos de tu madre; aun así, no tiene la suficiente confianza para contarme todo —replicó el duque con el ceño fruncido.

Leonor dejó a su hijo y se acercó a él, lo miró a los ojos y le exigió:

—Prometédme que no iréis contra él, que no le diréis nada, que no lo estorbaréis en su carrera, que no azuzaréis a vuestros amigos contra él, prometédmelo y sabréis todo.

Se quedó perplejo ante la arremetida de su hija, durante unos segundos consideró la propuesta y dudó, porque todavía no había decidido cómo actuar para no dañarla, y esos segundos de incertidumbre fueron los que decidieron el desenlace.

—Os respeto por vuestra sinceridad —dijo Leonor besándolo—. Respetad mi silencio.

—¿Sigo guardando el secreto? —preguntó Pedro.

—Sí, sigue guardando el secreto de tu madre —respondió el duque vencido.

Al día siguiente escampó y, entre nubes, asomó el sol. Ante la insistencia de Pedro, bajaron a la playa. El duque se sorprendió de la pendiente tan empinada que salvaban las mujeres para llegar abajo, luego cruzaban un riachuelo por un puente de madera donde se descalzaban y dejaban los zapatos y las medias. Caminaban entre las dunas hasta llegar al mar que entraba hasta la playa entre dos lomas, una de ellas coronada por la ermita de Guía.

Pedro recogió unos palos que había dejado la marea y, con algunas cuerdas y restos de sedal abandonados por los pescadores, fabricó dos espadas. El duque se admiró de la destreza del chiquillo y de la complejidad de los nudos. Le entregó una espada todo serio y lo retó.

—Señor, os acuso de ser un deslenguado que no sabe guardar un secreto.

Y, como no llegaba, soltó dos tortazos al aire.

—Señor, os acuso de que sois un renacuajo insolente.

Imitando al chiquillo soltó otros dos guantazos al aire.

—Esa afrenta a mi estatura deberéis sostenerla con la espada.

Al duque le hizo gracia que a Pedro le quemara el asunto de la estatura. Para sus cinco años, se defendió admirablemente. Conocía los movimientos y era ágil. En lugar de dejarse matar de forma fácil, dejó un hueco en su defensa y Pedro lo aprovechó sin dudarlo.

—El irlandés os ha adiestrado magníficamente.

—No sé de qué me habláis, señor —replicó con una sonrisa.

—Yo tampoco —suspiró el duque.

Pedro corrió hasta su madre que buscaba conchas en la orilla y comenzó a salpicarla sin piedad. Ella se rio y lo mojó a su vez. Se estableció una guerra con el agua entre madre e hijo. El duque los observó con melancolía. Leonor lo hacía muy bien: era muy fácil quererla, su hijo la adoraba.

—¿No cogerán frío? —Se preocupó el duque.

—Es un ritual. Por eso quería bajar Pedro —explicó doña María—. No es Ribadesella si no hay batalla de agua.

Empapados y sonrientes, emprendieron el regreso.

El día anterior a la partida se presentó don José Manuel para ocuparse del niño. El ama de cría había empaquetado sus cosas y las del niño y las subieron al pequeño carruaje que alquilaban durante la estancia. Leonor estaba deshecha en lágrimas con el pequeño en brazos y le ofrecía las últimas carantoñas.

El duque, apenado por el dolor de su hija que se mostraba incapaz de separarse del pequeño, lo tomó de sus brazos y se lo entregó al ama que ya estaba sentada en el carruaje. El administrador prometió escribir y que hablarían sobre el potro que había adquirido recientemente como alusión al niño.

El duque abrazó a su hija mientras contemplaban cómo se alejaba el carruaje con el potro, y suspiró resignado con la convicción de que aquello no podía salir bien. Emprendieron el regreso a Madrid con el ánimo encogido y la tristeza en el corazón, aunque cada uno por motivos diferentes. Pedro, preocupado por el nuevo rival; el duque, compungido por la hija y Leonor, con la vida a punto de deshacerse contra la escollera de las normas sociales y la rigidez de la Corte.

—Debes sobreponerte antes de llegar —aconsejó el duque.

—Cada vez soporto peor la Corte y Madrid. Cada año, en lugar de mejorar mi disposición, empeora. Creí que sería capaz de seguir con mi vida adelante, que no sería tan difícil si ponía empeño, pero no es así, cada vez lo encuentro más arduo. En esa casa soy yo, está mi felicidad, me envuelve la paz.

—¿Y por qué no vivimos allí? —intervino Pedro—. Soy el duque, puedo hacer lo que quiero.

—No, mi vida —replicó Leonor con una sonrisa cariñosa—. Tenemos unos deberes y los conoces muy bien. Cumpliremos, como personas de honor que somos.

—A mí también me gusta Ribadesella —aseveró el chiquillo.

—¿Y a quién no? A todos nos complace escapar de nuestras obligaciones de vez en cuando.

Llegaron a Madrid el día ocho de septiembre y doña Clara los recibió encantada de romper con los meses de soledad. Los había echado de menos y temió por sus vidas.

—¿Por nuestras vidas? —se extrañó el duque—. Viajo con un buen séquito.

—No es por el viaje, sino por los franceses que atacan el norte. Está en boca de toda la Corte el desastre naval en la costa de Guetaria y las tropas que acuden en auxilio de Fuenterrabía avanzan despacio a causa de las lluvias.

—¿Desastre naval? —Se angustió Leonor.

—No nos precipitemos —se adelantó el duque—. Los rumores corren muy rápido y distorsionados. No sería la primera vez que las noticias se exageran. Me informaré de primera mano y os tendré al corriente. No te aflijas por mis negocios —se dirigió a Leonor, ofreciéndole una excusa a su interés—. Volveré con datos más fehacientes.

El duque marchó enfadado con el Cielo y todos los santos. Era muy duro asistir a la depresión y decadencia de un carácter alegre y positivo como el de su hija. Haría todo lo que estuviera en su mano por ayudarla, pero se lo estaban poniendo muy difícil. Había tomado una decisión: le daría una oportunidad al irlandés, al parecer, todos lo avalaban; pero no prometería nada hasta que lo conociera y le demostrara que era digno del cariño que Leonor había depositado en él. No obstante, aunque así fuera, no encontraba una salida digna para los dos amantes.

OceanofPDF.com

Ribadesella, otoño de 1638.

Patrick contempló la larga playa con nostalgia. Habían sido muchos los meses que había estado ausente y se preguntaba si Leonor habría regresado ese verano. Los barcos rebasaron la barra con la pleamar y maniobraban antes de echar las anclas de las amuras. En el muelle se agolpaban los amigos, los familiares y los curiosos. El abogado lo saludó alegremente y Patrick alzó el brazo como respuesta. Las chalupas se botaron al agua y se apresuraron a desembarcar después de dejar un retén de guardia. Richard concertó una reunión a la mañana siguiente entre los cabos y don José Manuel antes de retirarse con su familia. No habían terminado de hablar cuando José Manuel lo arrastró fuera del muelle.

—Esta noche cenáis en mi casa y no admito una negativa por respuesta.

—Estará contenta doña Teresa con casa propia —fue más una afirmación que una pregunta.

—Yo también. Nunca soñé que me asentaría tan pronto ni que sería propietario tan joven.

—¿Pasó aquí el verano? —lo preguntó porque le quemaba la boca, le corroía la incertidumbre. Necesitaba hablar de ella.

—Llegó en abril y se marchó a primeros de septiembre —contestó lacónicamente el abogado.

—Mucho tiempo, ¿me esperaba?

—Luego hablamos —eludió José Manuel.

—¿Sucedec algo grave? —se alarmó Patrick.

—No, que yo sepa —respondió con una sonrisa.

Patrick respiró aliviado. Se separaron y Patrick se retiró a la casa de Brian para realizar su ritual de aseo y desparasitación. Aunque no la hubiera visto, el hecho de que hubiera residido allí esos meses, le alegró. Significaba una pequeña esperanza de reencontrarse, de amarse de nuevo, una luz en medio de la oscuridad, ganas de seguir viviendo, un futuro.

Llegó temprano a la casa de José Manuel porque le apetecía charlar un rato sobre algo que no tuviera relación con el mar. Le pasaron a la sala recién amueblada, amplia y luminosa. Oyó el llanto de un niño y el canturreo de una mujer. José Manuel llegó con un niño de unos cinco meses en brazos.

—No le ha gustado que lo despierten —aclaró José Manuel.

—¿Sois padre? Enhorabuena —felicitó Patrick entusiasmado—. No me fijé en el embarazo de Teresa.

—Porque no ha estado embarazada, aunque ahora sí lo está —corrigió José Manuel.

—¿Y el niño?

—Es vuestro —informó llanamente el abogado.

—Os han engañado. No he mantenido relaciones con nadie en Ribadesella. ¿No será la muchacha que quiso drogarme?

—Pues la duquesa se va a llevar un disgusto, decía que era exacto a vos.

—¿Se lo habéis dicho a la duquesa? ¡Dios mío! ¿Qué habrá pensado de mí? —se alarmó Patrick.

—Dijo que seríais un padre magnífico —ratificó José Manuel.

—Sois un estúpido. No es mi hijo —soltó Patrick furioso.

—Pues la duquesa aseguró que vos erais el padre y no creo que sea una mujer que se esté acostando con varios a la vez.

—¿La duquesa? ¿Queréis decir...? —La mente de Patrick se fue aclarando—. ¡Por eso ha pasado tantos meses! Vino a dar a luz discretamente. ¡Es nuestro hijo! ¡Tunante! Habéis jugado conmigo.

José Manuel depositó al niño en los brazos del padre, quien lo alzó y lo miró por primera vez con los ojos velados por la emoción. El niño estaba bien alimentado y le sonreía a la vez que intentaba tocarle la cara con sus manitas. Patrick no conseguía asimilar la noticia ni teniéndolo delante: era su hijo, de ambos. Su unión había producido su fruto sin él saberlo. ¿Cómo

lo habría pasado Leonor? Se volvió para preguntarle al abogado pero había desaparecido. Se aproximó a la ventana y acercó la cara a las manos de su hijo quien lo pellizcó y palmeó mientras hacía gorgoritos. Leonor lo había gestado, lo había parido y se lo había entregado, lo había hecho por él: ya no estaba solo, tenía una responsabilidad. Lo estrechó contra su pecho conmovido por el amor de Leonor, besó su cabeza con la seguridad de que ella la habría besado mil veces, consciente de lo que debería de haberle costado separarse de su hijo.

—Disimuló el embarazo hasta que ya no le fue posible. Pidió ayuda a su padre y este la reclamó a su lado. Se reunieron en vuestra casa y el duque se llevó a La Coruña a Pedro. La primera semana de septiembre pasó a recogerla y se fueron a Madrid, como si hubieran estado juntos todo el verano —le relató José Manuel, que había regresado.

—Entonces el duque está enterado de todo —resumió Patrick receloso.

—Excepto de vuestro nombre, pero es un hombre perseverante.

—¿Cómo os permitió quedaros con él?

—Por amor a su excelencia. El duque es mayor y su hija lo es todo para él. Tarde o temprano os localizará. No obstante, si consiguiera vuestro nombre, dudo que hiciera algo ahora que conoce los sentimientos de la duquesa.

—Es el mejor regalo que me han hecho jamás. —Volvió a besar al niño —. ¿Ha sido bautizado?

—Patricio, como su padre, aunque se le ha ocultado al abuelo. Se quedará con nosotros hasta que dejéis el mar. Por el momento, tiene un ama de cría.

—Decidme lo que cuesta todo. Os dejaré una buena suma para que no le falte de nada.

—Llegáis tarde. La duquesa le ha asignado todos los beneficios de corso que obtenga de ahora en adelante.

—¿Queréis decir que este mocoso es mi nuevo armador?

—El armador de corsarios más joven —ratificó José Manuel con una sonrisa.

—Preparad los papeles para dejarle mi pequeño patrimonio en caso de que me sucediera algo. Hemos conseguido veinticuatro mil ducados en

estos meses —José Manuel silbó admirado—, calculo que en un año pueda retirarme.

—Lo imaginé y me adelanté. Después de la cena, los firmaremos.

Patrick se encerró en su habitación con el olor de su hijo en la camisa. Todavía le costaba creer que era padre. Se dejó caer en la cama y se quedó mirando el techo. Comenzó a calcular cuánto había ahorrado y cómo lo invertiría. Al ritmo que llevaba, se retiraría en un año con capital suficiente para vivir holgadamente el resto de su vida. El futuro, una sombra de soledad y tristeza, se había permutado por un tiempo lleno de planes, de responsabilidad y compañía. Ese pequeño pedazo de carne y ojos había trastocado su existencia, lo había revivido.

A la mañana siguiente, Richard desplegó su energía ante ellos: repartió beneficios, liquidó la parte real, encargó el cuidado y reparación de las naves a Colm, aleccionó sobre la forma y las características de una nave de trescientas toneladas a Patrick y a Brian para que gestionaran su construcción en Guarnizo, mientras él viajaba a Madrid.

Esa misma tarde realizaron los preparativos del viaje a Guarnizo para salir al amanecer. José Manuel lo convenció de que era una oportunidad para invertir en los astilleros y le facilitó el nombre de un abogado de Santander, amigo suyo, para que lo gestionara y asesorase en el asunto. Patrick se despidió de su vástago con pena, pero ya conocía a Richard de hacía años y no era hombre que permaneciera inactivo. Todo el que se arrimaba a él era absorbido por su energía; sin embargo, ahora veía el lado positivo: el año pasaría como un suspiro y alcanzaría el sueño de retirarse y vivir junto a su hijo y, quizá, si el Cielo se mostraba clemente, podría disfrutar de algún encuentro casual con Leonor.

José Manuel aprovechó la ausencia de su amigo para poner al día toda la documentación que le había exigido Pronovil y para enviar un estado de cuentas a la duquesa con alguna alusión velada sobre el potro que había adquirido y el emotivo encuentro con el semental.

Esa mañana se había quedado trabajando en el despacho que había habilitado en la planta baja para recibir a la clientela. Teresa había salido

con la niñera y el chiquillo al mercado de los jueves, la única distracción que había en la pequeña villa que permitía romper con la monotonía diaria. Por la ventana divisó a la cocinera que se dirigía al gallinero con un cuenco bajo el brazo y apartaba al lechón de su camino. Regresó a sumirse en la tarea cuando oyó un golpe sordo, como de una ventana que se abriera de golpe. Se levantó para investigar el ruido y se asomó a la puerta. Oyó gritos en la calle y reconoció el vozarrón del irlandés Colm, así que dejó la ventana y se dirigió a la puerta de la entrada para enterarse de qué sucedía. Salió al exterior y observó que los dos irlandeses regresaban hablando y mirando hacia atrás.

—¿Qué ha ocurrido?

—Eso preguntamos nosotros. Los hemos sorprendido saliendo de vuestra casa por una ventana —informó el hombretón irlandés.

—¡El ruido! Eso debió de ser —cayó en la cuenta José Manuel y entró corriendo. Los dos hombres lo siguieron.

—¡Me ha robado! —gritó la cocinera.

—¿Qué os han llevado? —inquirió el abogado extrañado.

—¡La gallina que estaba en el asador! Nos han dejado sin la comida de hoy. ¡Qué voy a hacer! —se lamentó la señora.

A José Manuel no le pareció grave el asunto de la gallina, así que siguió recorriendo la casa. El desaguizado había tenido lugar en el sitio más insospechado: la estancia del niño y del ama de cría.

—¿Qué buscaban aquí? —cuestionó Colm.

—¡Corred! Id en busca de doña Teresa y escoltadla hasta aquí. Igual buscaban al niño —exigió José Manuel alarmado.

Mientras los dos irlandeses cumplían con su deseo, el cerebro trabajaba rápido. El único que conocía la existencia del niño era el duque, a pesar de la evidencia se negaba a creer que fuera capaz de atentar contra el niño. Uno de los irlandeses, que había regresado, interrumpió sus reflexiones instándolo para que acudiera a la plaza del pueblo, donde se había organizado un gran revuelo a causa de un asesinato.

José Manuel lo siguió con el alma en vilo. La plaza había sido invadida por los vecinos, aun así, imperaba el silencio. En el centro, el regidor y dos ayudantes del alguacil interrogaban a los presentes. José Manuel distinguió

a Teresa y al ama con el niño y respiró aliviado; se acercó al regidor que lo aguardaba.

—Han asesinado a la vendedora de semillas —informó escuetamente—. La curandera acusa al cabo O'Duinn.

Nada más pronunciar estas palabras, los irlandeses protestaron a viva voz. El regidor llamó a la calma.

—Es imposible —refutó el abogado—, se encuentra ausente como vos sabéis muy bien. La curandera era muy amiga de esa muchacha que perseguía al cabo sin ningún recato. El señor O'Duinn la rechazó, fin de la historia. Por resentimiento no se puede acusar a un hombre.

—La muchacha lleva muerta varios días, por lo que no queda eximido el cabo; sin embargo, el señor Herminio, vendedor de telas, nos ofrece otra versión.

—La semana pasada estuvieron dos hombres preguntando por una duquesa —varias personas confirmaron de viva voz la declaración del vendedor textil—, nadie les dio razón y yo les expliqué que por aquí no paraba gente tan importante, pero la muchacha los atendió y se entretuvo hablando con ellos en voz baja. Aparentemente se marcharon y la chica siguió en el puesto.

—¿Cómo eran esos hombres? —intervino el cabo Colm, deseoso de exculpar a uno de los suyos de tan atroz crimen.

—De mala catadura, con numerosas heridas y señales en la cara. Uno de ellos vestía un calzón de verde brillante, de un terciopelo demasiado caro para un hombre como él.

—Esos son los que hemos visto salir por la ventana de la casa de don José Manuel, incluso añadiría que parecían soldados. He visto muchos de esa clase en Flandes —corroboró Colm.

—¿Alguien más los vio o habló con ellos? —preguntó el regidor. Al comprobar que eran bastantes, les conminó a presentarse ante el alguacil, quien se hallaba en esos momentos en casa de la víctima, y a realizar la pertinente declaración.

—¿Creéis que seguirán adelante con la acusación de la maldita curandera? —consultó Colm a José Manuel.

—No. Dos extraños han estado en la villa y la declaración del señor Herminio me parece que está fuera de prejuicios como los de la curandera. Por si fuera poco, han robado en mi casa. Podéis quedar tranquilo.

Quien no quedó nada tranquilo fue él. Acompañó a Teresa a casa y por el camino le explicó lo sucedido, mientras le narraba los hechos, su mente siguió trabajando: definitivamente, la sospecha sobre el duque de Maqueda se había diluido. A través de su padre conocía los procedimientos del noble y el asesinato no figuraba entre ellos; además, esos soldados, pues ahora no le cabía duda al respecto, indagaban sobre la duquesa. Dejó a las mujeres en casa y se fue a buscar al alguacil, con el que se tropezó una calle más allá; regresaba de casa de la muchacha.

—¿Podéis confiarme cómo murió?

Por razones de oficio había tratado en más de una ocasión con Roque.

—No es un secreto. La violaron varias veces y la degollaron. Estuvieron viviendo allí mismo, a juzgar por los lechos y el desorden. Nadie se ha enterado porque vivía apartada para tener más espacio para la huerta y los semilleros.

—¿Por qué harían algo así?

—Ni idea. Cuando interroge a los vecinos, igual obtenemos más respuestas.

—La curandera ha acusado públicamente al señor O'Duinn —le confió José Manuel.

—Es absurdo —negó meneando la cabeza Roque—. El señor Patrick es un caballero de los pies a la cabeza. La curandera y la muchacha, que Dios tenga en su gloria, nunca han sido trigo limpio, dos liantes de mucho cuidado. No os apuréis, vuestro amigo está libre de sospecha. Con lo que he visto en la casa es suficiente para exculparlo a pesar de la acusación.

José Manuel rumió la información de camino a casa. Si habían pasado casi una semana en la casa de la muchacha, habrían observado los movimientos de la población: su casa había sido vigilada y el niño localizado. La muchacha conocía la existencia de la viuda en la casa de Sebreño y no le habría costado llegar a una conclusión, pues era una chica lista. Tendría que inspeccionar la casa de Patrick pero no se arriesgaría a

dejar solas a las mujeres mientras esos dos tunantes anduvieran en paradero desconocido y tampoco se atrevía a subir solo. Decidió pedir ayuda a Colm.

Al día siguiente, subió con Colm a Sebreño mientras dos de sus hombres guardaban la casa en Ribadesella. Tal y como sospechaba, habían saltado el muro, habían trepado a uno de los balcones y habían roto la ventana por la que entraron. Abrió la puerta y accedieron al oscuro interior. Encendió una vela y recorrieron la casa. El mayor desorden se hallaba en la habitación principal y en la biblioteca. A José Manuel no le cupo duda de que buscaban algo que inculpara a la duquesa o que arrojase alguna luz sobre la identidad del amante. Mientras Colm intentaba solucionar el estropicio de la ventana, entró en el excusado y, con alivio, comprobó que todo estaba en orden. A excepción de dos candeleros de plata que Patrick había adquirido en el último viaje, no echó de menos nada más, aunque le fue imposible asegurar que no faltase algún libro personal de la biblioteca.

—Bonita casa. Así que ahí es donde pasa los veranos la viuda —comentó Colm de regreso.

—Se la alquila Patrick y así no está tanto tiempo vacía —reveló José Manuel.

—¿Es de O'Duinn? ¿Y por qué le alquila una habitación a Brian?

—Está en el puerto. Poco a poco, va invirtiendo y amueblándola para cuando se retire. Quiere formar una familia algún día.

—Como todos. ¿Vos le ayudasteis a conseguirla?

—Como la de Brian —confesó el abogado—. Llevo los intereses en tierra de varios de vuestros compañeros.

—Tengo echado el ojo a la hija del alguacil, aunque todavía es pronto para decidir nada. Igual también os necesito en un futuro.

—¿No es demasiado joven?

—Si me duermo, igual me la quitan —replicó serio el hombretón—. No quiero pecar de curioso pero ¿por qué creísteis que querían secuestrar a vuestro hijo?

—No es mi hijo —confesó José Manuel—. Cuidamos de él hasta que el padre pueda hacerse cargo de él.

—Lo sabe todo Ribadesella —aclaró Colm—. Es imposible que doña Teresa haya dado a luz y esté en avanzada gestación de otro.

—No hemos intentado engañar a nadie. Sencillamente no lo hemos comentado, no es nuestro secreto.

Se despidieron en la entrada de su casa y se retiraron los irlandeses a casa de Brian, donde dormían. José Manuel entró directamente en el despacho y se sentó mirando hacia la ventana. Necesitaba ordenar las ideas y decidir cómo proceder. El conde de Trujillo había descubierto, de alguna forma, el secreto de la duquesa. Los dos soldados, pues no dudaba de la percepción de Colm, habían escapado y llevarían alguna prueba a su superior. El niño corría peligro y, probablemente, también su familia. Patrick se hallaba ausente pero, aunque regresase, tendría que partir de nuevo y ellos quedarían a merced del enemigo. El único que podía ayudar y protegerlos era el duque de Maqueda y exigiría el nombre del padre en justa compensación. El duque estaba en San Sebastián, la residencia habitual, mientras que las de Madrid y La Coruña eran más ocasionales. Allí se encontraba la familia de su mujer que los acogería feliz ante el advenimiento del nuevo miembro. El mayor reto sería realizar el viaje sin incidencias, necesitaban algún tipo de escolta por si acaso los mantenían vigilados, pues en el camino serían un blanco muy fácil. La madeja engrosaba a ritmo vertiginoso, tendría que confiar en Colm, que fue cabo de presa de Patrick durante unos años y había buena amistad entre ellos. A cada paso, había más personas implicadas, pero no había tiempo.

Antes de la cena buscó a Colm en el muelle, ya que era el encargado de las reparaciones de las naves.

—Debo pedirlos un favor en nombre de Patrick O'Duinn.

—El niño es suyo —no fue una pregunta sino una afirmación— y de la viuda que se aloja en la casa. ¿Por qué teméis su secuestro?

—Como os dije, no es mi secreto. Escuchad, la vida del niño corre peligro. Ya habéis visto cómo las gastan esos hombres. Necesito trasladar el niño y a mi familia a San Sebastián cuanto antes, pero temo que nos acechen en el camino. No puedo esperar a Patrick quien, por otro lado, deberá partir en cuanto regrese Pronovil.

—Os comprendo. Lo más inteligente es que partáis mañana mismo, así las mujeres no hablarán con nadie. Os proporcionaré la escolta adecuada y

ya le cuento a O'Duinn lo que ha sucedido, así me entero de en qué anda metido.

José Manuel se sonrió ante lo cotillas que eran los irlandeses, pero ese era un problema de Patrick, bastante tenía él ya con el que debía solventar. Regresó a casa y le expuso a Teresa la situación y la resolución que había tomado. Tal y como sospechaba, no puso ningún reparo a la idea de dar a luz junto a su familia. Inmediatamente comenzó a impartir órdenes para que los equipajes estuvieran dispuestos para el amanecer. José Manuel se encargó de alquilar un carruaje para las mujeres y el niño y una carreta para los arcones; los hombres cabalgarían.

Colm fue a despedirlos y le presentó los seis hombres que había escogido como escolta. A alguno lo conocía de vista, disponían de su montura e iban fuertemente armados. Acordaron allí mismo la manutención y el sueldo.

OceanofPDF.com

21

Madrid, otoño de 1638.

Leonor pasó unas horas de angustia hasta que su padre regresó con los rumores confirmados.

—Efectivamente, la escuadra de Lope de Hoces ha sido derrotada, una auténtica masacre con los brulotes incendiarios. Sin embargo, la flota de Oquendo no sufrió ningún percance porque los franceses se retiraron después de hundir la de Lope de Hoces y dejaron desprotegida la bahía de Fuenterrabía. Oquendo aprovechó para cañonear a los franceses desde el mar.

Leonor suspiró de alivio. Por lo que había sabido en Ribadesella, la flota de Pronovil navegaba con Oquendo. Con una mirada agradeció a su padre la diligencia y el interés que había mostrado. El duque anunció su partida a San Sebastián para ayudar en la organización y fortificación de los puertos y para redactar un memorándum sobre el alcance del desastre.

Una vez sola, reinició sus visitas a la reina, buscó un maestro de esgrima para Pedro y alternó las clases con las de equitación.

—¿No son muchas obligaciones? —se quejó doña Clara, quien se vio privada de la compañía del nieto—. Por la mañana las lecciones de latín, francés, literatura y yo qué sé qué más y por la tarde demasiado ejercicio.

—*Mens sana in corpore sano.*

—¿Os dais cuenta de que si le ocurriera algo la familia desaparecería? —dijo de pronto doña Clara—. Hernando regresó a Madrid herido, mientras vos os encontrabais en La Coruña. Sé lo que dije y lo mantengo, pero soy madre y débil, no he podido mantenerme al margen y me he interesado por

su salud: se ha recuperado. Imagino que se habrá incorporado a su tercio, pues andan escasos de hombres y no permiten largas ausencias.

Leonor cayó en la cuenta de un detalle y la aprensión se adueñó de su alma.

—¿Dónde está vuestra doncella Luisa?

—Ha sido mencionaros a mi hijo y ya habéis extraído vuestras conclusiones. Luisa ha dejado el servicio para regresar con la familia —replicó sin ocultar su malestar.

—¿Os lo dijo ella? —insistió Leonor a pesar de la reticencia de su suegra.

—No, me lo comunicó el ama de llaves. Me parece que os excedéis.

—Mientras me aseguro de que mis sospechas son exageradas, quiero a mi hijo lejos de ese hombre. A partir de hoy, saldrá siempre con escolta.

Leonor observó que su suegra se mordía el labio inferior y fruncía el ceño airada, pero le dio igual. No era momento para mostrarse amable o condescendiente, sino para arrostrar las circunstancias con decisión y prudencia. Su padre le había dejado el nombre y la dirección de un hombre al que debería acudir en caso de un apuro. Sin dudarlo, ordenó que dispusieran el carruaje y salió en su busca.

En la calle Toledo se bajó delante de una modesta casa. Llamó y le abrió la puerta una mujer mayor que la miró asombrada.

—¿El capitán Gaspar de Montesinos?

La mujer le franqueó la puerta sin contestar y la precedió hasta una sala amueblada con austeridad. Aguardó de pie, nerviosa, hasta que un hombre de unos treinta y pocos años se presentó ante ella. Llamaban la atención el ojo cubierto con un parche negro y el costurón que le cruzaba la mejilla y le bajaba hasta el cuello, llevaba el cabello largo y recogido en una coleta, vestía con buenos paños pero sin adornos.

—Excelencia —hizo una reverencia—, sentaos por favor.

—¿Me conocéis? —preguntó acercándose a una silla.

—La duquesa viuda de Alvarado e hija del duque de Maqueda. Vuestro padre me advirtió de que debía atender vuestras demandas en caso de que acudieseis a mí.

—Muy previsor mi padre. Dicen que las canas muestran el grado de sabiduría adquirida a través de los años, así que mi padre debe de ser muy sabio.

El capitán sonrió y el rostro desfigurado le dio un aspecto más siniestro. Leonor confiaba en su padre y, si él la había dejado en sus manos, ella no pondría objeciones.

—Necesito varias cosas, todas urgentes y que deben llevarse a cabo con la mayor discreción.

El hombre asintió entrecerrando los ojos. Leonor fue consciente de su escrutinio, que no disimuló en ningún momento, aunque no le resultó desagradable ni fue irrespetuoso.

—En primer lugar quiero cerciorarme de que Luisa Pérez, natural de Sepúlveda, se encuentra con los suyos. Era la doncella de mi suegra; en caso contrario, ¿habría alguna posibilidad de averiguar su paradero? En segundo lugar, necesito saber si el conde de Trujillo se encuentra todavía en Madrid y dónde se aloja.

—Lo segundo no es necesario —atajó el capitán—. Ya se encontraba bajo vigilancia por orden de vuestro padre. Ayer partió hacia Valencia, donde embarcará hacia Génova. Se incorporará a su tercio de Flandes con otros muchos.

—Mi padre ha estado ausente de Madrid. ¿Cómo sabía...?

—Vos misma lo expresasteis muy bien cuando mencionasteis su sabiduría.

Leonor sopesó varias posibilidades.

—¿Desde cuándo me vigiláis?

—Prefiero la palabra custodia. Para mis hombres hay una diferencia entre custodiar y vigilar. Desde que falleció vuestro esposo, aunque los veranos nos disteis esquinazo. Muy inteligente la forma de desaparecer en Ribadesella.

—¿Mi padre conocía la casa?

—No, no descubrimos la treta hasta vuestro regreso el verano anterior. Este verano el duque retiró la custodia, pues ibais con él. ¿Cuál es vuestro interés en esa mujer?

Leonor le relató cómo el conde controlaba el servicio del palacete y los medios de coerción que empleaba sin escatimar detalles, además de la sospecha actual.

—Personalmente, esa sospecha la tornaría en certeza. Enviaré a uno de mis hombres a reconocer las dos mujeres que van a sepultar esta tarde.

—¿Creéis...? —No pudo terminar la frase horrorizada.

—No ha venido solo, es más, la herida se la infligió él mismo para venir a Madrid. Los compañeros han estado muy activos rondando el palacete e indagando en León sobre vuestro paradero.

Leonor creyó estar viviendo una pesadilla: la vigilaba su padre, la perseguía su cuñado. Su vida era casi del dominio público y ella en la ignorancia.

—Gracias por vuestra sinceridad.

—No hay de qué. Os custodiamos, no hay nada secreto en nuestra actividad; de hecho, el duque os ha recomendado acudir a mí si fuera menester. No obstante, ahora que nos conocemos ¿os importaría no desaparecer sin avisarnos? No queda muy profesional en el informe admitir que os hemos perdido.

Leonor sonrió a su pesar.

—En el caso de que fuera una de esas mujeres, ¿sería posible que os presentaseis en el palacete fingiendo ser alguacil para informar a mi suegra de su muerte?

—¿Y explicarle cómo fue asesinada? —Una mirada de inteligencia brilló en el único ojo—. Es difícil para una madre admitir los crímenes de los hijos.

—El mío, de momento, es inocente y debo defenderlo a toda costa.

Leonor se retiró y se dirigió al Alcázar Real. Se sentía más tranquila al conocer el paradero del conde y de que este se encontraba camino de Valencia. Lo quería lejos de su vida y del país. Si su intuición no fallaba, esa tarde doña Clara recibiría la noticia del asesinato de su doncella y tendría que admitir que su hijo no era ningún santo. Debía conseguir el apoyo de su suegra, sin él, dejaba una puerta abierta para el conde.

Regresó al palacete a media tarde y poco después llegó Pedro, quien le relató todo lo que había hecho y aprendido esa tarde. Estaba eufórico, con

los ojos brillantes. La visita del alguacil le fue anunciada a su suegra y ella salió al jardín con Pedro. Mientras en el norte llovía, en Madrid disfrutaban de un tiempo veraniego, aunque al anochecer refrescaba. Dejó pasar un rato prudencial y entró en la casa. Oyó los gritos y amenazas de doña Clara al ama de llaves para que le contase la verdad sobre Luisa. Tarde iniciaba las indagaciones, pero al menos se preocupaba, porque la vez anterior su aviso cayó en oídos sordos.

El invierno fue crudo y cubrió de nieve la villa en dos ocasiones. La Corte la mantenía informada de los progresos de la guerra en Flandes y de los problemas con las Flotas de la Carrera de Indias; por si fuera poco, en diferentes puntos de la península se rebelaban contra las disposiciones tiránicas del Conde-Duque, quien buscaba recursos humanos y económicos hasta debajo de las piedras para mantener las armadas y los tercios. El año de 1638 fue favorable a los intereses españoles: conservaban Amberes, habían tomado la plaza de Kerpen antes de los primeros fríos y mantenían a los franceses en los Pirineos. Comenzó 1639 con los ejércitos acantonados, a la espera de la primavera para recomenzar las grandes ofensivas.

La relación con Doña Clara, fría en un principio, fue deritiéndose al calor de la chimenea y, aunque no le reveló lo sucedido con Luisa, no volvió a mencionar a don Hernando y su trato se suavizó con ella.

Leonor había afrontado la rutina sin permitirse reflexionar, pensar en el futuro o recordar el pasado. Permanecía en un limbo, un cuerpo sin alma, sin alegría, sin vida. Ella no era consciente de ese cambio, pero su hijo sí que lo fue. El pequeño Pedro era precoz, había heredado su capacidad de disfrutar de todo lo que le rodeaba, su curiosidad era inagotable, como su energía. Mezclaba la intuición de su madre y la inteligencia de su padre: era el resultado de una generación mejorada.

—¿Las hojas no son verdes? —preguntó Pedro un día que se encontraban solos.

Leonor prestó atención a la labor que estaba realizando y comprendió lo atinado de la observación de su hijo: se había distraído y las estaba bordando en rojo. Suspiró, confundida y resignada.

—Yo también cuento las semanas para escapar a Ribadesella —le susurró al oído con una mirada de complicidad.

Leonor, enternecida por la sensibilidad de su hijo, lo besó.

—Mentiroso —rebatíó Leonor cariñosamente—. Estás disfrutando con el maestro de espada y un pajarito me ha dicho que has dejado el potrillo y has cabalgado un caballo muy grande.

—Guárdame el secreto o la abuela lo prohibirá.

—¿Desde cuándo me lo tienes que pedir? Los secretos son sagrados.

—¿Aunque te pongan triste?

—¿Qué te pone triste? —inquirió Leonor preocupada.

—A mí, no. A ti. Estás muy triste sin el niño.

—No solo es el niño —Leonor era consciente de que no debía hablar de ello con su hijo, pero la soledad y el silencio eran muy pesados—. Echo en falta el mar y a Patrick.

—¿Por qué no vamos a vivir a Ribadesella con ellos?

—Tengo una obligación contigo, con el ducado que has heredado de tu padre y con la abuela. Las exigencias sociales me lo impiden.

—A la abuela le agrada esto. Me repite hasta la saciedad quienes son los señores de los retratos y lo que lograron; cuáles serán mis obligaciones como duque; cómo he de moverme por la Corte y cuáles son mis prerrogativas como Grande de España: puedo permanecer cubierto ante el Rey, entrar libremente en Palacio, sentarme en banco preferente en la Capilla Real, soy general del ejército por derecho propio...

Leonor se rio.

—Has aprendido muy bien los sermones de la abuela. Ella domina la etiqueta mejor que yo. A mí me dan igual esas cosas.

—Me he dado cuenta —afirmó el chiquillo con sus enormes ojos castaños fijos en ella—, no eres feliz.

A Leonor se le encogió le corazón ante la perspicacia de Pedro. Le cogió la cara entre las dos manos y le besó la frente.

—Tú eres mi felicidad, por ti me levanto cada mañana, por ti estoy aquí —dijo Leonor conmovida.

Llegó la primavera y recibió una inquietante carta del administrador don José Manuel en la que le comunicaba que se encontraba en San Sebastián y que no se desplazara a Ribadesella hasta que recibiera instrucciones de su padre, pues no quedaba nadie allí para protegerla. ¿Por qué había viajado a

San Sebastián don José Manuel? ¿Pronovil lo había llamado para algún juicio de presa de resolución dudosa o el conde de Trujillo mediaba en ello? No alcanzaba a discernir qué información habría obtenido de Luisa, pues el correo seguía recibéndolo en casa de su padre; pero, por mucho cuidado que pusiera uno, siempre había algún desliz que una persona al acecho recogía al vuelo.

Lo más dramático de la situación era la pérdida de ilusión. Desde hacía semanas contaban los días para desplazarse a Ribadesella, tanto ella como Pedro, y el no poder acudir ese verano al pueblo significaba perder la esperanza de reencontrarse con Patrick y, sin esperanza, no podría resistir otro año. Cuando consiguió asumir su propia desilusión, cayó en la cuenta de otro detalle del mensaje: ¿Qué tenía que ver su padre en todo aquello? Exceptuando cuando le pidió ayuda, nunca había intervenido en la decisión de sus desplazamientos. Estas cuestiones relegaron a un segundo término el desánimo y la contrariedad.

La carta de su padre no llegó; en su lugar, una noticia se propagó por los pasillos de palacio. El siete de junio, cuando abandonaba las estancias de la Reina para regresar a casa y mientras atravesaba uno de los salones, escuchó a dos hombres con uniforme de marino que comentaban el apresamiento de Pronovil por los franceses mientras espiaba para la corona española, un desastre ahora que el Conde-Duque estaba reuniendo una Armada para detener a los holandeses.

Leonor regresó a casa fuera de sí, de angustia, de incertidumbre, de dolor. Recordó cuando su padre le comentó que los rumores, en muchas ocasiones, estaban desvirtuados, como el desastre de Lope de Hoces. Pero algo había de razón en el fondo. Pronovil había caído en manos de los franceses, pero igual, Patrick no. Su mente comenzó a evaluar las posibilidades. En el caso de que Patrick hubiera sido detenido ¿lo colgarían por corsario?, ¿por espionaje?, ¿o lo mandarían a galeras? Por la gente importante se pagaban rescates, pero ¿quién pagaría por un irlandés sin patria?

Se devanó los sesos dilucidando cómo podría ayudarlo si se encontrase prisionero y siempre llegaba a la misma conclusión. Se desplazó de nuevo a la residencia del capitán Gaspar de Montesinos y lo contrató para que la

escoltara en el viaje a San Sebastián. En una semana se despidió de la Reina hasta el mes de septiembre, dejó las disposiciones pertinentes sobre los asuntos del ducado y doña María preparó el equipaje. Se llevaría a la cocinera y las dos criadas de siempre por si acaso luego continuaban a Ribadesella.

Doña Clara se quejó de tan intempestiva partida y Leonor se excusó con los prematuros calores estivales que tan mal soportaba. Pedro revoloteaba a su alrededor nervioso ante la perspectiva de la partida y de reencontrarse con el abuelo, con quien se había entendido muy bien el verano anterior. Partieron a mediados de mes, después de comprobar que no había mensaje del duque.

El capitán no escatimó en hombres y a los seis sirvientes del ducado de Alvarado se sumaron ocho de Montesinos. Fue el que decidió la marcha y los lugares donde dormirían. Con la ansiedad a flor de piel, Leonor aprobó el plan que había elaborado y lo apremió a no demorar la partida. Si a Montesinos le había parecido extraña tanta premura, no lo dio a entender y se limitó a asentir.

Sin prisa pero sin pausa, cruzaron Castilla y traspusieron la abrupta cordillera cantábrica. Las últimas leguas fueron las más duras a causa de las revueltas del camino y de las cuestas que ralentizaban los tiros de los carruajes, ya que debían descansar más a menudo. Cuando divisaron la franja de azul más fuerte en el horizonte, Leonor casi lloró de alegría.

El capitán tomó la delantera para avisar al duque de la llegada de su hija, para encontrar alojamiento a sus hombres y establos para los animales. La marcha fue más lenta según se aproximaban a la entrada de la villa a causa de la gente que cruzaba las murallas a pie. Doña María indicó el camino al joven que había dejado Montesinos al frente quien, con gran esfuerzo, consiguió abrir paso entre las calles. En la entrada de la casa-palacio del duque, los aguardaba el capitán.

—El duque no está muy contento con vuestra llegada —susurró el capitán cuando la ayudó a descender del carruaje.

—Lo creo, porque si ha sucedido lo que me temo; imaginaré la razón por la que estoy aquí.

El capitán y sus hombres se retiraron hasta nueva orden y el resto de la tarde lo pasaron instalándose. Durante la cena, el duque se mostró jovial con su nieto mientras que a ella le lanzaba miradas reprobatorias; sin embargo, Leonor lo soportó con la decisión de no cejar en su empeño. Terminaron de cenar y, con un gesto, el duque la conminó a que lo siguiera a la biblioteca. Allí los aguardaba pacientemente don José Manuel. Tras el saludo protocolario, pasaron a la cuestión que flotaba en el aire.

—Me parece una imprudencia que te hayas trasladado hasta aquí aunque, por lo menos, has tenido la suficiente sesera de traer una buena escolta —la regañó el duque.

—Vuestro cuñado, el conde de Trujillo, es una amenaza real —comunicó más suavemente el administrador.

—Lo sé —afirmó Leonor—. Ha asesinado a la doncella de mi suegra, pero desconozco qué información le habrá sonsacado.

—Yo te lo diré —se ofreció el duque—: tu embarazo. Y también ha descubierto tu refugio: Ribadesella.

—No lo ha podido saber. Fui muy discreta y no se me notaba.

—¿No lo descubrió doña María? ¿No pudo echar en falta unos paños manchados? Te vigilaba estrechamente.

Leonor tuvo que admitir que su padre estaba en lo cierto.

—¿Cómo sabéis que conoce Ribadesella?

—Dos esbirros suyos asesinaron a la mujer que vendía semillas, de quien obtuvieron la dirección de la casa y noticias del niño —relató don José Manuel—. Entraron en la casa, la revolvieron e intentaron secuestrar al niño, por eso me encuentro aquí. Salimos de Ribadesella inmediatamente, mi esposa está de seis meses, y vinimos a casa de mi suegra. El niño estará más seguro aquí.

—¿Cómo no me alertasteis de ello? Es terrible la ignorancia sobre lo que sucede. Me he sentido tan impotente —dijo preocupada Leonor.

—No obstante —intervino su padre—, no es esa la razón por la que te encuentras aquí, puesto que ignorabas los hechos.

Leonor se mordió el labio inferior, su padre la escrutaba implacable, no le iba a facilitar la labor.

—Escuché en los pasillos del Alcázar que Pronovil había sido apresado por los franceses.

—Y quieres conocer el paradero de tu amante —concluyó el duque.

Observó que don José Manuel, pálido, bajaba los ojos. Habría confesado la identidad de Patrick para obtener la protección del niño; no se lo reprochaba. Se levantó despacio y se aproximó al asiento de su padre.

—Sí, he venido para averiguar si se encuentra en poder de los franceses y liberarlo, cueste lo que cueste, con o sin vuestra ayuda. Y no me gusta la palabra amante y lo que implica: es el padre de mi hijo, y me siento muy orgullosa de ello.

—Tuve la certeza de que no lo abandonarías, por eso no permití a don José Manuel que os advirtiera, aunque había que avisarte para que no viajaras a Ribadesella y te localizasen esos hombres. ¡Qué pena que no seas hombre!

—¿Tanto os he defraudado, padre?

—Al contrario, eres un orgullo para mí por tu fortaleza y tu lealtad. Nada te detiene, ni consideraciones sociales ni consecuencias futuras. Fiel a los tuyos y a ti misma. Hay que ser muy valiente para eso, hija.

OceanofPDF.com

Golfo de Vizcaya, primavera de 1639.

Patrick regresó de Guarnizo, en la bahía santanderina, muy ufano con las diligencias que había llevado a cabo. Por un lado, había conseguido invertir parte de su capital; y por otro, el armazón de la nave de Richard llevaba buen ritmo de ejecución. A causa de las incursiones del arzobispo De Sourdis, que había destrozado los astilleros de la cornisa cantábrica, habían aumentado la demanda y las prisas.

Antes de dirigirse a casa de Brian se pasó por la de José Manuel y le extrañó el silencio que la rodeaba. Una vecina, que lo vio llegar porque se hallaba en el huerto, le informó de que la familia había salido de viaje precipitadamente. Le agradeció la información y siguió su camino preocupado. En el suelo de su habitación encontró una carta del abogado que abrió con impaciencia. En ella le detallaba las circunstancias que lo habían obligado a abandonar Ribadesella. Bajó al piso inferior y se tropezó con Colm que entraba en ese instante.

—Ya os habéis enterado —constató al verlo con el pliego en la mano—. ¿Queréis que os acompañe a la casa?

—Perdonad que no os haya confiado la compra, pero no quería que Richard pensara que lo dejaba en la estacada por aquel entonces. Le debo mucho.

—Todos hemos contraído una deuda con él y todos estamos cansados de jugarnos la vida continuamente. Yo también sueño con establecerme.

Subieron a Sebreño hablando de sus planes y deseos futuros, recorrieron la casa y la hallaron en orden. La puerta del balcón, por el que habían

entrado, había sido reparada.

—¿Por qué buscan a ese niño? —inquirió Colm—. La viuda no es lo que parece ¿me equivoco?

—Cuanto menos sepáis, mejor.

—Los asuntos del corazón son los más sabrosos, si estáis con el agua al cuello, podéis contar conmigo.

—Ignoraba vuestra vena romántica —comentó Patrick agradecido.

—La mantenía ahogada mientras salía del pozo que ha sido mi vida, pero creo que ha llegado el momento de asentarme. ¿Qué vais a hacer?

—Nada. Don José Manuel ha tomado la decisión correcta. Richard llegará un día de estos, así que no puedo salir detrás de él.

Pronovil entró en Ribadesella, henchido como un pavo real, luciendo la cruz de la Orden de Santiago y con el nombramiento de Maestre de Campo bajo el brazo. Había logrado sus objetivos, pero no era suficiente. Ordenó pertrechar las naves y en enero zarpó hacia la costa francesa con el encargo de espiar los preparativos del enemigo. Desembarcaron hombres en sitios solitarios de la costa para que se adentraran en los puertos y contabilizaran las naves, a la vez que prestaban oídos en las tabernas. Al cabo de unos días, los recogían y marchaban a otro puerto. Las tormentas invernales mantenían las flotas recogidas, como la del arzobispo de Bordeaux, a pesar de ello, capturaron tres barcos llenos de mercancías, que les supondrían unos diez mil ducados, de camino a San Sebastián, donde entregaron el informe que habían elaborado sobre las fuerzas navales del país vecino. El trinquete de la nave de Brian había sufrido daños de consideración y debía reemplazarlo. A causa de los problemas de abastecimiento de los astilleros y el retraso que llevaban por su destrucción, Brian no pudo acompañarlos en la nueva singladura. Los días que fondearon, mientras aguaban y se avituallaban, Patrick los aprovechó para ponerse en contacto con José Manuel y disfrutar de los progresos de su hijo.

El duque de Maqueda extendió el catalejo. Era un día claro y soleado de febrero después de dos semanas de intensas lluvias. En cuanto conoció la llegada de la flota de Pronovil, hizo que vigilaran a don José Manuel,

consciente de que se pondría en contacto con el amante de su hija. Y así había sido. Lo enfocó desde la ventana de un piso que había alquilado en el puerto para ese efecto. Era alto y ancho de espaldas, vestía correctamente, sin pretensiones, e iba bien rasurado, con el pelo cuidado y recogido en una coleta corta. Cogió el niño de los brazos de don José Manuel y lo alzó haciéndole carantoñas para después acogerlo entre los brazos. Sonreía a la vez que hablaba animadamente con el administrador.

Leonor no se había equivocado, ese hombre no abandonaría a su hijo. Reconoció, aunque más maduro, al joven que le estrechó la mano en La Coruña años atrás. ¿Cómo no se dio cuenta? Interpretó los nervios como propios de una persona tímida ante un noble; sin embargo, escondían mucho más detrás, aunque por aquel entonces no hubieran iniciado su relación, ya se conocían, ya se habían enamorado.

Siguió observándolo un rato, necesitaba aprenderse su cara, comprender qué había en él para que su hija se hubiera prendado de un hombre tan poco afín a su nivel social, un hombre que se jugaba la vida por dinero, no por ideales, un hombre sin patria. Ella, que lo tenía todo: la amistad de la reina, reconocimiento social, una familia de gran linaje. ¿Qué hombre merecía que se abandonase todo eso por él? Él también había conocido el amor y, como nació, murió. El amor era pasajero mientras que la familia era estable, real, lo que de verdad importaba y perduraba. A su edad, la vehemencia de Leonor lo desconcertaba. Tantos años de amor contenido, secreto. Un misterio de la vida que él no desentrañaría.

Richard, Patrick y Colm volvieron a espiar la costa francesa. El Conde-Duque necesitaba un golpe de suerte para destrozar la armada francesa. España se hallaba al límite de sus fuerzas, después de las campañas del año anterior. Con la costa cantábrica saqueada, la Armada de la Mar Océano estaba destinada a defender las flotas de la Carrera de las Indias de los ataques holandeses y necesitaba urgentemente de un milagro que los librase del acoso francés que, como un abejorro, hincaba el aguijón aquí y allá causando daños irreparables.

Fue en Dunkerque cuando, por otro irlandés, tuvo noticias del conde de Trujillo. Había sido herido en una refriega y se había embarcado, rumbo a San Sebastián, para curar las heridas. Indagó qué barcos zarpaban con ese destino y localizó una nao mercante, ni siquiera era un buque de transporte de tropas: al conde le corría prisa personarse en España, dedujo Patrick.

Se acercó a la nao y la estudió con la mentalidad de corsario, localizando los puntos débiles y midiendo el temple del capitán, un hombre de mediana edad, manco y con visibles heridas, un marino experto pero cansado, como muchos de los españoles que había conocido en los puertos, agotados de soportar sobre sus espaldas el imperio para gloria de su rey: España agonizaba.

Regresó a su barco, habló con los oficiales y les comentó el plan, aunque lo llevarían en secreto, a espaldas de Pronovil. Era un favor personal y, como no correrían peligro, se avinieron a secundarlo. Uno de sus hombres se introdujo entre la tripulación del barco español, siempre necesitado de marineros, cada vez más difíciles de encontrar con los tiempos de guerra que corrían. La nao zarpó con la pleamar nocturna, aventurándose entre los bajíos, para escapar de la vigilancia holandesa. Patrick salió a la zaga en una chalupa. Izaron el palo, desplegaron la vela y dejaron los remos preparados para el momento del abordaje. Cuidó de dejar una bandera inglesa, como si fuera un descuido, sobre uno de los bancos.

Poco antes de adentrarse en el Canal de la Mancha, donde el oleaje y las corrientes convertirían el abordaje en imposible, se aproximaron al barco español por la aleta de estribor procurando que el chapaleo de los remos, una vez aferrada la vela, no llamase la atención de la guardia.

Su hombre les echó una driza con nudos por donde ascendieron a la cubierta en silencio y descalzos. La tripulación, pendiente de sondear la profundidad y de salir a mar abierto, se hallaba en la proa, a donde estaban dirigidas todas las miradas. A popa, quedaba tierra amiga.

Cuando quisieron darse cuenta de lo que sucedía, el capitán y el piloto tenían un cuchillo sobre la garganta. Entre ellos hablaron en inglés y fingieron desconocer el español, por lo que no atendieron a razones. Empujaron a la tripulación a la bodega, junto con el capitán y el piloto, y los encerraron. Aparte quedaron cinco soldados de los tercios y el conde de

Trujillo, quien no parecía muy afectado por las heridas como para trasladarse a la península a juicio de Patrick.

Por el hombre infiltrado a bordo supo que los soldados eran de la misma compañía que el conde y Patrick se felicitó por ello.

—No son ingleses —oyó sisear a uno de ellos—. Es el irlandés de Ribadesella.

Patrick bajó al camarote que ocupaba el conde y agachó la cabeza para no golpearse contra los baos. Revolvió todo y encontró lo que buscaba: el libro de oraciones de la madre de la duquesa robado de su casa. Como no había tiempo para detenerse a leer todos los documentos que llevaba, arrampló con todo y lo metió en un saco que encontró y subió a cubierta.

—Rompedles el cuello a los cinco soldados —ordenó en inglés a sus hombres—. Son los que asesinaron a la vendedora de semillas en Ribadesella.

Ribadesella fue una palabra que comprendieron los españoles y los puso en alerta, pero ya fue demasiado tarde pues los hombres a sus espaldas ejecutaron la orden sin demora, requería la sorpresa para llevarla a cabo, sin resistencia. Impresionado el conde, cuando vio caer a sus hombres sin emitir una queja y sin vida sobre la cubierta, se volvió hacia Patrick.

—No quedará impune vuestro asesinato —amenazó rabioso.

—Quedará, como los vuestros. Llevo tiempo investigando sobre vos, quizá más que vos sobre mí. A juzgar por vuestro descuido en el puerto ante la llegada de la flota de Ribadesella, a la que conocen en Dunkerque sobradamente pues es como nuestra segunda casa, ignorabais mi identidad.

—Sois el amante de esa zorra que tiene engañada a mi madre y a la Corte.

—Will, dejadle una espada —ordenó a uno de sus hombres—. La mentira y el insulto deberéis sostenerlos con la espada en la mano. Tirad la saca al mar y guardadme esto —pidió a otro de sus hombres, a quien entregó la saca y el libro.

—Es una lucha desigual —se quejó el conde.

—Es una lucha, por lo tanto mucho más de lo que me hubieseis ofrecido a mí; me habría asesinado uno de vuestros esbirros por la espalda; al menos,

habréis empuñado una espada por primera vez en vuestra vida. No creo que las heridas os estorben mucho —apuntó con sarcasmo.

El conde sudaba a pesar del frío, pero empuñó la espada. Intentó mantenerse sereno, pero la impotencia y la rabia lo dominaban, así como la evidencia del desenlace del mortal desafío.

Cruzaron el hierro que resonó rompiendo el silencio nocturno y el ruido metálico se propagó por el mar. No duró mucho el lance pues, aunque el conde intentó demostrar su destreza, el temple, la frialdad y el hábito de los asaltos arrojaban a Patrick, quien le traspasó el corazón limpiamente. Antes de retirar la espada y mientras los ojos se le vidriaban sin vida, Patrick le susurró:

—Con los saludos de la duquesa.

Cayó el cuerpo sin vida del conde sobre la madera de la cubierta. Patrick hizo una señal y descendieron por la driza de nudos. Abajo oyó los golpes de la tripulación para conseguir abrir la puerta que los encerraba. Abandonaron la nave y se separaron a golpe de remo, ya que la vela se podía detectar a distancia y no querían ser vistos mientras retornaban al puerto de Dunkerque.

A la mañana siguiente, aguardó en su barco la noticia del asalto, pero el puerto permaneció tranquilo. Extrañado, se preguntó cómo actuaría él si fuera el capitán de la nao asaltada. La principal responsabilidad eran la carga y el barco, los pasajeros que llevaba no figuraban entre las obligaciones del capitán, quien seguramente los habría aceptado a cambio de una generosa donación. Regresar a puerto para dar parte a las autoridades de un asalto en el que solo habían resultado muertos los pasajeros, cuando la tripulación, la carga y el barco habían salido indemnes de la aventura, hubiera supuesto perder días de navegación y una regañina sino suspensión de sueldo y cargo por parte de los armadores que debían cumplir con los mercaderes. Evidentemente, el capitán habría optado por limpiar la cubierta de tan molestos pasajeros, se habría deshecho de todo rastro de su estancia allí y habría continuado la singladura hasta San Sebastián donde, si se llevase a cabo una investigación, negaría haber aceptado pasajeros en su nave.

La flota de Pronovil salió de Dunkerque y continuó con la rutina de espionaje de las costas francesas, desembarcando a los hombres que hablaban francés y recogiénolos con las informaciones sobre las actividades que se llevaban a cabo en los puertos. No obstante, Richard no renunció a conseguir un sobresueldo si se hallaba ante la oportunidad. De esa forma se llegaron a Laredo con una nueva presa. Ante la premura de recoger a los hombres de la costa francesa, dejaron a Colm para que se encargase de defender sus intereses durante el juicio de presa y se hicieron a la mar nuevamente Richard y Patrick, pues Brian se había dirigido a Ribadesella y Colm se reuniría con él allí cuando terminase en Laredo.

La flota de Pronovil quedó reducida a dos barcos y con ellos se aventuraron por las costas de Francia para recoger a los hombres que los aguardaban en los puntos establecidos. Entre las islas de Oléron y Re fueron sorprendidos por dos buques de guerra franceses. Patrick dio orden de zafarrancho y las portas de babor se abrieron, los cañones fueron liberados del braguero y los artilleros se aprestaron a cargarlos con los cartuchos de pólvora y las balas de hierro o de piedra, según el tipo de cañón. La primera descarga fue a quemarropa, contra el casco del buque militar con el ánimo de hundirlo y la que recibieron les dio de lleno en la amura de babor, desbaratando una pieza de artillería y provocando muertes y heridos entre los artilleros. Richard también se defendió como un león, pero la superioridad del enemigo era indudable. Rebasaron la nave francesa y una nueva descarga los dejó sin timón para gobernar el barco. Los hombres treparon por los flechastes hasta las vergas para aferrar vela todo lo deprisa que pudieron, aun así no pudieron evitar embarrancar en la escollera de la costa, ante la isla.

Si hubieran estado en tierra firme, habría intentado huir, pero en una isla era cuestión de tiempo y le podría costar la vida. La alternativa, amarrado al banco de una galera, no era muy halagüeña, pero le quedaría la esperanza. Los hombres se miraban con desesperación mientras aguardaban a los franceses, que habían botado las chalupas y se aproximaban a abordarlos. Más allá, a Richard no le fue mucho mejor y había arriado la bandera. Después de tantos años navegando como señores del mar, habían terminado

como había sido su temor: serían juzgados por corsarios, los que pudieran pagar el rescate serían liberados y el resto a galeras.

Los trasladaron al buque francés y los encerraron en la bodega. Como se encontraban próximos a la costa, el trayecto sería corto. Hablaba correctamente el francés y oyó que los llevaban a La Rochelle. Durante el camino examinó las posibilidades: podía pagarse el rescate, le ofrecerían la posibilidad de escribir una carta a José Manuel, pero dejaría a su hijo sin futuro; por otra parte, ¿qué futuro tenía él? Leonor era inalcanzable aunque la hubiera liberado de la amenaza de su cuñado, y, con mucha suerte, disfrutaría de alguna semana de amor en años venideros.

En La Rochelle, los condujeron a la prisión de la fortaleza. A él lo separaron de la tripulación y lo metieron en la misma celda que Richard.

—Nunca pensé que volvería a dar con mis huesos en una mugrienta prisión —dijo Richard—. Los dos años que pasé en la torre de Londres todavía me persiguen alguna que otra noche. Era más joven y lo soporté. Fue en 1631, cuando se firmó la paz entre los dos países. Los ingleses me detuvieron a traición y me condenaron a ser degollado, pero llevaba diez años sirviendo a España como espía en Argel, de donde tuve que huir con otros siete irlandeses después de quemar varios bajeles piratas. —Se rio al recordar la hazaña—, arribamos en Mallorca. Luego me asenté en San Sebastián dispuesto a armar navíos y conseguir patente de corso para operar por el Cantábrico. Así que, en aquella ocasión, el embajador español afiló las uñas y logró mi libertad. Esta vez no va a ser tan fácil, estamos en guerra con Francia, aunque el dinero abre muchas puertas.

—Creo que yo terminaré en galeras —le comunicó Patrick.

—¿Qué decís! ¿Queréis ser el más rico del cementerio?

—Tengo un hijo.

—El mocoso que cuida el abogado —confirmó Richard—. Ya me había fijado. ¿De dónde ha salido? Siempre habéis sido muy discreto con vuestros asuntos, pero este se ha llevado la palma.

Como había tiempo, mucho tiempo, tanto que no sabrían qué hacer con él, Patrick le contó la historia, aunque sin descubrir la identidad de la dama. De un bolsillo de la chaqueta extrajo un pliego cuidadosamente doblado y lo leyó:

No llores mi ausencia, pues dejé el sabor de mis besos en tus labios; la huella de mis manos en tu piel; la esencia de mi cuerpo en tu cuerpo. Recréate con lo que conseguiste y no añores lo que perdiste.

Cuando sueñes, búscame en el recuerdo de mis besos, de mis caricias, de nuestra unión. Yo haré lo mismo, y allí, se reconocerán nuestras almas enamoradas.

—Sensiblerías de mujeres. —Richard chasqueó la lengua y observó la reacción de Patrick—. ¡Por todos los cielos! Habéis vendido vuestra alma al diosecillo del Amor. Así que os vais a sacrificar por un mocosito al que le faltan unos años, si es que consigue superarlos, y porque habéis perdido la esperanza de compartir vuestra vida con una mujer. Espero que unas semanas encerrado entre estas paredes os hagan recapacitar y os devuelvan el juicio.

OceanofPDF.com

San Sebastián, verano de 1639.

El propio duque de Maqueda solicitó un permiso para viajar a La Rochelle, acompañado por el administrador y abogado don José Manuel y un pequeño séquito de sirvientes y hombres de armas.

Leonor los vio partir con esperanza, con tristeza, con ansiedad y con resignación. Así de variados y contradictorios eran sus sentimientos. No habían recibido noticias de los presos, pero ya se sabía cómo funcionaba la burocracia francesa: podían pasar meses antes de recibir una carta de socorro de los presos. Primero averiguaban su identidad, después se informaban de los que podían pagar un rescate, según su importancia, luego se los juzgaba y finalmente se notificaba a los familiares de aquellos que podían pagar. Para cuando llegaba el rescate, habían pasado entre seis y ocho meses.

Leonor puso el grito en el cielo y amenazó con trasladarse ella misma a La Rochelle para sacarlo de allí, así que el propio duque se vio obligado a tomar cartas en el asunto. Planificaron el viaje a La Rochelle, una vez conseguido un permiso de viaje por un país extranjero en guerra, con una carta de presentación a un banquero de la ciudadela que compartía negocios comerciales con otro banquero de San Sebastián. Leonor se asombró de semejante traición hasta que don José Manuel le explicó que el comercio se mantenía al margen de la política, la cual era demasiado voluble para los intereses de los mercaderes.

Leonor se quedó alojada en la casa palacio de su padre junto con Pedro, doña María, la cocinera y las dos criadas que se sumaron al servicio de su

padre. El capitán Montesinos y sus hombres quedaron alojados en la pensión de la suegra del administrador. Mientras estuvieran ausentes, sería el responsable de su seguridad.

Todos los días, después de una visita a su hijo Patricio, bajaba al muelle con doña María, Pedro y el capitán, que no los dejaba ni a sol ni a sombra, y observaba los barcos fondeados en el abra. Rememoraba una y otra vez el día que vio por primera vez a Patrick, mojado, con las telas adheridas a su joven cuerpo de forma que no dejaron nada a la imaginación. Él tenía veinte años, ella catorce. Siete años hacía de aquello y a Leonor se le antojaba una eternidad: se había casado, había dado a luz dos hijos y había fallecido su marido. Toda una vida entregada a las conveniencias sociales, una vida de renuncia a su propia felicidad. ¿Qué haría si regresaba su padre con Patrick? ¿Seguir renunciando? ¡Era tan corta la vida! Pero estaba Pedro.

Era un chico muy despierto, muy perspicaz que disfrutaba con la vida sencilla y con el aprendizaje. Su afán de conocer el funcionamiento de todo lo que lo rodeaba era inagotable. En ese momento, se había sumido en una discusión con el capitán Montesinos sobre los barcos y los problemas de avituallamiento. No era una conversación propia de un niño de seis años. El duque ya le había llamado la atención sobre ello: era un organizador nato, como su padre, que en paz descansa.

El olor del yodo, el sonido de las jarcias y los obenques de las naves, el chapaleo de los botes, el rítmico golpeteo del mar contra el muelle le recordaban a él, pues era su olor, el sonido de su voz, el mar iba asociado al hombre que amaba y se sentía un poco más cerca de él. Nunca se cansaba de observarlo, de escrutar el horizonte, como uno no se cansa de mirar a la persona amada, de esperarla. El mar era un elemento vivo, sereno o iracundo, como una persona mostraba el genio con el que se había levantado, conservaba o destruía, acunaba con su arrullo o amortajaba en su profundidad; el carácter selvático dificultaba el trato. Todos los marinos lo amaban y lo respetaban. Y Leonor lo entendía porque se había criado en la costa, porque se sentía como en casa, porque aplacaba sus temores y ansiedades.

—Suspiráis —constató doña María—. Pueden pasar meses antes de que regrese vuestro padre con noticias.

—Lo sé. Estoy acostumbrada a esperar, llevo siete años esperando, ¡qué importan unos meses más!

Al mes de estar encarcelados, comenzaron los interrogatorios y los juicios. Cuando Patrick se declaró insolvente, lo condujeron a la celda común junto con los demás marineros. Los juicios se prolongaron a lo largo de otro mes, a pesar de que eran una mera pantomima. El único que se celebró de forma más seria fue el de Richard.

Los días pasaban comiendo la bazofia que les daban y que los debilitaba. Las ropas olían y estaban sucias, no había privacidad para realizar sus necesidades ni para asearse tan hacinados como se encontraban. Patrick aprendió a evadirse, a soñar con otra vida, a recordar lo olvidado, cualquier cosa con tal de no permanecer en la realidad. Se preguntó si resistiría la galera, la degradación en la que sumía a los galeotes reducidos a meros cuerpos anónimos, engrilletados al banco y al remo, donde un día sucedía a otro y solo aguardaban la muerte o una lejana esperanza de que los rescatara un barco de su país.

Conservaba la carta de Leonor, que comenzaba a sufrir los efectos del manoseo, del tiempo y de las sucesivas lecturas, a pesar de que la podía recitar de corrido. Le gustaba contemplar los trazos elegantes, tocar algo que la mujer de sus sueños hubiera tocado, no olvidarla aunque hubiera renunciado a ella.

A través de un carcelero, un poco más caritativo que los demás, se enteró de que aguardaban la llegada de un par de galeras dedicadas al cabotaje que navegaban por la costa atlántica. Desconocían el tiempo que tardarían, pues se detenían en muchos puertos y dependía del tiempo el que se aventurasen a continuar viaje, pero calculaban que en un mes los embarcarían.

Tres meses encarcelado, sin ver el cielo y el sol, se le hacían pesados, luego cambió de opinión: no serían nada al lado de los diez años en galeras viviendo a la intemperie, con lluvia y con sol, con frío y con calor.

Los días pasaron aislados y sin noticias del mundo exterior, sin conocimiento del transcurso de la guerra e ignorando la suerte de Pronovil.

Los carceleros se dejaban ver en el momento de repartir el rancho y permanecían sordos a sus preguntas. Eran carne de galeras, sin recursos, por lo que no suponían una fuente de ingresos para ellos.

Una mañana hubo movimiento. Las galeras habían llegado y uno de los capitanes bajó a inspeccionarlos. Dio órdenes sobre la alimentación y que se les permitiera pasear por el patio de la fortaleza, así que el rancho mejoró y las salidas al patio cambiaron el humor de los hombres, aunque no se hacían ilusiones: necesitaban galeotes fuertes. Al cabo de una semana, regresó el capitán y los pusieron en fila. El capitán los inspeccionó y fue escogiendo los hombres. A Patrick lo señaló, pero el carcelero denegó con la cabeza y susurró algo al capitán que no llegó al fino oído del irlandés. Quedaron diez hombres, además de Patrick, que regresaron al calabozo, esta vez más espacioso y más lóbrego por la ausencia de los amigos y la incertidumbre del futuro.

Patrick fue sumando días a las señales de la pared y pasó otra semana. Estaba claro que no había sitio para todos en las galeras y ellos se habían quedado en tierra hasta nueva orden; sin embargo, le preocupaba la intervención del carcelero para que no lo escogiera. ¿Qué le tenían reservado?

Una tarde bajó el hombre y lo llamó. Ante la renuencia de él, lo empujó fuera. Al comprender que lo llevaban a él solo, intentó averiguar la causa pero el carcelero se limitó a seguir empujándolo para que anduviera hacia delante. En el cuarto de guardia, mientras le quitaban los grilletes de las manos, miró fijamente al hombre en demanda de una explicación, pero mantuvo el semblante inexpresivo y le señaló una puerta. Patrick se irguió. Si caminaba hacia el cadalso, moriría con el mismo orgullo con el que había vivido. Traspasó la puerta y el ruido de la calle le aturdió los oídos y el sol lo deslumbró hasta el punto de quedarse ciego. Cerró los ojos para salvaguardarlos del dolor que le producía la luz, a la vez que intentaba discernir qué estaba pasando.

—¿Patrick?

La voz de José Manuel a su lado le produjo un sobresalto.

—¿José Manuel? ¿Qué hacéis en Francia?

—No es momento para explicaciones. Vámonos antes de que se arrepientan. Nos ha costado muchos días de negociación sacarte de aquí.

Medio ciego, le siguió cómo pudo hasta un carruaje, se subió y detrás de él entró el abogado y el carruaje arrancó. Sentado y con los ojos cerrados todavía, preguntó a José Manuel:

—¿Lo sabe ella?

—Por supuesto. ¿Por qué habéis negado tener recursos para pagaros el rescate?

—Son unas sanguijuelas, no quería privarle al niño de su bienestar.

—¡Qué disparate! Sabéis tan bien como yo que al niño no le faltará de nada.

—Recibiría algo de mi parte. También pensé que sería la única forma de quitarme de su camino. Si vuelvo, no seré capaz de renunciar de nuevo a tenerla entre mis brazos.

Abrió los ojos y comprobó que la penumbra del coche ayudaba a mejorar su visión. La sorpresa fue mayúscula cuando se tropezó con la mirada escrutadora del duque de Maqueda. Se volvió a José Manuel y este se encogió de hombros. Patrick apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. No volvió a hablar durante un rato. El duque se encontraba allí en persona, nunca imaginó que lo vería con el pelo enmarañado, las barbas llenas de parásitos y las ropas ajadas y malolientes. Su orgullo se rebeló, pues se hallaba reducido a aquella lamentable situación por luchar bajo su bandera, por un país que no era el suyo. Abrió los ojos con la fiereza que le caracterizaba en el alcázar de un barco y se asomó al exterior. La vista se había acostumbrado al exceso de luz. Reconoció la costa de Aytré, uno de tantos sitios donde recogían o dejaban espías por la enorme y desierta playa.

—Parad el coche —ordenó al cochero.

Por el rabillo del ojo, mientras abría la puerta, vio cómo José Manuel, detenía con un gesto al duque. Se apeó y le pidió al abogado:

—Prestadme ropa y algo con lo que afeitarme.

Echó a andar hacia la playa y entonces se percató del séquito que los seguía: el duque no viajaba sin una buena escolta. Le llevó un rato recorrer el arenal bajo el suave sol estival del atardecer. En la orilla, se desprendió de los andrajos y se introdujo despacio en el agua. El frescor le revivió, la

sensación del mar arremolinándose en torno al cuerpo le produjo alivio, las olas la satisfacción de vivir. Se zambulló bajo una de ellas y buceó, disfrutando de la libertad que le había sido negada durante tantos meses. Nadó y retozó ante las miradas atónitas de la gente del duque. José Manuel se aproximó a la orilla con ropa y le mostró en alto unas tijeras. El abogado lo conocía y comprendía cómo se sentía. Salió del agua y sacudió el pelo como si fuera un perro.

—He intentado introducir los dedos y ha sido imposible —manifestó con desaliento Patrick—. Cortadlo todo.

Se sentó desnudo en la arena y José Manuel procedió a raparlo y después le recortó la barba todo lo que pudo para que pudiera afeitarse. Cuando terminó, volvió a bañarse para librarse de los pelos que habían caído y de los parásitos que hubieran resistido el primer chapuzón.

El duque de Maqueda permanecía sentado en el coche observando, como todos los demás, el extravagante acicalamiento del irlandés. La negociación de la liberación de Patrick había sido más ardua de lo esperado. Los franceses tenían muchas ganas a los irlandeses de Pronovil; había sido grande el daño que habían causado en sus costas, además de los buques de guerra que habían hundido. Su apresamiento había sido largamente celebrado. Cuando lo vio salir de la fortaleza, se le encogió el corazón al verlo aturdido y desvalido. Cuando contestó al administrador sobre la causa de su silencio, admiró su responsabilidad y el amor que le suscitaba su hija. Cuando se percató de su presencia, le impresionó el velo de vergüenza que por un instante pasó por sus ojos, para luego endurecerlos el orgullo.

Los vio regresar, el irlandés en silencio, el abogado hablando hasta la saciedad. Don José Manuel fue a guardar los utensilios de afeitar y las tijeras y el irlandés, que había crecido con el baño, subió al carruaje y se sentó frente a él. El aroma a mar había sustituido el hediondo olor carcelario. Los ojos verdes lo miraban firmes, duros, recuperados de la vergüenza e investidos de dignidad. El exagerado corte de pelo permitía constatar las privaciones a las que había sido sometido: los pómulos más marcados, la mandíbula más huesuda, las extremidades habían perdido el

tono muscular. Nada que a lo largo del viaje una buena alimentación y ejercicio no pudieran subsanar. No deseaba que su hija lo viera en ese estado y se compadeciera de él. No era hombre que tolerase semejante debilidad, aunque ya no conocía a su hija. Igual la alegría de verlo libre borraba cualquier manifestación sobre su estado.

—No deberíais sorprenderos de encontrarme aquí —abrió el diálogo.

—Me ha explicado don José Manuel la razón —dijo el irlandés sin bajar la mirada—. Os doy las gracias. Vuestra presencia ha suavizado el tono de la negociación.

—No así su precio, algo que no deseaba que pagásemos. Después de veros en el mar, ¿seguís pensando igual?

Por primera vez, un atisbo de sonrisa brilló en sus ojos y el duque apreció un rostro bien parecido, a pesar de la palidez enfermiza a causa de la privación de luz.

—Sería estúpido mantenerlo, ¿quién desea la privación de la libertad?

Vos, se contestó mentalmente el duque, vos en medio de vuestra desesperación, como habéis confesado unas horas antes.

Caía la noche, cuando llegaron a una posada del camino justo antes de que cerraran las puertas. Los dejaron acampar en el patio pues no quedaban habitaciones libres. Era uno de los inconvenientes de viajar por suelo extranjero, ya que no podía imponer su título. Cenaron en la venta y durmieron en el carruaje, aunque el irlandés prefirió el cielo raso.

—Últimamente padezco de claustrofobia —bromeó.

La situación era sumamente extraña para Patrick. El duque no había abordado el tema que le preocupaba; por el contrario, se mostraba amable y reservado. Era consciente de que los dos se observaban disimuladamente, como si buscaran el talón de Aquiles del enemigo. A ambos les unía el amor por la misma persona, así podía explicarse el incómodo y arriesgado viaje que había emprendido el duque a su edad. José Manuel le había comentado que Pronovil seguía en prisión y que, por el momento, los franceses no querían oír hablar de su liberación. ¿Cuánto había pagado el duque por su libertad? Porque la cifra que le había presentado el abogado

era abultada, pero irrisoria para un cabo de Pronovil. El mero esfuerzo de la negociación dejaba entrever que no deseaban liberarlo. No abordó la conversación porque no deseaba incomodar al duque y, si su propósito fuera restregárselo por la cara cuando estuviera delante de su hija, ya le pararía los pies de alguna manera.

Buscó acomodo junto a la pared de la posada y se tumbó de costado con un brazo como almohada. Estaba hecho al suelo de la cárcel y no extrañó la cama.

—Haced sitio y tomad —dijo José Manuel, alargándole una almohada y una manta—. No son bichos raros —alegó el abogado por cómo las miraba—, las compartiremos.

—¿Viajáis con almohada y manta?

—Como el duque. Mi padre me advirtió; tiene mucha experiencia en traslados intempestivos y en dormir en los sitios más extraños.

—¿Me diréis en alguna ocasión cuánto le debo al duque?

—Me intrigaba cuánto tardaríais en realizarme la pregunta. Vuestra paciencia no ha mejorado con el aislamiento.

Se quedaron contemplando el cielo estrellado en silencio.

—¡Cuánto echaba de menos el espacio!

—El rescate completo ha salido de vuestro bolsillo, así lo exigí.

—Entonces, ¿no le debo nada? —se extrañó Patrick—. No me lo digáis si no sois libre para hacerlo, pero no me mintáis.

—No miento. El rescate estaba acordado por el tribunal, cuando os juzgaron, pero los muy cerdos de la fortaleza dilataban vuestra liberación adrede, a la espera de que se les abonaran los servicios prestados. Regateamos con ellos y nos marearon como quisieron. El duque, harto de tanta historia, fijó un precio y, en caso de que no fuera aceptado, amenazó con no pagar el rescate y volvernos a España y que ellos explicaran por qué las arcas no habían recibido el dinero acordado y el preso continuaba en la cárcel. Fue una suma generosa y, ante la posibilidad de perderla, cedieron. Confío en que hayáis comido carne en vajilla de plata todos los días.

—Todos quieren su pellizco. ¿Me queda para vivir sin regresar a la carrera de corso?

—Tenéis la inversión en los astilleros de Guarnizo y lo que hayáis obtenido con las presas de este invierno. Brian y Colm deben rendir cuentas de los juicios de presa que defendieron.

—Poca cosa.

—Sois inteligente. Hay otras formas menos arriesgadas de ganarse la vida.

El sueño los venció. Por primera vez en mucho tiempo, Patrick durmió tranquilo, sin intermitencias, sin miedo, sin malos olores y sin picores. Se levantó con otro talante, desayunó fuerte y emprendieron camino hacia España.

OceanofPDF.com

San Sebastián, otoño de 1639.

Leonor inició el regreso a casa tras las inquietantes noticias: en La Coruña se había reunido una importante Armada bajo el mando de Oquendo. Eso significaba que, antes del invierno, España se preparaba para una gran ofensiva mientras su padre se hallaba en territorio enemigo. Aquel día, ella actuó egoístamente, pensaba en Patrick y en que había que sacarlo de la cárcel a toda costa, pero no evaluó los inconvenientes. Lamentaba haber sido tan irreflexiva. Ella, que siempre ponderaba las consecuencias de sus actos, había perdido el buen juicio y permitía que los impulsos dominasen las decisiones.

Pedro se había hecho muy amigo del capitán y caminaban detrás de ellas. Doblaron una esquina y descubrieron los dos carruajes y la escolta que habían partido con el duque y que ocupaban la calle.

—¡Han vuelto! —exclamó Pedro y echó a correr hacia el interior de la casa.

Leonor notó cómo desaparecía el suelo, cómo flotaba con el corazón amenazando salir del pecho y la sangre bombeando en las sienes hasta dejarla sorda. ¿Habrían conseguido liberar a Patrick? ¿Seguiría con vida? Doña María tironeó de su brazo a la vez que la observaba con preocupación. Cruzó la calle sin fijarse, atribulada ante la posible funesta noticia, y traspasó el umbral de la casa como un ánima en el purgatorio, escoltada por el capitán y doña María. En el salón, de pie, se hallaban su padre y don José Manuel, visiblemente cansados pero contentos con el desenlace de la aventura. Agachado, frente a Pedro, que lo sometía a un

interrogatorio, reconoció a su irlandés, más delgado, más pálido, con el pelo más corto; pero vivo, sonriente, con la mirada verdemar que fijó en ella en cuanto entró en la estancia. La imagen del amado se distorsionó a causa del exceso de agua en los ojos, que se desbordó dejando correr libremente ríos salados sobre las mejillas.

—¡Patrick! —exclamó en un hilo de voz, ahogada por la emoción.

El irlandés se irguió en toda su estatura y dudó, por instante, la posibilidad de hacer público lo que todos conocían sobradamente. Fue Leonor, quien aprovechó ese pequeño margen y cubrió la distancia para echársele en los brazos que, hambrientos de su cuerpo, la estrecharon como viejos compañeros.

—¡Patrick! —repitió llorando, aferrada al cuerpo flácido y desnutrido.

Patrick observó por encima de la cabeza de Leonor cómo el duque hacia una señal a los presentes y desalojaban la sala para permitirles un poco de intimidad. Fue el último en abandonar la sala y cerró la puerta.

Los primeros días fueron difíciles para ambos, pero los esfuerzos de José Manuel resultaron fructíferos y, poco a poco, fue estableciéndose un diálogo entre el duque y él. Al principio fue una conversación cautelosa, banal, tanteando el terreno; y finalmente, el propio duque abordó el tema que realmente le preocupaba. Habían hablado largo y tendido, con el corazón en la mano, y habían tomado una resolución sin contar con la duquesa. Pero antes de exponerlo, había que dejar que las aguas regresasen a su cauce, que los sentimientos se calmasen y hallasen la forma adecuada para expresarlos, que Leonor recuperase el equilibrio de mujer sensata.

Patrick se dejó querer y se entregó a ese cuerpo soñado, deseado. La besó con la sed del peregrino que ha realizado un largo camino para llegar a su destino, con la delicadeza que se coge una copa de cristal, con el amor de un ruiseñor que canta por última vez.

—Estás aquí. Estás vivo —lloraba y sonreía a la vez Leonor, sin dejar de tocarlo, incrédula como santo Tomás.

Patrick le cogió las manos y se retiró para verla mejor sin soltárselas. A sus veintiún años estaba preciosa, más formada, más mujer, con un

complicado peinado de bucles recogidos y un rico vestido que denunciaba su posición social. Él nunca podría elevarla tanto ni ofrecerle nada semejante y, si en algún momento había dudado de si sería mucho lo que le exigía, con mirarla a los ojos, recobraba la seguridad de su amor. Aun así, no se decidía: su sueño al alcance de la mano y no reunía el valor suficiente.

—El barco se ha perdido. Has confiado en un estúpido corsario que ha embarrancado y se ha dejado apresar.

—¿Vas a volver a armar un barco? ¿Regresarás al mar? —indagó Leonor, con la aprensión reflejada en los hermosos y húmedos ojos.

—No lo sé. Dependerá de cómo se desarrolle la situación en tierra.

Un velo de tristeza empañó la alegría de Leonor.

—No hay nada decidido —se apresuró a aclarar Patrick—. Lo primero que tengo que hacer es recuperarme, aunque tu padre y don José Manuel no han dejado de alimentarme por el camino.

—¡Oh, Dios mío! Si ahora estás así, cómo estarías antes —se sinceró ella alarmada. Se zafó de la prisión de sus manos y lo abrazó de nuevo. Un papel crujió y ella retiró la cabeza del pecho extrañada. Patrick sacó el pliego, sobado y amarillento, y Leonor reconoció su nota de despedida.

—Esto me ayudó a sobrevivir —declaró Patrick.

—Tú lo tienes todo: mis pensamientos escritos, el hijo fruto de nuestro amor. Yo no tengo nada, excepto la memoria que me enloquece con imágenes, con recuerdos vagos y difusos. Te necesito tanto.

Patrick la volvió a abrazar y a besar. Una prudente llamada en la puerta los separó y entró el duque.

—Es de noche —comunicó a los enamorados—. He despedido los carruajes y la escolta se ha retirado a descansar. Mañana, don José Manuel traerá al niño. Es hora de que comparta la vida familiar. Os aguardamos, Pedro, doña María y yo, para cenar.

Patrick empujó a Leonor hacia el comedor y la cena transcurrió con el relato de las andanzas de los corsarios durante el invierno y el espionaje que efectuaron en la costa francesa. La curiosidad de Pedro lo llevó a describir el encierro, aunque muy dulcificado para que Leonor no se preocupase. Cuando terminó la colación, el duque dio instrucciones para que el servicio se retirara a dormir en cuanto recogieran y no los esperaran ya que se

acostarían tarde. Se sentaron en el salón y el duque cerró cuidadosamente las puertas.

Patrick adivinó lo que se avecinaba. El duque no era una persona especialmente paciente e iba a abordar el tema en ese momento. Le extrañó que permitiese la presencia de Pedro. Su mirada debió ofrecerle alguna pista de sus pensamientos por las palabras que pronunció.

—Pedro y yo hemos estado charlando mientras vosotros os poníais al día —aclaró—, es muy listo para su edad y está de acuerdo con el plan.

—¿Qué plan? ¿Qué tramáis? —inquirió Leonor desorientada.

—¿Le habéis contado el encuentro con el conde? —preguntó el duque. Patrick negó con la cabeza—. Ya, comprendo. Pues hacedlo. Por lo que he presenciado en la mesa, Leonor no sobrevivirá otro invierno apartada de vos.

Patrick, por primera vez, se percató de que Leonor había adelgazado, conservaba buen color a causa de la brisa estival del mar, pero había perdido la serena tranquilidad que la acompañaba.

—En Dunkerque me crucé con el conde, averigüé en qué barco navegaría a España. Todo resultaba muy sospechoso, la herida, el tipo de embarcación, la premura y los hombres que lo acompañaban. Encontré el libro de oraciones de tu madre en su poder —Leonor gimió asustada—. Lamento decirte que se perdió en el barco cuando embarranqué, de todas formas no hubieran permitido que me quedase con él, nos despojaron de todo lo de valor —Leonor asintió llena de comprensión.

—¿Qué hicisteis, señor? —apremió Pedro.

—Me embarqué con algunos de mis hombres en una chalupa y seguimos por la noche la estela de la nao y la abordamos antes de que se incorporase al canal. Simulamos ser ingleses, los encerramos en la bodega, asesinamos a los soldados y al conde le ofrecí la ocasión de morir con la espada en la mano.

Pedro seguía la narración con los ojos brillantes y sin respirar.

—¿Está muerto? —preguntó Leonor, entre incrédula y aliviada—. ¿Nadie te busca?

—No volverá a perseguirte y Pedro podrá moverse sin temer por su vida. El capitán del barco se encontró con un problema que podía costarle el

puesto de capitán, así que debió de decidir solventarlo por la borda.

Leonor se llevó las manos a la cara y cerró los ojos en un gesto de descanso. El conde había sido una gran molestia desde que su marido había fallecido. Patrick echó una mirada de soslayo al duque, quien le indicó que aguardara a que su hija asimilara la noticia en toda su amplitud, como así fue.

—¿Qué tiene que ver el conde con vivir apartada de ti otro invierno?

—Cuando compartí prisión con Richard, le conté mi vida, sin desvelar tu nombre, y me ofreció una solución sencilla, aunque supondrá un sacrificio para ti.

Patrick se detuvo mientras Leonor digería sus palabras y captaba el inmenso significado de ellas.

—¿Quieres decir que podríamos vivir juntos, como una familia de verdad? —Su rostro reflejó la ansiedad que aceleró su respiración.

—Pero supondrá un sacrificio para ti —recordó Patrick.

—¿Cuál?

—No podrías volver a Madrid ni a San Sebastián o La Coruña, pues en esas ciudades te conocen.

—Eso no es un sacrificio —aseveró excitada.

—Llevaréis una vida sin tantos lujos y un tanto retirada en Ribadesella.

—Es fácil desprenderse de aquello que no has apreciado —replicó entusiasmada.

—Tendrás que renunciar a Pedro —soltó finalmente en un suspiro.

—¡Oh! —El gesto risueño se trocó en desilusión.

—Eso no es cierto —replicó Pedro—. Serían tres años, madre. Con diez puedo viajar, enrolarme en un barco o en el ejército. La abuela doña Clara no podrá oponerse a mis decisiones, aunque si nombras al duque de Maqueda como tutor y lo admite el rey, mantendríamos el contacto.

—¿Qué necesidades dices? No pienso abandonarte. ¿Cómo sabes tanto?

—He hablado con él y está de acuerdo con el plan.

—Es muy pequeño para decidir una cosa semejante, me necesita —justificó Leonor.

—No os voy a perder, madre, solo vamos a mataros.

Los ojos de Leonor se abrieron como platos ante la declaración de Pedro, que la miraba inocentemente convencido del plan que iban a ejecutar.

—¿He comprendido bien? ¿Matarme?

—Ese es el plan —afirmó satisfecho el duque.

—Pero yo no quiero morirme —objetó Leonor.

—Pero tenéis que moriros, si no, nos estropeáis el plan —aseguró Pedro frunciendo el ceño, contrariado ante la negación de su madre.

—El plan es sencillo —intervino Patrick—, Richard lo ejecutó en el puerto de Argel.

La pusieron en antecedentes y la convencieron entre todos. El más entusiasmado fue Pedro, a quien le encantaban las aventuras, sobre todo si intervenía el ingenio.

Era más de media noche cuando se retiraron a sus aposentos con la cabeza llena de ideas, de posibilidades, de esperanzas. Patrick nunca se había atrevido a soñar con un futuro y, mucho menos, con el apoyo del duque y del hijo de Leonor. Mucho debía de haber sido el dolor y la infelicidad de la duquesa, que habían presenciado padre e hijo, para permitir y colaborar en semejante farsa.

La cama, con cuatro columnas que soportaban el dosel, llenaba la habitación. Un arcón a los pies servía de banco. A un lado, un biombo escondía la silla orinal y el palanganero, una mesa con un candelabro completaba el mobiliario. Se desprendió de la ropa prestada por el abogado y la dejó sobre el arcón. Abrió la cama y se sentó en ella. No estaba acostumbrado a un lecho tan mullido y temió no dormirse en un buen rato. Iba a apagar la vela, cuando sintió que la puerta se abría. Leonor se escurrió como un blanco fantasma en el interior y la cerró cuidadosamente, sin un ruido. Sus descalzos pies recorrieron la distancia hasta el lecho y se subió a él, empujándolo a un lado para introducirse bajo las sábanas y, recatada a sus ojos, se desprendió del largo camisón.

—No es buena idea. Es la casa de tu padre. Le debo un respeto por lo bien que me ha acogido y, además, no dispongo de medios para evitar...

—Estoy de acuerdo contigo —confesó Leonor—; sin embargo, llevo muchos años renunciando a ti y, aunque el futuro parece que nos sonríe, no

me fío. No estoy dispuesta a perder un minuto más de nuestra corta existencia y, en cuanto a los medios, no han sido muy eficaces.

Leonor se acurrucó contra su pecho y lo acarició.

—*Carpe diem* —sucumbió Patrick.

—Llámalo como quieras y bésame.

Patrick no se hizo de rogar y se entregó a los rojos labios que se le ofrecían generosamente. Saboreó la felicidad olvidada y recorrió con sus besos el cuerpo cálido soñado; recordó el olor de la pasión cuando la excitó y evocó la mirada ardiente del deseo; oyó la muda llamada y se introdujo en la amante carne, inflamada, palpitante, febril por la larga abstinencia. Hundió los labios en la larga cabellera y los gemidos satisfechos resonaron en su oído. Su nombre, suave, musical, apenas pronunciado por los labios hinchados de besos, tantas veces callado, tantas negado, ahora brotaba sonoro, desatado del yugo del secreto. Sus almas se reencontraron y se fundieron desnudas con el calor del amor. Patrick culminó el encuentro con el estertor del placer conseguido.

Se dejó caer, exhausto, a un lado, sin dejar de ceñirla con un brazo, temeroso de perderla de nuevo. El cuerpo amado recobró la serenidad, los ojos, el brillo cómplice y la boca trazó la sonrisa ahíta. Recorrió lentamente los bordes del cuerpo en reposo, disfrutó de la suavidad de la piel tersa, muy despacio se recreó en los tibios y dulces pechos, sus dedos prosiguieron la ascensión por el palpitante cuello, donde la vena delataba la intensidad de la pasión del corazón, ese que le pertenecía por derecho, por entrega, por devoción. Allí estaba, colmada, tendida a sus ojos en la penumbra de la noche lujuriosa, iluminada por la vela indiscreta.

—Te quiero.

Patrick, al oír la declaración, elevó la vista del pálido vientre que su mano exploraba y se encontró con la miel de una mirada velada por la intensidad de los sentimientos. Se movió como un felino al acecho y se inclinó sobre la arteria que golpeaba, se demoró en los pechos erguidos y el cuerpo se abrió como una flor aromática ofreciéndole sus delicias. Se buscaron, salieron al encuentro el uno del otro y se unieron en un gemido, en un sollozo, en una melodía. Los cuerpos deshechos por la incandescente

pasión, sudorosos, traspiraban amor y renuncia de sí mismos para colmar al otro.

—Mi amor —susurró el corsario, rendido a la generosidad del corazón confiado.

Patrick se despertó desorientado. El olor a lavanda y el mullido lecho le recordaron que se encontraba a salvo, que la pesadilla del encierro había concluido, que el mar ya no lo mecía en el seno de sus olas. La vela sobre la mesa casi había llegado al fin de su existencia, mudo testigo del amor y del placer de la noche, iluminaba con su rojizo resplandor el rostro amado y el cuerpo que respiraba tenuemente con la tranquilidad y la confianza de saberse entre unos brazos enamorados.

—Leonor —susurró sobre la nívea y sedosa sien, a la vez que le rozaba la cálida mejilla con el dorso de la mano.

Abrió los ojos cargados de sueño y de felicidad.

—Debes regresar a tu habitación o me dejarás en una situación muy difícil ante tu padre —la instó con pesar.

La mirada amada se afiló ante la comprensión y la tristeza de abandonar un lecho deseado por otro frío y solitario. Renuente, se incorporó para cumplir con su obligación, como siempre hacía. Suspiró rendida, se volvió, tomó su cara con las dos manos y lo besó en la frente, en los ojos, en las mejillas, en los labios y en el mentón.

—Todos estos son los que no podré darte a la luz del día. Los llevas como un adelanto, para que los recuerdes cuando nos veamos y no podamos declarar nuestro amor.

Patrick se sonrió mientras veía cómo el cuerpo disfrutado desaparecía bajo la blanca tela, cómo se sacudía la cabellera besada, como le sonreían los labios mordidos. Con el calor de la pasión nocturna prendida en el alma, traspasó el umbral y la engulló el oscuro pasillo, llevada por el silencio de sus pequeños pies descalzos. No te vayas, rogó Patrick mentalmente, regresa y hagamos el amor hasta que rompa el alba.

San Sebastián, otoño de 1639.

A la mañana siguiente, don José Manuel se presentó con el pequeño Pat, de un año y cinco meses de edad. Doña Teresa había acudido cada semana para que la duquesa pudiera disfrutar de su vástago, pero no lo dejaron por miedo a los rumores. Ahora que conocían el paradero del conde, se sentían seguros y con libertad para actuar a sus anchas.

Pedro entretenía a su hermanastro, aunque se cansaba pronto ya que no comprendía nada de lo que le explicaba. Patrick lo elevó por encima de él haciéndolo reír y los hoyuelos que se le formaron en las mejillas le recordaron a su hermano, fallecido en Irlanda a manos de los ingleses. Pero era un día festivo, de felicidad, no de tristeza y luto. Dejó al niño en el suelo y este alzó los brazos exigiendo más.

—Tenemos que buscar el sitio idóneo y llevarlo a cabo mañana. Cuanto antes mejor, aprovechando el tiempo bonancible; en caso contrario, Leonor pasará más miedo de lo debido —apremió Patrick.

—Vayamos pues —se aprestó el duque—. ¿Nos acompañas, Pedro?

No hizo falta que se lo repitieran dos veces, el joven duque de Alvarado ya se encontraba al lado de su abuelo. Los tres hombres y el niño traspasaron las murallas y se dirigieron a la larga playa que cerraba la bahía. Desde allí, contemplaron las obras de las nuevas plataformas que se llevaban a cabo en el monte, para establecer más artillería después de la visita del arzobispo De Sourdis. Las obras del Hornabeque y las fortificaciones de Santa Catalina se hallaban muy avanzadas. Rebasaron las ruinas del hospital de San Lázaro y siguieron hasta el otro extremo de la

playa, observando las pinazas de los pescadores en el abra hasta la isla de Santa Clara.

—El cuerpo no puede aparecer —comentó Patrick—, deberá ser fuera de la rada, al otro lado de la isla, donde la corriente será más fuerte y, con un poco de suerte, soplará el nordeste que rizará el mar.

—Leonor no será capaz de hacerlo —musitó el duque—. A mí ya se me eriza el pelo de pensarlo.

Patrick agachó la mirada y descubrió a Pedro que lo escrutaba con los ojos anhelantes. Le sonrió y le guiñó un ojo.

—Es fácil, abuelo —se pavoneó—. Los irlandeses lo consiguen todo —añadió, con una fe tan ciega en Patrick que lo halagó.

—Los irlandeses puede, pero la duquesa... —José Manuel meneó la cabeza dubitativo.

—Pasaremos el día en el mar, que nos vean bien desde tierra. Tiene que suceder antes de que regresen los pescadores, muchos de ellos saben nadar y podría resultar sospechoso no encontrarla. Los invitados serán los testigos que necesitamos —confirmó Patrick.

Al día siguiente sopló una suave brisa que no alcanzaba a rizar el mar, aunque lo encrespaba un poco fuera de la bahía. El duque había alquilado una pequeña nao de cabotaje de un solo palo para salir de pesca con unos invitados. Regresarían a medio día y en la playa ofrecería un refrigerio que su servicio ya estaba preparando. Eran tan pocas las ocasiones de divertirse que tuvo mucha repercusión la aventura y una gran asistencia. Subieron al barco, entre risas y bromas, los invitados elegantemente vestidos, pues se trataba de un acto social.

Leonor llevaba el vestido más caro y pesado. Por la noche, entre doña María y ella habían descosido un costado y lo habían hilvanado para que pudiera romperse con facilidad. Había ensayado constantemente cómo mantener la respiración y cómo soltar el aire, poco a poco, para aguantar más tiempo. Le había repetido hasta la saciedad que confiara en él, que no perdiera, bajo ningún concepto, los nervios y para eso lo mejor era no pensar, no pensar que no puedes respirar, no pensar que te vas a ahogar, no

pensar en dónde estás, no pensar en la oscuridad, concentrarse en aguantar la respiración. Estaba decidida una vez todo bien explicado y ensayado; aun así, se encontraba nerviosa ante la responsabilidad de no dejar que el pánico se adueñara de su mente.

La pequeña nao zarpó con los invitados a bordo. Un viejo pescador les explicaba, a hombres y mujeres, cómo se ponía el gusano en el anzuelo y cómo se lanzaba al mar el sedal.

—Una pieza de brocado para la pareja que obtenga el pez más grande durante la mañana —gritó el duque para que todos se aprestaran al juego.

Cada pareja buscó el sitio más cómodo para lanzar el sedal una vez fuera de la bahía. Leonor divisó el bote de remos en el que estaban pescando, apaciblemente, Patrick y don José Manuel. Disimuladamente, notó cómo se aproximaban de forma casual por barlovento. El corazón, a causa del nerviosismo, le latía con fuerza. Ella pescaba con doña María de pareja y se situaron en el lado contrario, en la aleta de sotavento. Para dominar el sedal mejor se subió a la borda y pasó los pies sobre el pescante exterior, donde se sujetaban los obenques. Su padre la advirtió sobre el peligro que corría y algunos hombres lo secundaron, pero ella le restó importancia y persistió en su audacia, a pesar de los murmullos de desaprobación. Cuando distinguió el torso desnudo de Patrick, intuyó que se acercaba el momento. Doña María también andaba alerta y observó a las otras parejas, absortas en la pesca. Solo quedaba aguardar el momento ideal. Al cabo de un rato, surgió el instante deseado. Una mujer, en la amura de proa, gritó cuando sintió que el sedal quedaba tirante. La atención de todos se centró en el regidor y su esposa y en cómo este le indicaba la forma de proceder. Entre risas y comentarios, cada uno aportaba su nota de sabiduría y el duque contribuyó en mantener la atención.

Leonor sintió el tirón de doña María para rasgar la costura hilvanada. Aterrada miró hacia abajo, donde Patrick ya la aguardaba en el mar y le hacía la seña. Se armó de valor, cerró los ojos, hinchó los pulmones y se lanzó apretando los labios y tapándose la nariz como le había indicado el hombre que la recogería. Se hundió cómo una piedra, el frío la atenazó, la curiosidad pudo más que el temor y abrió los ojos para enfrentarse a la helada y húmeda oscuridad, mientras seguía en la vertiginosa inmersión.

Cuando superó la impresión, notó que Patrick la tenía cogida de la ropa y tiraba de ella. El pesado vestido se desprendió con facilidad y se quedó en ropa interior. Patrick la enlazó por la cintura y la pegó contra su cuerpo. Avanzaban a tirones, la presión en los oídos le producía dolor y la opresión en los pulmones, privados del aire, le asustaba. Trató de concentrarse en no expulsar el aire todavía, en aguantar, pero el movimiento y el esfuerzo de Patrick nadando distraían. No lo conseguirían. Recordó que no tenía que pensar, solo resistir. Los segundos se convirtieron en minutos. Cuando se atrevió a abrir los ojos de nuevo, distinguió la silueta de la nave que ya habían rebasado por debajo. Comenzó a soltar el aire muy lentamente, la cabeza le iba a estallar, si moría, lo haría en sus brazos y la idea la reconfortó. La claridad era gradualmente mayor. A punto de perder el conocimiento y dispuesta a abrir la boca en busca de un aire que no existía, salió a la superficie y el aire que entró en sus pulmones la mareó. Patrick no la soltaba, nadó hasta la barca ayudado por don José Manuel, quien halaba de la cuerda que llevaba atada a la cintura con ayuda de una polea. Tocaron el remo sujeto al tolete y se ayudó con él para subir a la barca a la vez que tosía como una posesa, raspándole la garganta la sal del agua que había tragado en el último instante. En cuanto subió, la cubrió don José Manuel con una vela encerada, mientras Patrick permanecía en el agua.

Debajo de la lona oyó las voces que provenían de la nao, llamaban a Patrick para que se aproximara. La barca cabeceó por el impulso de los remos.

—¿Qué sucede? —gritó don José Manuel.

—¡Un mujer ha caído al agua! —le gritaron—. ¡Búsquenla!

Los dos hombres se aprestaron a representar la pantomima. La barca se zarandeó cuando Patrick se zambulló de nuevo en el agua. Los gritos y los lamentos de las mujeres tapaban las voces de los hombres que impartían órdenes. Leonor solo intuía lo que ocurría por lo que escuchaba. El vozarrón del regidor intentaba poner concierto en los llantos. Algún otro hombre debió echarse al agua y gritaba a Patrick por dónde debía bucear. Los lamentos arreciaron cuando sacaron el vestido roto. Doña María, metida en su papel de plañidera, aseguró que el vestido se enganchó mientras su excelencia caía al mar, de ahí la rasgadura que presentaba.

Algunos hombres declaraban abiertamente lo infructuoso de la búsqueda, pues era imposible que siguiera con vida después del tiempo que había transcurrido. El regidor apuntó que por lo menos era su obligación recuperar el cuerpo. Entonces comenzaron las deliberaciones sobre dónde podía arrastrarlo la corriente, aunque en mar abierto era muy difícil de predecir. Oyó a su padre, que se negaba a abandonar el lugar sin su niña, y los hombres trataban de consolarlo y de convencerlo de la necesidad de regresar y alertar a los pescadores y a las embarcaciones por si aparecía el cuerpo.

Leonor se percató de la magnitud de su decisión, aunque no se arrepentía. El frío no la abandonaba porque continuaba con la ropa interior mojada, pero no se atrevía a moverse. La barca se balanceó de forma brusca y Patrick subió chorreando agua.

—Yo remo —dijo el irlandés—. Vos dadle ropa seca y que se cambie bajo la vela en cuanto nos alejemos de la nao.

Leonor suspiró de alivio y comenzó a tiritar incontroladamente. La lona se elevó y la mano del administrador le alargó una saya de lana muy rústica. Sería su disfraz para sacarla de la barca y del muelle. Con mucho trabajo, a causa del tembleque y de que los dedos no le obedecían, se desprendió de las ropas mojadas y se vistió la saya. Le resultó imposible ceñirse el delantal y la pañoleta.

—Ya casi estamos —dijo Patrick—. Coged el remo.

Hubo un silencio roto únicamente por el resoplar del esfuerzo de los dos hombres.

—No es el remo lo vuestro, abogado —se quejó Patrick—. Remáis con más fuerza de un lado y nos desviamos. Acabaremos trazando un círculo si seguís así.

—Ahora ya comprendéis por qué no soy marinero —rezongó don José Manuel—. Mañana tendré las manos que no podré coger una pluma en una semana.

—Dejadlo ya. Leonor, ya puedes asomar la cabeza.

Leonor obedeció, retiró la vela que la cubría y agradeció el sol del mediodía que calentaba sus huesos.

—¡Santo Dios! Excelencia, tenéis los labios morados y tembláis como una hoja.

Don José Manuel acompañó las palabras pasándole desde su banco una chaqueta de caballero, que ella agradeció con una inclinación de la cabeza pues el castaño de los dientes le impedía hablar.

Arrebujada en la chaqueta, se sentó en el banco más cercano para no descompensar el peso del bote. El barco, que había alquilado su padre, les llevaba ventaja con la vela desplegada. Observó el rítmico esfuerzo de Patrick en la boga y en cómo se tensaban los músculos desnudos de cintura para arriba. Era fuerte y no tiritaba como ella, a pesar de que había pasado mucho más tiempo que ella en el agua. Se sintió orgullosa del hombre que la amaba. Cerró los ojos para no perder ningún rayo del tibio sol de septiembre. Era libre. La duquesa de Alvarado había muerto en un trágico accidente en el mar ante un montón de testigos, tan ocupados en escrutar el mar por el lado de la caída que nadie advirtió cómo subía al bote por la banda contraria. El papel de su padre y de doña María consistía en mantener la atención en aquel punto. Era muy sencillo, muy estratégico, muy de Pronovil cuando quemó unos bajeles en el puerto de Argel, muy de corsarios.

Abrió los ojos y centró la mirada en su corsario, con el que compartiría su vida, quien no la abandonaría, a quien daría hijos. Era libre. No echaría de menos la Corte ni Madrid. Contempló San Sebastián, que quedaba a la izquierda de la bahía, una ciudad cuadrada, limitada por el mar y por la desembocadura del río Urumea, fortificada en su acceso por tierra. Sobre el caserío destacaban los campanarios y el monte a su espalda cobijaba los cañones que la defendían por el mar. La casa del armador Idiáquez era la más lujosa, la más importante, donde se había alojado una hermana de Felipe III y tía del rey actual, a pesar de carecer de título nobiliario. De padre vasco y madre santanderina, había nacido en Amberes cuando su padre era teniente en la fortaleza. Comenzó la carrera militar en los Tercios de Flandes y comprendió que su futuro se hallaba como armador de barcos corsarios, con los que amasó una fortuna. Sus cabos de corso eran tan legendarios como los de Pronovil; Escorza, Hoces y Echevarría habían realizado una gran labor minando la economía de las potencias enemigas.

—Ya llegamos —dijo don José Manuel—. No reméis tan fuerte si no queréis embarrancar de nuevo, marinero de agua dulce —ironizó vengativo.

Patrick sudaba por el esfuerzo. Con los remos, dirigió expertamente la proa de la barca hacia el muelle. Leonor, con las manos más calientes, se anudó la pañoleta a la cabeza para cubrirse el pelo. Aunque se cruzase con alguien conocido, no la reconocería porque no buscaría a la duquesa bajo la saya de una pescadora. Se ató la falda encima de la saya. Patrick levantó los remos y los sacó de las escalameras mientras don José Manuel saltaba al muelle para amarrarla.

—¡Eh! ¿A dónde vas? —preguntó Patrick poniéndose la camisa.

Leonor lo miró confusa.

—El capazo de sardinas —le indicó Patrick—. ¿Querrás cenar?

Leonor abrió la boca asombrada. ¿No pretendería que cargara con el pescado? Don José Manuel aguardaba el desenlace de tan inaudita exigencia. Cerró la boca, lo desafió con los ojos, se agachó y cogió el pesado capazo con toda la dignidad y el equilibrio que le fue posible. Se agarró al brazo del administrador para saltar al muelle y, sin volver la vista, se contoneó por el muelle con el capazo apoyado en la cadera, como había observado tantas veces que hacían las pescadoras. La risotada del irlandés no tardó en oírse. Don José Manuel meneaba la cabeza incrédulo. Patrick le arrebató el capazo desde atrás y le susurró:

—Como te contonees así delante de otro hombre, te encerraré en la torre de mi castillo.

—¿Sola o contigo? —preguntó Leonor sugerente.

—Imagino que será la resaca de la felicidad —intervino don José Manuel—. Por favor, no escandalicéis a mi esposa.

Ante la imposibilidad de regresar a la casa del duque, que estaría abierta a las autoridades y a las personas que se acercaran a dejar sus condolencias, se instalaron en casa de la familia del administrador. A la mañana siguiente, don José Manuel y doña Teresa partieron con ellos hacia Ribadesella en los carruajes que habían contratado. Los acompañaron Pat, la nodriza del niño de doña Teresa, la cocinera y las dos doncellas que siempre habían viajado con ella a Ribadesella. A causa de lo peligroso del camino por los soldados mutilados y sin oficio que ejercían de bandidos, los pícaros y demás

personajes no gratos que pululaban por el país, los escoltó el capitán Montesinos con sus hombres. Leonor soportó los vestidos de viuda inconsolable por última vez y viajó cubierta por un tupido velo negro. No obstante, fue consciente de que no había engañado al veterano capitán y así se lo comunicó a Patrick una noche que habían conseguido habitación en Laredo.

—No te preocupes por él. Jurará que estás muerta. Tu padre lo ha contratado como guardia personal del duque de Alvarado. Con los tiempos de penuria que corren para los militares retirados, está muy contento de su suerte.

—¡Vaya tres que os habéis juntado! Entre mi padre, Pedro y tú me haréis perder el poco juicio que me queda —se quejó Leonor.

—¿Pero te queda algo? Arrojarte al mar desde la borda de un barco, pasar por debajo de la quilla sin saber nadar y simular tu muerte, solo por vivir con un pobre hombre dedicado a ejercer de corsario, ¿no es perder el juicio?

Leonor lo miró sonrojada, pues dicho así, sonaba a locura.

—¿Por qué te menosprecias? He sido armadora de un barco con patente de corso y creo que he servido a mi patria honorablemente mientras perdía la economía de los países enemigos.

—El duque me ha confiado que los corsarios en España hemos tenido nuestra época dorada pero que, en cuanto desaparezcan los armadores como Idiáquez, él mismo o Beográn, desaparecerán las patentes. Los legendarios corsarios del Atlántico llegamos al final de nuestro reinado, pues Felipe IV no nos apoyará por razones de Estado.

—No me gusta la Corte veleidosa ni la política tan incierta. —Leonor se aproximó a su hombre y lo miró sugerente—. Por eso me retiro a una casa en Sebreño, sobre una playa donde encontré a un irlandés que se bañaba con las olas.

—¿Un irlandés? ¿Te da igual uno cualquiera? —provocó Patrick atrayéndola hacia él.

—No. Solo me importa mi irlandés. Era como te llamaba en mis pensamientos cuando no conocía tu nombre —y sus labios se unieron para degustarse a placer, sin la limitación del tiempo, sin la premura del secreto.

Llegaron a Ribadesella y, mientras las mujeres se instalaban, Patrick y José Manuel buscaron a Brian y Colm para conocer la nuevas sobre Pronovil.

—No sabemos nada, excepto que todos los trámites para su liberación siguen su cauce —explicó Brian—. ¡Vaya suerte que habéis tenido!

—¿Cómo os habéis librado de servir a la armada de Oquendo en su nueva gesta? —indagó José Manuel.

—Nos escudamos en la ausencia de Pronovil y en la necesidad de reparar las naves tras haber estado todo el invierno navegando por las costas de Francia —declaró Colm—. Nadie dudó de nosotros. Nuestra labor es sobradamente reconocida. Zarpó la flota el día seis de septiembre de La Coruña. Por unos pescadores sabemos que se encuentran en los Downs ingleses.

—No me gusta, demasiado peligroso. No confío en los ingleses tan proclives a romper su palabra a conveniencia y los franceses conocen sus intenciones por los espías en los puertos. Aunque la acción está dirigida contra los holandeses, España no tiene amigos.

—Nos creemos invulnerables —continuó Brian después de la evaluación de la situación política—, pero no lo somos. Cumplimos años. Colm y yo hemos hablado mucho sobre si continuar en el mar, queremos asentarnos. Hemos reunido una buena fortuna y queremos disfrutarla, ¿de qué nos sirve si nos capturan y nos cuelgan o nos atan al remo de una galera?

—De nada, os lo puedo asegurar que me he visto en esa tesitura —confirmó Patrick—. En el día de hoy, sigo sin comprender por qué Richard, a su edad y sin necesidad, ha seguido al frente de su nave cuando podía haberse quedado en tierra, como muchos otros armadores. Yo me retiro —anunció—, mañana me caso en la pequeña ermita de Santa Marina, que se encuentra en el arenal de enfrente. Estáis invitados.

La noticia de la boda corrió por la villa. Los irlandeses, que decidieron quedarse a pasar el invierno tras el cese de sus cabos en las actividades corsarias, afinaron las voces y se prepararon para la gran fiesta. Patrick compró varios barriles de sidra y un cerdo para asar en la playa. Esa noche

dormiría en su antigua habitación en la casa de Brian por última vez. Habían decidido que José Manuel se encargaría de conducir a la novia hasta el altar. Se retiró pronto y se dedicó a recoger las ropas y enseres personales que había dejado allí antes de embarcarse. Los instrumentos de navegación los había perdido con el barco, aunque conservaba una antigua brújula de repuesto. Todo lo demás, libros y objetos personales, se encontraban en la casa de Sebreño.

Se recostó sobre el lecho y echó de menos a Leonor. Sería la última noche sin ella, un sueño no soñado, un regalo no esperado, una suerte no reclamada. Se enamoró con veinte años de una forma insospechada y a sus veintisiete recogía el fruto de su paciencia, de su tácita entrega.

A media mañana se encaminó con sus mejores galas, bien bañado y afeitado, hacia la ermita de Santa Marina, flanqueado por sus dos amigos, Colm y Brian. Alrededor de la ermita se encontraban el regidor de la villa, la esposa de Richard y los compañeros irlandeses. Desde lo alto de Sebreño, llegaron las mujeres del servicio y, desde un carruaje de enormes ruedas, saludaba la novia a los rezagados. La acompañaban doña Teresa y don José Manuel que habían engalanado el caballo con guirnaldas de flores silvestres.

Leonor vestía un discreto y sencillo vestido de seda en color índigo de perfecta hechura. El cabello peinado según la moda de la Corte y con los bucles perfectamente elaborados, a pesar de que no contaba con la eficiente doña María, quien no se reuniría con ella hasta finalizados los funerales y dejado un tiempo prudencial para solicitar a doña Clara el retiro a casa de un familiar. Le había entregado una lista de objetos personales de los que no quería desprenderse para que su padre los reclamara y se los hiciera llegar. Si Patrick se había sentido culpable por aquella farsa que había organizado, lo olvidó todo cuando la vio descender del carruaje ayudada por el abogado. Entraron en la ermita oscura con olor a mar y a incienso. La novia lloraba de alegría y lo miraba enamorada.

—Te haré feliz —le prometió en un susurro—. Te lo mereces.

—Nos lo merecemos —corrigió Leonor entregándole su mano.

La fiesta en la playa fue inolvidable, con Patrick bailando como un poseso al rápido ritmo de su tierra. Los irlandeses cantaron extrañas

canciones que sonaban como un lamento tras varias jarras de sidra, comieron con fruición, bromearon y les desearon toda la felicidad del mundo.

Patrick raptó a la novia en cuanto comenzó a caer la tarde y, trepando por la empinada cuesta, entre risas, besos y promesas, subieron a Sebreño, hacia su escondido hogar, para culminar su amor.

OceanofPDF.com

Epílogo

Ribadesella, septiembre de 1656.

Don Pedro Hoyos de Castro, VI duque de Alvarado y Grande de España, cabalgaba con una reducida escolta de Villaviciosa, donde había fondeado su nave, a Ribadesella. A pesar del mes, los días todavía resultaban calurosos. Había instalado a su esposa en una buena casa de Villaviciosa para que lo esperara allí mientras realizaba una diligencia antes de partir hacia Nueva España, como nuevo virrey de ciudad de Méjico. Don Pedro destacó desde muy joven por su mente organizativa, por su sensatez, por el buen criterio y correcto protocolo. Era una mente lúcida que dominaba la burocracia, la diplomacia y la economía. Muy pronto llamó la atención del rey, necesitado de gente preparada desde la caída en desgracia del Conde-Duque de Olivares en 1643. Había decidido llevar personalmente los asuntos de Estado, como su abuelo Felipe II, pero a juicio de don Pedro, con escaso criterio y mucho desconocimiento, aunque lo ayudaba un sobrino de Olivares.

Tras la batalla naval de las Dunas en 1639, en la que se perdió la hegemonía marítima, y la derrota de los tercios en Rocroi en 1643, España se sumió en un caos que aprovechó Portugal para conseguir la independencia y los catalanes para iniciar una guerra de secesión que no fue sofocada hasta 1652.

Llegaron a la conocida Venta de Peregrinos en la que alojó a su séquito y, pese a las reconvenciones de sus acompañantes, prosiguió viaje solo por un camino que había recorrido, año tras año, de la mano de su abuelo cuando era pequeño y en solitario después. Lamentó mucho su

fallecimiento a los cuatro años de haber perdido a su madre y tres años más tarde se quedó solo al morir su abuela, doña Clara. Al menos, eso era lo que se creía en la Corte y también su esposa, con la que se había casado por interés que no por amor; sin embargo, la realidad era muy diferente: disfrutaba de una amplia familia secreta en una casa sobre la playa de Ribadesella, mitad española, mitad irlandesa.

Se encontró con el portón de la casa abierto a pesar de que el día comenzaba a declinar. Desmontó y guio la montura de las riendas por el camino que conducía hasta la casa. Un mozo de cuadra, que andaba al cuidado de la puerta, corrió a ayudarlo.

—¿No es un poco tarde para que la casa esté abierta? —inquirió al mozo.

—La señora con los pequeños no ha regresado, excelencia, la estaba esperando para cerrar. El señor se encuentra en la huerta.

—¡Ah! La huerta —suspiró don Pedro—. ¿Quién ganó?

—La señora —replicó el mozo con una sonrisa.

Don Pedro meneó la cabeza satisfecho. Admiraba a Patrick, era muy inteligente y le había enseñado a luchar mejor que su maestro de armas de Madrid; sin embargo, se enorgullecía del sentido práctico de su madre, de su valor, no se arredraba ante nada, era muy constante y cabezona.

Se encaminó hacia la huerta y, según se iba aproximando, oía rezongar en inglés junto con el ruido de la azada. Tras el seto protector de vientos marinos, se encontraba un corsario que había formado parte de la leyenda de Richard Pronovil, a quien los galos, antes de verlo navegando otra vez por sus aguas, una vez pagado el rescate, lo habían envenenado a causa de los estragos que había causado a los barcos mercantes de Francia.

Era un hombre fuerte, con cuarenta y cuatro años cumplidos, en plena madurez y con el pelo entrecano. Abría unos surcos nuevos para prepararlos para el cereal de invierno y sudaba por el esfuerzo.

—Que no se diga que unos terrones de tierra os derrotan —dijo en voz alta.

Patrick se irguió con la flexibilidad de un felino y en su mirada brilló la alegría al reconocerlo; no obstante, mostró su famoso carácter juguetón.

—¡Quítate esas ropas de lechuguino y pórtate como un hombre! —lo retó—. Tu madre quiere esto preparado antes del frío.

—Ya me he enterado de que habéis sido derrotado en vuestra disputa.

—Y ya ves el resultado —contestó Patrick, con un movimiento de la mano mostrando el cultivo—: mazorcas de maíz con alubias trepando por el tallo. Los tomates se rebelaron. Voy a intentar las patatas.

Don Pedro sonrió ante el inquebrantable talante de Patrick. Entre su madre y él habían convertido aquel recuadro en un campo experimental donde cultivaban las semillas que llegaban de las Indias Occidentales. Con las que fructificaban, los jornaleros sembraban los campos aledaños que habían adquirido.

A la luz del día eran dos mentes en constante desacuerdo, lanzándose retos y burlándose el uno del otro; por la noche eran dos cuerpos enamorados que colmaban sus expectativas a juzgar por la extensa prole que se oía en la entrada.

—¡Se acabó la paz! —concluyó Patrick, sacudiéndose la tierra y limpiándose el sudor de la frente.

Don Pedro sonrió con antelación ante el encuentro con la jauría humana. A Pat, el mayor con dieciocho años, le seguía la dulce Rebeca de dieciséis, luego Brendan de catorce, Michel de doce, Will con nueve años y, por último, el juguete de la casa, Rosa de seis años, el ojito derecho de Patrick, quien babeaba de forma impropia para un hombre. A lo lejos oyó el grito de guerra.

—¡Ha venido Pedro! —gritó Michel.

—Lo siento —dijo Patrick caminando a su lado—, te han descubierto.

La jauría sudorosa, enarenada, oliendo a mar y a viento norteno, se derramó como una ola que amenazaba con derribarlo con la fuerza del cariño. Incapaz de resistirlo se vio abatido y sobre la hierba, donde le comprimieron con los abrazos y lo llenaron de babeantes besos.

—¡Oh, Dios mío! —oyó gritar a su madre—. Patrick, ¿cómo consientes esto? —Su madre iba liberándolo, poco a poco, del peso de sus hermanastros, a los que apartaba a pescozones—. Con lo guapo que venía. Míralo, ¡qué desastre de ropas! Cuanto lo siento, hijo.

A pesar de las ropas sencillas con las que vestía para bajar a la playa con la jauría, su madre se conservaba bellísima, con el rostro arrebolado por el esfuerzo, moreno del aire libre, despeinada por la brisa marina y mojada a causa de las luchas de agua que tanto la complacían.

—No os preocupéis, madre —restó importancia poniéndose de pie—. Es un rito de bienvenida.

Los chiquillos lo miraron sonrientes. Él les guiñó un ojo, como muchas veces se lo había guiñado Patrick a él. Rebeca, toda una mujer, se había mantenido aparte y, cuando la miró, le hizo una perfecta reverencia.

—¿Eso lo haces para impresionarme? —la desafió—. Te advierto que me las hacen todos los días y ahora que soy virrey me voy a aburrir de ellas.

Rebeca era la que más se parecía a su madre y, por tanto, su preferida entre los hermanos. El gesto de disgusto le recordó su niñez.

—Eres un engreído. —En aquella casa todos lo tuteaban, pero nunca exigió que lo dejaran de hacer.

—Pues este engreído no te entregará el regalo que ha traído, a menos que lo recibas como es debido.

Rebeca sonrió y lo abrazó.

—Los malcrías con los regalos —protestó Patrick pasando de largo.

Se retiraron para asearse antes de la cena. La mayor parte del servicio era nuevo. Feli, la cocinera, había fallecido de unas fiebres, doña María había muerto de un resfriado el año anterior, con sesenta años cumplidos, una vida longeva en unos tiempos en los que la media de vida rozaba los cuarenta.

Se sentaron a la mesa y apareció Pat que había regresado tarde de Ribadesella, de casa de don José Manuel.

—He dejado las cuentas sobre la mesa de la biblioteca —le comunicó a su padre—. Está todo correcto. Los beneficios de los astilleros han aumentado.

—Y más que lo harán —intervino don Pedro—. Hacen falta barcos tras el desastre naval de las Dunas para mantener el comercio con las colonias. Pat os enviará aviso de lo más necesario en las colonias para que invirtáis en los cargamentos.

Pat se había preparado en Salamanca para iniciar la carrera de burócrata con la ayuda de él, que se lo llevaba a nueva España como secretario personal. Esa era la razón por la que se encontraba allí, para despedirse y recoger a Pat. Todos lo sabían y, aunque se alegraban por ellos, no dejaba de percibir el poso de tristeza que precedía a la despedida.

—Mi barco aguarda en Villaviciosa y mi esposa también. —En el asunto de su esposa se había mostrado inflexible a pesar de los ruegos de su madre. Cuando se enamorase como lo había hecho ella, le presentaría a la mujer; no antes—. Mi estancia será breve, un par de días completos, al tercero partiremos. —Como su abuelo, el duque de Maqueda, era de los que abordaban los asuntos peliagudos lo antes posible—. Antes de irme, te comunico que he cumplido mi palabra —le dijo a Rebeca.

—¿Qué palabra? —Indagó su madre alerta.

Rebeca bajó la mirada arrebolada.

—Madre, tiene dieciséis años. ¿A qué edad os casasteis con mi padre?

Su madre bufó e hizo un gesto para que lo dejara.

—Te llevas a Pat y ahora a Rebeca, sin contar que te vas tú mismo. ¿Cómo quieres que reaccione?

Miró a Patrick en busca de ayuda.

—Pues deberías estar muy contenta, siempre andas quejándote de que la casa es muy pequeña.

—Habrá más espacio sin Pat —se entusiasmó Will—, y Brendan se marcha a Salamanca.

—¡Oh! Callad todos —ordenó Leonor intentando contener las lágrimas—. Háblanos de él y de su familia, porque Rebeca estaba demasiado embelesada para enterarse de lo realmente importante —exigió su madre.

—Es hidalgo de casa y solar, dirige los astilleros de La Coruña con fortuna propia. Tiene veintidós años, también se ha retrasado en contraer matrimonio, remiso a hacerlo por interés, y es muy apuesto.

—Con la dote de Rebeca, no estoy seguro de que no haya interés de por medio —comentó Patrick.

—Os lo aseguro, desconoce el importe de la dote. Le dije que era la hija de un amigo al que le debía un favor y de que carecía de nobleza, aunque la familia no estaba mal situada.

—¿Me describiste como una pobretona? —Se soliviantó Rebeca.

Don Pedro sonrió sin hacer caso del exabrupto de su hermana.

—Y, a pesar de todo, se pegó a ti como un mejillón —constató.

—¡Ah! Si fue así, ya me cae mejor ese chico —moderó Patrick—. No deseo competencia en mi propia casa. Con un sinvergüenza es suficiente.

—¿Sois un sinvergüenza? —repitió Rosa mirándolo fijamente.

—Por supuesto, el más grande de este reino —confió Patrick—. Llegué a España de un país lejano, envuelto en nieblas y agua, y en las playas de España me encontré con una princesa de tez delicada y manos pequeñas y suaves, como las tuyas —le indicó a su hija—. Me deslumbró en cuanto la vi y decidí robarle el corazón y dejé en su lugar una pequeña caracola.

—¡Qué tacaño! —exclamó Michel—. Le robáis el corazón a cambio de una caracola, cuando hay a miles en el mar.

—Pero no era una caracola corriente —intervino Leonor—. Guardaba dentro el valor, la honestidad y los sentimientos del sinvergüenza, sin él saberlo.

—¡Qué historia tan bonita! —exclamó Rosa—. Yo también quiero un sinvergüenza como vos, padre. ¿Y qué pasó con vuestra princesa sin corazón?

—Que tuvo que regresar para recuperarlo —dijo sencillamente Leonor, mirando a Patrick.

—¿Le devolviste el corazón? ¿Y la princesa te devolvería la caracola? —preguntó a su padre, preocupada de que lo hubieran engañado.

—Pues no. Le devolví su corazón, se llevó el mío y se quedó con la caracola.

—No me gusta esa princesa —declaró Rosa furiosa—, era mala y egoísta.

—¡Qué tonta eres, Rosa! —exclamó Brendan, sin poder contenerse más tiempo—. Está hablando de madre.

—¿Es ella la princesa malvada? —inquirió la niña con los ojos muy abiertos.

—¿No te parece una princesa? Mírala bien —insistió Patrick—, con su corona de esmeraldas, su manto de armiño, los dos corazones latiendo en su pecho y la caracola por todo adorno.

Rosa la miraba con las cejas arqueadas, incrédula ante la visión que le presentaba su padre, mientras su madre sonría a Patrick con cariño, íntimamente halagada por las palabras de su marido. Don Pedro había asistido a más declaraciones de ese tipo y admiraba la labia y la imaginación del irlandés para requebrar al amor de su vida.

—Yo no veo ninguna princesa, solo a mi madre —concluyó Rosa, cansada del cuento de su padre.

Leonor pasó dos días con los sentimientos revueltos y la lágrima fácil. Dos hijos se le iban allende el mar y desconocía cuando volverían o si los vería otra vez y eso le rompía el corazón. Pedro le regaló a Rebeca un vestido parisino que trastornó la cabeza de la joven, para que presumiera en La Coruña si todo seguía adelante según lo convenido.

Patrick intervino para que dejara de abrazarlos y besarlos la mañana que dejaron atrás Ribadesella.

—Es ley de vida —alegó Patrick cuando desaparecieron de la vista las monturas—. Pedro no puede desaprovechar semejante puesto. A su edad es impensable semejante cargo con la responsabilidad que conlleva, y para Pat es una oportunidad increíble. Se ayudarán, van juntos, no les pasará nada.

—Soy de lágrima fácil.

—Mentirosa —rebatía Patrick, pasándole los dedos por las mejillas para enjugárselas—. No habías llorado desde la muerte de tu padre.

—No he tenido motivos. Gracias a Dios, nuestros hijos sobreviven sanos, aunque Rosa me mira mal desde que le contaste la historia de la princesa.

—¡Hum! No voy a negar que me siento halagado de que dos mujeres se disputen mi amor.

—Pues tú verás lo que haces porque no pienso devolverte nada de lo que me has dado. En eso tenía razón Rosa, soy muy egoísta.

—Si llegara ese día me harías el hombre más desgraciado de la tierra, mi resplandeciente princesa. Los ánimos andan mustios con la partida de los mayores, que ya son hombres, te recuerdo. Creo que deberíamos pasar todo el día en el arenal. Sacaré el bote para pescar con los pequeños.

—¿Qué tienen la playa y el mar que mejoran el ánimo? —convino Leonor—. Si supieras cuánto añoraba el mar en Madrid.

—Así que era el mar y no yo. ¡Vaya decepción!

Leonor se recostó en su cuerpo mientras regresaban a la casa y Patrick le pasó el brazo por los hombros para apretarla contra él, necesitados ambos del calor mutuo, del apoyo y del ánimo, como venía siendo desde que contrajeron matrimonio en la ermita de Santa Marina, en la playa de su irlandés.

OceanofPDF.com

Nota de la autora

La playa del irlandés está basada en un hecho histórico. Mientras me documentaba en la biblioteca de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cantabria para escribir un artículo sobre «Corsarios españoles en el Cantábrico en el siglo XVII», que se publicaría en la revista *Entre Tanto (Culturamas)* y completaría la serie de artículos sobre «Crónicas de la piratería caribeña en los siglos XVI y XVII», me topé con la increíble historia de Richard Pronovil, un irlandés al servicio de la Corona española. Enseguida me percaté de que era una base para una novela magnífica y me reservé la información. Este hombre se casó con una muchacha de Ribadesella, cuyo puerto ballenero cobijó a unos trescientos corsarios irlandeses. Sirviéndome de la vida de Richard Pronovil y de los hechos históricos que acaecieron en aquellos años, organicé la ficción que dio origen a esta novela.

Lo realmente curioso fue que, cuando me desplazé a Ribadesella y me personé en la biblioteca de la villa, desconocían que hubiera habido un asentamiento de irlandeses tan importante en el siglo XVII y que carecieran de noticias al respecto.

La playa, a la que hace referencia el título, es la de Santa Marina, sepultada bajo asfalto y edificaciones indianas y burguesas en el siglo XIX. Su nombre se debe a la antigua ermita que se erigía sobre el arenal.



ELENA BARGUES CAPA (Valencia, 28 de enero de 1960). Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Cantabria. Desde muy joven reside en Santander, donde ejerce como profesora de Lengua y Literatura.

Sus novelas son una mezcla de géneros: histórico, aventura y romántico. Destaca una relación romántica sobre un trasfondo histórico que la autora recrea con detallismo y rigurosidad. Uno de los escenarios preferidos es Santander y su provincia. Este estilo personal sumerge a las personas lectoras en el espíritu de una época y sus acontecimientos.

OceanofPDF.com